

**LUIS DIEGO
CUSCOY**

The background of the cover features several fragments of ancient ceramic vessels, including a large bowl-like fragment at the top right, a long, narrow fragment in the middle left, and a large, rounded fragment with two small circular openings at the bottom. The fragments are rendered in a dark, textured brown color against a light greenish-grey background.

GÁNIGO

ESTUDIO DE LA CERAMICA DE TENERIFE

PUBLICACIONES DEL MUSEO ARQUEOLOGICO DE TENERIFE

Para Manuel Hernández Suárez
Cordialmente.

Ruiz de Osuna



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Nº Documento..... 291288
Nº Copia..... 365942

EXCMO. CABILDO INSULAR DE TENERIFE
SERVICIO DE INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS

G Á N I G O

ESTUDIO DE LA CERAMICA DE TENERIFE

POR
LUIS DIEGO CUSCOY



8

PUBLICACIONES DEL MUSEO ARQUEOLOGICO
SANTA CRUZ DE TENERIFE
1971

*A la memoria de la vieja
alfarera Dorotea, que murió con
las manos teñidas de almagre.*

CONTENIDO

	PAGINA
INTRODUCCION	11
I <i>ANTECEDENTES, COLECCIONES Y ESTUDIOS ACERCA DE LA CERAMICA DE TENERIFE</i>	19
1. Primera colección	19
2. Los trabajos de Abercromby y Hooton: errores y confusiones	20
3. Tipos conocidos	22
4. Material de que dispusieron Abercromby y Hooton	22
5. La exploración arqueológica y la cerámica	23
6. Formación de colecciones modernas	26
7. Detalle de las colecciones, donantes y número de piezas	27
II <i>LA INDUSTRIA CERAMICA Y SUS TECNICAS</i>	29
1. Pasta	29
2. Degrasantes	30
3. Manipulación de los materiales, instrumentos y elaboración del vaso	31
4. Paredes y engobe	33
5. Elementos accesorios	36
6. El color	39
III <i>BORDES</i>	44
1. Perfiles	44
2. Ornamentación del borde	45
3. Espesor de los bordes	48
IV <i>CLASIFICACION DE GRUPOS CERAMICOS</i>	51
1. Justificación	51
2. Grupos	52
V <i>GRUPO I. Vasos con mango</i>	55
1. Vasos de fondo cónico	55
2. Vasos ovales	63
3. Vasos semiesféricos y de casquete	63
Pormenores técnicos	69

	a) Mangos	69
	b) Bordes	70
	c) Frecuencia de los tipos dentro del grupo	73
VI	GRUPO II. <i>Vasos con asa-vertedero y pitorro</i>	75
	1. Cónicos con asa-vertedero	75
	2. Oval y semiesférico con asa-vertedero	78
	3. Oval y semiesférico con pitorro troncocónico	78
	4. Vaso globular, decorado, con pitorro troncocónico	78
	Pormenores técnicos	83
	a) Fragmentos con pitorro	83
	b) Técnica de inserción del pitorro	85
	c) Espesores	85
	d) Perfiles y decoración de bordes y asas-vertederos	85
	e) Frecuencia de tipos	86
	f) Aspecto funcional	86
VII	GRUPO III. <i>Vasos con elementos accesorios duplicados y mixtos</i>	87
	1. Vasos ovoides con doble mango	87
	2. Con doble asa-vertedero	89
	3. Vasos mixtos de mango y asa-vertedero	90
	4. a) Con doble pitorro troncocónico	90
	4. b) Con doble mango troncocónico	94
VIII	GRUPO IV. <i>Vasos, vasijas, cuencos y cazuelas desprovistos de elementos accesorios</i>	99
	1. Vasos y vasijas de fondo cónico	100
	2. Vasos y vasijas de perfil oval	101
	3. Semiesféricos y de casquete	104
	4. Cuencos y cazuelas	109
	5. Piezas decoradas	109
	Pormenores técnicos	114
	a) Colores	114
	b) Perfil y decoración de los bordes	114
	c) Frecuencia de los tipos	114
IX	GRUPO V. <i>Vasos, vasijas y ollas provistos de mamelones</i>	115
	1. Vasos, vasijas y ollas con mamelones y agarraderos en el borde	115
	2. Vasijas ovales y semiesféricas con mamelones en pared	116

3.	Cuencos con protuberancias mamelonares por hueco digital	121
4.	Vasos ovoides y piriformes con agarraderos de oreja	124
	Pequeños técnicos	127
	a) Color	127
	b) Bordes	129
X	GRUPO VI. “ <i>Diversos</i> ”	131
	1. Hondillas y platos	131
	2. Cucharas	134
	3. Pocillos. Lámparas?	136
XI	<i>CERAMICA DECORADA</i>	139
	1. Técnicas decorativas	139
	a) Incisa	139
	b) Seudoexcisa	139
	c) Unguicular	139
	d) Punteada excisa	140
	e) Acanalada	141
	f) Rayada	141
	g) Modelada	141
	2. Técnicas combinadas	141
	3. Temas decorativos	141
	4. Decoración y tipo	143
	5. Dispersión de la cerámica decorada	143
XII	<i>DISTRIBUCION DE GRUPOS. YACIMIENTOS Y AJUARES</i>	147
	1. Areas Norte, Sur y Oeste	147
	2. Area de Las Cañadas del Teide	151
	3. Proporción entre los grupos y distribución por zonas	153
	4. Tipos de yacimientos	154
	a) Cuevas de habitación	155
	b) Cuevas sepulcrales	155
	c) Escondrijos	155
	5. Ajuar cerámico	156
	6. Cuencos de madera	159
XIII	<i>TRANSICION Y TRADICION</i>	161
	1. Origen de las formas	161
	2. Transición	163
	3. Consideraciones etnológicas	168
	4. Paso a la nueva alfarería	169
XIV	<i>CUESTIONES DE ORIGENES Y CRONOLOGIA</i>	179
	Conclusiones	190

INTRODUCCION

Ya planeado este ensayo acerca de la industria cerámica de Tenerife, han sido varios los motivos de preocupación surgidos tanto al principio como a medida que el trabajo avanzaba. Los primeros se referían al complejo problema de la tipología; más que nada, qué se debe entender por tipología y si son totalmente válidas cuantas formulaciones teóricas y realizaciones prácticas se han puesto en juego a la hora de ordenar un sistema tipológico.

En segundo lugar venían aquellas cuestiones referidas concretamente a Canarias, de donde siempre estuvieron ausentes los tipólogos. Otro motivo de preocupación era el trabajo mismo en que estábamos empeñados: si en realidad podía encuadrarse dentro de los sistemas tipológicos al uso o, por el contrario, debía considerarse como un ensayo sin mayores pretensiones.

Vacilaciones, dudas y problemas muy pocas veces planteados, entre los cuales no eran los de menor categoría el cultural, el cronológico, el de los orígenes y el de la frecuencia y dispersión de los “tipos”.

Esta introducción acumula demasiada carga crítica para que al mismo tiempo se proponga resolver tanto problema. Pretende airear un hecho arqueológico escasamente conocido tanto dentro como fuera de las islas. Se trata, en suma, de una toma de contacto con un tema concreto, con la esperanza de que pueda servir de estímulo para otros trabajos llevados, de seguro, con más fortuna que el presente.

La cuestión tipológica lleva implícitos muchos elementos informativos, muchas teorías y, cómo no, abundantes tesis de carácter eminentemente personal. Tal como está la cuestión, no es posible presentar un sistema cerrado y unos métodos de trabajo fijos y rigurosos. Esto hace que el tema se presente inseguro desde el principio y que derive, a pesar de la buena disposición de los tipólogos, hacia un terreno inevitablemente polémico.

No se le puede otorgar a una tesis —en este caso tipológica— un valor absoluto e incontestable, cuando se sabe que la misma ha sido levantada sobre cimientos en gran parte subjetivos o se ha elaborado a partir de una estimación puramente personal, como ocurre en casi todas, incluso en la que ahora mismo nos disponemos a formular. Frente a los mismos “tipos”, y a la hora de la clasificación, cada tipólogo puede

darnos esquemas distintos, el “suyo”. Y esto ocurre con alarmante frecuencia. Por consiguiente, pueden elaborarse tantos esquemas tipológicos como tipólogos emprendan la tarea, lo cual ya constituye un serio motivo de inquietud.

Estos peligros, por muy buena voluntad que se haya puesto en soslayarlos, se van a correr en el presente ensayo. Honestamente descubriremos sus fisuras cada vez que sean advertidas. A pesar de los cuidados puestos, puede ocurrir que se caiga en lo mismo que se trata de evitar, lo que podría achacarse, como descargo, más a defectos de método que a vicios y carencias del tipólogo.

Todo objeto suficientemente identificado y definido supone un “tipo” del cual se deriva una función. Se ha fabricado “así”, de “esta forma”, y no de “otra”, porque la función es precisamente “ésta” y no “otra”. Por consiguiente, “morfología” y “actividad” se correlacionan. Esto parece estar claro.

La mente concreta, supuestamente rectilínea y práctica —incluso en la esfera de lo mágico— del hombre primitivo, concibe el instrumento pensando en un servicio asimismo concreto y especializado. En este caso, no caben ni se conciben los entretenimientos, los caprichos ni las fantasías. Tampoco las innovaciones repentinas, que vendrían a significar una ruptura con las formas y técnicas tradicionales. Puede, sin embargo, admitirse variantes y, sobre todo, los descuidos consecutivos a la torpeza manual del fabricante del utensilio o instrumento. O a otras circunstancias ajenas, achacables tanto a la materia empleada como al que la maneja. El que algún instrumento muestre, por ejemplo, determinados detalles suntuarios, de ornamentación o de cuidadoso y hasta refinado acabado, no va en detrimento del “tipo” y menos de la “función”, ya que la parte verdaderamente “activa” del útil sigue conservando las características propias del por algunos tipólogos llamado “fósil director”, y que nosotros preferimos llamar “modelo director”.

Por lo que respecta a la cerámica, podrá haber un vaso de menor altura y de mayor diámetro de boca que otro; borde en ojiva o en bocel, mango más o menos robusto, asa-vertedero más o menos ensanchada, etc. Se trata de detalles técnicos que pueden producir variantes morfológicas, pero insuficientes para alterar radicalmente las bases tipológicas. A pesar de dichos detalles, “tipo”, “función” y “utilidad” siguen manteniéndose fijos e inalterables.

Parece, pues, natural que a la vista de un instrumento o utensilio lo primero que se intente sea su definición. Está admitido que ésta puede ser “morfológica” y al mismo tiempo “funcional”. También cabe otra dirección: partir de la supuesta función para llegar a la descripción del instrumento.

En realidad se trata de una actitud muy vieja, anterior a todo virtuosismo tipológico; la misma que, por ejemplo, ya siguió Hooton hace más de cuarenta años, precisamente ante materiales arqueológicos cana-

rios, entre los cuales se hallaba incluida la cerámica. Primero describe el objeto partiendo de la forma para deducir de ahí el seguro o supuesto "uso" del mismo. Es lo más que a veces puede hacerse, y es lo que normalmente se sigue haciendo, aunque en muchos casos sobre supuestos tan atrevidos como arriesgados.

En esta operación juega el tipólogo con demasiados factores subjetivos, aunque haya tratado de evitarlo y tendido honestamente a la formulación de una descripción empírica. La consecuencia inmediata de esta actividad debe ser, llana y sencillamente, la identificación del "tipo".

Pero tanto en uno como en otro caso, son muchos los peligros que acechan. El tipólogo, "hombre moderno", "de su tiempo", por muy avezado que esté en tareas de clasificación, parte de "sus supuestos", que pueden no ser, y hay que creer que no son los mismos de que partió el hombre prehistórico, a su vez inmerso en "su tiempo", que fue otro y distinto del nuestro.

Otra cuestión tiene contornos más materiales y concretos. La función y utilidad del objeto pueden variar no sólo con el tiempo, sino con el empleo y sustitución de unos materiales por otros. Pero, en cerámica, este problema queda más limitado. También puede darse el caso de que el mismo objeto tenga una doble función, y sin embargo, el tipólogo no dispondrá más que de un nombre para designarlo y de un esquema formal para describirlo. En tales circunstancias, es aconsejable prestar atención a hechos extrafactoriales, que ya no tienen la misma efectividad, pero que bastan para alterar los conceptos funcionales. Tampoco esta cuestión presiona con excesivo rigor tratándose de la cerámica. Hay que prestarle mayor atención cuando se trata de otras industrias.

Raras veces un objeto aparece en solitario, sino que lo corriente es que se halle integrado en un conjunto representado por industrias diversas. Cada elemento componente de este conjunto se expresa con su propio lenguaje, y de la traducción del mismo puede deducirse, antes que nada, el tipo de yacimiento de donde procede: habitación, cocina, conchero —donde el objeto tiene valor de útil—, sepultura —donde tiene el valor de ofrenda—, etc. En el segundo caso, al objeto, al "utensilio" se le ha dado otro destino, un "destino superior", expresado claramente por la ofrenda funeraria, que lo convierte en "objeto-símbolo". El útil, el instrumento ha invadido la esfera religiosa, y si morfológicamente sigue siendo lo que era, su función ya no es la misma.

Este hecho se da en la cerámica de Tenerife. Un vaso puede aparecer en el fondo de una cueva de habitación o en un escondrijo pastoril, formando parte de un ajuar típicamente doméstico. Pero si forma parte de las ofrendas dejadas al muerto, ya se integra en un ajuar funerario.

Volvamos ahora a detalles esencialmente factoriales. Hemos convenido que los pequeños detalles no afectan sustancialmente al "tipo". Las variedades del "tipo" arrancan de circunstancias morfológicas o estructurales más significativas, muchas veces ajenas al rigor técnico

y con frecuencia producto del azar. Pero como no es posible averiguar las razones por las que el fabricante se aleja de las normas establecidas y menos cuando el azar interviene en la obra, al tipólogo corresponde la tarea de diferenciar los tipos, de identificarlos, si se propone hacer una clasificación.

La intencionalidad técnica, la rigurosa observancia de todas y cada una de las fases de fabricación, la perfección de la obra y la habilidad manual del fabricante, no podrán hacer que todas las piezas producidas sean iguales. Contrariamente, la falta de habilidad, los defectos propios de la materia prima utilizada, los criterios de economía en la producción de un útil, los factores imprevistos, las ideas personales, aún reconociendo la existencia de la intencionalidad técnica y la voluntad de someterse a las normas establecidas, pueden conducir a una manifiesta diversidad morfológica. Es decir, que la tecnología puede ser, considerada con rigor, un serio obstáculo, una no leve complicación para el trabajo del tipólogo. Hay quien se decide por complicar más las cosas y quien trata, con muy buen criterio, de simplificarlas.

Entonces debe admitirse que todo sistema tipológico está cargado de deficiencias. Tanto se puede pecar por defecto como por exceso. No es aconsejable dejar de incluir tipos a veces únicos por motivos de su misma singularidad, rareza o escasez. Cuando no son suficientes los apoyos morfológicos, habrá que recurrir a los funcionales, pero esto puede traer como consecuencia inmediata la inclusión de tal instrumento dentro de un grupo que no le corresponda. La identidad de funciones no puede esgrimirse como argumento decisivo. Pero también puede ocurrir que, a causa del excesivo celo del tipólogo por la exactitud en la denominación, se le dé a la pieza rara un nombre que no se ajuste a la realidad funcional de la misma. No estará nunca clara la línea divisoria a la hora de nombrar, tanto si se parte de la forma como de la función.

Por consiguiente, el exceso puede afectar tanto a lo tipológico como a la terminología. Esto de la terminología es una cuestión que está reclamando moderación y austeridad. La agudeza y los malabarismos de ciertos tipólogos son ilimitados. De ahí viene la prolijidad, pues al caer en la desmedida consideración del detalle mínimo —muchas veces ocasional— y sobrevalorarlo a la hora de la clasificación, se hace necesario ajustar denominación, tipo y, a ser posible, función. La operación es sin duda delicada y en ella puede originarse una inevitable dispersión. Acertar con la denominación es cuestión muy importante.

Otro hecho que vale destacar. En este espinoso quehacer clasificatorio inciden demasiados factores subjetivos. a veces agravados por estimaciones personales no del todo justificadas. También para este caso siguen siendo válidas las normas que aconsejan moderación y simplificación.

Cierto que todos estos peligros ya han sido repetidamente señalados, si bien con poco éxito. J. Tixier estima que es arriesgado imaginar

el empleo de un objeto partiendo de su fabricación, como pasar de la prehistoria tipológica a la prehistoria funcional (*). Por otro lado, H. Camps Fabrer (***) señala el peligro de atribuir un empleo definido y riguroso a un tipo de útil que puede tener varios usos.

Las citas podrían ser mucho más numerosas. Como trabajo sobre tipología es de mucho valor la obra de Ignacio Barandiarán (***).

Con tan fundados temores se ha acometido este ensayo de clasificación de la cerámica de Tenerife. Ahora refirámonos a las motivaciones del mismo.

Durante muchos años hemos estado acariciando la idea de acometer el estudio tecnomorfológico de la cerámica prehispanica. Normas de prudencia por un lado y la fundada sospecha de que aún quedaban cosas por saber y por descubrir, fueron aplazando el propósito.

En efecto, no era prudente ni aconsejable adentrarse en el estudio de un tema para cuya justa y correcta elaboración faltaban muchos puntales sustentadores. Esa carencia de elementos de sustentación y, por consiguiente, de información, han hecho que se retrasara un trabajo que, de haber salido antes, hubiese puesto al descubierto muchas lagunas. No es que hoy no las tenga, pero acaso sean menos y menos notadas.

Quien se decida a la lectura de este ensayo de clasificación tipológica de la cerámica de Tenerife, advertirá el compromiso científico y la obligación moral que sobre nosotros recae.

Cuando iniciamos la investigación arqueológica de la isla, los ejemplares cerámicos entonces conocidos eran escasos, muchos de ellos estaban confusa o equivocadamente localizados y ninguno venía avalado por documentación útil respecto al yacimiento de donde procedía. Este material, en Tenerife, se agrupó en las vitrinas del Museo Municipal, de la Capital, y a él tuvieron acceso Abercromby y Hooton, los primeros que con rigor científico se ocuparon de la cerámica primitiva de Canarias.

En el curso de nuestra investigación advertimos las extraordinarias posibilidades que ofrecía el tema. Eran muchas las novedades y numerosos los hallazgos de piezas enteras que posibilitaban la identificación de tipos y la consiguiente formación de series. Aún así, seguimos manteniendo una actitud de prudente espera.

Mientras tanto, yacimientos y descubrimientos cerámicos iban configurando y delimitando muy concretas áreas arqueológicas. Gracias a ello, no sólo se sentaban las bases para la elaboración del mapa arqueológico de Tenerife, sino de un modo particular del mapa cerámico de la isla.

* TIXIER, J.—*Typologie de l'Épipaléolithique du Magreb*, M. du C. R. A. P. E., Alger, t. II, A. M. G., París, 1963.

** CAMPS-FABRER, H.—*Matière et art mobilier dans la Préhistoire Nord-Africaine et Saharienne*, Mémoires du C. R. A. P. E., Alger, t. V, A. M. G., París, 1966, pág. 48.

*** BARANDIARÁN MAESTU, Ignacio.—*El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. Bases para una sistematización tipológica del instrumental óseo paleolítico*. Tesis doctoral. Monografías Arqueológicas, III. Sem. de Prehis. y Protohis. de la Facultad de F. y L., Zaragoza, 1967.

IDEM.—*Sobre tipología y tecnología del instrumento óseo paleolítico*, "Cesarugusta", Pub. del Sem. de Arque. y Numis. Aragonesa, 29-30, Instituto "Fernando el Católico", C. S. I. C.—Zaragoza, 1967.

En tantos años de labor, acaso la adquisición más valiosa ha sido la de haber podido relacionar los hallazgos cerámicos con los yacimientos de procedencia y, como es lógico, con el tipo concreto de yacimiento: cueva de habitación, gruta sepulcral, abrigo, refugio y escondrijo. Últimamente, ha sido la estratigrafía cerámica la que nos pone en camino de fijar secuencias culturales, no entrevistas hasta ahora.

Durante todo ese tiempo de espera hemos ido acumulando material e información de primera mano, siempre con la idea de ofrecer, en momento oportuno, una panorámica lo más ajustada y coherente posible de la cerámica guanche. Más de trescientos yacimientos con cerámica es una buena información para el estudio de los tipos y la dispersión de los mismos. En piezas enteras hemos aportado el 51 por ciento de las colecciones hoy accesibles en los museos, y el 98 por ciento de la cerámica fragmentada, material que, en gran parte, se incorpora hoy también a este estudio.

Al llegar a este punto creemos pertinente hacer algunas levísimas reflexiones. Como verá el lector en algún pasaje del texto donde se habla de la formación de las colecciones cerámicas hoy existentes, Abercromby y Hooton sólo dispusieron para su trabajo en Tenerife de unas cuarenta piezas enteras. No manejaron ningún fragmento. Un cuarto de siglo después, el panorama cerámico no había cambiado. Si algún estudioso se hubiese decidido a trabajar en dicho tema habría tenido que apoyarse en el mismo material en que se apoyaron Hooton y Abercromby. Esto es lo que nosotros encontramos. Hoy, por el contrario, se dispone de un material tan rico en número como en calidad y de una información suficiente como para entrar en el tema con cierta soltura y confianza. Las nuevas generaciones estudiosas van a ser más afortunadas que lo que nosotros fuimos. Van a recolectar, sin mayor esfuerzo, la siembra que otros realizaron.

Todo el material por nosotros aportado estaba en gran parte inédito, lo mismo que el estudio que se había hecho tanto desde el punto de vista tecnomorfológico como arqueológico y etnológico. Sin embargo, al publicarlo ahora, lo hacemos con el temor de que todavía sea prematuro. Nos consuela pensar que si no puede ser un estudio exhaustivo, sea por lo menos una honesta aportación al tema.

Hemos seguido un método lo más simple posible. La clasificación se apoya en grupos, y dentro de cada uno se separan las que hemos estimado variantes tipológicas. Sólo citamos la denominación genérica de **gánigo**, que, por lo que sabemos de esa voz aborígen, designaba al recipiente de cerámica destinado a contener líquidos. Para la denominación de piezas empleamos nombre modernos, muy concretos cuando la identificación no ofrecía dudas.

Así y todo, se podrán hacer bastantes reparos a nuestro trabajo. Nosotros mismos se los hacemos. Esto quiere decir que estamos dis-

puestos a admitirlos con el mejor talante. La infalibilidad no rige para estos menesteres.

No pretendemos haber concluido y cerrado un sistema tipológico al uso. Nos contentamos con que sea un sencillo instrumento de trabajo. Como tal, se ha hecho la ordenación que hemos creído más lógica desde nuestro particular punto de vista. Tanto la parte expositiva como informativa es de primera mano.

La parte gráfica se ha cuidado con estudiada generosidad. Si se ha leído todo cuanto hemos venido diciendo con relación al aspecto factorial y técnico y a las variantes y vacilaciones tipológicas, se comprenderá este seguro apoyo en la exacta reproducción del objeto. Cuando se ha estimado necesario, se ha dado en perfil y en escorzo para que se apreciaran mejor sus particularidades técnicas.

Los dibujos se han hecho a tamaño natural, y se reproducen con las reducciones que se indican. Para los perfiles hemos utilizado los rectificadores metálicos de perfil, y en las grandes vasijas, la culebra perfiladora de ánima de plomo. Hemos manejado, asimismo, un calibrador normal y otro de 50 cms., hecho exprofeso.

Las colecciones manejadas se citan con las siguientes siglas: MAT= Museo Arqueológico de Tenerife; MIH= Museo del Instituto de Estudios Hispánicos; CP= Colecciones particulares.

Al final del estudio de cada Grupo, se encontrará una nota con los números de las figuras intercaladas en el texto y en qué colección se encuentra cada pieza. En el pie de las láminas fuera de texto, las siglas respectivas indicarán la colección donde se encuentra la pieza reproducida.

No queremos dar fin a esta introducción sin expresar nuestro agradecimiento a todos cuantos han facilitado nuestro trabajo:

A la Dirección del Museo Canario, de Las Palmas de Gran Canaria, y de un modo especial a don José Naranjo.

A la Dirección del Instituto de Estudios Hispánicos, del Puerto de la Cruz, que puso a nuestra disposición sus colecciones.

A don Antonio Mederos y a don Adalberto Benítez, que nos permitieron tomar los perfiles y fotografiar las piezas de su propiedad.

A otros coleccionistas particulares, que no quieren ser citados, pero a quienes les estamos muy agradecidos por las facilidades dadas.

Finalmente, al Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, Presidente y Consejeros, que han hecho posible la publicación de este trabajo.

Luis DIEGO CUSCOY

Santa Cruz de Tenerife, 25 de febrero de 1971.

I

ANTECEDENTES, COLECCIONES Y ESTUDIOS ACERCA DE LA CERAMICA DE TENERIFE

1. Primera colección

Referencias a la cerámica prehispánica de Tenerife las encontramos dispersas en todas las fuentes que, a partir de la conquista de la isla, hablan de la población aborígen, de sus hábitos, formas de vida y bienes de que disponían. Por los viejos cronistas y antiguos historiadores tenemos noticia de la existencia de la cerámica, que se da a conocer como utensilio muy común, como ejemplo de una artesanía primitiva o como pieza insustituible en el ajuar doméstico indígena.

Esta situación, que no rebasa los límites de una simple nota informativa, se mantiene casi sin variación hasta bien entrado el siglo XIX. Berthelot, cuando se refiere a la industria guanche, dice que, entre otros utensilios, figuraban las vasijas de arcilla o labradas en madera dura (1). En el catálogo de los diferentes dialectos de los antiguos habitantes de Canarias, bajo el epígrafe de "Vestidos y utensilios", incluye la voz "gánigo", citada por viejos historiadores, pero que difundió Viera y Clavijo en el siglo XVIII como voz única para designar a las vasijas de barro fabricadas por el guanche (2). Con esas breves noticias y con esa solitaria denominación se cerraba el capítulo de la cerámica, no sin que alguna vez se le añadieran detalles pintorescos o sencillamente fantásticos. El propio Berthelot nos da una buena muestra. Al referirse a un pequeño "gánigo" de color rojo, fina labor y cuidado pulimento, añade que lo usaban las indígenas para llevarlo a modo de zarcillo o como colgante de un collar (3).

También resulta curiosa aquella etiqueta que copió Hooton y publicó al pie del número 31 de su breve catálogo de la cerámica existente entonces en el Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife: "Ganiguitos usados por los guanches como símbolos o signos de compromiso matrimonial, que eran rotos por los sacerdotes cuando por alguno de los

1 BARKER-WEBB, P. et BERTHELOT, Sabin.— *Histoire Naturelle des îles Canaries*, Tom. Prem. 1ère. Partie. Contenant l'Ethnographie et les Annales de la Conquête. París, 1842. pág. 132.

2 Idem, pág. 186.

3 BERTHELOT, Sabin.— *Antiquités Canariennes*, Plon, París, 1879, pág. 236. Reproduce el vasito en la lám. 14, fig. 3.

cónyuges se entabla y era llevado a efecto el divorcio entre ellos" (4). Esta curiosa etiqueta, ya amarillenta, llegamos a leerla todavía al pie de una pequeña vasija que, por añadidura, no era industria primitiva ni siquiera pertenecía a la alfarería tradicional tinerfeña.

Pero entre las más antiguas referencias a la industria cerámica y los primeros trabajos metódicos, aunque forzosamente confusos e incompletos, se produjo en Tenerife un hecho verdaderamente importante: la actividad de un grupo de hombres entusiastas que se agruparon alrededor del Dr. Juan Bethencourt Alfonso, a los que hay que considerar como creadores y animadores del Gabinete Científico de Santa Cruz de Tenerife. Al calor de este grupo se reunieron muchos colaboradores dispersos por toda la isla. Entre todos fueron reuniendo los primeros fondos del Museo Municipal de la capital de Tenerife. Esta actividad ya era muy pujante en el último tercio del siglo XIX. Don Manuel Rodríguez dona en 1879 una vasija procedente del Barranco de Juan Andrés (Arico), y don Miguel Fumero de León aporta otra en 1881, procedente de la Cuesta de Mata Asnos, también del municipio de Arico.

Gracias al equipo de Bethencourt Alfonso y a estos donantes —que en muchos casos serían los descubridores de las piezas— se comenzó a formar la primera colección de cerámica indígena con que iba a contar la isla. Por otro lado, el mapa cerámico de Tenerife iba colocando sus jalones, sobre todo por lo que respecta a determinadas comarcas del Sur, de donde procedía Bethencourt Alfonso. Arona, San Miguel de Abona, Granadilla, Adeje, Arico tienen una mayor representación, pues muchas piezas de las que no ha quedado consignado su lugar de procedencia, por sus donantes se ha podido adscribir a alguna de aquellas localidades. (5).

2. Los trabajos de Abercromby y Hooton: errores y confusiones

Dicha colección, con tantos afanes reunida, es a la que tuvieron acceso Abercromby y Hooton; el primero, de una forma nueva y casi exhaustiva para el tiempo en que se hizo (6), y el segundo, siguiendo las huellas de su antecesor y aprovechando muchos de sus materiales, no

4 HOOTON, Earnest A.— *The ancient Inhabitants of the Canary Islands*.—Harvard University, Cambridge, Mass., 1925, pág. 29.

5 Desea el autor consignar los nombres de algunos que contribuyeron a tan meritoria tarea. ADEJE: Manuel León; ANAGA: Rosendo García Ramos; ARICO: Manuel Rodríguez, José Reyes Martín, J. Bethencourt, Miguel Fumero, Eladio Alfonso; ARONA: J. Bethencourt; CANDELARIA: J. Bethencourt y José Hugo Hernández; CAÑADAS: Rosendo García Ramos; FASNIA: J. Bethencourt; GRANADILLA, J. Bethencourt; GUIA DE ISORA, Juan Bethencourt y Rafael Sobemarte; LA GUANCHA, J. Bethencourt; SANTIAGO DEL TEIDE, Bartolomé Belza y Carlos y Gregorio Peña Hernández; SANTA CRUZ DE TENERIFE, Salvador Padilla; SAN MIGUEL, J. Bethencourt, Eladio Alfonso y Elicio Lecuona. Para otras zonas no especificadas, donaron piezas Alfredo Delgado Taborante, Juan Bethencourt y Eladio Alfonso.

6 ABERCROMBY, John.— *The Prehistoric Pottery of the Canary Islands and its makers*, en "The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland", vol. XLIV, London, 1914, págs. 302-323.

sólo informativos, sino gráficos (7). Fueron los primeros en catalogar y publicar la cerámica de Tenerife —además de otras islas—, y ambos tuvieron acceso a un mayor número de datos —Fetapodón (Güímar), Hoya Fría (San Miguel), costa de Granadilla, Cueva de Machín (Arasa), Higuera de Indias (Adeje)—, datos que por avatares y trasiegos de los materiales reunidos, se fueron perdiendo o trastocando.

Así y todo, ya encuentran piezas “sin etiqueta”, como lo consigna Hooton, al lado de otros datos que no nos han llegado, como el que acompaña a una vasija: “Encontrada a principios del siglo XIX en San Miguel de Abona, Tenerife” (8). Y ante una vasija con la referencia de “Icod, Tenerife, en el Malpaís”, añade este interrogante: “Fuerteventura?”. Duda que más de una vez nos ha asaltado frente a piezas componentes de las antiguas colecciones, pues en muchos casos la etiqueta y el tipo cerámico se contradecían.

Abercromby y Hooton señalan, sin ninguna reserva, una aprovechable dirección, teniendo en cuenta la época en que elaboraron sus trabajos. Once años separan la obra del primero de la del segundo y, sin embargo, éste tiene que apoyarse en los datos y materiales —sobre todo en los materiales— que manejó Abercromby, lo que revela un manifiesto estatismo en las colecciones, no enriquecidas por aportaciones nuevas. La intrepidez y desvelos del equipo del Dr. Bethencourt ya se habían desvanecido. Manos extrañas, al no cuidar la colocación de las etiquetas con el cambio de lugar de las piezas, dieron origen a errores y confusiones.

Ambos investigadores las sufren. Abercromby, en la lám. XXXII, número 101, atribuye a Tenerife una pieza que pertenece a Fuerteventura, error en el que cae Hooton con el número 14 de la lám. 7. Abercromby, número 98, atribuye a Tenerife una pieza de La Gomera, y en el número 94 da como prehispánica una vasija que pertenece a la alfarería tradicional de Tenerife. El número 95 también la atribuye Abercromby a Tenerife, aunque debe ponerse en duda esta atribución por la decoración que la ornamenta.

Por su parte Hooton da como de Tenerife el número 2 de la citada lám. 7: se trata de una vasijita de forma globular, con cuello, de color ladrillo —la hemos podido examinar—, superficie lisa, sin brillo, y paredes de poco espesor. Parece hecha a torno. De no ser de importación moderna, habrá que pensar en una obra salida de un alfar radicado en Tenerife que produce formas extrañas a las tradicionales. El cuenco número 10 tampoco es guanche. Es forma que han venido repitiendo hasta nuestros días las alfareras de la isla: se trata de una cazuela provista de agarraderos —no son asas ni mamelones— aplastados, de sección rectangular e implantados oblícua o perpendicularmente a la panza.

7 Op. cit., plat. 7.

8 Op. cit., nota correspondiente a la pieza núm. 23 del Catálogo de Hooton, pág. 29.

En ambos es interesante la aportación que hacen al estudio técnico de la cerámica guanche, al análisis de sus formas y a la decoración, como, sobre todo, hace Abercromby con el número 96 (núm. 12 de la lám. 7 de Hooton), que figuraba con el número 512 en el antiguo Catálogo del Museo Municipal. Es la pieza que publicamos ahora en la lám. LIV, asignándole la misma procedencia señalada por Abercromby y Hooton, Higuera de Indias (Adeje), pues cuando pasó del Museo Municipal al Arqueológico tenía una etiqueta que la localizaba en Güímar. Hooton analiza la decoración —incisa, con unguilaciones, surcos e impresiones digitales—, el color y la ornamentación del borde.

3. *Tipos conocidos*

Las colecciones de que dispusieron y publicaron dichos autores constituyen un repertorio que, con las salvedades de rigor, resume la tipología cerámica de Tenerife. Casi podría decirse que lo que ahora queda por hacer es poner al día, a la luz de los nuevos conocimientos y adquisiciones, esta importante parcela de la arqueología de Tenerife.

En efecto, Abercromby conoció el vaso de mango cilíndrico con su variedad de tipos (Grupo I de nuestra clasificación), el de asa-vertedero o pitorro, aunque no con todas sus variantes tipológicas (Grupo II nuestro), una buena serie de cuencos simples (Grupo IV) y muestras de cerámica decorada que, cuando existe, dice, es de gran sencillez y se reduce a líneas incisas. Desconoció las demás técnicas decorativas. Como se ve, careció de la suficiente documentación no sólo en cuanto a decoración —cuyo conocimiento aun estamos haciendo, como lo revelan los últimos descubrimientos—, sino en cuanto a tipos que hoy nos son bien conocidos y a los accesorios que definen a algunos.

Y si en ambos autores son de destacar sus excelentes técnicas de trabajo —Hooton apuntaba, además, hacia la antropología cultural, siendo, como era, un antropólogo físico—, se descubre en ellos más el afán de hacer acopio de documentos que en profundizar en el tema. Por ejemplo, Hooton midió y dibujó las piezas del Museo Municipal, pero por cortesía del Royal Anthropological Institute de Londres, utilizó las fotos hechas por Lord Abercromby. En la lám. 7 sólo están representados los Grupos I y IV. Son de más utilidad sus notas descriptivas. Así y todo, la aportación de Hooton al tema es escasa.

Las confusiones que sufrieron ambos revela el desconocimiento, en detalle y en conjunto, de la cerámica de Canarias. No sólo hay piezas incorrectamente descritas, sino ignoradas, a pesar de tenerlas a mano. Pero así y todo, son los únicos antecedentes de valor que hoy podemos manejar a la hora de historiar nuestras colecciones de cerámica y los estudios hechos acerca de la misma.

4. *Material de que dispusieron Abercromby y Hooton*

Si hemos de guiarnos por el estudio de Abercromby y el Catálogo de Hooton, se llega a la conclusión de que no dispusieron de más de

cuarenta piezas. Treinta y una registra Hooton, y entre ellas hay tres que no proceden de Tenerife y por lo menos otras tres no primitivas, es decir, no de manufactura guanche, aunque sí salidas de viejos alfares isleños.

Treinta años después de que Hooton trabajara en el Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife, el número de piezas custodiadas en dicho Centro no pasaba de cuarenta. El pequeño incremento se había producido por donaciones particulares.

Pero el incremento de piezas no significó una aportación nueva a la tipología cerámica de la isla. El cuadro tipológico que vimos presentado por Abercromby seguía inalterable. Y si en el año 1955 se hubiese intentado un estudio de la cerámica de Tenerife basándose en las colecciones del Museo Municipal, no se hubiese podido hacer ni decir más de lo que Abercromby publicó en 1914 y Hooton en 1925.

Por otro lado, ni el inglés ni el norteamericano tuvieron a su alcance fragmentos cerámicos, valioso elemento de apoyo para el conocimiento de unas técnicas tanto factoriales como decorativas. Pensemos también en la importancia de este material para la identificación de los distintos tipos.

Ni siquiera Hooton supo aprovechar el material fragmentado descubierto en el curso de una expedición a Guía de Isora, en el verano de 1915.

Además del material visto por este investigador en el Museo Municipal, pudo conocer una vasija del Grupo I en la Colección de Villa Benítez y otra del mismo tipo en casa del farmacéutico del Puerto de la Cruz, don Ramón Gómez.

5. La exploración arqueológica y la cerámica

Entre los años 1941 y 1945, el autor inicia una metódica exploración de la isla. De las experiencias obtenidas se pasa a un plan más ambicioso, que tendría ocasión de desarrollar a lo largo de los años siguientes. Inicialmente se eligieron algunas zonas costeras del norte de la isla —Tacoronte, El Sauzal, La Matanza, Puerto de la Cruz, Los Silos, Buenavista, Punta de Teno—, de donde se pasó gradualmente a las zonas medias para alcanzar finalmente áreas de alta montaña.

En ningún texto, hasta entonces, se había hablado de cuevas de habitación como tal yacimiento arqueológico. Eran, sin embargo, suficientemente conocidas las sepulcrales. Pero como consecuencia de las exploraciones efectuadas en la costa primero y en la montaña después, y de las excavaciones llevadas a cabo, pudo el autor, por primera vez, añadir dos tipos de yacimientos perfectamente diferenciados: la cueva de habitación y los abrigos y refugios semiconstruidos, estos últimos propios de los paraderos pastoriles de montaña. Por consiguiente, en cuanto a yacimientos, dos nuevos tipos se incorporaban a la arqueología tinerfeña.

Resultado de aquel trabajo fue la obtención de datos tan abundantes como variados que se dieron a conocer a modo de noticia más que de estudio, y donde, junto al yacimiento, se enumeraban los materiales y conjuntos propios del mismo (9). Ya en aquellas publicaciones iniciales aparecen algunas novedades cerámicas: mangos y fragmentos decorados (10), mangos troncocónicos, cuencos con mamelones, más fragmentos decorados incisos y pseudo-incisos, asas-vertederos de variados tipos, un vaso globular, más cerámica decorada, ahora en Las Cañadas del Teide, y la gran variedad de técnicas decorativas, también por primera vez adscritas a un yacimiento del Barranco Cabrera (El Sauzal) (11).

Los nuevos descubrimientos despiertan el interés por un tema poco menos que marginado durante largos años. Y la simple noticia arqueológica del momento estimula a los estudiosos.

Como consecuencia de un viaje de estudios a Canarias, donde tomé contacto con los materiales recién descubiertos, especialmente con los cerámicos, Martínez Santa-Olalla se refiere de un modo concreto a los vasos procedentes de yacimientos de Las Cañadas en un breve trabajo acerca de la cerámica a la almagra. De esta cerámica señala la dirección Egeo-Mediterráneo y su dispersión por la península hispánica, sur de Francia, partes de Italia continental e insular, norte de Africa, Túnez, Marruecos y Sáhara español. Dicho autor encuentra paralelismos entre los vasos con pitorro de Las Cañadas, neolíticos, y los de Chipre (Vunus, Lapithos). Estima que los de Tenerife vendrían a ser la última consecuencia no sólo en forma y función, sino casi en técnica (12). El trabajo constituye el primer intento de filiación de los vasos con asa-vertedero.

En 1949 Serra Ráfols se ocupa de las vasijas canarias con asa-vertedero. Analiza algunos detalles técnicos, como el del pitorro, que cree podría ser una consecuencia del mango macizo. Ilustra su trabajo con dos vasos, uno con pitorro que arranca del borde y otro semiesférico con doble pitorro (13).

En ese mismo año, un breve trabajo del autor resume las técnicas decorativas y los temas más frecuentes en la cerámica de Tenerife. Son objeto de cita y consideración las técnicas incisa, excisa y acanalada. Se da a conocer un cuenco de la Cañada de la Mareta, decorada con una banda paralela al borde y en la que se alternan las incisiones verticales y horizontales. Como ritmo decorativo, es el primero que se publica. Más tarde, y gracias a otros descubrimientos, se veía que es tema

9 DIEGO CUSCOY, Luis.— *Excavaciones Arqueológicas en Tenerife (Canarias)*. Plan Nacional 1944-1946. Infor. y Mem. de la Com. Gen. de Exca. Arqueológicas, Madrid, 1947.

10 Idem, págs. 11-30, figs. 1 y 2.

11 Idem, figs. 5, 13 y 19, y Lám. II, V, VI, XIII y XIV.

12 MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, Julio.— *La fecha de la cerámica a la almagra en el neolítico hispano-mauritano*. Cuadernos de Hist. Prim., Madrid, 1948, págs. 95-112 (Ver recensión de L. D. C., en Revista de Historia, núm. 97, La Laguna, 1952).

13 SERRA RÁFOLS, Elías.— *Asas-vertederos canarios*, Crónica del IV Con. Arqueo. del Sudeste Español, Cartagena, 1949, págs. 125-128, figs. 5-7.

frecuente (14). Tempranamente, como se ve, se dispone de datos acerca de la cerámica decorada, se va perfilando su área de dispersión en la isla y se relaciona estrechamente con el yacimiento de procedencia (15).

La primera preocupación etnológica en relación con la cerámica la expuso el autor en un trabajo donde ya es posible ver conjuntos de asas y vasos enteros de tipo diverso (16).

Merced a la exploración de áreas nuevas y a la excavación de yacimientos, el conocimiento de la cerámica se va ampliando. En una nueva publicación, más atenta a la información y al dato escueto que a la teoría, los tipos cerámicos se van definiendo. Hasta aquel momento el resumen podría hacerse así: se conocen los vasos de mango, con sus variantes cónicas, semiesféricas y de casquete; de pitorro, también con sus variedades de forma; cuencos simples y de mamelón; ajuar cerámico doméstico y pastoril, platos, fragmentos decorados, mangos de sección muy variada —circular, oval, lenticular—, troncocónicos y curvados, con agujero axial y hueco digital; bordes con ornamento impreso, inciso y exciso, etc. Se publican asimismo los primeros perfiles cerámicos de un yacimiento de Las Cañadas (Cañada Blanca) y de otro, litoral (Las Barandas, Icod), y los primeros fragmentos decorados de Los Celajes (La Guancha). La documentación aportada por el autor a lo largo de los años iba acumulando datos para un posterior y oportuno estudio del tema (17).

Sucesivamente se descubren ajuares en la costa. En uno de ellos aparece un cuenco de madera, pieza que gracias a este descubrimiento se puede asociar con seguridad a tipos cerámicos bien definidos. El descubrimiento se hace en el Risco de los Guanches (Tacoronte). El cuenco de madera va a permitir establecer una relación con hallazgos semejantes en cuevas sepulcrales (18) y con otros efectuados más tarde, tanto en el norte como en el sur de la isla (dicho ajuar puede verse en la fig. 69).

La excavación de nuevos yacimientos fue aportando nueva y variada documentación. En algunos casos de un modo excepcional, como ocurrió en una cueva sepulcral del Barranco del Agua de Dios (Tegueste). El material obtenido fue de extraordinario valor. Permitió clasificar una importante serie de vasos en relación con las prácticas fune-

14 DIEGO CUSCOY, Luis.—*Notas Arqueológicas. Algunos ejemplares de cerámica decorada*. Bol. de Educación, Santa Cruz de Tenerife, 1949, págs. 48-50 (Ver recensión Elías Serra, "Rev. de Hist". núms. 90-91, La Laguna, 1950).

15 DIEGO CUSCOY, Luis.—*Adornos de los guanches. Las cuentas de collar. La cerámica decorada*. Revista de Hist. La Laguna, 1944, figs. 1-7, fragmentos y bordes.

16 DIEGO CUSCOY, Luis.—*La cerámica de Tenerife como elemento definidor de la vida guanche*, "Ampurias", Barcelona, 1950, págs. 97-113, figs. 2-10 (Ver recensión: E. Serra, "Rev. de Hist.", núms. 93-94, La Laguna, 1951).

17 DIEGO CUSCOY, Luis.—*Nuevas excavaciones arqueológicas en las Canarias Occidentales*, Inform. y Mem. de la Com. Gral. de Exca. Arqueo., núm. 28, Madrid, 1953, figs. 1-11, 17 y 21, y Láms. I, II, III, VIII, IX, X, XV y XVI.

18 DIEGO CUSCOY, Luis.—*La necrópolis de la cueva de Uchova, en el Barranco de la Tafetana (San Miguel)*, "Revista de Historia", La Laguna, 1952, fig. 9, frag. de cuenco de madera; fig. 11, vaso semiesférico, de doble mamelón.

rarias. Se identificaron vasos incluidos hoy en los grupos I, II, IV y V, se amplió el conocimiento de las técnicas alfareras, la novedad en el perfil de algunos bordes, datos sobre la inserción de mangos y asas y otros referidos a temas y técnicas decorativos, abundantemente representados en el yacimiento (19).

En otra publicación informaba el autor respecto a tres cuevas sepulcrales de la isla de Tenerife y destacaba el interés que desde el punto de vista cerámico ofrecían los yacimientos del Llano de Májara (20) y Llano Negro. Para el conocimiento de la dispersión de la cerámica en la isla, este último yacimiento documentó ampliamente un área, que hasta entonces había sido casi un vacío, del noroeste de Tenerife. Se identificaron tipos que hemos reunido en este estudio en los grupos I, II, IV y V, se precisó el nivel correspondiente a la cerámica negra y se enriqueció el conocimiento del perfil de los bordes, con ejemplares planos, en cúpula, biselados simples y dobles, con reborde, etc., así como la decoración de los mismos (21).

Ocasionalmente el autor había ilustrado algún otro trabajo con reproducciones de vasos, en especial de los tipos más frecuentes, de mango y asa-vertedero (22).

Más recientemente, en un estudio ecológico acerca del primitivo habitante de Tenerife, el propio autor dio una amplia información gráfica sobre la cerámica guanche: elementos accesorios, como pitorros, mangos, asas; vasijas, cuencos, hondillas, platos, cucharas, piezas decoradas, ajuares, etc., incluso cuencos de madera. Puede decirse que allí está representada toda la variada tipología cerámica de Tenerife y, lo que es tan importante, su relación con el yacimiento de procedencia y el área geográfica de emplazamiento: cuevas de habitación y sepulcral y paraderos pastoriles con sus refugios para los grupos trashumantes, por un lado, y por otro, la dispersión de los tipos con relación al área geográfica de procedencia (23).

Incluso piezas, como las cucharas y los platos, de gran rareza, ya habían sido dadas a conocer en una nota nuestra (24).

6. Formación de colecciones modernas

La exploración de Las Cañadas del Teide se acometió de forma me-

19 DIEGO CUSCOY, Luis.—*Una cueva sepulcral del Barranco del Agua de Dios, en Tequeste, Tenerife*, Exca. Arqueo. en España, Direc. Gral. de Bellas Artes, Madrid, 1964, figs. 3, 4, 5, 7-10 y Lám. V.

20 Los viejos pastores del sur de la isla dicen Llano de Májara, topónimo que adoptamos.

21 DIEGO CUSCOY, Luis.—*Tres cuevas sepulcrales guanches (Tenerife)*. Exc. Arqueo. en España. Direc. Gral. de Bellas Artes, Madrid, 1965, figs. 3-5, 11-13 y Láms. IV y V.

22 DIEGO CUSCOY, Luis.—*Paletnología de las Islas Canarias*. Publ. del Museo Arqueo. de Tenerife, 3, Santa Cruz de Tenerife, 1963, fig. 8.

23 DIEGO CUSCOY, Luis.—*Los Guanches. Vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*. Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife, 7, Santa Cruz de Tenerife, 1968, fig. 4 y Láms. II, III, VI, IX, XVI, XVII, XVIII, XXIII, XXVI (bis), XXXVIII, LIII y LIV.

24 DIEGO CUSCOY, Luis.—*Una cuchara y un plato*. Revista de Historia, núms. 133-134, La Laguna, 1961.

tódica y extensa a partir del año 1945. Sabido es que Las Cañadas constituyen el más importante reservorio de la cerámica indígena, hecho explicable por la movilidad estacional de los grupos pastoriles prehispanicos.

También es sabido que Las Cañadas, con alturas medias de 2.200 m. s. m., tiene al Teide en su centro. Es, por consiguiente, una áspera región volcánica. Pero es también la zona pastoril de verano donde se concentran los pastores trashumantes. Tiene, pues, no sólo un interés arqueológico, sino también ecológico y sociológico, aspectos sobre los que nos hemos ocupado, pero de un modo especial en un trabajo de más reciente publicación (25).

La exploración se intensificó, sobre todo, entre los años 1948 y 1956. La zona no puede considerarse agotada, pero la información y el material librados hasta ahora, y que aún sigue ofreciendo, es suficiente para tener una panorámica muy real y completa de la cerámica de Tenerife.

A Las Cañadas acude en el verano, por razón de los pastos frescos, la población pastoril de la isla. Acuden con sus ajuares, se mueven dentro de los límites de sus campos de pastoreo y eligen y mejoran abrigo y refugios naturales. Para la ocultación de sus bienes, emplean escondrijos muy bien escogidos. Debido a esta afortunada circunstancia, ha sido posible la recuperación en excelente estado de conservación de gran parte del ajuar. Al mismo tiempo, la cerámica fragmentada recogida copiosamente en los paraderos pastoriles, ha sumado a lo ya conocido muy valiosa información.

Las primeras referencias a los hallazgos de vasos en Las Cañadas provienen de los pastores, cazadores, colmeneros y cortadores de retama. Y muchas de las piezas hoy en colecciones y en poder de particulares, proceden de hallazgos casuales efectuados por los habituales frecuentadores de aquellos parajes, sobre todo por los cazadores. Pero también los colmeneros y carboneros, que elegían para su estancia en Las Cañadas los mismos abrigo y refugios que habían sido ocupados antiguamente por los guanches.

Primero a causa de descubrimientos fortuitos, después por exploradores circunstanciales y finalmente por el trabajo sistemático sobre aquellos campos de lavas, ha sido posible incrementar de una forma espectacular las colecciones cerámicas con que hoy cuenta la isla.

7. Detalle de las colecciones, donantes y número de piezas

A la denodada y siempre generosa labor de unos y otros se debe el que hoy Tenerife pueda ofrecer al estudioso un conjunto de materiales de importancia científica indudable.

Las dos colecciones más importantes existentes son: la del Museo

25 *Los Guanches...* capítulos VIII, XIII y XIV.

Arqueológico del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, y la del Museo del Instituto de Estudios Hispánicos, del Puerto de la Cruz, que sigue en importancia a la primera. Esta se ha formado de la siguiente manera: por absorción de la colección procedente del Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife, por descubrimientos consecutivos a exploraciones y excavaciones metódicamente ordenadas y por donación de particulares.

Las excavaciones y prospecciones se realizaron como parte de los Servicios Nacionales de Excavaciones Arqueológicas y estuvieron a cargo, durante muchos años, del autor de este trabajo. El detalle queda como sigue:

MUSEO ARQUEOLOGICO

Colección procedente del Museo Municipal.	40	piezas
Descubiertas en el curso de trabajos arqueológicos por el autor.	80	"
Por donaciones (26).	28	"
	<hr/>	
Total	148	"
Colección del Museo anejo al Instituto de Estudios Hispánicos, del Puerto de la Cruz (27).	72	"
Museo Canario de Las Palmas (28).	8	"
En poder de particulares, a las que se ha tenido acceso, en Tenerife (29).	22	"
	<hr/>	
Total general	250	"

Sobre este importante conjunto y cientos de fragmentos se ha apoyado este estudio de la cerámica de Tenerife.

26 Los donativos al Museo Arqueológico han sido hechos por los siguientes señores: Don Harry Beuster, don Leocadio López González, don Joaquín García Estrada, don Leoncio Oramas, Patronato de la Casa Ossuna, don Rafael Lorenzo Espinola, Srta. Carmen Nieves Luis García, don José Rodríguez de Azero y Salazar, Agrupación Escolar de Las Galletas, don Luis Zuppo, don Nicolás Dorta Rodríguez, Alcaldía de La Guancha, don Alonso Salazar y del Hoyo y don Juan Pérez Morales.

27 Las 72 piezas de dicho Museo proceden de donaciones por hallazgos casuales y por descubrimientos en el curso de exploraciones. Damos la relación de donantes con las piezas aportadas por cada uno: Don Celestino González Padrón, 30; don M. García Borges, 9; don T. Bravo, 8; don J. González San Juan, 7 (entre ellas una descubierta el año 1888); don Francisco Machado, 4; don Joaquín García Estrada, 3; don J. González García y don M. García Fernández, 2 cada uno, y con una sola pieza, don J. Manuel Padrón García, don J. Martín Armas y don A. Padrón.

28 Los ejemplares que se conservan en el Museo Canario son sin duda de la época de la creación de dicho Centro. Figuran en una vitrina de la "Sala Rafael Cabrera", seis numerados —650 a 655— y dos sin numerar. Uno lo donó don Pedro Bravo de Laguna. Sólo en tres figura la localidad: de mango (I), de Las Cañadas, de pitorro (II), del Malpaís de Garachico y una cazuela simple (IV), de la Playa de San Juan.

29 Se han localizado en: La Guancha, Vilaflor, Bajamar, San Miguel, Las Cañadas y La Laguna.

II

LA INDUSTRIA CERAMICA Y SUS TECNICAS

La alfarería tradicional de Tenerife no conoce el torno. Tampoco lo conocen las demás islas canarias con tradición alfarera bien conocida, como son Gran Canaria, La Gomera y La Palma.

Tenerife ha conservado con mucha fidelidad técnicas e instrumentos primitivos, aunque el desvío en lo formal ha sido muy marcado (cap. XIII). Por lo mismo, para reconstituir con la mayor aproximación posible las distintas fases del trabajo cerámico prehispánico, ha habido que acudir en busca de referencias vivas en los contados centros alfareros que, de un modo penoso y heroico, han llegado hasta nuestros días. Con los datos obtenidos en estos alfares, el examen de muestras primitivas y la identificación de los instrumentos utilizados, se puede hacer una estimación bastante aproximada de cómo elaboraron sus vasijas las alfareras guanches.

De la investigación realizada se han ido precisando las distintas fases del trabajo alfarero, que va, desde la selección y preparación de la materia prima, pasando por los momentos de oreado y secado, hasta la cocción, cocinado o guisado de la vasija.

1. Pasta

Para preparar la pasta se seleccionan previamente tierras y arcillas. Nunca es una sola clase de tierra la que se emplea, pues a las muy arcillosas se les agrega otra tierra más suelta. La arcilla fina —“mazapé” en La Palma, “masapén” en Gran Canaria y “masapé” en Tenerife y La Gomera—, así como la otra tierra de la mezcla, se recogen secas, a ser posible durante el verano, y se almacenan.

Para preparar la pasta se tritura el material seco con un canto rodado. El canto rodado se toma con una sola mano. Este instrumento tiene una cara convexa, por la que se toma, y otra plana, que es la que actúa.

Mezclados los materiales —la mezcla constituye en muchos casos un secreto profesional—, se criba para separar las “granzas” o piedrecillas y los elementos vegetales, como tallos secos o raíces.

Las tres cualidades que en Tenerife debe tener la mezcla son: *terrenta*, *fuerte* y *arenosa*, es decir: terrenta o terrosa para que ligue con el elemento arcilloso o fuerte, y arenosa por la necesaria presencia del degreasante.

2. *Degrasantes*

En las islas alfareras, a la mezcla de tierra y arcilla se le añade arena, arena de barranco o arena volcánica. En Tenerife se emplea también como degreasante la toba blanca triturada, que atenúa la fortaleza de las tierras demasiado arcillosas. Por la cantidad de grano que contiene, ahorra el añadido de degreasantes exclusivamente arenosos a la mezcla. En el caso de las tobas, la estructura del degreasante es más poliédrica que redondeada, con aristas y vértices más cortantes y agudos que los arenosos, que ya han sido rodados.

Distinguimos dos tipos de degreasantes, uno de consolidación y otro de manipulación. Los primeros son siempre minerales, y los segundos pueden serlo también, aunque en pequeña proporción se emplean los vegetales. En este caso nos referimos a la cerámica primitiva. Los de consolidación forman parte de la pasta. Los de manipulación se emplean como auxiliares en una determinada fase del modelado del vaso.

El degreasante de consolidación procede de la selección de arenas y tobas. La cantidad a emplear y el tamaño de los granos varía en relación con el espesor de la pared del vaso. A mayor grosor, mayor tamaño de los granos. Estos varían entre 1/4 de milímetro en los vasos finos y un milímetro en los vasos de gran tamaño. Obras muy finas, como determinados tipos de cuentas de collar, de cerámica, se elaboran con arcilla pura.

El degreasante de manipulación, cuando es mineral, lo emplea la alfarera para reforzar las paredes del vaso a medida que avanza su confección, sobre todo si la pasta está demasiado blanda. Toma con la palma de la mano, húmeda, el degreasante seco y lo adhiere a la pared de la vasija. (En lám. II, 5, el degreasante sobre una lámina metálica. A la vez que, degreasante de consolidación, se va usando durante la manipulación).

Si es vegetal, se empleará con preferencia verde, y a ser posible con suficiente consistencia para consolidar momentáneamente la pared de un vaso de paredes gruesas. Este degreasante auxiliar va siempre en el exterior, y por lo general es retirado antes de la última fase de pulimento, aunque a veces queda cubierto por el engobe.

Se han empleado hojas de helecho, tallos finos de gramíneas y otros elementos no identificados. En la lám. I, 1, se ven aflorar, de la masa de la pared del vaso, los granos de arena del degreasante de consolidación. En 2, restos de un degreasante de manipulación, compuesto principalmente por hojas de helecho.

3. *Manipulación de los materiales, instrumentos y elaboración del vaso*

Adicionada el agua a la mezcla, ésta se amasa con los pies, cuando es en gran cantidad. La que no se emplea, queda cubierta con sacos o ramas que se mantienen constantemente húmedos.

La pasta a emplear en el vaso se soba y resoba con las dos manos. Mientras el sobado se hace sobre una mesa o laja, el amasado se hace sobre el suelo, generalmente endurecido por operaciones anteriores.

A punto la pasta, se comienza la elaboración del vaso, que hasta su fase final de cocción pasa por varias etapas: 1.^a, colocación de la base; 2.^a, modelado y espatulado; 3.^a, primer pulimento y oreado; 4.^a, añadido de elementos accesorios, si los lleva; 5.^a, engobe, pulimento segundo y decoración, cuando la hay; 6.^a, secado a la sombra; 7.^a, pulimento en seco, y 8.^a, cocción.

Para la manipulación de la pasta y modelado, se emplean varios instrumentos. Damos la lista de los modernos y de los primitivos; de éstos, unos identificados y otros supuestos.

MODERNOS

Junto al bloque de pasta (Lám. II, 1), un recipiente con agua (2); una espátula metálica en forma de U, llamada tijera (3), que se ha obtenido doblando un trozo de aro de barril; un pedazo de fieltro impregnado de arcilla muy fina para pulir el vaso y extender el engobe (4); cantos rodados, uno de ellos como instrumento insustituible en el modelado (5), y una mesa baja (6).

Para la labor de espatulado se emplea en La Palma un cuchillo, en Gran Canaria un raspador de caña y en La Gomera un aro de barril (30).

La mesa baja, el suelo endurecido o la laja fija se emplean indistintamente, pero con preferencia la mesa (31).

PRIMITIVOS

Recipiente de barro o madera; espátula de hueso, de madera o de concha de molusco; escobilla vegetal, cuyo uso se ha perdido (véanse sus huellas en Lám. I, 1); cantos rodados de distinto tamaño para triturar la arcilla, modelar y pulir el vaso; trozo de piel agamuzada para la fase última de pulimento y engobe; instrumentos para decorar, de los que se hablará en el cap. XI, dedicado a la cerámica decorada; laja lisa o suelo endurecido.

30 En *Tradiciones Populares I*, "Palabras y cosas", publi. del Ins. de Est. Canarios, La Laguna de Tenerife, 1944, se incluyen unas notas sobre alfarería canaria, de útil consulta: DUMPIERREZ RODRÍGUEZ, Marina: "La alfarería de Gran Canaria", págs. 161-163; GARCÍA, José Francisco: "La alfarería en La Palma", págs. 167-169; LEZCANO MONTALVO, P.: "Visita a La Atalaya de Gran Canaria", págs. 174-184; MEDEROS SOSA, Antonio: "La alfarería en Chipude y sus relaciones con la de Tenerife", págs. 185-197.

31 PÉREZ VIDAL, José.— *Dos ruedas asturianas de alfarero*, "Revista de Etnografía", vol. XI, 2, Junta Distrital do Porto, Porto, 1968, págs. 263-283, fig. 10, alfarera de Chipude, La Gomera, trabajando sobre el suelo. También trabaja sobre la mesita que se ve a la derecha del grabado.

Conocidos los instrumentos, sigamos ahora con las distintas fases de construcción de un vaso.

1.^a Colocación de la base.— De un bloque de barro fresco (lám. II, 1) se toma una porción que se soba entre las manos y se coloca sobre la mesa, previamente cubierta con una capa de tierra arenosa (núm. 6 de la Lám. II, 1). Para piezas de fondo plano, la pella inicial es aplastada con el puño cerrado. Las paredes arrancan de los bordes de aquella concavidad. (Lám. II, 2).

2.^a Modelado y espatulado.— La cerámica primitiva, excepto platos, hondillas y cucharas (Grupo VI), algunos cuencos simples y con mamelón (Grupos IV y V), podrían tener el mismo comienzo, no así los de fondo cónico, que serían modelados de distinta manera para perfilar la acusada curva del fondo, acaso con el vaso de lado, y después de la primera fase de oreado.

Para las paredes del vaso se siguieron, primitivamente, dos técnicas: la del urdido o añadido de cordones de barro y la de agregación de porciones de arcilla en las partes más bajas o delgadas. De esta forma tan primitiva trabaja la alfarera de la Lám. II, 2, aunque también se emplea en Tenerife el urdido, como en La Gomera. Sin embargo, la cerámica guanche empleó poco la primera técnica.

Algunas vasijas prehispánicas conservan en el exterior las ondulaciones que dejan los cordones de barro. (Lám. XXXII, 1) o las protuberancias por el añadido (XXXII, 2). (Ver Lám. II, 3).

La mano izquierda no sólo sostiene la pieza en construcción, sino que es la que la hace girar. Es también la mano que tiene la sensibilidad de la forma. (Lám. II, 2, 4, 6).

En esta segunda fase, el auxiliar más eficaz es el canto rodado, que se maneja con la mano derecha. Con este instrumento se va consiguiendo la concavidad y la panza deseadas. (Lám. II, 6). El grosor excesivo de las paredes se va reduciendo mediante el empleo de la espátula.

3.^a Oreado y pulimentado primero.— Primero se alisa el interior con ayuda del canto rodado. Exteriormente está sin alisar o pulir (Lám. II, 4). En este momento se interrumpe la labor para el oreo de la pieza. Seguidamente se le da el pulimento o alisado exterior, con barro fino y blando, y ayudándose con el fieltro. La fase de oreo es de pocas horas. (Ver piezas preparadas para el oreo en Lám. II, 1 (0)).

4.^a Añadido de elementos accesorios, si los lleva.— Hemos visto en los alfares tinerfeños añadir los agarraderos o asas planas después de terminado el vaso. La alfarería primitiva siguió el mismo procedimiento. Mangos y mamelones se modelan aparte y posteriormente se sueldan a las paredes. El pitorro va también soldado, después de perforar la pared para comunicarse con el interior del vaso.

5.^a Engobe, pulimento segundo y decoración, cuando la hay.— Aún no del todo seco, el vaso recibe un baño de almagre. Como en la fase primera del pulimento, se emplean la mano y el fieltro (Lám. II, 3, 4; el fieltro está en el borde del recipiente con agua). En el interior se usa más el canto rodado. Son las dos fases que Mederos Sosa recogió en San Andrés con el nombre de “dar callado” y “dar mantilla”. Es también la fase del emparejado y de la decoración, de variada técnica en la alfarería primitiva y preferentemente de acanalados digitales en la moderna.

6.^a Secado a la sombra.— Terminado el vaso, pasa a la fase de secado, que hemos visto hacer siempre a la sombra, para evitar que la acción del sol acelere el secado y agriete las paredes.

7.^a Pulimento en seco.— El pulimento o alisado en seco se realiza antes de entrar la vasija en el horno. Se realiza con un canto rodado. Las huellas de la piedra pulida dejan rayas brillantes, pero no surcos, brillo que resalta más después de la cocción. Esta técnica se empleó también primitivamente, y es bien patente en un vaso procedente de Santa Ursula (Lám. V, 2).

8.^a Cocción.— El secado a la sombra se prolonga durante seis o siete días, al final de los cuales la vasija está en condiciones de entrar en el horno. En San Andrés, el cocido de las vasijas se hacía en pequeñas cuevas o al aire libre, testimonio inestimable para mejor informar esta importante fase referida al trabajo alfarero indígena.

Caldeado el horno, las vasijas se colocan boca abajo, unas sobre otras. Durante varias horas —a veces todo el día— se hace fuego, añadiendo constantemente ramas de arbustos leñosos que, además de calor, den mucha llama. La operación, bien llevada, decide la perfecta cocción de la vasija, que por el color que toma sabe la alfarera cuando está a punto.

Así como hoy se emplean hornos alfareros, a punto de desaparecer, primitivamente se utilizaban covachas en buenas condiciones y espacios determinados de la cueva habitada. En excavaciones efectuadas en yacimientos de este tipo hemos descubierto grandes masas de carbón y ceniza como testimonio de los lugares donde se cocinaba la cerámica.

4. Paredes y engobe

La pared de un vaso se compone de tres capas: la pared verdadera, compuesta con pasta de arcilla y grasas, que a su vez va recubierta en su parte externa o convexa de una capa de arcilla fina y por el engobe de almagre, y en su parte interna o cóncava con una capa de arcilla pura. El espesor de estas dos capas va en relación con el grueso de la pared, y consiguientemente, con el tamaño del vaso. En muchos casos,

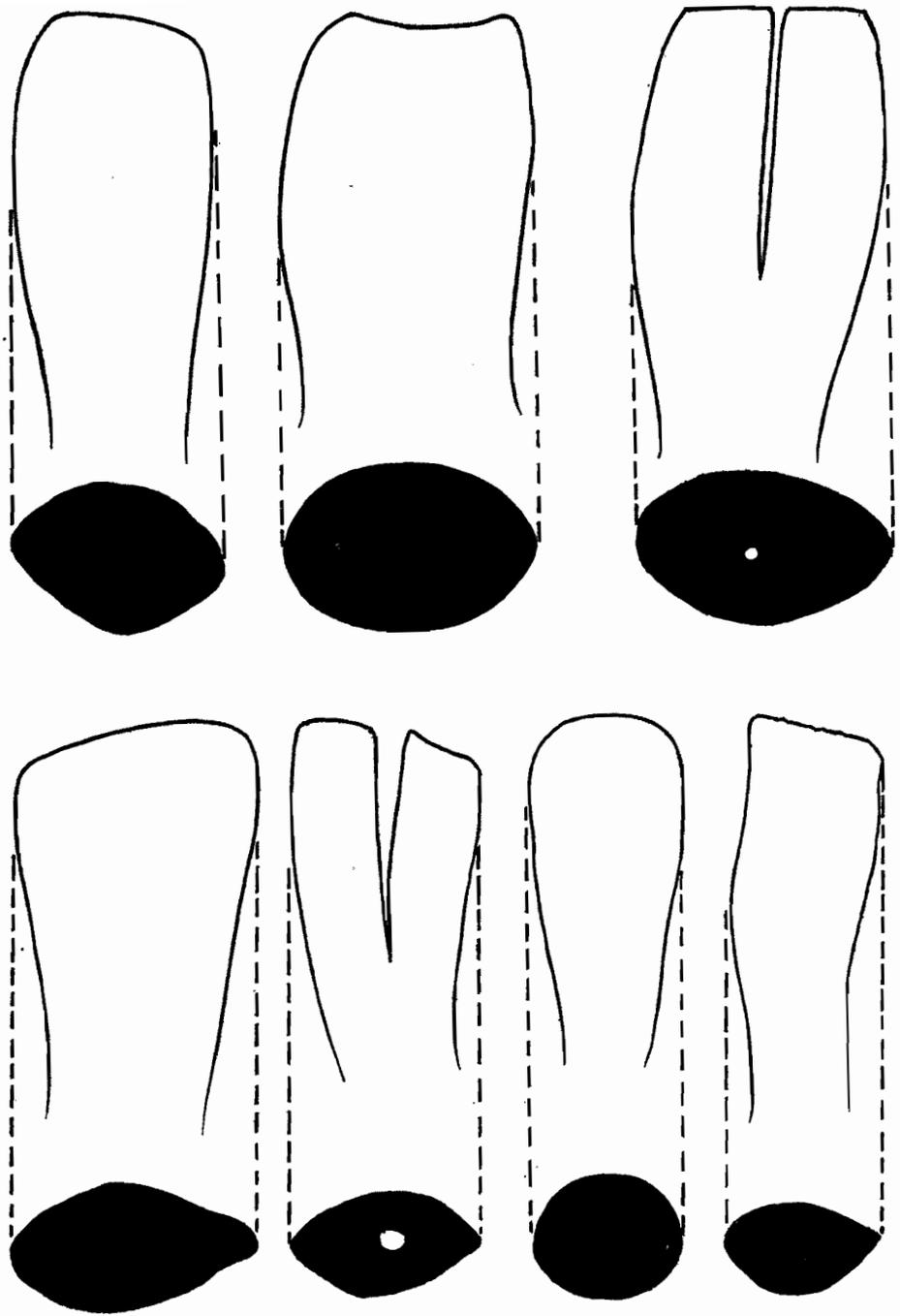


Fig. 1. Secciones longitudinal y transversal de distintos tipos de mangos

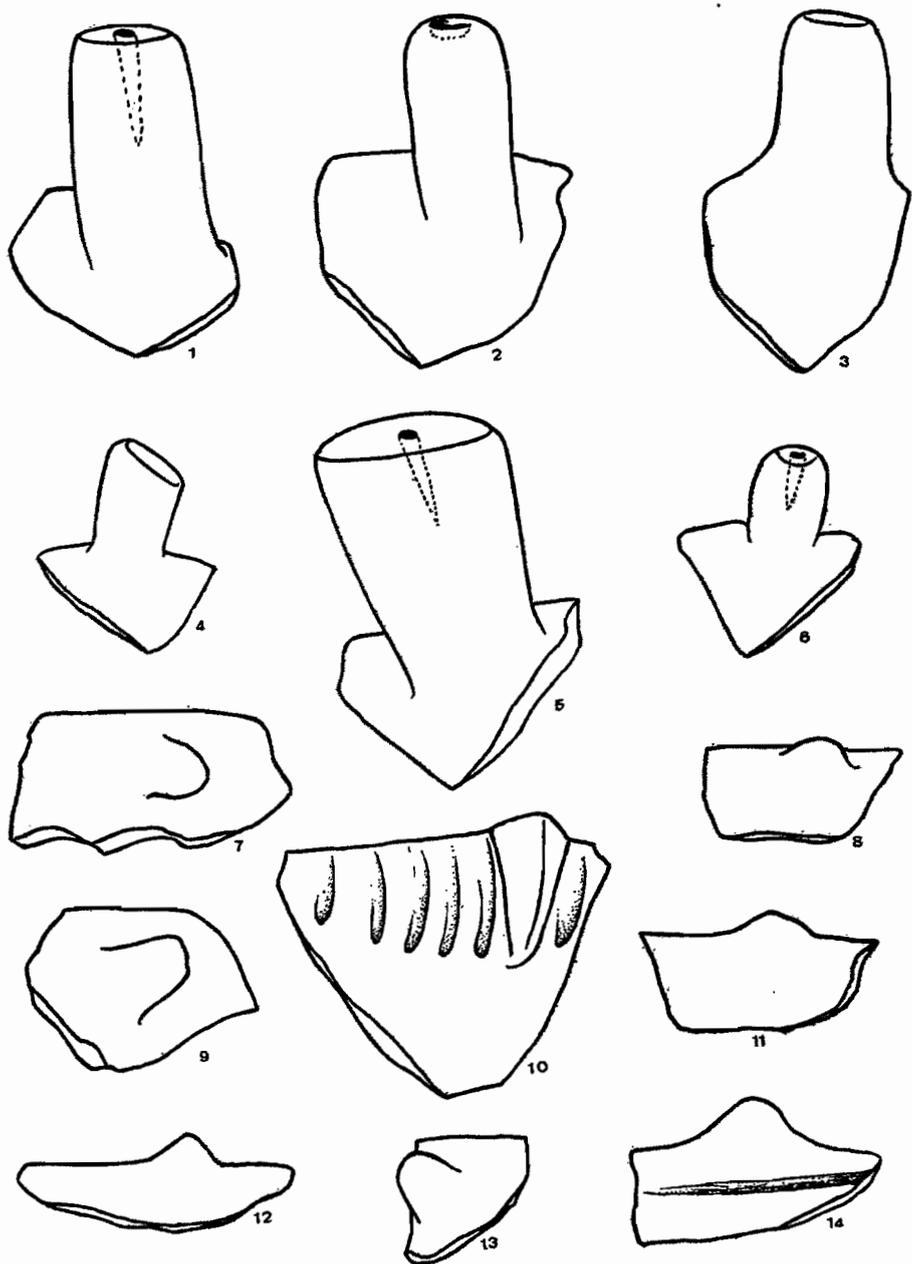


Fig. 2. Fragmentos con variedad de mangos macizos (1-6) y mamelones (7-14)

el almagre del engobe se sustituye exteriormente por una capa de arcilla pura.

Cuando la capa exterior se desprende, deja al descubierto la calidad de la pasta y la naturaleza del degreasante. Recuerda los muros de las viejas construcciones, levantados con barro y piedra: las piedras vendrían a ser los granos del degreasante de consolidación, y el enlucido, el engobe (Lám. I, 1).

El pulimento y alisado del exterior es más cuidado que el del interior en las piezas bien acabadas. Las piezas de gran tamaño conservan huellas del pulimento interior por acción de los dedos de la mano, unidos, que actúan en la dirección del fondo a la boca.

5. Elementos accesorios

Los elementos accesorios de la cerámica prehispánica están constituidos por: a) mangos; b) pitorros, y c) mamelones.

a) *Mangos*. Se confeccionan aparte del vaso y se sueldan al mismo, dejando en la zona de soldadura un engrosamiento en la pared.

Son macizos, de forma cónica, cilíndrica, abarilada y fusiforme, con sección circular, oval, elíptica y lenticular. Normalmente son verticales, aunque algunos insinúan una curva con inclinación hacia la boca del vaso. (fig. 1 y fig. 3 bis, 2, 16-17).

Esto puede ocurrir con los ejemplares de Santa Ursula y Las Cañadas, de la fig. 5, núms. 7 y 9, respectivamente, cuya acentuada curva haría pensar en un asa verdadera, cuando seguramente se trata de un mango con curva más pronunciada que los comunes. El interés de estos ejemplares se acentúa, no obstante, por la decoración rayada en la parte interna y dorso de la primera y lateral en la segunda.

El remate puede ser plano, cupular y biselado. En muchos casos, la mitad o dos tercios del mango es recorrido por un orificio de sección vertical rectangular o cónica. A veces llega hasta el interior del vaso. Técnicamente tiene su razón: sirve para dar salida al vapor de agua durante el secado y, sobre todo, facilitar el cocinado del vaso, evitando así que el mango se agriete. En otros casos, en vez de este orificio se encuentra —sobre todo en los de remate cupular—, un hundimiento producido por presión de un dedo (figs. 2, 2, 3, 14 y fig. 3 bis, 2, 10, 14).

Con los vasos provistos de mango hemos formado el Grupo I.

b) *Pitorros*. También se modelan aparte y luego se insertan en la pared de la vasija. Al insertarlos en el vaso, éste se perfora para comunicarlo con el vertedero. Se retoca mediante añadido de arcilla y pulimento del orificio de comunicación.

Sección vertical: cilíndrica, troncocónica y de embudo. Sección horizontal, circular u oval.

Paredes muy finas, con bordes con decoración cuando la llevan

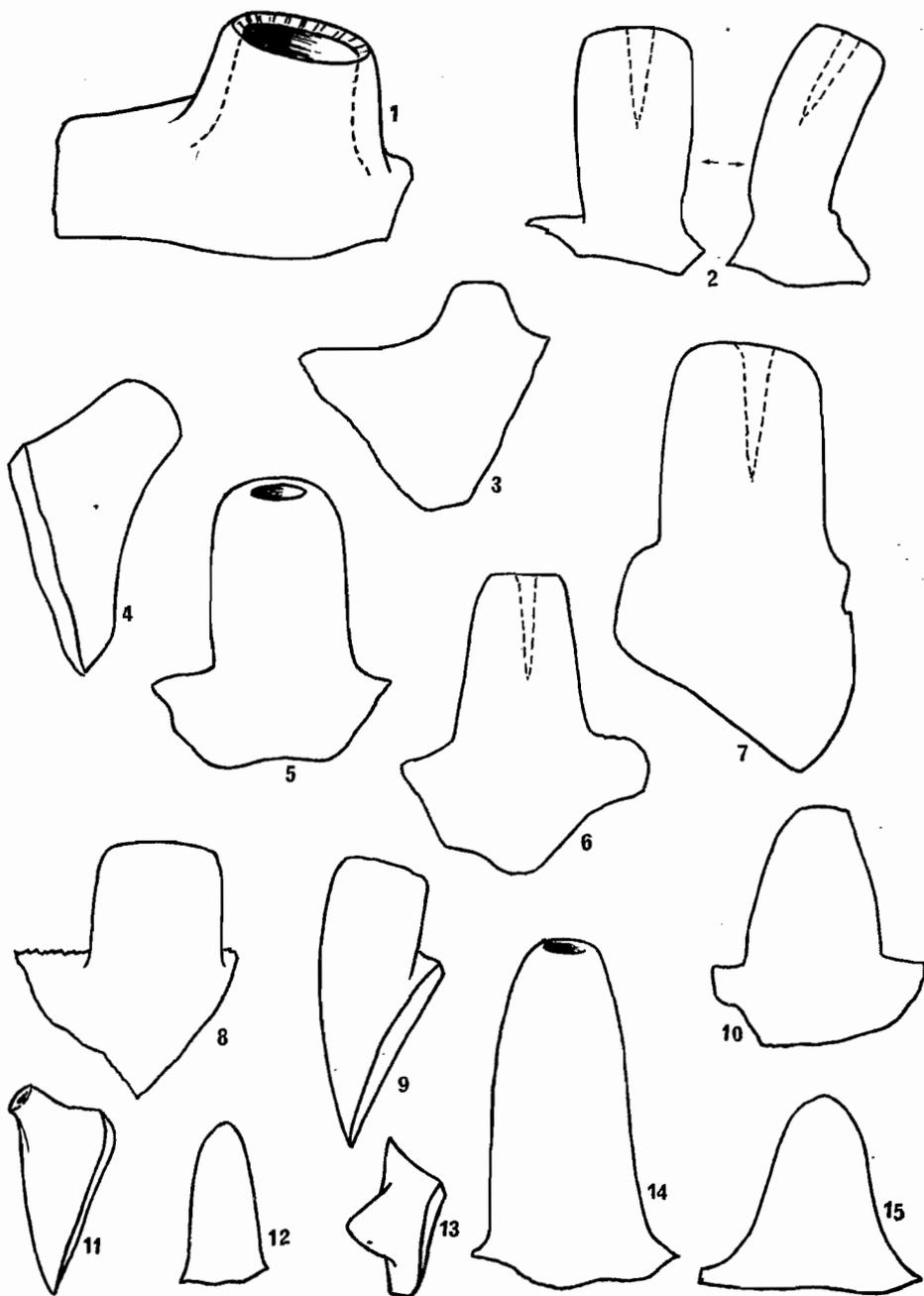


Fig. 3. Fragmentos con pitorro (1-11), mangos de tipo diverso y mamelón (13)



Fig. 3, bis. Conjunto de mangos procedentes de una cueva de habitación del Barranco Cabrera (El Sauzal)

igual a la del borde del vaso (figs. 3 (1) y 4 (1-7)). Con los vasos provistos de pitorro hemos formado el Grupo II.

c) *Mamelones*. El más corriente es el de pezón. Sección longitudinal, cónica. Confeccionado aparte y soldado al vaso. Hay distintos tipos de mamelones: el típico de pezón, el aplastado por presión del pulgar, que queda perpendicular al eje del vaso o el alargado, a veces con arista —oblícuo o paralelo al eje— (fig. 5, núms. 5, 6 y 8), el protuberante en el borde, el protuberante en pared por acción del pulgar sobre la pasta blanda, etc.

En el Grupo V quedan reunidos los cuencos provistos de mamelón (figs. 2, núms. 7 a 14 y fig. 3, núm. 13).

La relación de proporciones entre vaso, mango y pitorro se puede seguir, merced a las escalas, en las láminas y gráficos que ilustran los vasos de los Grupos I y II. Lo mismo por lo que se refiere al emplazamiento de los mamelones y a sus variadas formas, todo lo cual se encontrará debidamente ilustrado al tratar del Grupo V (cap. IX).

6. *El color*

El color, salvo los casos del empleo del engobe de almagre, es consecuencia de dos factores fundamentales: calidad de los materiales empleados y cocción. La coloración de una vasija del mismo tipo puede presentar matices distintos según en qué zona haya sido elaborada, pues en muchos casos la composición de las arcillas es también distinta.

Por consiguiente, no se puede hablar de uniformidad en el colorido. Sin embargo, por razones metodológicas y estadísticas, hemos agrupado, tanto las piezas enteras como los fragmentos, en cuatro colores: rojo, negro, pardo y ocre, que son los dominantes, o por lo menos, los más definidos.

Vasos rojos con calor irregularmente distribuido, presentan siempre manchas negras. Vasos pardos, presentan a su vez manchas color ladrillo y zonas negras. Aunque hay piezas rojas uniformes, la mayor uniformidad en el color se encuentra en las negras. Esto parece indicar el empleo de arcillas muy cargadas de compuestos orgánicos y en el empleo de arcillas muy finas y oscuras en vez del almagre para la capa exterior.

Por causa de la diversidad y naturaleza de los compuestos minerales, entre los rojos y negros se encuentra una gama de pardos y negruzcos, así como de ocres, entre un amarillo sucio y siena.

La coloración, por consiguiente, no es otra cosa que la resultante de la asociación, lograda de forma inconsciente por la alfarera primitiva, de varios factores, como son la calidad de la pasta, sus componentes, la naturaleza del engobe, el procedimiento de cocción y el cálculo cabal de la intensidad del calor y del tiempo en que la vasija está sometida a la acción del mismo.

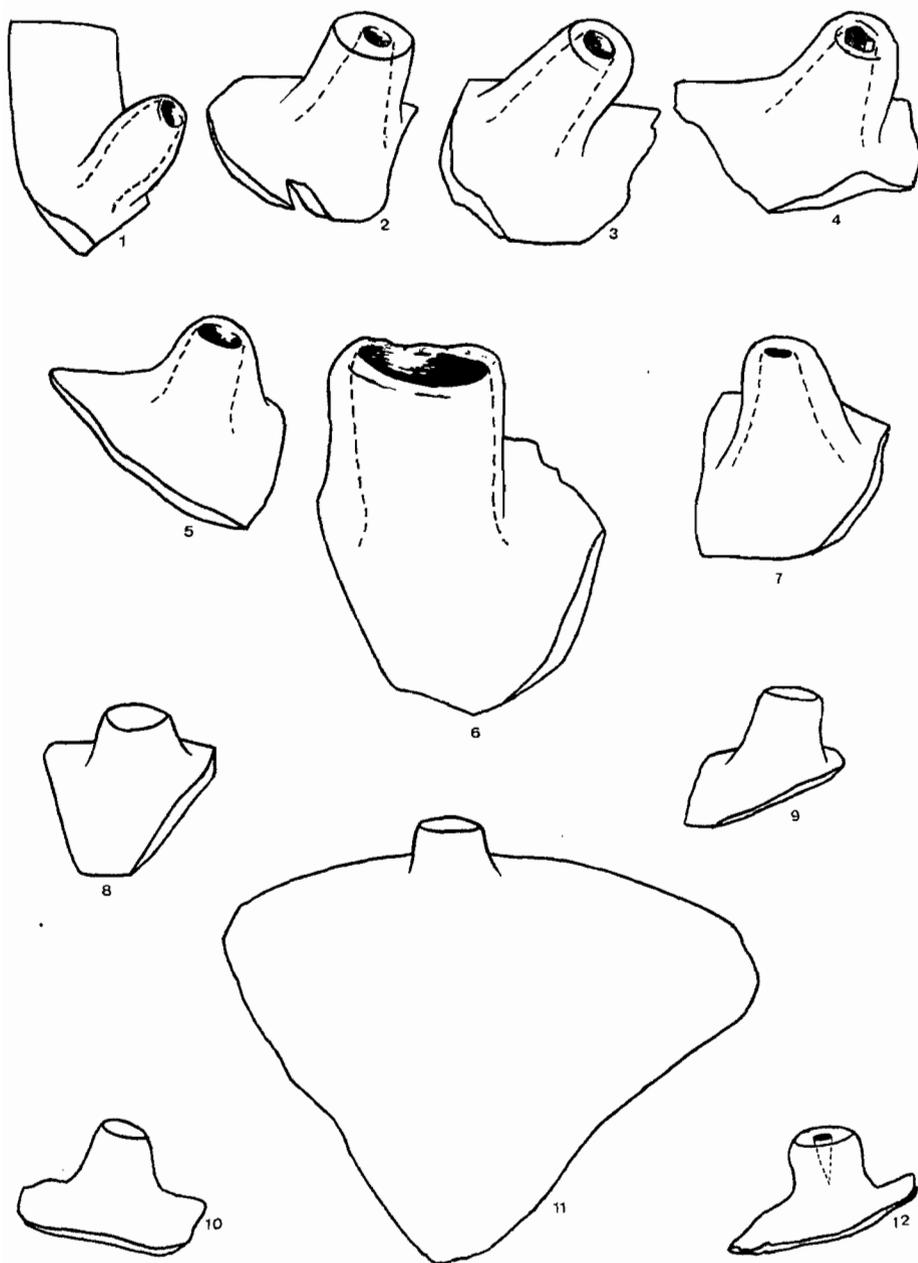


Fig. 4. Distintos tipos de pitorro y asa-vertedero (1-7) y mangos cortos troncocónicos: 1, costa de La Guancha; 2 y 3, Cañada de Pedro Méndez; 4, Cañada de Diego Hernández; 5-7, Risco del Perro (La Matanza); 8-12, Cañadas del Teide.

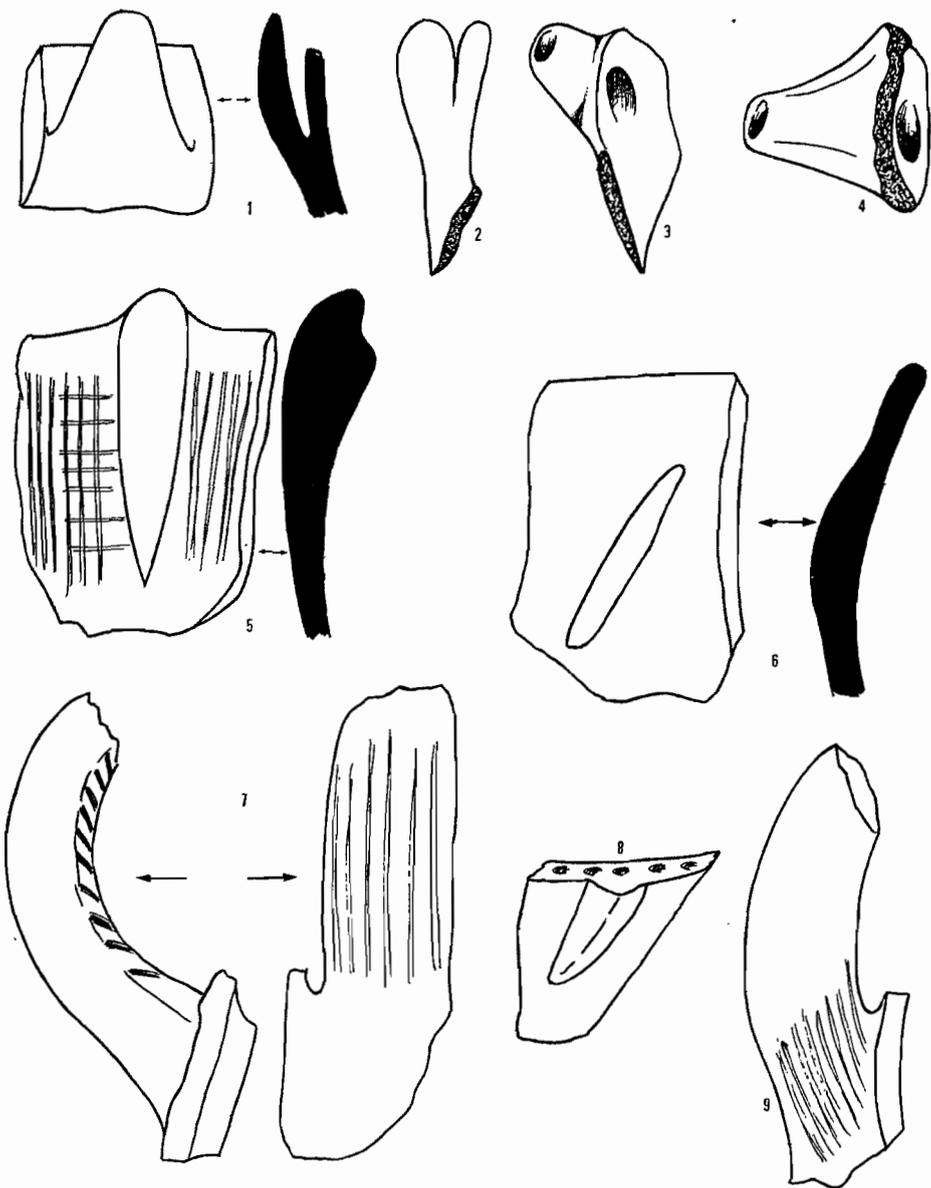


Fig. 5. 1, agarradero de aleta (Tegueste); 2, Barranco Cabrera; 3 y 4, pitorros (Bco. Cabrera); 5, agarradero vertical (Las Cañadas) y oblicuo (Las Cardoneras, Güimar); 7 y 9, asas curvadas (Las Cañadas y Santa Ursula), y 8, mamelón aplastado a la altura del borde (Santa Ursula).

Hay, sin embargo, un hecho evidente, y es que no hay un color preferido para un determinado tipo de vaso, aunque, por ejemplo, predomine el negro y pardo entre los del Grupo V.

Para nuestro propósito vamos a ver en qué forma se distribuyen los colores de la cerámica partiendo de un yacimiento con estratigrafía. A los datos suministrados por este yacimiento, se añadirán los de otros dos, uno con estrato arqueológico removido en su capa superior y otro con sus niveles removidos. Finalmente, se establecerá una relación entre los valores dados por dichos yacimientos y la totalidad de la cerámica de la isla, hasta ahora no valorada cuantitativamente.

Los bloques que se agrupan en la fig. 6 recogen los valores porcentuales de la cerámica procedente de la cueva de Los Cabezazos (Tegueste). Cada bloque se refiere a un color y la distribución de cada uno de ellos por niveles (niveles I, II y III).

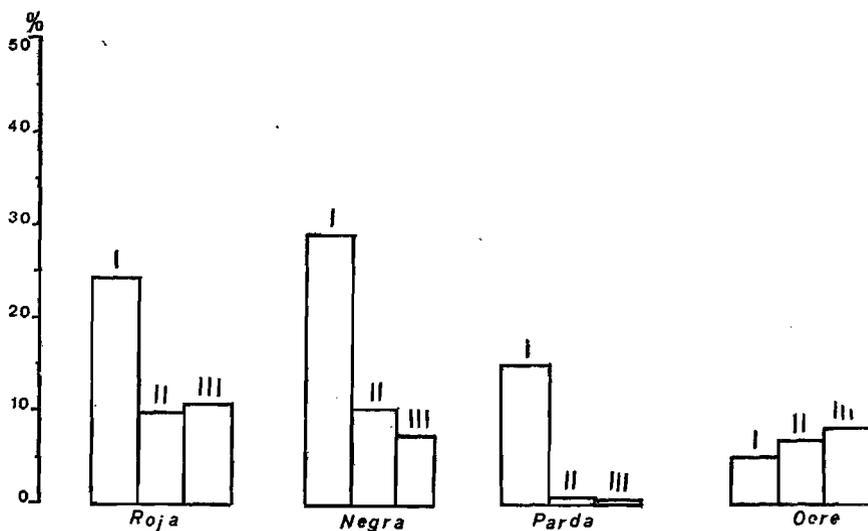


Fig. 6. Bloques indicativos de la distribución de la cerámica por colores en los tres niveles de la cueva núm. 2 del Barranco del Agua de Dios (Tegueste)

El número de fragmentos manejados pasa de 5.000, y la distribución de la totalidad por niveles es como sigue: nivel I, 61%; nivel II, 17%; nivel III, 22%. Los colores representativos están en todos los niveles, en desigual proporción, pero con predominio del rojo más o menos vivo, y el negro.

Los bloques agrupados en la fig. 7 ponen en relación la Cueva de los Cabezazos (a) con la Cueva del Barranco Cabrera (b), parcialmente removida, la de Llano Negro (c), removida en su totalidad y los datos obtenidos en toda la isla (d). Valores manejados: Barranco Cabrera, 975 fragmentos; Llano Negro, 1.500 fragmentos; toda la isla, 9.000 entre

fragmentos y piezas enteras. Vemos el marcado predominio de la roja (R) y la negra (N) sobre la parda (P) y la ocre (O). La proporción de la parda, con grises y bermellones ennegrecidos, se acusa más en los vasos de los Grupos IV y V, con sus variantes tipológicas.

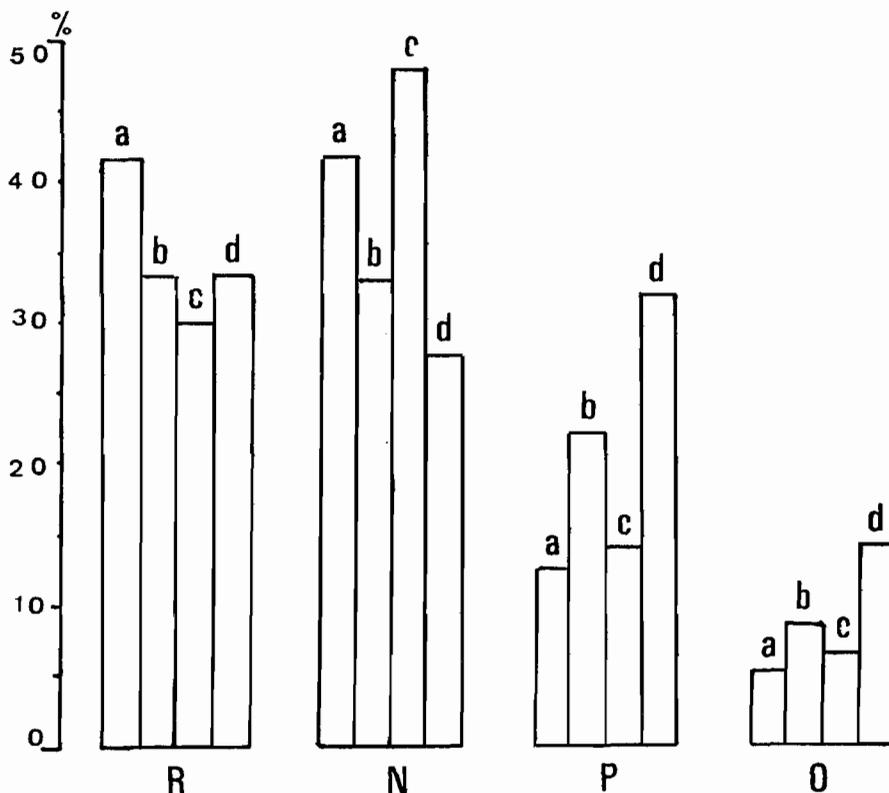


Fig. 7. Valores porcentuales comparativos referidos a la coloración de la cerámica procedente de tres cuevas: a) cueva núm. 2, Tegueste; b) Cueva del Barranco Cabrera; c) Cueva del Llano Negro y d) de toda la isla.

Las oscilaciones y desniveles advertidos en un yacimiento con estratigrafía se mantienen, variando las proporciones de forma poco sensible, en la totalidad de la cerámica tinerfeña.

Un hecho paralelo se produce en la tipología, como se tendrá ocasión de ver.

III

BORDES

1. Perfiles

Detalle técnico importante es el que se refiere a los bordes, aunque la importancia afecta más a la ornamentación del mismo que a su remate. El retame no va asociado de un modo exclusivo a un determinado tipo de vaso, ni siquiera la decoración. Los vasos más característicos, de mango (Grupo I) y de asa-vertedero (Grupo II), presentan gran variedad de bordes, aunque los más frecuentes son los planos y los biselados interiores. Entre los planos y los biselados los hay con decoración y sin ella.

El remate del borde es un hecho puramente factorial en este tipo de cerámica, si la consideramos como una industria doméstica. En cierto modo hay que excluir el rigor técnico de regla fija —que, de existir, se daría también en la fijeza del color—. A veces responde a una consecuencia accidental, derivada del modelado y manipulación del vaso, como, por ejemplo, puede ser la mayor o menor delgadez del borde a la hora del remate, que será rectificado en relación con el tamaño del vaso más que con el tipo del mismo. Añadamos a esto el gusto de la alfarera, la interferencia de factores subjetivos y la falta de habilidad, pocas veces valorados en este tipo de análisis.

Este detalle ha podido ser comprobado en infinidad de vasijas y bordes fragmentados. En una sola vasija se puede encontrar su borde en ojiva, vuelto y redondeado; liso y plano con biselado pseudoinciso; cupular con reborde interior en unas zonas y exterior en otras o en bulbo alternando con redondo sin protuberancias, etc. Lo cual quiere decir que no siempre el examen de los fragmentos puede ser totalmente válido para una correcta clasificación de los bordes.

La gran variedad de bordes viene, por consiguiente, dada más por circunstancias accidentales que por fidelidad a unas características decididamente mantenidas y observadas. En rigor, sólo se puede hablar de tres tipos de perfiles. Los damos a continuación con sus variantes.

Planos	}	simples
		con remate exterior recto
		con remate exterior curvo
		remate parietal en doble bisel

Biselados	simple interior simple exterior en ojiva simple interior con remate curvo exterior en pico.
Redondos	media caña con hundimiento cupular estrangulado, con reborde interior estrangulado, con reborde exterior en bulbo con reborde exterior por acanalado

La variedad sería interminable. Un solo yacimiento nos puede ofrecer un repertorio muy extenso de la diversidad de bordes, como ha ocurrido en la cueva núm. 2 del Barranco Cabrera (fig. 8).

Además, la evolución de la cerámica guanche va introduciendo modificaciones muy notadas en el perfil de los bordes, donde ya aparece el perfil de voluta, muy marcado —antes sólo reborde exterior curvo—, el pico de flauta y el borde en cuello de cisne en vasos evolucionados (fig. 70, 1-3) (ver cap. XIII).

Queda por hablar de los elementos accesorios asociados a los bordes. Por lo general son el mango troncocónico, el pitorro también troncocónico y los mamelones de sección triangular y cónica. Se verá en detalle cuando se analicen los tipos en que se dan estos elementos.

2. Ornamentación del borde

En dos grandes grupos pueden reunirse los bordes cerámicos: en decorados y lisos.

Varios son los tipos de decoración hasta ahora estudiados: inciso, seudoinciso, impreso, con impresión digital, puntillado, exciso, seudoexciso, unguiculado, surcado, hendido, liso.

El instrumento empleado determina el tipo de decoración.

Inciso.—La incisión se consigue con un instrumento de punta o de filo, punzón o tabona. Si es profunda, el borde es dentado.

Seudoinciso.—Rayado con instrumento romo.

Impreso.—La impresión se consigue por presión con un instrumento generalmente curvo, cañuela, borde de punzón o de otro hueso sin labrar.

La impresión digital hace que el borde sea ondulado.

Punteado.—El punteado es unas veces exciso y otras hendido, según se haya empleado un objeto hueco o no, pero siempre de extremidad redondeada.

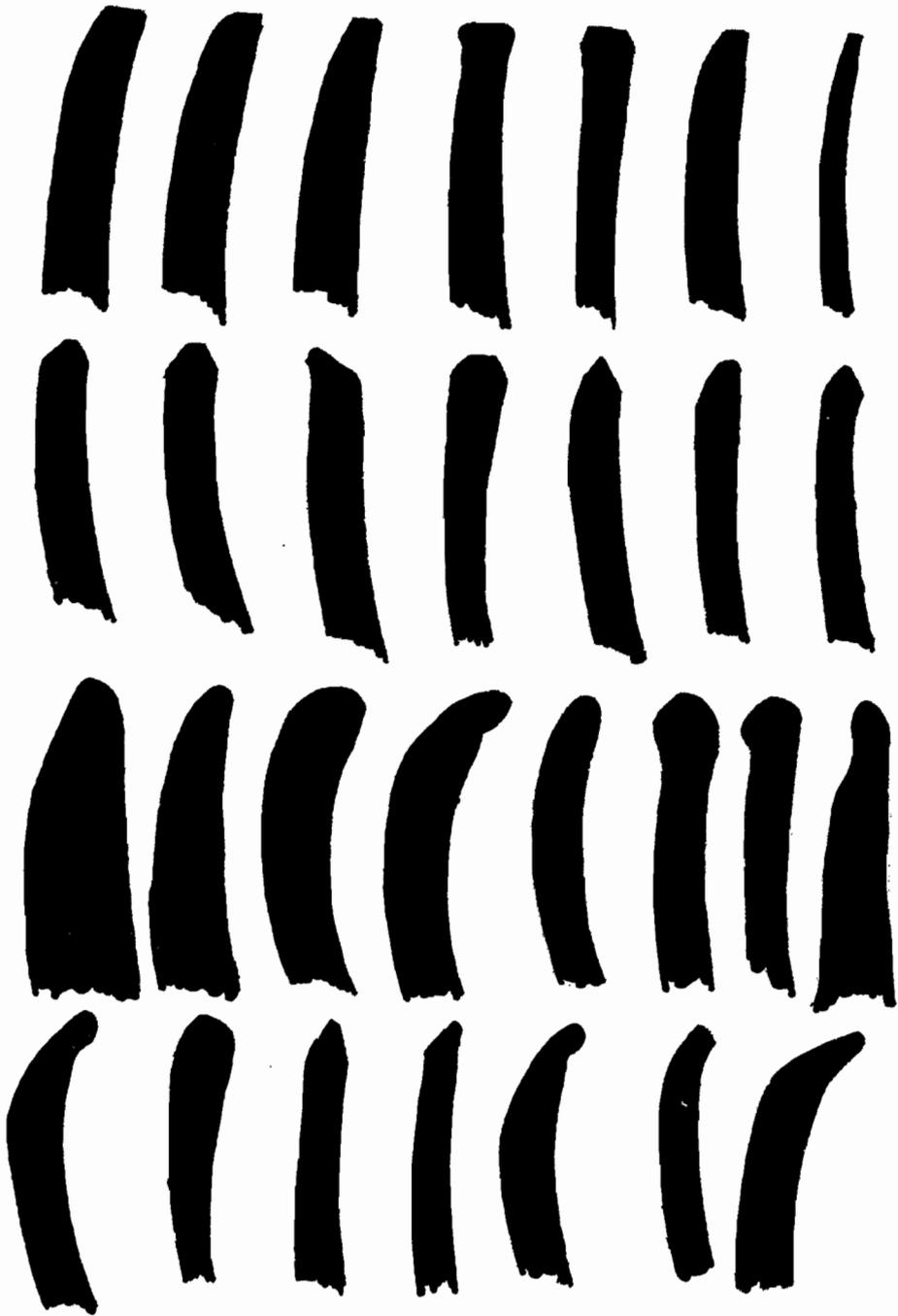


Fig. 8. Variedad de bordes procedentes de una cueva de habitación del Barranco Cabrera (El Sauzal)

Exciso.—En el caso que el instrumento haya actuado a modo de sacabocados.

Seudoexciso.—Cuando el instrumento hace el hueco por separación de la pasta, pero sin sacarla.

Ungüculado.—La uña se emplea en algunos casos para dejar su huella hundida en la pasta.

Surcado.—Cuando el borde es recorrido en el sentido de su curva dejando la huella de un instrumento liso, como puede ser la diáfisis de un punzón o el dorso de un guijarro.

Hendido.—El mismo instrumento que interviene en la incisión profunda, de perfil en V, para dejar el borde dentado, se clava en éste en sentido paralelo al mismo y no perpendicular, como ocurre en la incisión típica.

Liso.—Los bordes lisos presentan la misma calidad de acabado que las paredes interiores del vaso.

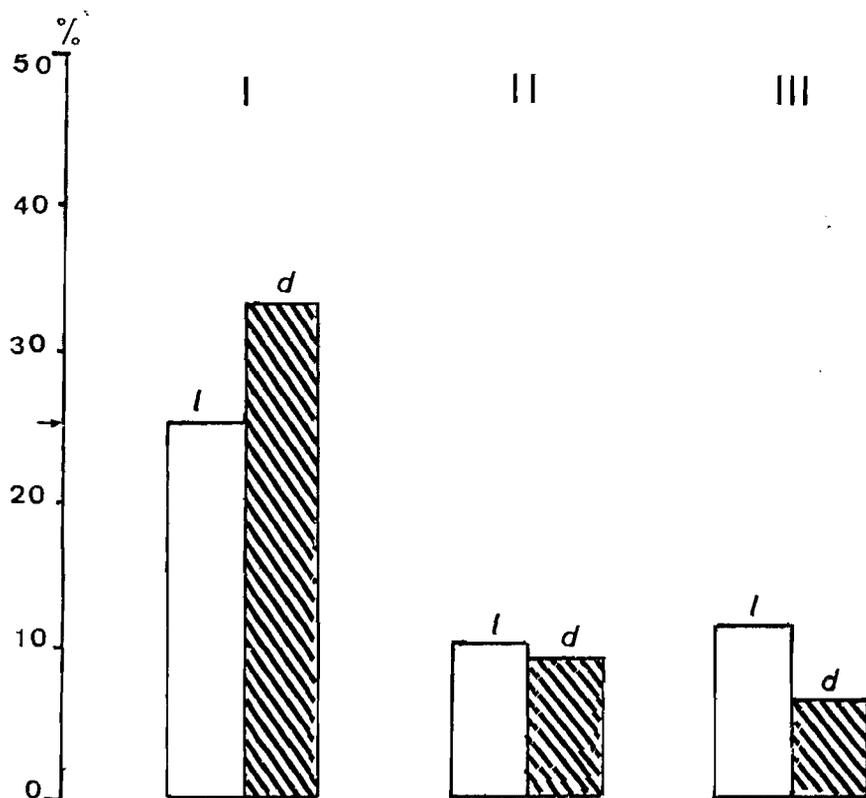


Fig. 9. Proporción entre bordes lisos (l) y decorados (d) en los niveles I, II y III de la cueva núm. 2 del Barranco del Agua de Dios (Tegueste)

CUADRO NÚM. 1

Tipo de borde y técnica decorativa en relación con los grupos tipológicos de la cerámica de Tenerife (D = decorada)

Perfil	Inciso	Seudoin.	Impreso	Imp. digital	Punteado	Exciso	Seudoex.	Ungüicú.	Surcado	Hendido	Liso
I	Redondo	5	4	5	1						8
	Plano	21	9	11							7
	Biselado	8	4	2							2
	Ojiva										5
Reborde											
II	Redondo	9	1	3			2				1
	Plano	7		1							
	Biselado	2									
	Ojiva										2
Reborde											
III	Redondo	3		1				1			
	Plano	3									
	Biselado										
	Ojiva										
Reborde											
IV	Redondo	5	1	6		1	3			1	12
	Plano	10	5	8							1
	Biselado	4									1
	Ojiva										2
Reborde										3	
Pico											
V	Redondo	1		6				1	1	2	8
	Plano										2
	Biselado										1
	Ojiva										1
Reborde										1	
VI	Redondo			2							2
	Plano										
	Biselado										
	Ojiva										
Reborde											
D	Redondo	2	2	1							
	Plano										
	Biselado										
	Ojiva										
Reborde											

La decoración nacería de la necesidad de rematar el borde dándole al mismo tiempo que un cierto toque de belleza un acabado más perfecto. La gran variedad de decoración puede verse en el repertorio de la Lám. III y en detalles de las láminas y figuras que reproducen los distintos tipos cerámicos.

Hemos visto ya que en cuanto a los perfiles, éstos se encuentran en todos los tipos de vasos, pero en cuanto a la decoración, privan los decorados sobre los lisos: de cada diez bordes, aproximadamente seis son decorados y cuatro lisos. Y hay más lisos en los grupos IV y V que en los I y II.

En la primera fase de la excavación de la Cueva de los Cabezas, de 1.301 fragmentos examinados, 618 eran lisos y 683 decorados. En la fig. 9 se puede ver la proporción que en los tres niveles de dicha cueva dan los bordes lisos (l) y decorados (d).

Una visión de conjunto, obtenida del examen de piezas enteras y fragmentos perfectamente identificados, puede verse en el Cuadro número 1, donde junto al tipo de borde queda expresada la decoración que le acompaña. Los valores son cuantitativos.

En el cuadro precedente la distribución corresponde, cuantitativamente, al número manejado para la obtención de los datos, cómputo fácil de establecer con base en los valores numéricos aportados. Las grandes seriaciones cerámicas, que están por hacer, pueden afectar más al detalle que al conjunto.

3. *Espesor de los bordes*

El calibrado de centenares de bordes ha hecho posible la obtención del espesor medio de los mismos, cuyas mínimas y máximas en cada Grupo, damos a continuación, expresadas en milímetros.

I	II	III	IV	V	VI
4-8	6-9	5-8	7-12	8-12	3-6

IV

CLASIFICACION DE GRUPOS CERAMICOS

1. *Justificación*

Lo primero que se advierte al analizar la cerámica de Tenerife es su versatilidad formal —dentro del “modelo director”—, frente a la persistencia de determinadas técnicas y de elementos accesorios muy característicos. Hay tipos donde estos elementos —pongamos, por ejemplo, el mango— se modelan bajo los mismos requisitos técnicos, con variaciones sólo apreciables en tamaño y forma y, por consiguiente, con modificaciones en sus secciones tanto transversal como longitudinal.

Pero, al mismo tiempo, los vasos provistos del citado elemento cambian sus perfiles, y así, dentro de la misma intención o práctica factorial, los encontramos de fondo acusadamente cónico y de fondo redondo para tipos semiesféricos, ovales o de casquete. Y lo mismo sucede si en vez del mango se trata del asa-vertedero, elemento de forma muy cambiante, que, sin embargo, caracteriza a un grupo de vasos de perfiles asimismo muy variados.

Es indudable que, vista la cerámica en conjunto, se advierten unas características que por sí mismas justificarían la definición de un tipo. Sin embargo, estimamos que el grupo es capaz de abarcar con mayor amplitud todo el espectro tipológico. Las variaciones o desviaciones tomadas como tipos nos llevarían a una excesiva minuciosidad, pero no si estas variaciones las consideramos como integrantes de un grupo.

Hay que apoyarse en criterios tecnomorfológicos si se quiere establecer una lista lógica de formas, las cuales han de responder a determinadas exigencias técnicas no ocasionales, sino fijas. Al mismo tiempo, los aspectos funcionales reclaman su particular valoración, no sólo porque forma y función van íntimamente unidas, sino porque la función es, en la mayoría de los casos, consecuencia directa de la forma. Cabe, no obstante, la diversidad de usos, pero el utensilio ya viene originariamente conformado con vistas a esta eventualidad.

Otro aspecto a considerar es el de la denominación: ésta será siempre convencional, puesto que no disponemos de más recursos de identificación que los proporcionados por nuestra experiencia adquirida cerca de un utillaje próximo de uso cotidiano. Partimos del mismo para aproximarnos a unos conjuntos de los que sólo conocemos las formas,

pero no su nombre ni tampoco su uso. El problema se complica cuando hay que operar con formas insólitas.

Recurrimos, por consiguiente, a voces usuales que dan nombre a objetos conocidos: vasos, vasijas, cuencos, ollas, hondillas, etc., y los seguros de plato y cuchara, cuando manejamos un plato y una cuchara tipológica y funcionalmente identificados.

Además de la forma, el tamaño ha influido a la hora de elegir uno u otro nombre.

2. Grupos

Examinada en conjunto la cerámica de Tenerife, se puede decir que sólo hay cuatro grupos muy característicos: vasos provistos de mango, vasos con asa-vertedero, cuencos, cazuelas y ollas simples y cuencos, cazuelas y ollas provistos de mamelones y agarraderos.

Cada uno de estos grupos está formado por grandes series que permiten un estudio detenido y acabado del mismo.

Conviene, sin embargo, aclarar que el presente trabajo no es un catálogo usual de cerámica, aplicados sus métodos a la de Tenerife, sino una visión de conjunto de la misma. Se ha desechado la descripción pieza a pieza, trabajo artesanal de mucho bulto y poca utilidad, pero en cambio se ha prestado una mayor atención a las características dominantes en el grupo y a la importancia de cada uno de ellos dentro del conjunto. Cuando se ha advertido una alteración en la norma, dicha excepción ha sido destacada o tratada de un modo especial. Tal ha ocurrido con la cerámica decorada y con piezas compuestas con elementos accesorios mixtos o duplicados. Con ésta se ha preferido hacer un grupo aparte.

En el caso de piezas que por su rareza formal o escaso número dificultaban la composición de un grupo, se han reunido bajo el epígrafe de "diversos", donde se hace el estudio particular de cada tipo.

La valoración funcional se ha apoyado frecuentemente sobre bases etnológicas.

A medida que se vaya ampliando el conocimiento de la cerámica de Tenerife, ya completando series hoy incompletas o por el descubrimiento a ejemplares nuevos y distintos, podrá modificarse la clasificación que sigue, que se ha elaborado con la intención de disponer de un instrumento de trabajo y, consecuentemente, por motivos de carácter metodológico.

CLASIFICACION

G R U P O I

Vasos con mango

1. De fondo cónico
2. Oval
3. Semiesférico o de casquete.

G R U P O II

Vasos con asa-vertedero y pitorro

1. De fondo cónico con asa-vertedero
2. Oval y semiesférico con asa-vertedero
3. Oval y semiesférico con pitorro troncocónico
4. Globular, decorado, con pitorro

G R U P O III

Vasos con elementos accesorios duplicados y mixtos

1. Vasos ovoides con doble mango
2. Con doble asa-vertedero
3. Vasos mixtos de mango y asa-vertedero
4. a). Con doble pitorro troncocónico: b). Con doble mango troncocónico.

G R U P O IV

Vasos, vasijas, cuencos y cazuelas desprovistos de elementos accesorios

1. Vasos y vasijas de fondo cónico
2. Vasos y vasijas de perfil oval
3. Vasos y vasijas semiesféricos y de casquete
4. Cuencos y cazuelas
5. Piezas decoradas

G R U P O V

Vasos, vasijas y ollas provistos de mamelones

1. Con mamelones y agarraderos en el borde
2. Vasijas con mamelones en pared
3. Cuencos con protuberancias por hueco digital
4. Vasos cónicos y piriformes con agarradores de oreja

G R U P O VI, " D I V E R S O S "

1. Hondillas y platos
2. Cucharas
3. Pocillos. Lámparas?

V

GRUPO I

VASOS CON MANGO

1. Vasos de fondo cónico

Es el vaso más elegante de toda la alfarería prehispánica de Tenerife. Es también el que ofrece piezas de más fino acabado.

En cuanto a su capacidad, se puede establecer una serie que va desde los 250 c.c. a los tres litros. El tipo medio oscila entre los 750 c.c. y un litro o litro y medio. El ejemplar mayor (fig. 10, Lám. IV) tiene una altura de 30,3 cms.; diámetro de la boca, 12,2 cms. El ejemplar más proporcionado y perfecto (fig. 11, 1) tiene 22 cms. de altura y 10 de diámetro de boca.

En este tipo, el diámetro de la boca equivale aproximadamente a la mitad de la altura del vaso (figs. 10 y 11, 1 y 2, y Láms. IV, V, 2, VI, 1 y 5 y VII, 3).

Hay series en que esta proporción sufre alteraciones: en gran parte, la boca excede de la mitad de la altura, mientras que en otros ejemplares dimensiones de boca y altura se aproximan para, finalmente, casi siempre en ejemplares de pequeño tamaño, el diámetro de la boca coincide con la medida de la altura. (Véase algunas series en figs. 12, 13 y 14 y Láms. V, 1 y 3, VI, 2, 3 y 4, VII, 1, 2, 3, 5, 6, 7, y VIII, 5).

El mango presenta todas las variedades a que ya se hizo referencia. Los hay macizos y horadados. En este caso, el recorrido del conducto ciego, a través del mango, puede ser corto o largo, de $1/3$ a $2/3$, y su sección, cónica o rectangular.

En las series que se han señalado ha podido observarse asimismo cómo los fondos cónicos van perdiendo de un modo gradual su acusado remate, y al irse abriendo la curva, se va pasando paulatinamente a las formas ovales (figs. 15 y 16).

En cuanto a los bordes, los encontramos planos, biselados y redondos, con decoración y sin ella. Junto a los bordes lisos —los menos—, se encuentran incisos, seudoincisos e impresos. En las figuras citadas, sobre la línea de la boca queda señalada la decoración en aquellos vasos que la llevan. Los bordes lisos no llevan indicación alguna.

Con referencia al color, hay piezas rojo ladrillo, ocre, pardo y ne-

gro. Algunos ejemplares presentan un fino pulimento con brillo, como el ejemplar 2 de la Lám. V.

Desde el punto de vista funcional, este tipo parece estar muy adaptado a la operación de recogida de agua de charcos formados en las marmitas de los barrancos, de fondo basáltico, o en los pequeños manantiales que acumulan el agua en estanquillos de poco fondo. El mango es un elemento muy útil para hacer descender de boca el vaso, imprimirle un giro de abajo arriba y extraerlo lleno de agua.

Ningún ejemplar presenta señales de haber estado sobre el fuego.

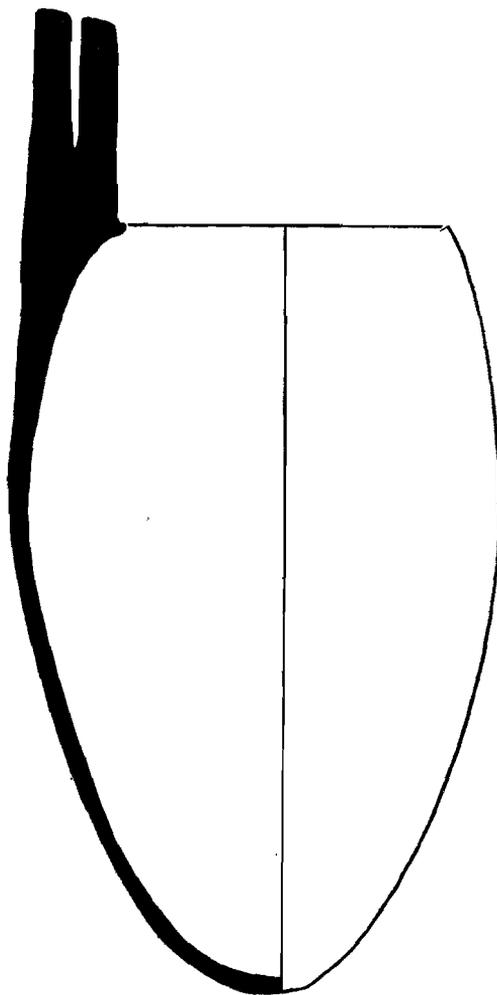


Fig. 10. Vaso de la Cañada de Diego Hernández (red. 1/3)

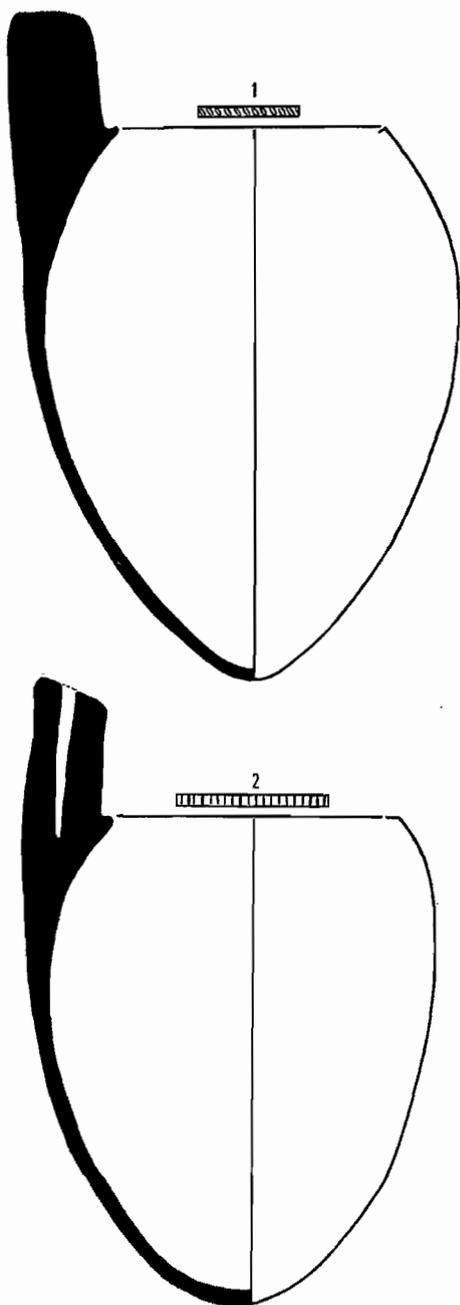


Fig. 11. Vasos con mango. 1, Santa Ursula; 2, Montaña del Cedro (red. 1/3)

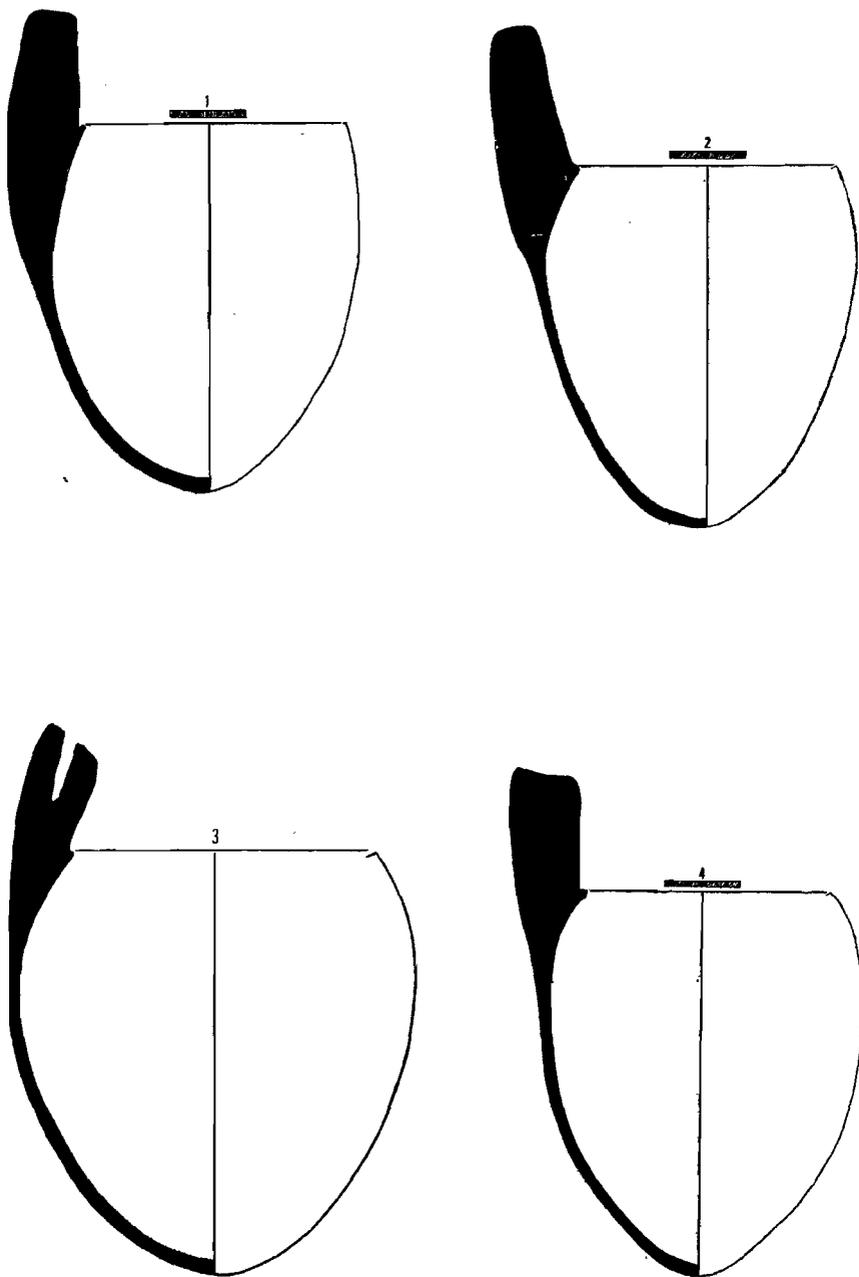


Fig. 12. Vasos con mango. 1, Guía de Isora; 2, Araya (Candelaria); 3, Cañada de las Mostazas; 4, Montaña Negra (Las Cañadas) (red. 1/4).

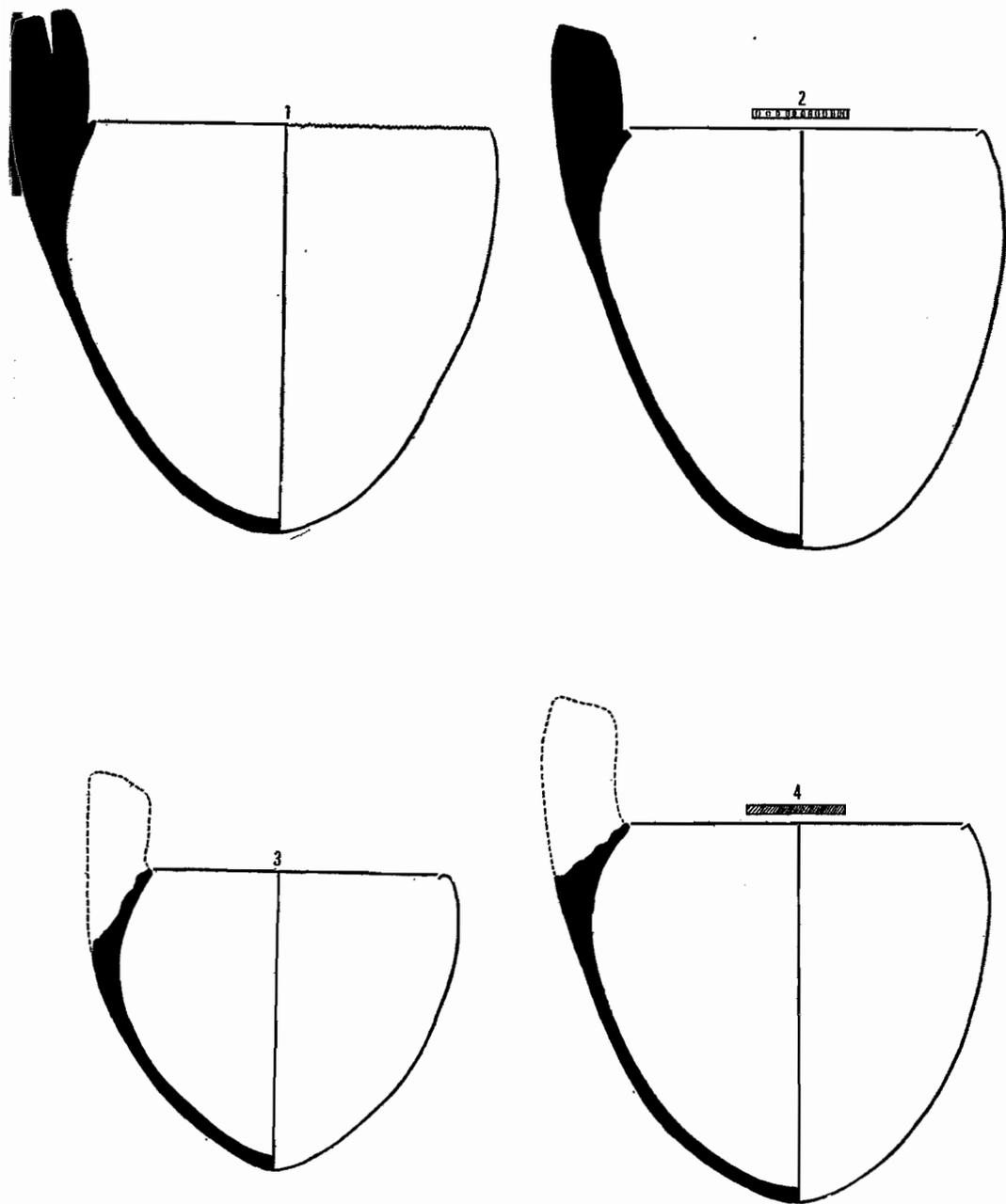


Fig. 13. Vasos con mango. 1, Granadilla; 2, sin loc.; 3, Los Frales (Pto. de la Cruz); 4, Cañada Blanca (red. 1/3)

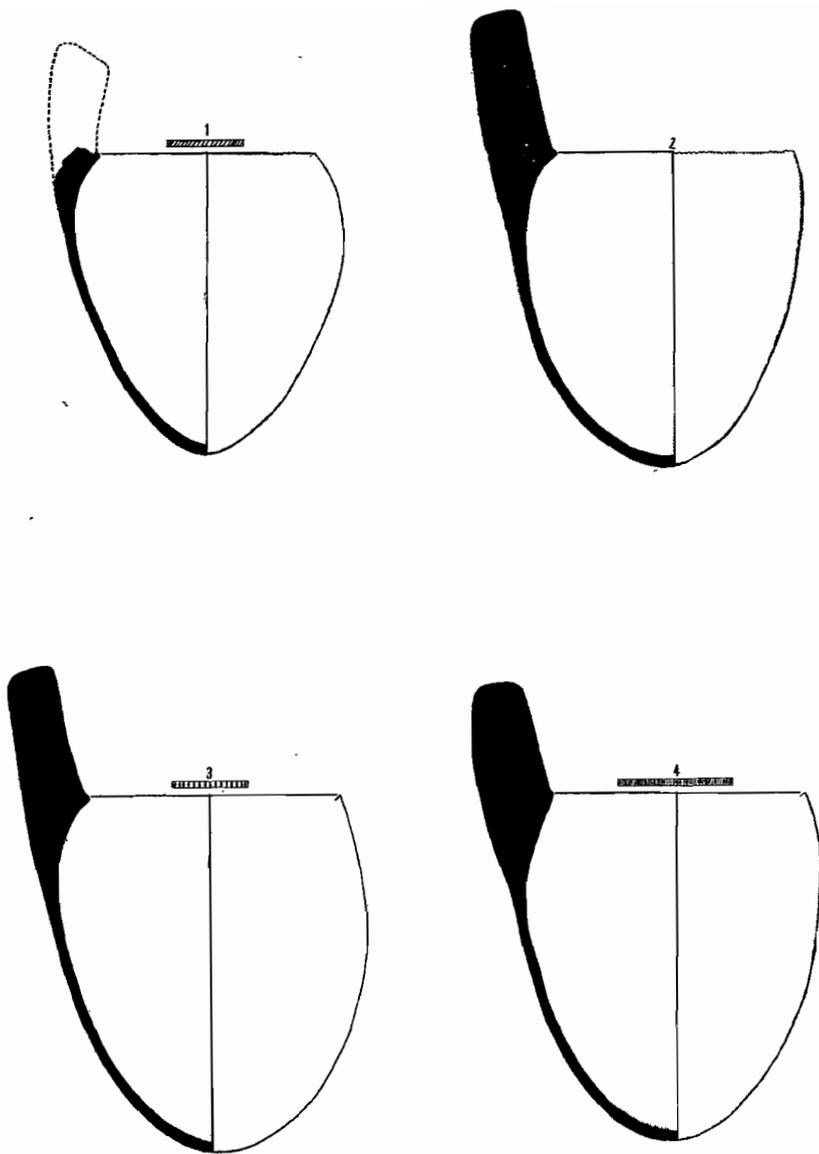


Fig. 14. Vasos con mango. 1, El Portillo de la Villa; 2, Arona; 3, Santiago del Teide; 4, Cuesta de Mata Asnos, Pinar (Arico) (red. 1/4)

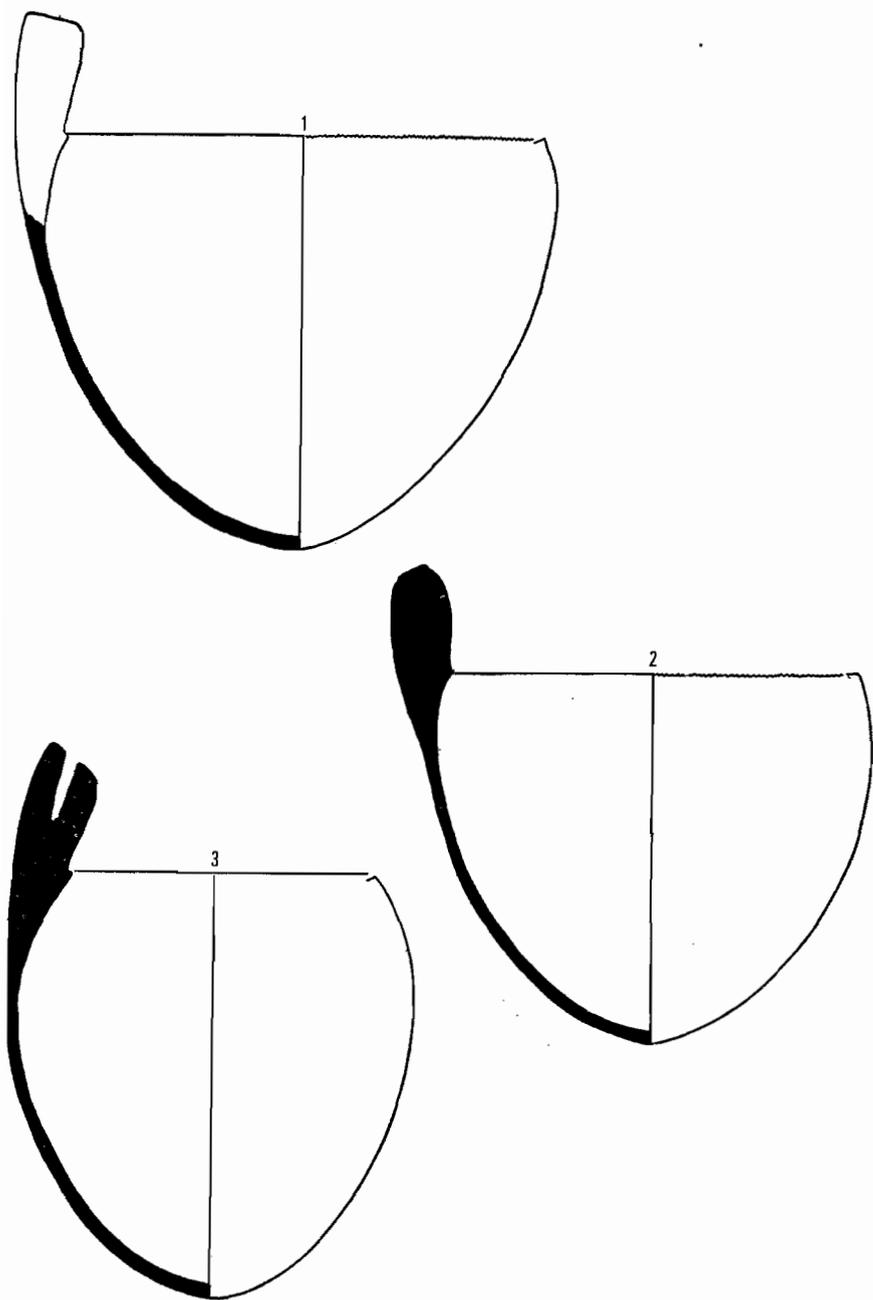


Fig. 15. Vasos con mango. 1, San Miguel; 2, La Guancha; 3, Llano de Uanca (red. 1/3)

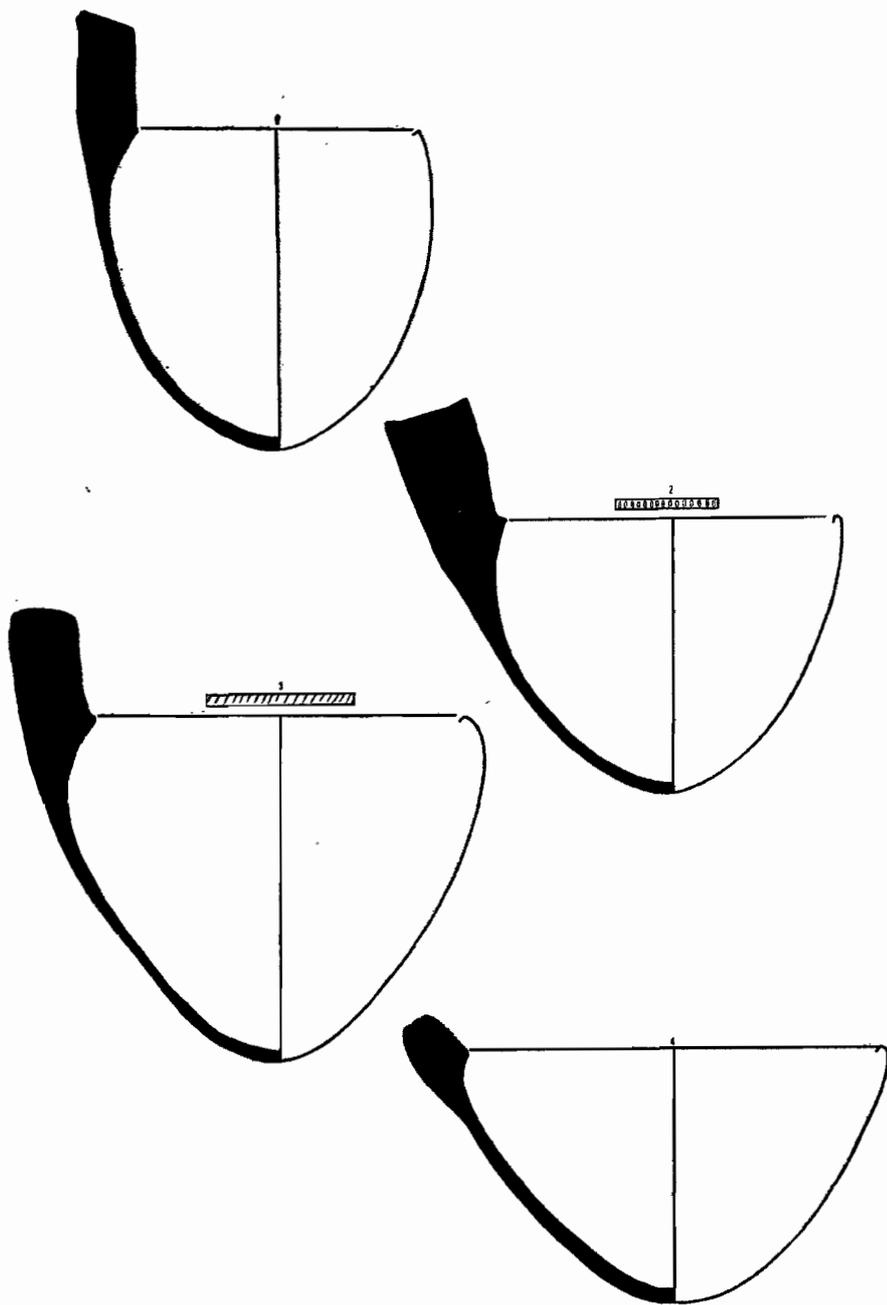


Fig. 16. Vasos con mango. 1, Cañada de la Mareta; 2, Fuente de Mesa; 3, Cañada de las Mostazas; 4, El Portillo de la Villa (red. 1/3)

2. Vasos ovales

También es serie muy numerosa. La línea es menos armoniosa que la del tipo anterior. Las asimetrías son más notadas que en los cónicos. Mantienen una capacidad media.

La relación entre diámetro de la boca y altura suele ser, sin grandes variaciones, la misma que hemos advertido en los vasos de fondo cónico. Se da también la coincidencia de abertura de boca y altura, conseguida a expensas del ensanchamiento de la panza del vaso, que es su característica más destacada.

Hay formas de transición en que si bien el fondo tiende al remate cónico, como en las figs. 15 y 16, el vaso pierde altura, ensancha la panza, y al subir perpendicularmente las paredes, aumenta el diámetro de la boca (figs. 17 y 18).

Es decir, que se atiende a la forma de un "modelo director", pero las variantes quedan a expensas del gusto de la alfarera y al específico fin funcional de la pieza. De ahí la gran variedad de modelos que encontramos dentro de este tipo: mayor o menor perpendicularidad o curvatura de las paredes, con el consecuente aumento o estrechamiento de la boca y una redondez más o menos acusada de los fondos. Todos estos detalles pueden observarse en las figuras 19 y 20.

Desde el punto de vista tecnomorfológico, los mangos siguen fieles a las reglas establecidas dentro del tipo. Sólo en una corta serie se altera la norma, con mangos de tendencia al corte troncocónico, unas veces con orificio y otras sin él. Por primera vez se encuentra el mango cónico, que como los de la serie últimamente citados, ya no asciende siguiendo la línea de la pared, sino que se inserta en sentido oblicuo al borde (fig. 21). Para todo lo que se ha venido diciendo, ver ejemplos en las Láms. VI, 2, 3, 4; VII, 1 y 7; VIII, 2, 3, 4 y 6; X, 1-4; XI, 1-4 y 5-8; XII y XIII.

En esta última serie encontramos bordes cupulares, dos lisos y dos impresos. En las series anteriores, como en las demás del grupo, los bordes se reparten entre planos y biselados, y en cuanto a la decoración, en incisos, seudoincisos, seudoimpresos e impresos. Pocos ejemplares lisos.

Respecto a la coloración, predominan los tonos oscuros, de negro a pardo, algún bermellón sucio, una corta gama de ocre y distintos tonos de rojo ladrillo, por mejor conservación del engobe de almagre.

3. Vasos semiesféricos y de casquete

El tipo de casquete está constituido por una corta serie a la que le falta altura para ser oval o le sobra para dar la forma semiesférica. El fondo está marcado por una curva de arco más abierto. Tiene, sin em-

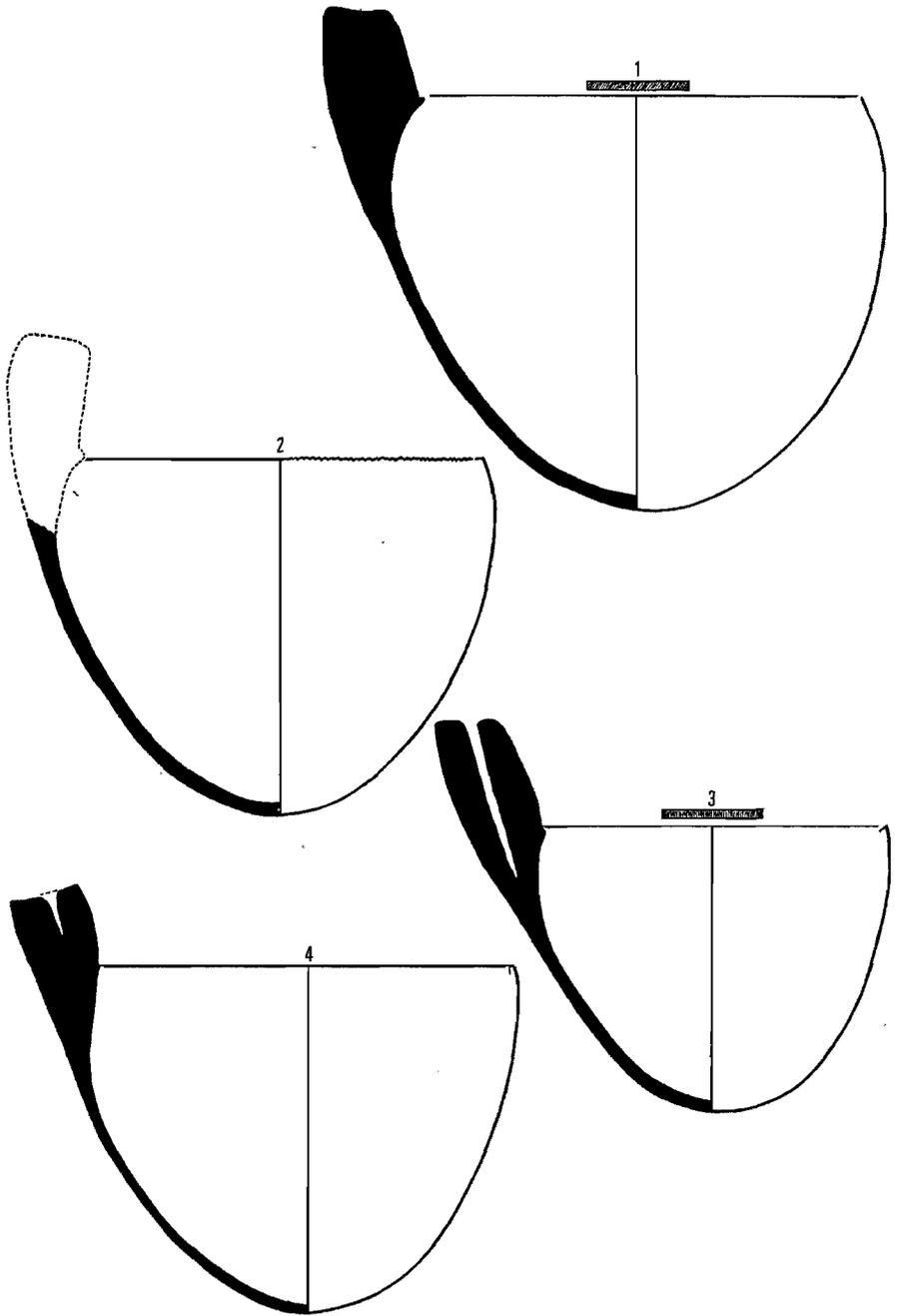


Fig. 17. Vasos con mango. 1, Cañada Blanca; 2, Adeje; 3, Arona; 4, Cañada de Pedro Méndez (red. 1/3)

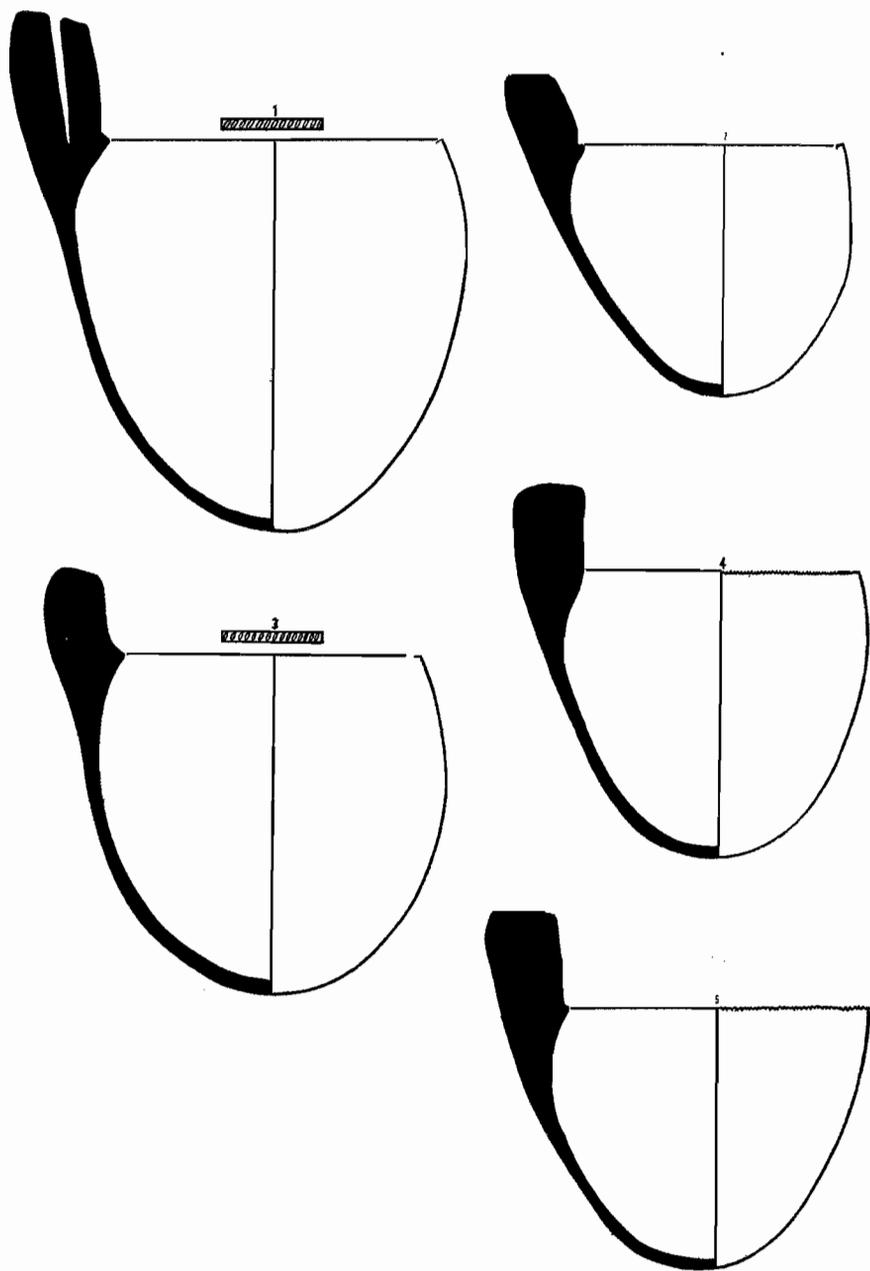


Fig. 18. Vasos con mango. 1 y 3, Cañada Blanca; 2, sin loc.; 4, Hoya Trujillo, Arico; 5, Cañada Verde, Cabo Blanco (Arona) (red. 1/3)

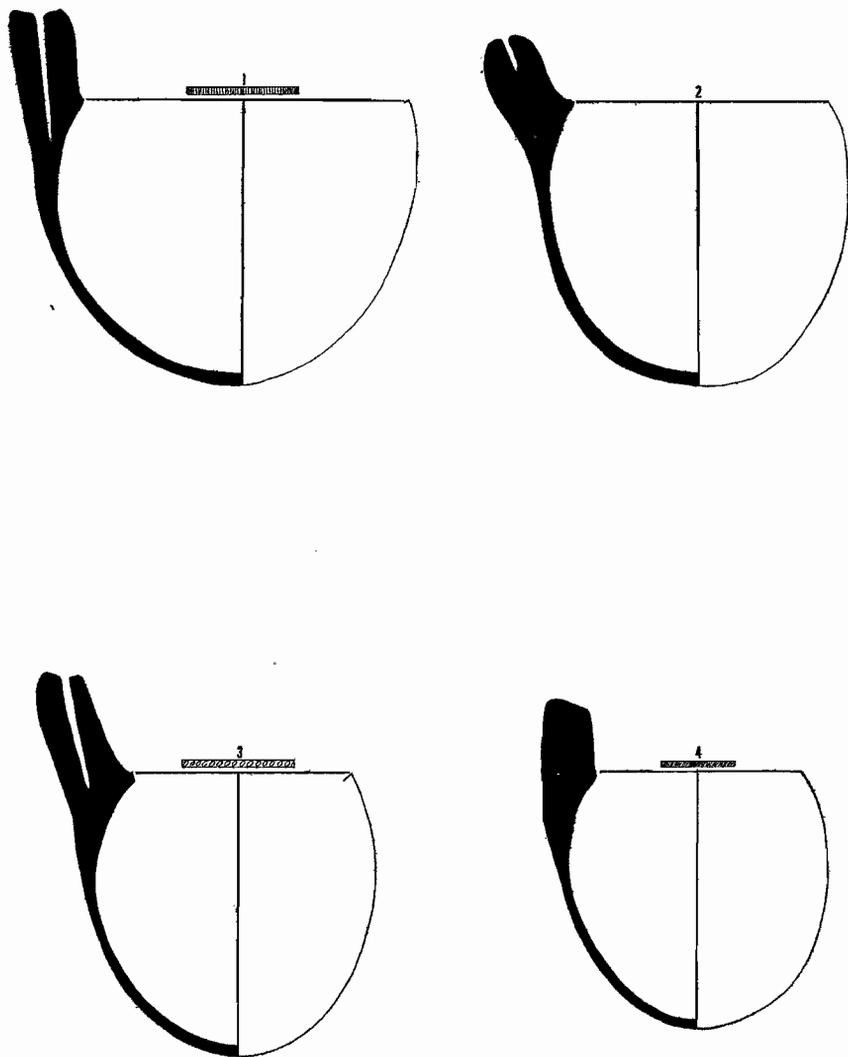


Fig. 19. Vasos con mango. 1, Arona; 2, Cañada del Montón de Trigo; 3, El Portillo de la Villa; 4, Hoya Brunco (La Guancha) (red. 1/3)

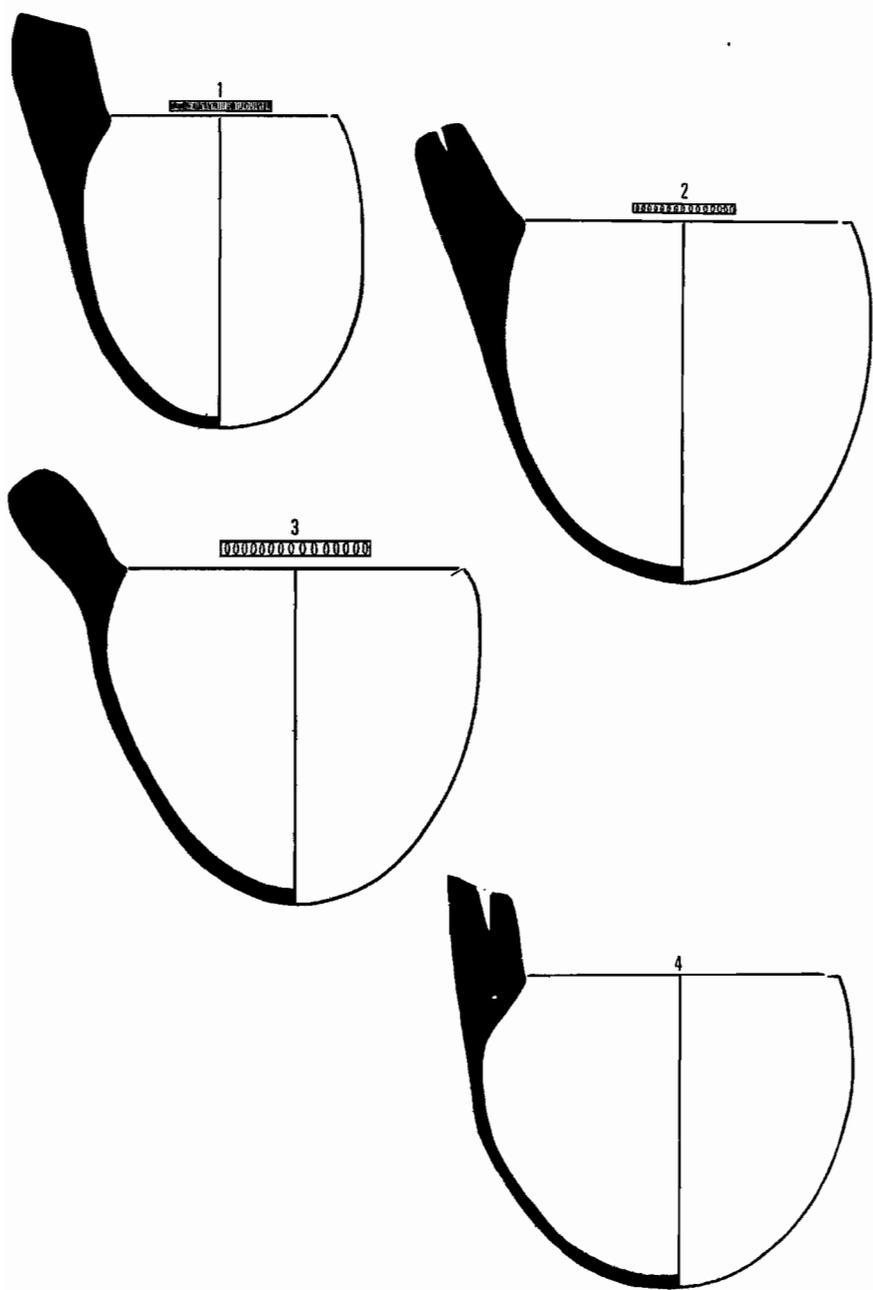


Fig. 20. Vasos con mango. 1, Las Galletas (San Miguel); 2, Cañada Blanca; 3, Hoya Fría; 4, Cañada de Pedro Méndez (red. 1/3)

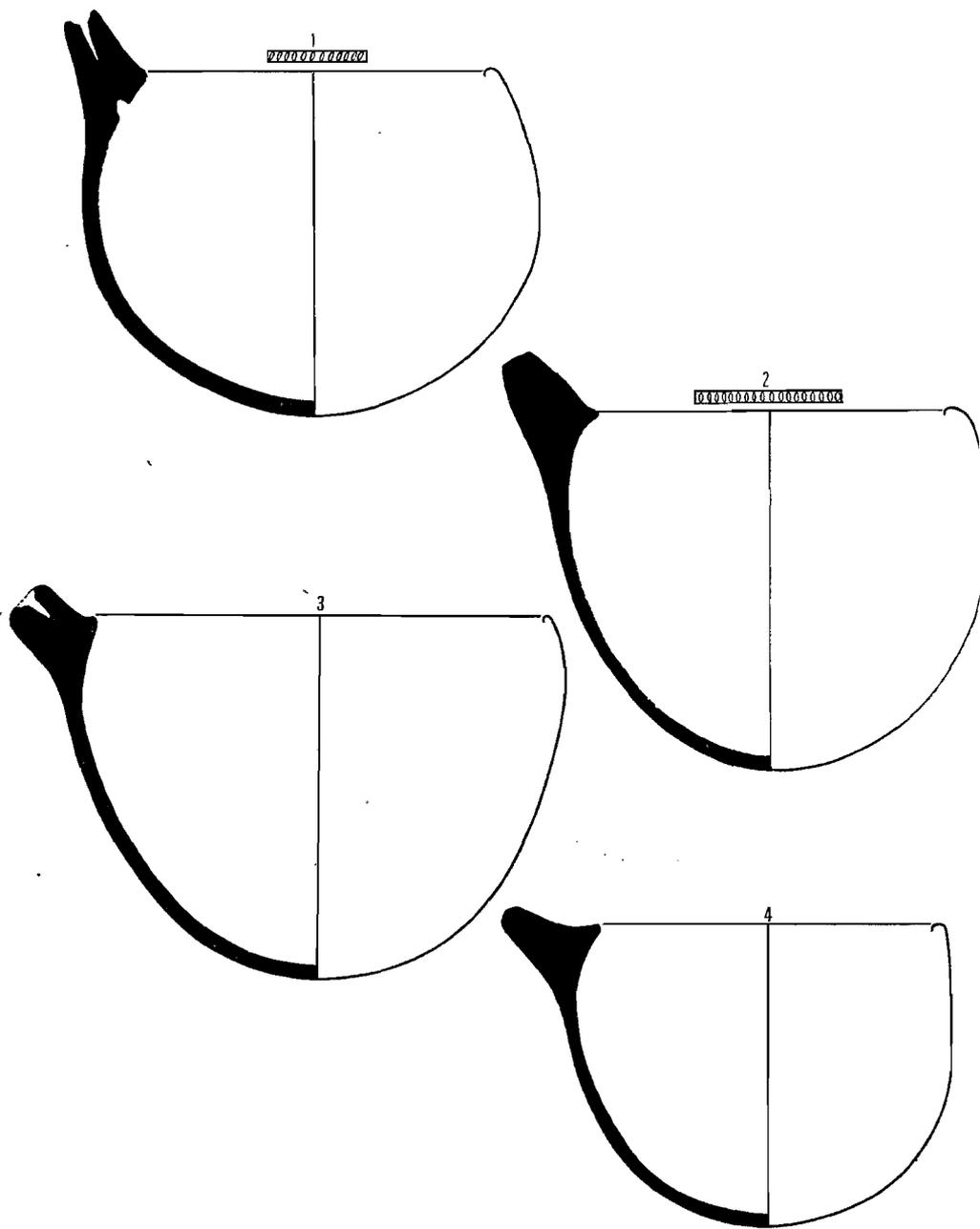


Fig. 21. Vasos con mango. 1, Montaña Rajada; 2, Anaga ?; 3, Llano de la Santidad (Gufa de Isora); 4, Cañada del Sanatorio (red. 1/3)

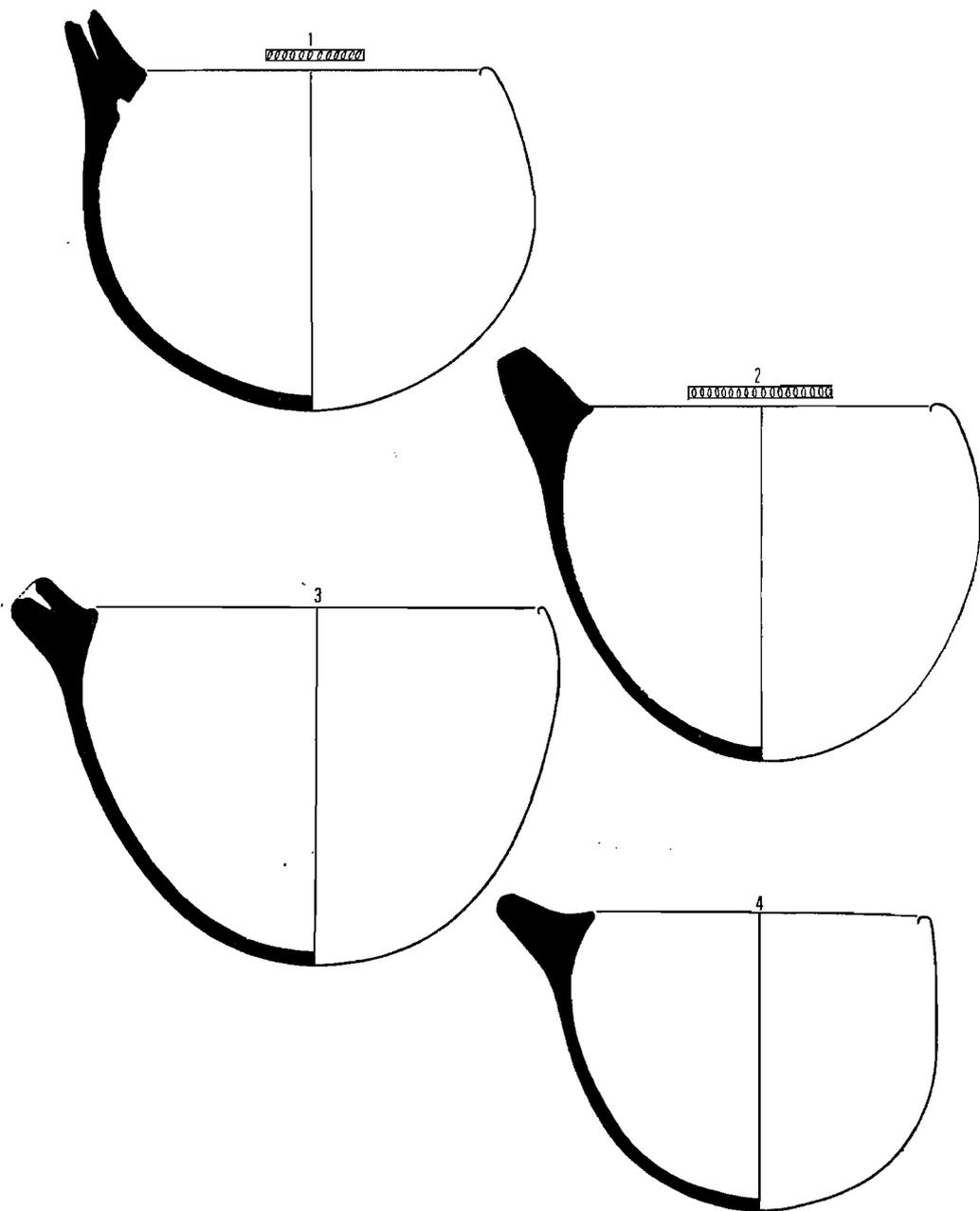


Fig. 21. Vasos con mango. 1, Montaña Rajada; 2, Anaga ?; 3, Llano de la Santidad (Guía de Isora); 4, Cañada del Sanatorio (red. 1/3)

bargo, más contactos morfológicos con el tipo 3 que con el 2, por lo que se incluyen dentro de aquél. (Láms. VII, 6; IX, 3; XV, 2, 3, 5 y 7).

Algún ejemplar de este tipo suele presentar, en vez del mango robusto, uno más corto, cilíndrico o troncocónico.

A través de una serie de variantes nos acercamos al vaso semiesférico. Se dan ejemplares muy proporcionados, muy regulares, hasta coincidir el diámetro de la boca con el doble o aproximadamente los 2/3 de la altura del vaso.

Presentan el mango corto, como una prolongación de la pared del vaso; puede verse en las figs. 22 y 23 y Láms. IX, 4, 5 y 7, y XI, 1 y 6.

La coloración suele ser negra, parda y roja, con algunos ejemplares de color ocre claro.

Los tamaños corresponden al tipo medio dentro del grupo, de 250 a 500 c.c.

La gran variedad tipológica del Grupo I puede verse, en su conjunto, en las láminas IV a XVI.

PORMENORES TECNICOS

a) *Mangos*

Presentan los perfiles y secciones ya indicados con anterioridad y señalados en los gráficos de las figuras 1, 2 y 3.

Resumiendo: inserción perpendicular u oblicua a la boca. En este caso, se despega al nivel de la misma. El mango típico arranca de un punto de la pared situado entre tres y cinco centímetros por debajo del borde. Los mangos cortos vienen a ser una prolongación de aquél.

Las paredes del vaso toman mayor grosor en el punto de inserción del mango y al llegar al borde lo empujan obligándole a replegarse hacia adentro.

El remate del mango puede ser plano, biselado, redondo o cóncavo. El plano terminal presenta a veces hoyuelos digitales, agujeros ciegos o hundimientos circulares. El instrumento más común para practicar este agujero fue el punzón. La trayectoria y longitud quedan señaladas en los gráficos correspondientes al Grupo. El hoyuelo se da preferentemente en los mangos de remate cupular (fig. 2, 2; fig. 3, 5 y 14). En raras ocasiones este hoyuelo se practica con un objeto de sección circular y remate plano (Lám. XV, 4). Para más detalles sobre mangos véanse Láms. IV, V, 3; VIII, 3 y 4, XII, 4 y 6, XIV, XV, 4-5 y XVI.

Ya se ha dicho que el detalle del agujero ciego es un recurso técnico para evitar que el mango se agriete en el horno por la violenta salida de los gases. El examen de fragmentos de mangos ha revelado que los que presentaban el hoyuelo y, sobre todo, el agujero estaban mejor cocidos que los que carecían de aquel detalle.

De un grupo de cuarenta vasos y de setenta fragmentos con mangos, se han obtenido los siguientes porcentajes:

Macizos	Con agujero	Con hueco digital
47%	41%	12%

b) *Bordes*

En los vasos del Grupo I, como se ha ido viendo, los perfiles dominantes en los bordes son: planos, biselados, redondos o en bocel y en ojiva.

Ya hemos hecho referencia a la inseguridad que para definir un determinado perfil de borde ofrecen los fragmentos aislados. Un borde liso supone siempre un perfecto acabado del mismo y la decoración del borde forma parte de ese acabado cuando ayuda a la mayor perfección de la obra.

Para determinar los porcentajes de perfiles hemos examinado 246 bordes. El resultado ha sido el siguiente:

Biselados	Planos	En bocel	En ojiva
49,50%	31,1%	15,4%	4%

La decoración se reparte en incisa, seudoincisa, impresa. Contando con los bordes lisos se puede establecer una relación entre perfil y decoración, pero antes hagamos unas observaciones de carácter técnico.

La incisión se practica con un objeto afilado, que deja un surco en V, tanto más fino cuanto más lo sea el objeto utilizado para la incisión. Si ésta es muy profunda, el borde del vaso aparece dentado. La seudoincisión está practicada con un objeto sin filo y deja una huella poco profunda en U. La verdadera impresión se realiza con un objeto de superficie curva y a veces con los dedos. En estos casos el borde da una línea ondulada. (Véanse los ejemplos de estas técnicas en la Lám. III, y con relación a vasos del Grupo I, Láms. XII, 4, XIV, 7 y XV (incisos), XII, 6 (impreso) y figs. 13, 1; 14, 2; 15, 1-2 (incisos), 11, 1, (impreso) y 14, 3 (seudoinciso).

Examinados 1.875 bordes, se han obtenido los siguientes porcentajes respecto a las distintas técnicas en relación con el perfil del borde:

CUADRO NÚM. 2

Tipo de borde y técnica decorativa del mismo en los vasos del Grupo I

	Incisos	Seudoincisos	Impresos	Lisos
	48 %	19 %	21 %	12 %
Biselados	52	20	15	13
Planos	58	16	17	9
En bocel	12	15	27	46
En ojiva	53	25	20	2

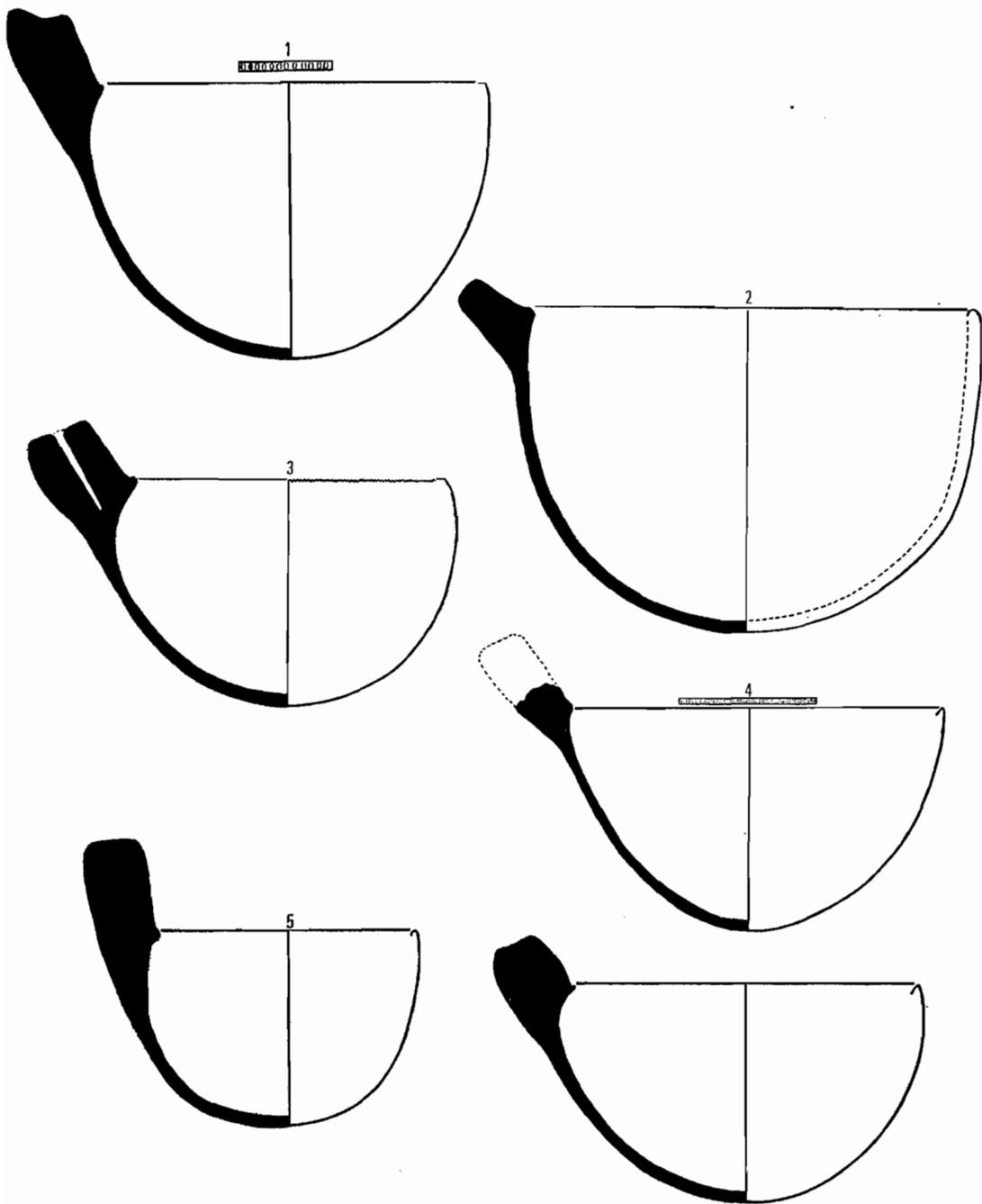


Fig. 22. Vasos con mango. 1, Los Frailes (Puerto de la Cruz); 2 y 6, sin loc.; Roque de Jama, Cabo Blanco (Arona); 4, Base de Gúajara; 5, Cueva de Machín, Arasa (Santiago del Teide) (red. 1/3)

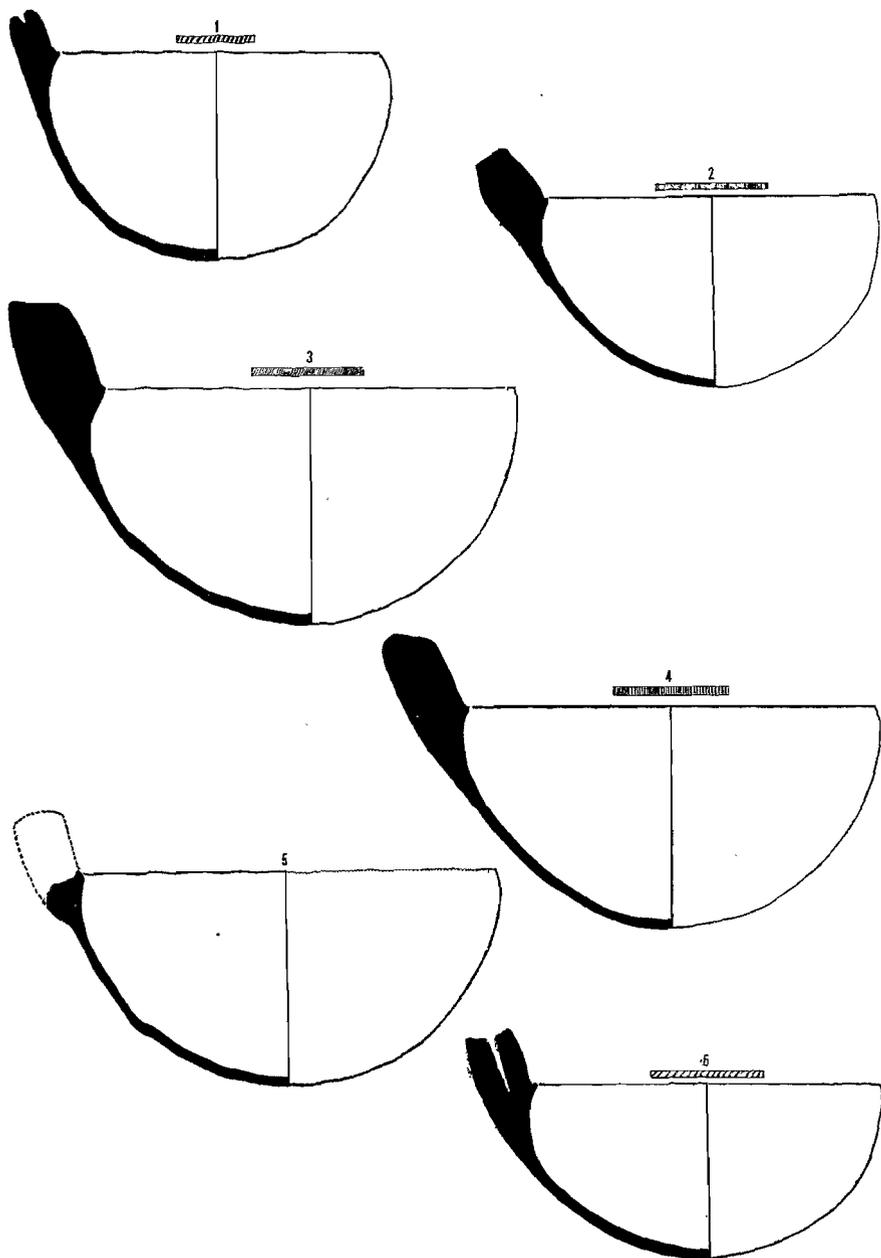


Fig. 23. Vasos con mango. 1, Portillo de la Villa; 2, Montaña de los Pinos; 3, Montaña Rajada; 4, Cañada Blanca; 5, Cañada de Pedro Méndez; 6, Cañada de la Mareta. (red. 1/4)

El espesor medio del borde es de 5,3 mm. en los biselados; 4,7 mm. en los planos; 6,1 en los redondeados y 4,5 mm. en los de ojiva.

El espesor de las paredes aumenta a medida que se acerca al fondo, donde se aprecia a veces un aumento de 4 a 8 mm. con relación al espesor del borde.

c) *Frecuencia de los tipos dentro del Grupo*

Después de examinar todo el material de que se dispone, incluidos fragmentos, se llega a la conclusión de que los tipos más perfectos son los menos frecuentes. El de técnica más depurada es el vaso de fondo cónico, al que le sigue el semiesférico. El oval, aunque pueden encontrarse dentro del tipo ejemplares muy cuidados, es el que revela mayor descuido, tanto en el modelado como en el engobe y alisado.

Examinados los componentes del grupo se han obtenido los siguientes valores porcentuales:

Cónico	Oval	Semiesférico, casquete
23%	56%	21%

En cuanto al área de dispersión del Grupo I se encontrará detallada en el Cuadro núm. 5 (Cap. XII).

Las figuras y números citados se encuentran en las siguientes colecciones:
Museo Arqueológico de Tenerife (MAT): 10; 11, 1; 12, 1-2-3-4: 13-1; 14-2-3-4; 15, 1-2; 16, 1-3-4; 17, 2-3-4; 18, 4; 19, 1-2-3-4; 20, 2-3-4; 21, 2-3-4; 22, 3-4-5; 23, 2-4-6.
Museo del Instituto de Estudios Hispánicos (Puerto de la Cruz) (MIH): 11-2; 13-2-3-4; 1-4-1; 15-3; 16-2; 17-1; 18-1-2-3; 21-1; 22-1-2-6; 23-1-3-5.
Colecciones particulares (CP): 18-5.

VI

GRUPO I I

VASOS CON ASA-VERTEDERO Y PITORRO

1. Cónicos con asa-vertedero

Si comparamos este tipo con el correspondiente del Grupo I, 1, observaremos que es menos esbelto y, consecuentemente, menos elegante. Se trata de un vaso de boca ancha, con el diámetro siempre mayor que la altura. Sin embargo, la línea que le comunica el pitorro hace que los vasos de este tipo sean bellos, sobre todo en los ejemplares de fondo cónico. Así y todo, el cono de base no llega a ser tan agudo como en los del grupo anterior.

Se trata de piezas de tamaño medio, de uno a 2 1/2 litros de capacidad y de 15 a 20 cms. de altura. Hay también ejemplares de menor tamaño: diámetro de boca, 12 cms; altura, 10 cms.

Por lo general son piezas de delicada factura, con cuidadosa distribución del engobe y fino alisado. El degreasante usual es de grano muy fino. Técnicamente mantienen muchos puntos de contacto con los vasos cónicos del primer grupo citado.

El asa-vertedero o pitorro de embudo es normalmente una prolongación de la pared del vaso, cuyo borde no sobrepasa en más de dos o tres centímetros. Al despegarse de la pared —aproximadamente a los 2/3 de su altura— describe una curva exterior más o menos acentuada para facilitar la apertura del vertedero o embudo. Al establecer de nuevo contacto con el vaso lo hace cerca del borde, pero sin afectar al perfil del mismo (Lám. XVII y XVIII).

Hay pitorros que no descomponen la curva del vaso, sino que son una prolongación de la misma (Lám. XIX, 3). En algunos casos, en vez del pliegue axilar de contacto entre pitorro y pared, aquél presenta un estrangulamiento más o menos acentuado (Láms. XX, 4 y XXIII, 2).

Son los de fondo cónico los que cuidan más la armoniosa línea del asa-vertedero (Láms. XVII, XVIII, XIX, 2, XX, 1 y XXI, 3; figs. 24, 1-4 y 25, 1).

El aspecto de embudo del asa-vertedero junto a otros detalles técnicos, es fácil de observar en las láminas XVII y XVIII.

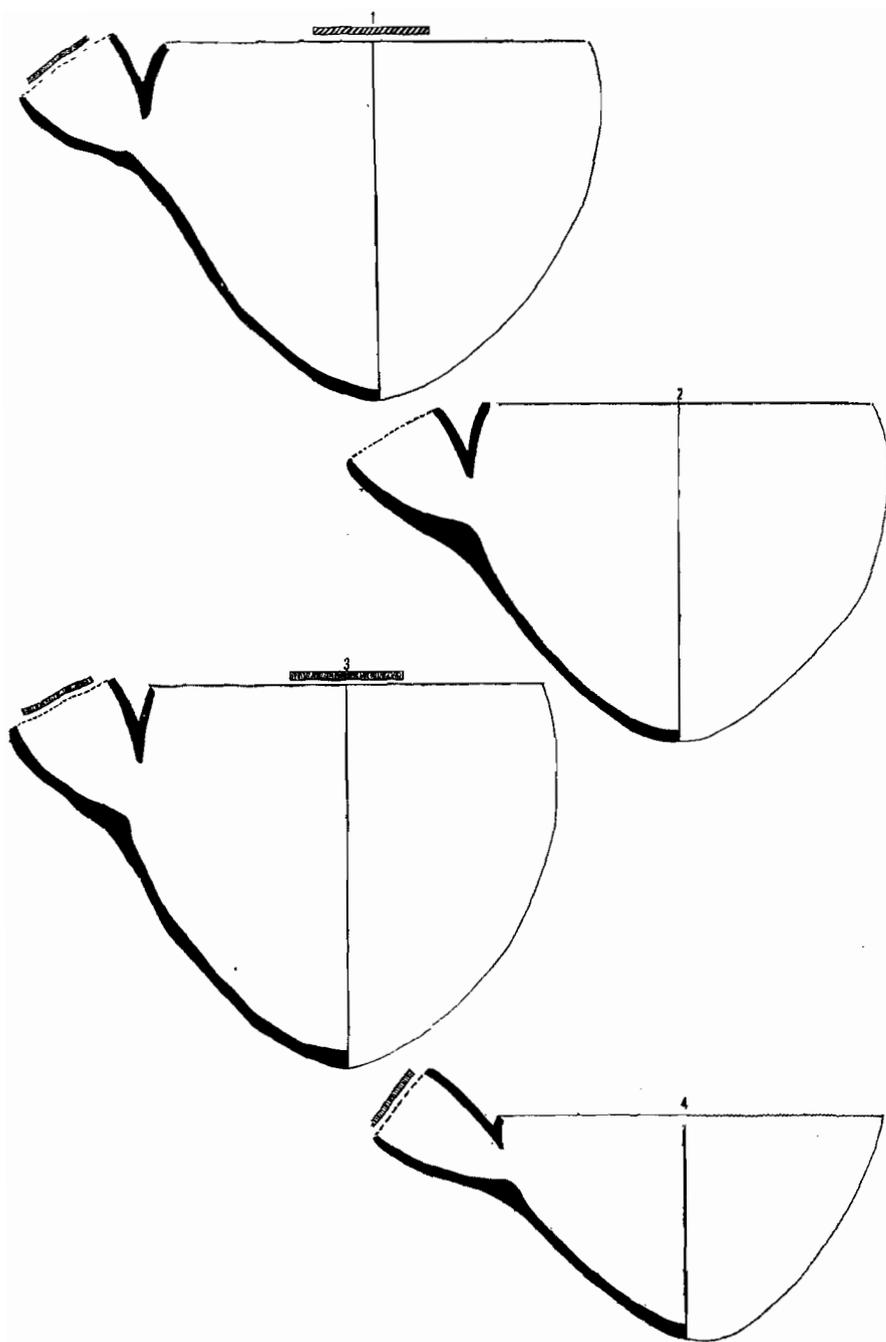


Fig. 24. Vasos con asa-vertedero. 1, Hoyo Azul (Guía de Isora); 2, sin loc., Cañadas?; 3, Cada. de las Mostazas; 4, Arona. (red. 1/4)

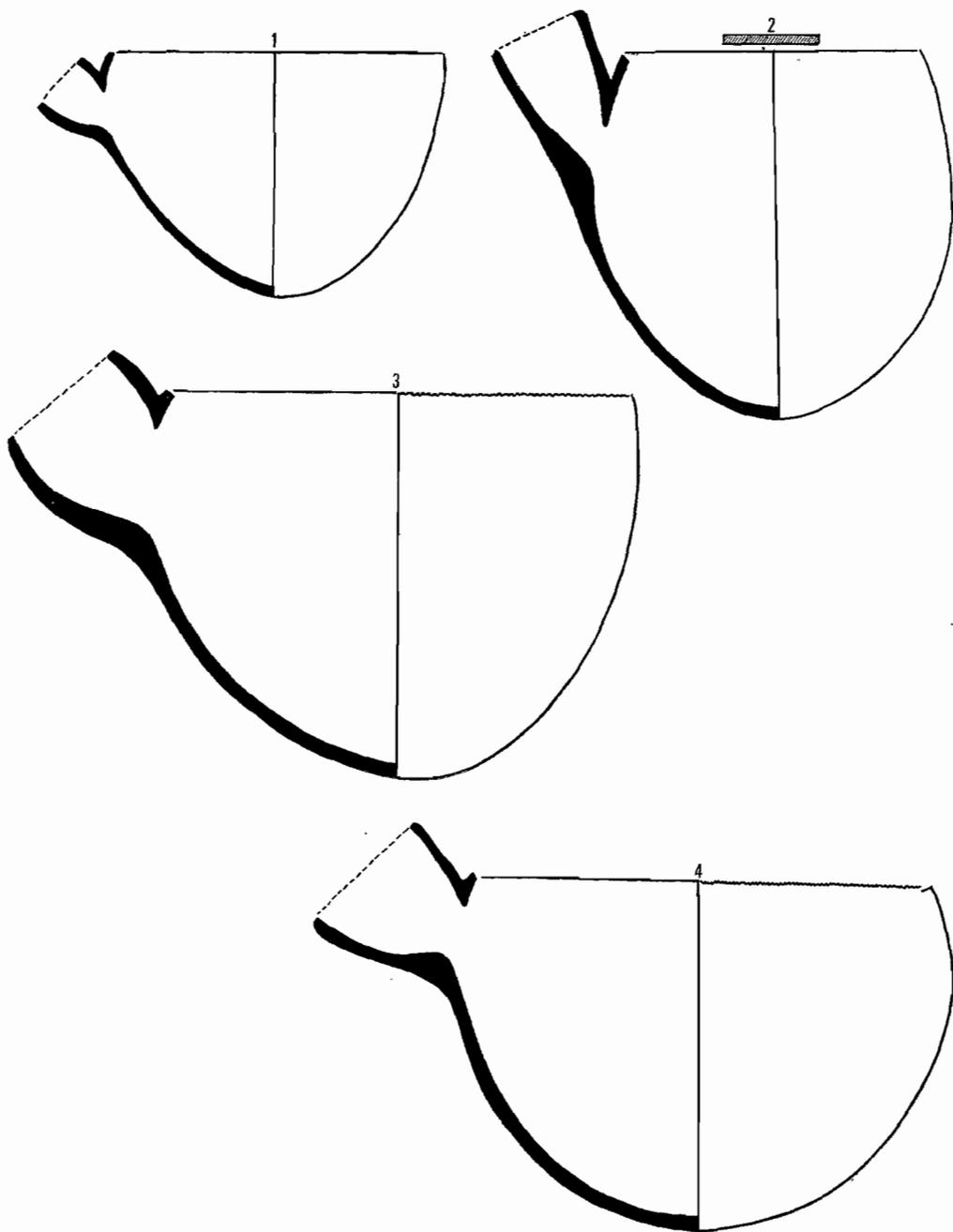


Fig. 25. Vasos con asa-vertedero. 1, Cda. Las Mostazas; 2, Barranco de la Raya; 3, sin loc., Cañadas?; 4, Cda. Blanca. (red. 1/3)

2. *Oval y semiesférico con asa-vertedero*

Los fondos presentan las mismas vacilaciones que se observaron en los tipos estudiados en el Grupo I. Cuando se abandonan las normas fijadas por el "modelo director", no es extraña la aparición de toda suerte de variantes.

Se podía haber seguido aquí la regla adoptada en el Grupo I, separando las formas ovales de las semiesféricas, pero hemos preferido reunir las en un solo tipo para prestar atención preferente al asa-vertedero. Es dentro de estos tipos donde dicho elemento presenta mayores variaciones. Las más notadas pueden ser: altura del asa-vertedero con relación al borde (figs. 25, 2; 26, 1,4; 27, 1, y 28, 2 y 3); punto de despegue en las proximidades del borde (figs. 25, 3, 4; 26, 2 y 28, 1); en su inclinación con relación al mismo, en su ensanchamiento (fig. 27, 1, 3 y 4) y en una serie muy numerosa de pequeños detalles.

Para evitar prolijas descripciones y complicaciones clasificatorias se ha recurrido a la información gráfica —como ya se hizo al tratar del grupo anterior— a fin de que puedan ser observadas todas las variantes tecnomorfológicas. Una visión de conjunto se puede tener sólo con observar las láminas XIX, 1, 3 y 4; XX, 2, 3 y 4; XXI, 1, 2 y 4; XXII, 2; XXIII, 2 y 3; y figs. 25, 2, 3 y 4; 26, 1-4; 27, 1-4 y 28, 1-3.

Se advertirá cómo en algún ejemplar tipo casquete se producen cambios no sólo en el tipo de vertedero, sino que se advierten modificaciones técnicas en el modo de insertarse el pitorro en el vaso.

Cambios técnicos todavía más significativos se advertirán en el tipo que sigue.

3. *Oval y semiesférico con pitorro troncocónico*

En este tipo, el perfil del vaso se mantiene dentro de la línea del tipo anterior. Sin embargo, en dos detalles técnicos reside la diferencia: en el pitorro y en los bordes.

El pitorro se despega oblicuamente del mismo borde. En el punto de arranque queda un simple abultamiento (figs. 28, 4 y 29, 5 y 6) o bien, un sector de borde forma parte de la base del pitorro. En este caso, el perfil del borde queda perfectamente definido (fig. 29, 2 y 4).

Este tipo de pitorro —verdadero pitorro si lo comparamos con el asa-vertedero— tiene un trayecto generalmente rectilíneo de la boca del mismo al interior del vaso, y en determinados casos este conducto es muy estrecho (fig. 29, 2).

En cuanto a los bordes, y salvo el ejemplar de la fig. 28, 4, que lo tiene plano y liso, todos los demás son redondos y siempre lisos (Láms. XXI, 5, 6 y 7; XXII, 1; XXIII, 1 y XXVI. 6.)

4. *Vaso globular, decorado, con pitorro troncocónico*

Es el pitorro el que ha aconsejado la inclusión de este tipo único

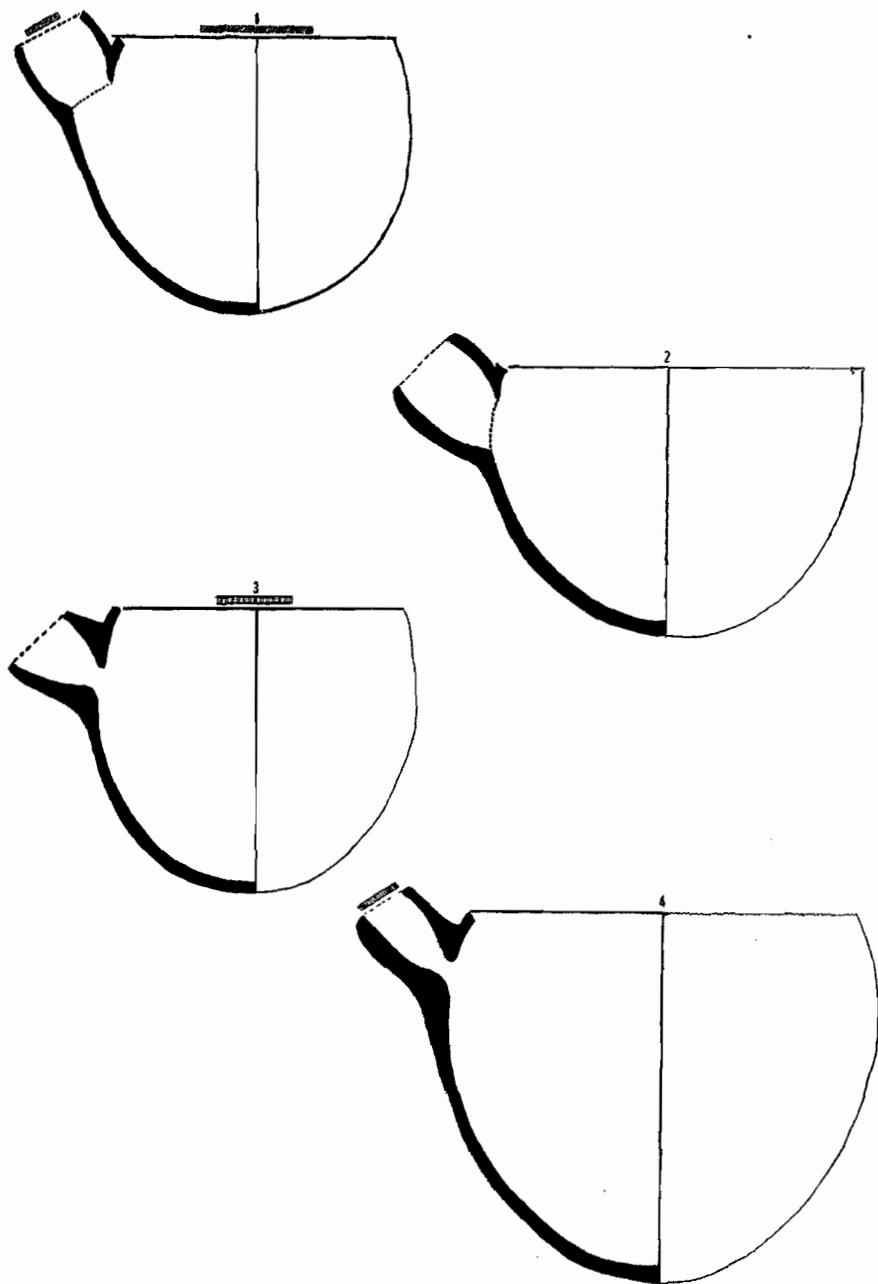


Fig. 26. Vasos con asa-vertedero. 1, Cada, de la Mareta; 2, Llano de Májara; 3, Punta de Anaga (descubierta en 1886); 4, Arona (red. 1/4)

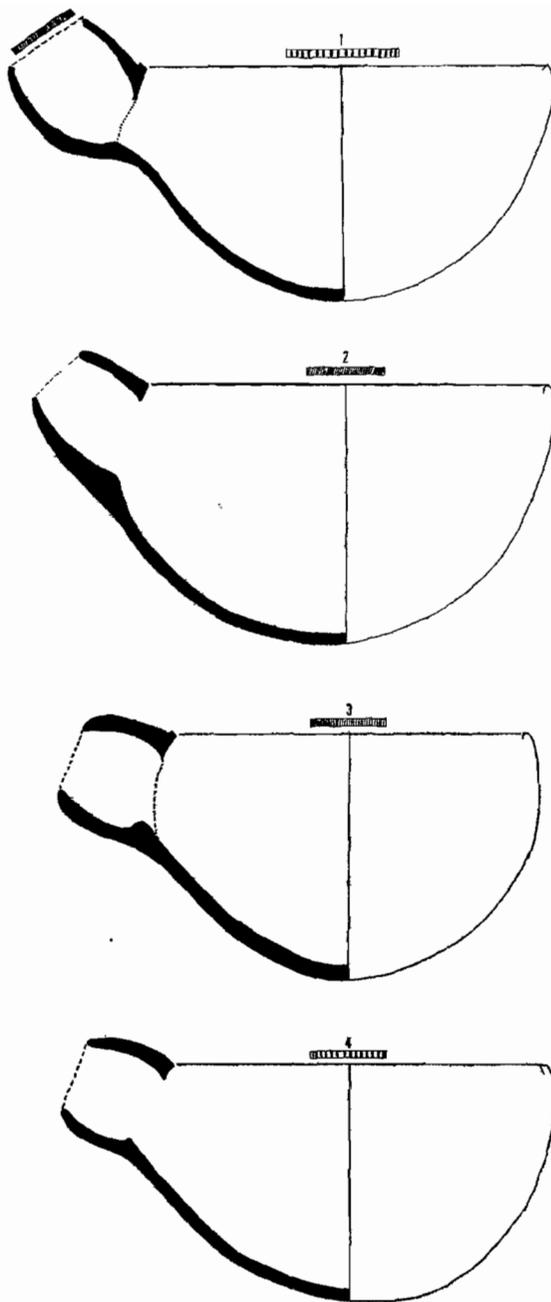


Fig. 27. Vasos con asa-vertedero. 1, Cada. Sanatorio; 2, sin loc., 3, Cañada Blanca; 4, Cada. Pedro Méndez (red. 1/4)

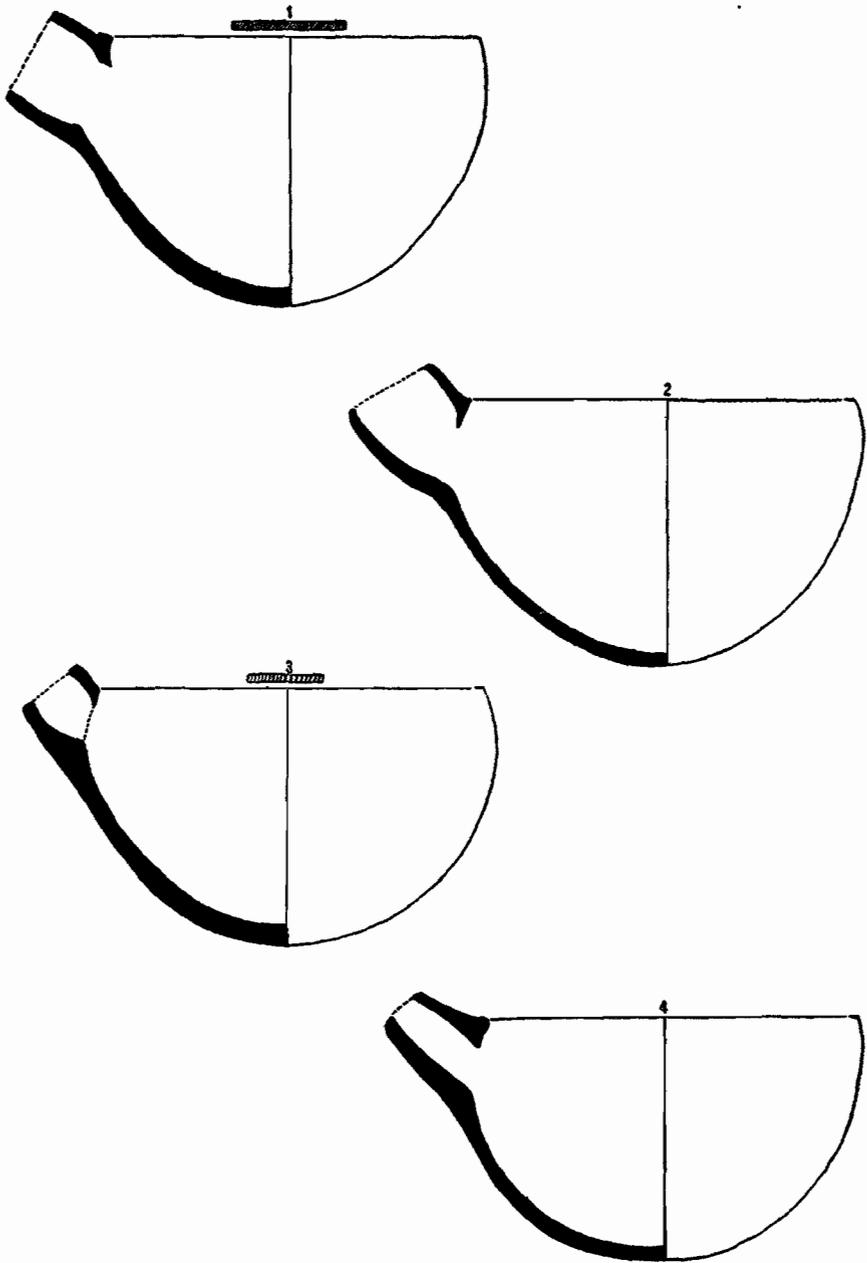


Fig. 28. Vasos con asa-vertedero, 1, Cada. Pedro Méndez; 2 y 3, Cada. Blanca; 4, Cañadas (red. 1/4)

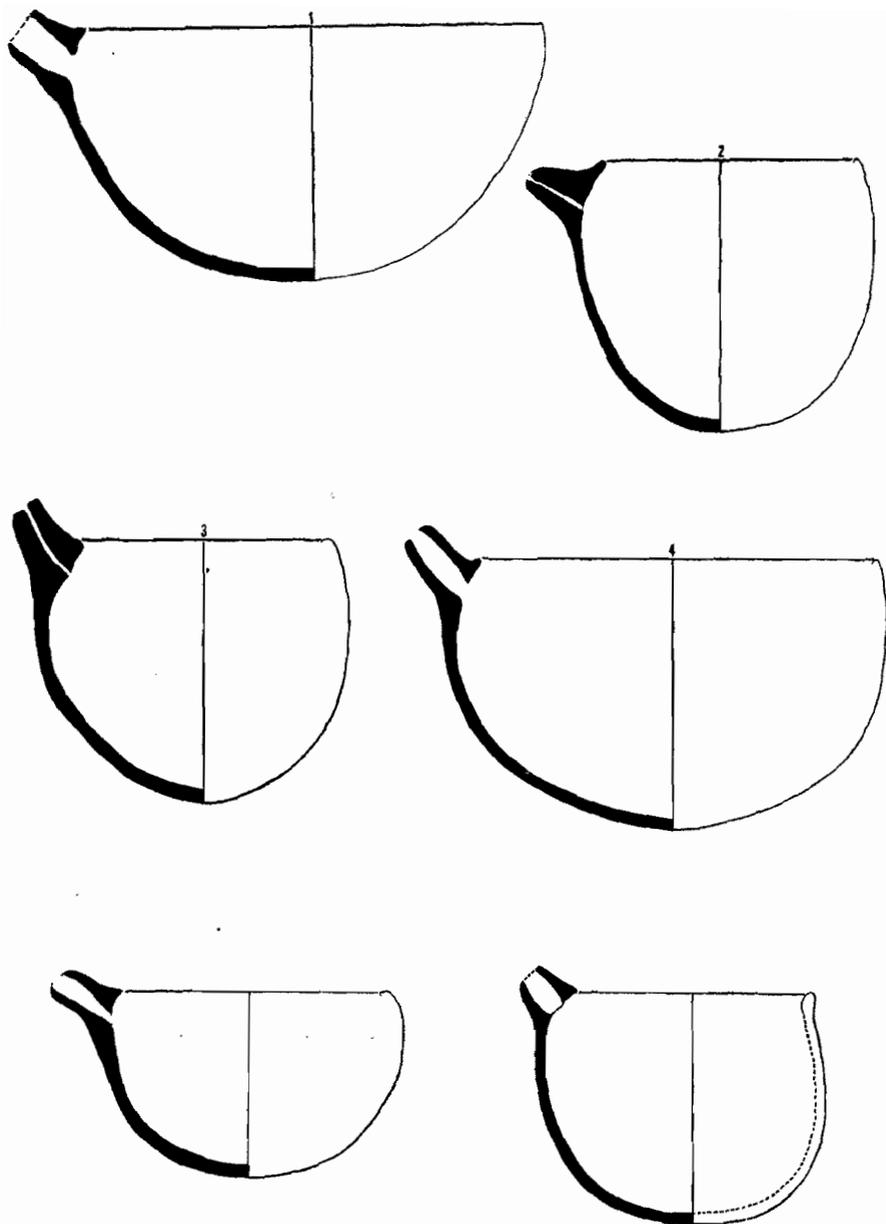


Fig. 29. Vasos con pitorro. 1, Cada. de la Angostura; 2, Valle de Las Piedras Arrancadas; 3 y 5, Cada. Sanatorio; 4, sin loc., Cañadas?; 6, La Guancha. (red. 1/4)

—verdadero “modelo director”— dentro del Grupo II. Encontraremos tipos semejantes, pero desprovistos de pitorro, en cuyo caso serán incluídos dentro de otros grupos y al lado de tipos afines.

La panza se abulta en la proximidad de la base, que es de curva poco acusada y las paredes suben sin cerrarse demasiado en dirección a la boca: altura, 19 cm., diámetro de la boca, 15 cm. y diámetro máximo de la panza, 18 cms.

Disposición del pitorro, oblicuo al borde. Perfil de éste, biselado. Decoración del mismo, rayado profundo.

Además de su aspecto formal es interesante la decoración. Tema, fleco que desciende del borde. Técnica, rayada. Objeto empleado: instrumento sin punta ni filo. Acaso extremo de hueso, redondeado. De ahí su perfil en U. La banda decorativa, de 3 a 4 cms., contornea todo el vaso y su trazado se ha hecho de arriba abajo.

La cara interna del pitorro se decora con rayas que son prolongación de las del borde y el resto con trazos perpendiculares a la boca. Es ejemplar único dentro del grupo formado por los vasos provistos de pitorro (fig. 30 y Lám. XXIV, 2).

PORMENORES TECNICOS

a) *Fragmentos con pitorro*

En el curso de muchas excavaciones se han hallado fragmentos de vasos provistos de pitorro o de la típica asa-vertedero. Esto ha sido útil para fijar, en primer lugar, la dispersión de determinados tipos dentro de la isla y en qué proporción está dicho tipo con relación a otros ya conocidos por disponer de ejemplares completos.

En la fig. 3, 1, tenemos un tipo de pitorro, intermedio entre el de embudo y el troncocónico, pero que es posible adscribir a un vaso perteneciente al Grupo II, 2. Procede de un yacimiento de montaña, en Llano Negro (Santiago del Teide). De esta localidad no conocíamos ejemplares enteros.

En la fig. 4 tenemos otros tipos de pitorro. El núm. 1, de forma abarrilada —muy cercano al pitorro de porrón moderno— forma parte de un fragmento que nos permite adivinar la forma globular del vaso, pero su punto de inserción se fija no en el borde, sino en plena pared. Con algunas salvedades se podría incluir, por exigencias morfológicas, dentro del Grupo II, 4. Procede de la Costa de la Guancha. Los núms. 2 a 7 son del tipo troncocónico, y por los fragmentos de que forman parte se pueden identificar como integrantes del Grupo II, 3. Las localidades de procedencia son: núms. 2 y 3, de la Cañada de Pedro Méndez; los núms. 4 y 5, del Risco del Perro (La Matanza). De esta última localidad tampoco conocíamos vasos enteros. El núm. 6, también de la cueva del Risco del Perro, podría incluirse dentro del Grupo II, 2.

A base de estos fragmentos se ha ampliado el área de dispersión del Grupo II.

b) *Técnica de inserción del pitorro*

Es distinta para el asa-vertedero que para el pitorro en borde. La primera se modela aparte y el vaso se perfora, después de modelado, para comunicarlo con el vertedero al tiempo que se suelda el asa.

El retoque del orificio de comunicación es más cuidado en la parte inferior e interior del orificio, para que los líquidos fluyan sin encontrar rebordes.

El pitorro verdadero, a nivel del borde, se inserta al vaso en el momento de su remate.

Como consecuencia de ello tenemos: un mayor grosor de la pared en la zona de soldadura, un repliegue del borde en el punto de contacto con el pitorro, menor diámetro del orificio interior y mayor abertura del asa-vertedero, que es lo que le da el aspecto de embudo.

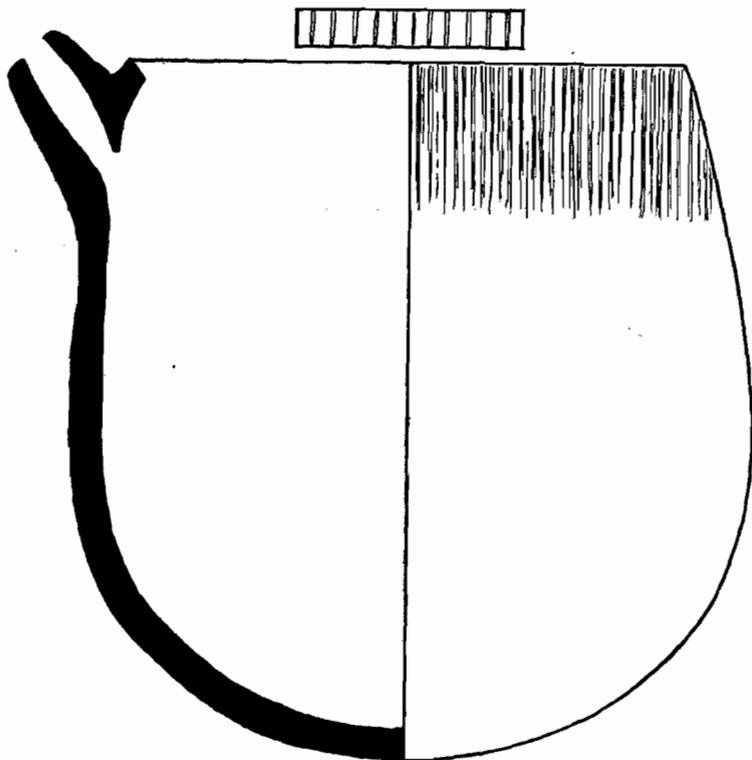


Fig. 30. Vaso globular, decorado, con pitorro. Arico (red. 1/2).

c) *Espesores*

El espesor del borde del pitorro es menor que el del vaso, y éste, menor que el de la pared del mismo, al cual excede con frecuencia el grosor del fondo.

Los espesores medios en los vasos del Grupo II, 1 y 2, expresados en milímetros, son aproximadamente los siguientes:

Pitorro, 3; fondo, 9; borde, 6.

Sin embargo, los de pitorro troncocónico (Grupo II, 3), dan medias de 7 mm. —en borde 4—, con máximas de 9 mm.) Aumento proporcional de paredes y fondo.

d) *Perfiles y decoración de bordes y asas-vertedero*

En el borde de un mismo vaso puede haber variaciones de perfil: en un solo caso, se han reunido tres tipos: bocel, plano y biselado.

Los bordes de los pitorros pueden estar decorados, pero no siempre la decoración de los mismos se corresponde con la del borde del vaso. Junto a bordes incisos, pitorros lisos o viceversa; bordes seudoincisos, con pitorros impresos o lisos.

Sólo en los del Grupo II, 3, los bordes redondos lisos los presentan indistintamente vasos y pitorros.

Respecto a la falta de correlación entre el perfil del borde del vaso y el del asa vertedero, los siguientes valores, obtenidos sobre 249 muestras, son suficientemente expresivos:

	Borde del vaso	Bordes del pitorro
Biselado	45 %	12 %
Plano	22 %	29 %
En bocel	20 %	52 %
En ojiva	13 %	7 %

Con relación a la decoración del borde del vaso y la del asa-vertedero, siempre sobre las citadas 249 muestras, véanse los resultados obtenidos.

	Borde del asa-vertedero	Borde del vaso
Impresa	19 %	20 %
Incisa	38 %	31 %
Seudoincisa	25 %	20 %
Bor. lisos	18 %	29 %

e) *Frecuencia de tipos*

Para la obtención de estos valores se han manejado datos facilitados no sólo por piezas conservadas enteras, sino por fragmentos con elementos accesorios de fácil identificación.

He aquí los valores porcentuales obtenidos:

G R U P O I I

	1)	2)	3)	4)
%	25	44,5	30	0,5

f) *Aspecto funcional*

Se trata de un utensilio doméstico muy relacionado con la ganadería, ya que parece tratarse de un verdadero vaso de ordeño. Su tamaño y su forma lo hacen muy manejable. El asa-vertedero parece estar pensado para facilitar la función de verter o trasegar líquidos a otra vasija. Las de pitorro troncocónico se adaptan mejor para utilizarlas a modo de porrones, tomando el líquido directamente del vaso, a lo que se prestan menos las de asa-vertedero por la excesiva abertura de la misma.

Por otro lado, no parecen reunir condiciones para colocarlos sobre las piedras del hogar, donde soportarían mal, dada su delicadeza, el choque con aquéllas. Además, nunca aparecen ahumadas, salvo fragmentos que se han mezclado con los carbones y las cenizas del hogar.

En el Museo Arqueológico de Tenerife (MAT): 24-1, 3, 4; 26, 1, 2, 4; 27, 1, 3, 4; 28, 1, 3, 4; 29, 1, 2, 3, 5; 30.

En el Museo del Instituto de Estudios Hispánicos (Pto. de la Cruz) (MIH): 24, 2; 25, 1, 2, 3, 4; 27, 2; 28, 2; 29, 4.

Colecciones particulares (CP): 26, 3 (Colección Ossuna, dep. en el MAT): 29, 6.

VII

GRUPO III

VASOS CON ELEMENTOS ACCESORIOS DUPLICADOS Y MIXTOS

Este Grupo reúne una corta serie de piezas que si en cuanto a sus formas no se separan de las típicas incluídas en los Grupos I y II, toman de éstos sus elementos accesorios característicos, como son mangos, asas-vertederos y pitorros, los cuales duplican o combinan.

En este mismo grupo se han reunido unas piezas generalmente de gran tamaño, a las que sería impropio llamar vasos y para las cuales proponemos la denominación de ollas, cuyos elementos accesorios se derivan de los mangos troncocónicos. En el Grupo II, 3 presentaban un solo elemento y en el Grupo III, 4, lo duplican, como se verá.

Siguiendo el orden que hemos establecido a partir de dichos elementos —mango, asa-vertedero, pitorro—, trataremos primero de los vasos provistos de doble mango.

1. Vasos ovoides con doble mango

Encontramos los perfiles ovoides muy marcados en los de fondo cónico y menos acusados en los de fondo redondo. La relación entre el diámetro de la boca y la altura del vaso es la normal en piezas de este tamaño: la primera excede a la segunda en 3 ó 4 cms. (fig. 31, 2 y 3) o mantiene el exceso, más normal todavía —detalle de marcada regularidad en todas las series—, de 1 y 1/2 cms., como ocurre en el núm. 1 de la citada figura.

Los mangos son robustos, con una ligera concavidad en su plano terminal (fig. 31, 1), con hundimiento circular seguido de agujero ciego (31, 2) o rematados en pronunciado bisel y bordes de acusada arista con perfil externo puntiagudo (31,3). Ver también Láminas XXV, 2 y XXVI, 3.

Bordes planos y biselados, incisos, algunos con trazo más profundo que marca la indentación del borde.

Las alturas, comprendidas entre los 10 y 14 cms., aconsejan la inclusión de esta serie dentro del grupo de los de capacidad media.

El doble mango supone un importante avance desde el punto de vista funcional. Se adapta al uso ya señalado para los vasos del Grupo I,

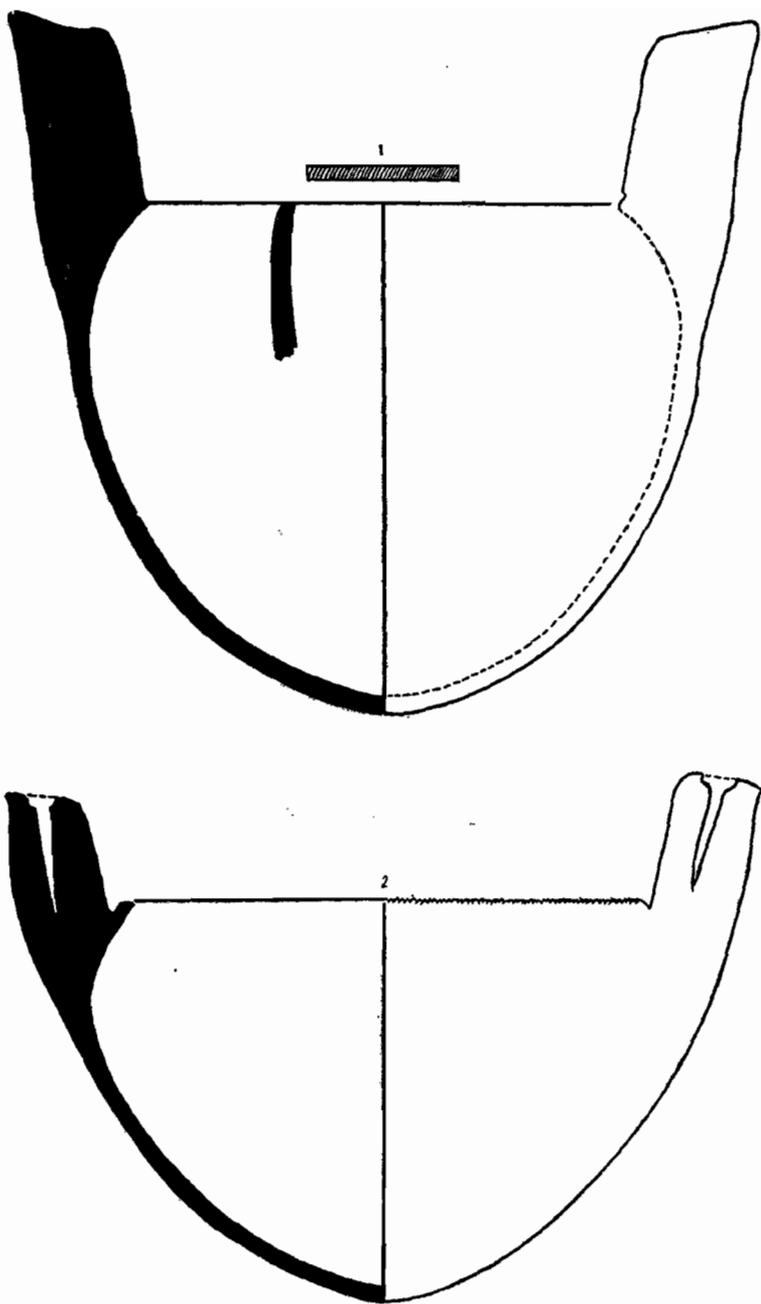


Fig. 31. Vasos con doble mango. 1, Cada. de Pedro Méndez; 2, altos de La Guancha (red. 1/2).

1, pero se presta mejor para ser transportado estando lleno e incluso para vaciar su contenido dentro de otro vaso.

Fuera de la novedad presentada por los mangos duplicados, no son de notar otras novedades técnicas, pues en espesor de paredes, perfiles de bordes, engrosamiento de la zona de soldadura de los mangos y de los fondos, se siguen las normas conocidas para piezas similares del Grupo I.

Dominan los colores oscuros, con predominio del pardo.

2. Con doble asa-vertedero

Las series de este tipo presentan también las variantes ovoideas de fondos más o menos acusados. Entre las de fondo cónico, hay piezas

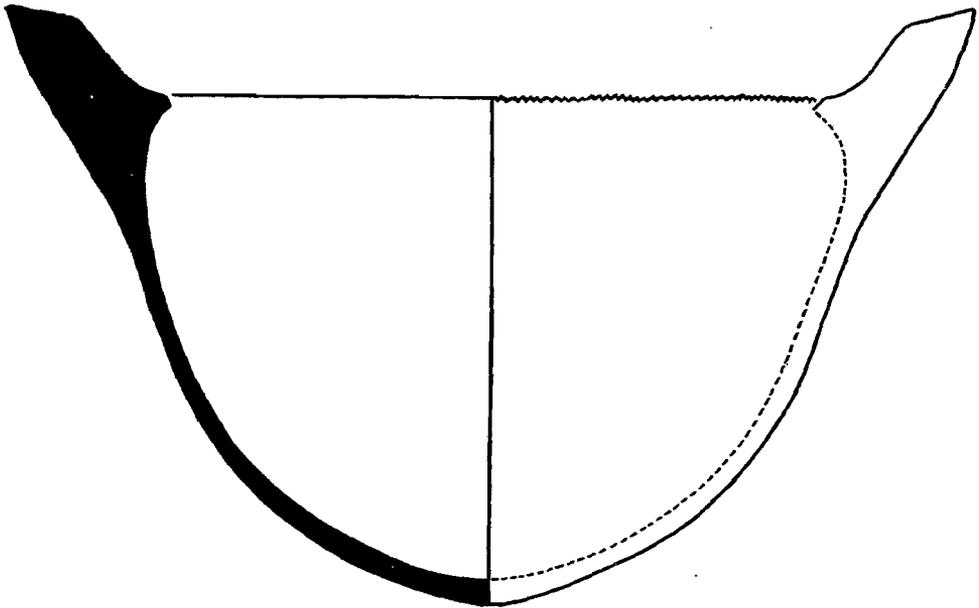


Fig. 31. 3, Vaso con doble mango, Las Cañadas (red. 1/2).

que lo tienen muy destacado (fig. 32, 1 y 2), mientras otras presentan una curva más suave (Fig. 32, 3).

Las asas-vertederos, de embudo, en su aspecto tecnomorfológico guardan las reglas repetidamente observadas en los ejemplares del Grupo II, 1 y 2. Sin embargo, en la serie que ahora nos ocupa, el ejemplar de la fig. 32, 2, rompe la regla al agrandar las asas-vertedero de forma desproporcionada tanto en tamaño como en abertura de la boca del embudo. A pesar de ello, resulta un ejemplar extraordinariamente llamativo, precisamente por esa desproporción. Procede de la localidad de Los

Celajes (La Guancha) y se halló en el curso de una roturación de tierras (Alturas de estas piezas, de 15 a 17 cms., dentro, por lo tanto, de las de tamaño medio).

Otros ejemplares se separan de las formas típicas al ensanchar la panza, con lo que se consigue igualar el diámetro de la boca con la altura. El ejemplar de la fig. 33, 1, inicia este cambio de forma, que se acenúa en la fig. 33, 2. Por este detalle y por el aumento de tamaño aconsejamos sustituir la denominación de vaso por el de olla, pues los cambios formales traen aparejado al mismo tiempo un cambio funcional.

Una comparación de datos dimensionales entre unos y otros nos aclarará este punto. Las medidas van en centímetros:

	Altura	Diám. boca	Diám. máximo panza
Fig. 32,1	17,5	14,3	16
" 32,2	16,5	14	16,5
" 32,3	16	18,5	20
" 33,1	19,4	21	24,5
" 33,2	22,7	21,7	28

La forma de estas piezas es muy llamativa, a pesar de que en las de mayor tamaño el modelado y espatulado, e incluso el alisado a base de almagre, no muestra el mismo cuidado que en las piezas de tamaño medio. Sus superficies son ásperas al tacto.

Colores dominantes, el pardo y el negro. Bordes biselados y planos, incisos e impresos. (Ver Láms. XXV, 1 y XXVI, 1).

Volviendo a su función, y con relación a los tamaños, se podría decir que las de tipo medio podrían seguir siendo consideradas como destinadas a la operación de ordeño, pero con mayor facilidad para transportar y verter. Las ollas pueden ser empleadas para la cocción de alimentos.

3. Vasos mixtos de mango y asa-vertedero

No presentan variedades notadas en los perfiles. Las técnicas de mango y asa-vertedero responden a las normas conocidas, y lo mismo se da en los bordes: así, los ejemplares de la fig. 34, 1 y 2, son biselados, inciso e impreso, respectivamente. En cuanto al borde del asa, decorado con incisiones el primero y liso el segundo.

Son vasos de tipo medio, aunque un ejemplar de pequeño tamaño parece conservar las huellas de la soldadura del mango (Lám. XXVI, 4)

En el ejemplar de la Lám. XXVII se puede observar en detalle el arranque del asa-vertedero y el punto de inserción del mango, así como el descuidado alisado de las paredes del vaso.

4. a) Con doble pitorro troncocónico

Tipo intermedio entre las vasijas de mango a nivel del borde y las de doble mango troncocónico al mismo nivel, es un raro ejemplar descubier-

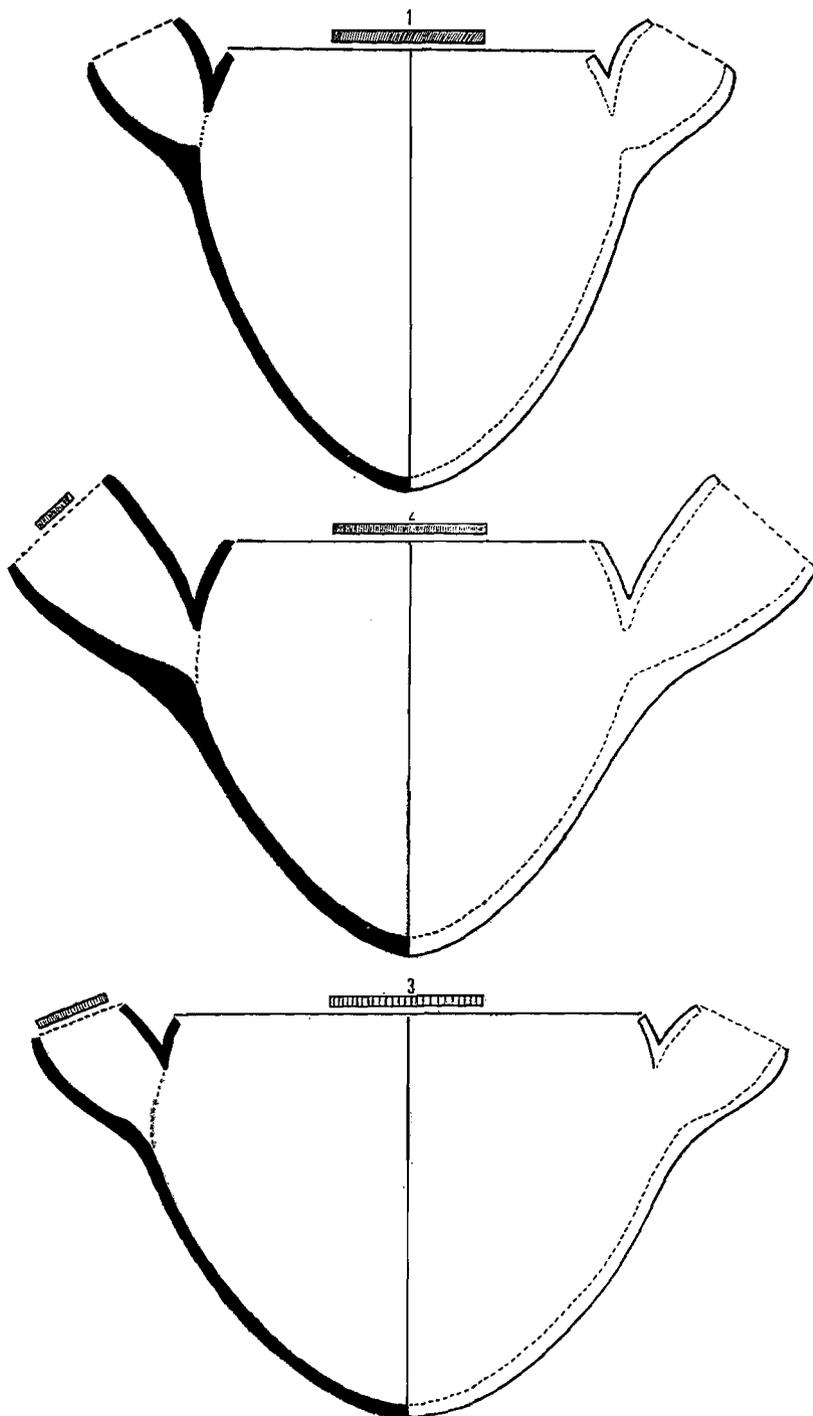


Fig. 32. Vasos con doble asa-vertedero. 1, El Portillo de la Villa; 2, Los Celajes (La Guancha); 3, Arona (red. 1/3)

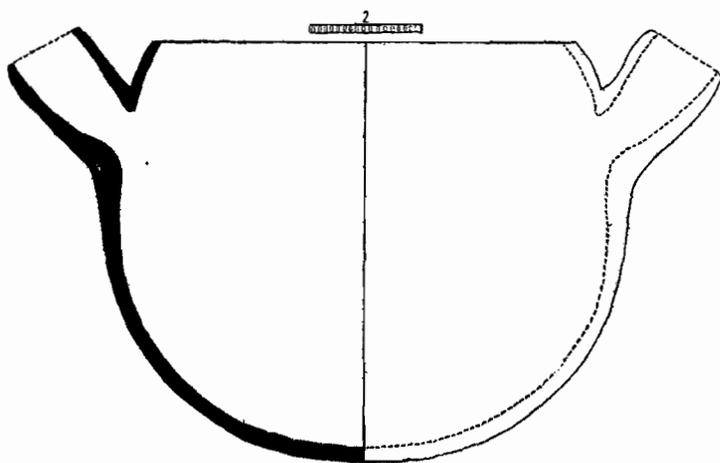
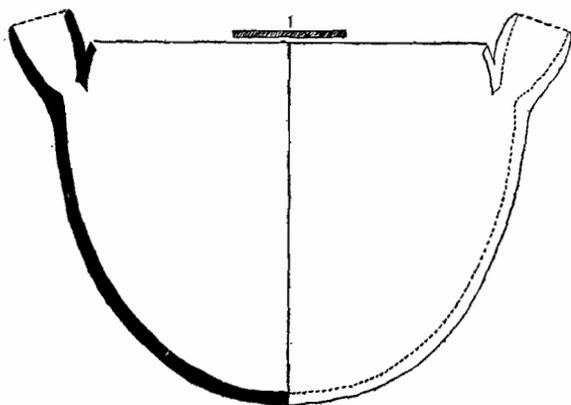


Fig. 33 Cuencos con doble asa-vertedero. 1, Arona; 2, Las Mostazas (red. 1/4)

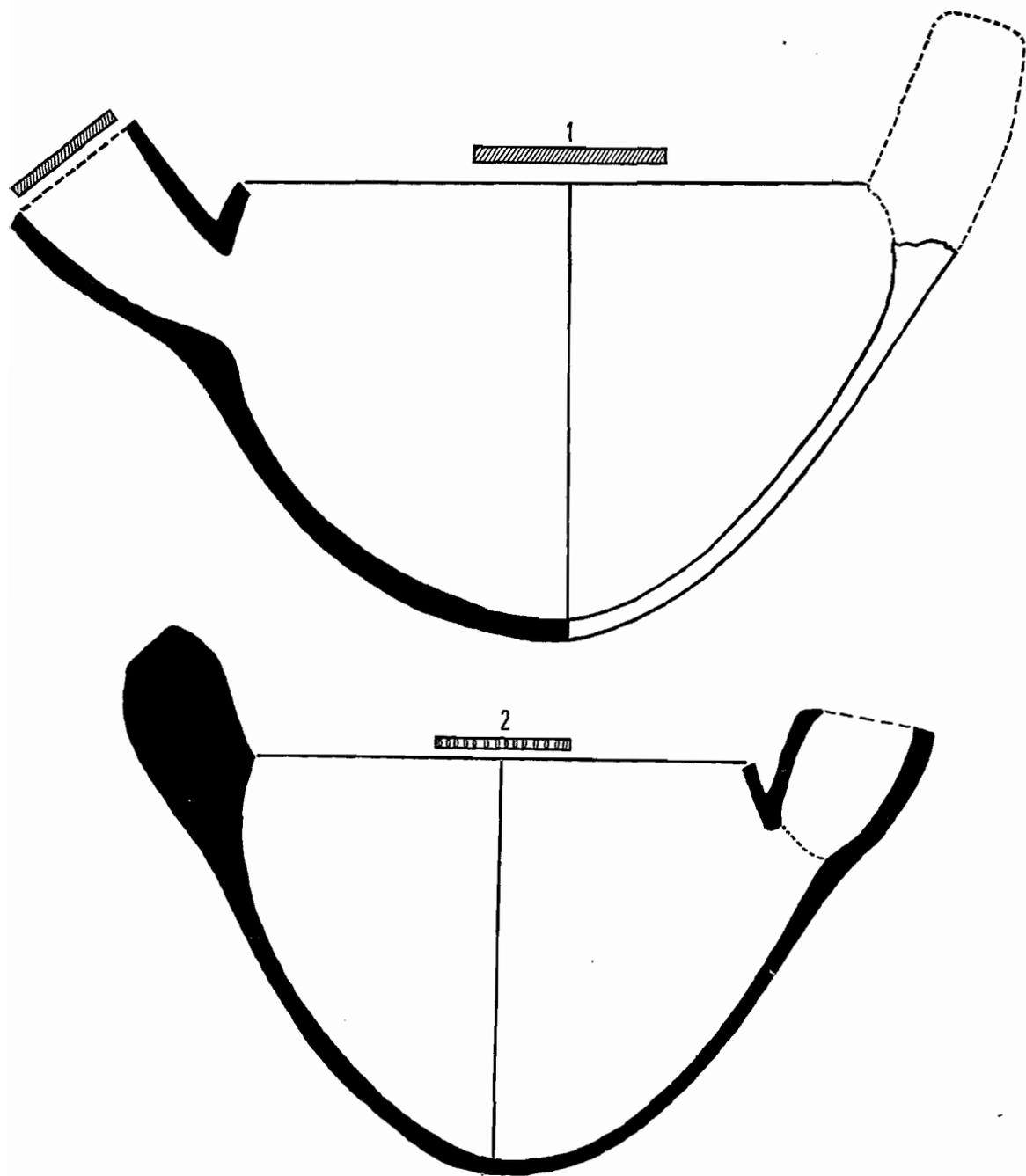


Fig. 34. Vaso con asociación de mango y asa-vertedero. 1, Granadilla; 2, Cada. Blanca (red. 1/2)

to por el autor en la Cañada del Sanatorio. Se la denomina vasija en razón a su tamaño: 30 cms. de altura y 27,5 cms. de diámetro de la boca.

Originariamente debió haber sido pensada como vasija de doble mango truncado, de plano superior horizontal. Sobre este plano se practicó un hoyuelo circular, de poca profundidad, que se prolongó después con ayuda de un objeto más delgado y puntiagudo hasta perforar la pared del vaso (ver fig. 35 y lám. XXVIII. Presenta en el borde plano unas impresiones lo suficientemente marcadas como para ondularlo.

Considerada desde el punto de vista tecomorfológico es pieza que admite su inclusión dentro de las de mango troncocónico. Pero se oponía a ello el que dichos mangos aparezcan perforados, sea por razones técnicas o por motivos utilitarios, funcionales.

Parece tratarse de vasija destinada para acarrear y almacenar agua.

4. b) *Con doble mango troncocónico*

Incluimos en este apartado una serie de grandes vasijas cuyo elemento aglutinante es el doble mango truncado. En la fig. 36, 1, los cortos mangos presentan una concavidad en su plano terminal. Son macizos. En la fig. 36, 2 presentan un agujero ciego de corto trayecto.

El borde de la primera es redondo, liso, y el de la segunda, biselado, impreso (Ver Láms. XXIX, 3 y XXX).

Son piezas de gran robustez, de color pardo la primera y rojo ladrillo la segunda. Las medidas principales, en cms., son las siguientes:

	Altura	Diám. boca	Diám. máximo panza
Fig. 36,1	24,7	25,5	30
" 36,2	29,5	31	37,5
" 37,1	24	27	29
" 37,2	25,5	22	29

En algunos ejemplares de la serie (fig. 37, 1 y 2, y Lám. XXIX, 1, 2 y 4), determinados detalles del mango los van acercando a los mamezones de borde, característicos del Grupo V. Técnicamente se marcará la transición por descenso del mango redondeado y aplastamiento del mismo a la altura del borde; en una segunda operación, la presión del índice y pulgar actuarán sobre este mamelón aplastado y le dejarán una arista externa que morirá en la pared de la vasija.

Las formas siguen siendo más o menos ovoides, con tendencia semiesférica en unas y globular en otras.

Funcionalmente son vasijas para el acarreo y almacenamiento de agua, detalle corroborado por los yacimientos de procedencia.

En el Museo Arqueológico de Tenerife (MAT): 31, 3; 32, 3; 33, 1; 34, 1, 2; 35; 36, 1, 2

En el Museo Instituto Estudios Hispánicos (MIH): 31, 1; 33, 2; 37, 1, 2.

En el Museo Arqueológico de Tenerife (MAT): 31, 3; 32, 3; 33, 1; 34, 1, 2; 35; 36, 1, 2. Colecciones particulares (CP): 31, 2 y 32, 1, 2. (Col. de Don Antonio Mederos).

Por consiguiente, hay que considerarlos como integrantes tanto del ajuar individual como de grupo o doméstico. Es un tipo que, según se acaba de ver, está presente en los paraderos de montaña, pero al mismo tiempo lo encontramos en los estratos de las cuevas habitadas, emplazadas en las tierras bajas.

Sus elementos accesorios no son de gran utilidad para el transporte de la vasija llena de agua. Diríase que, más que práctica, tienen una finalidad ornamental.

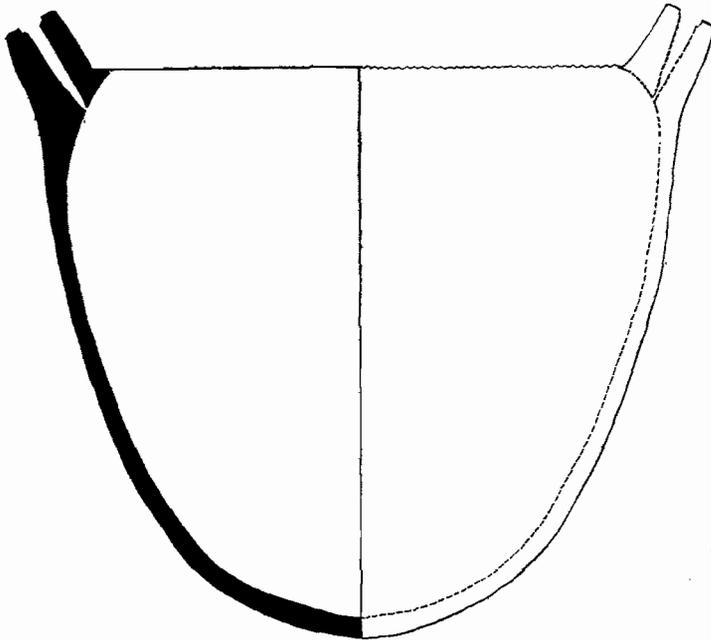


Fig. 35. Vasija con doble mango-pitorro. Cada. de la Mareta (red. 1/4)

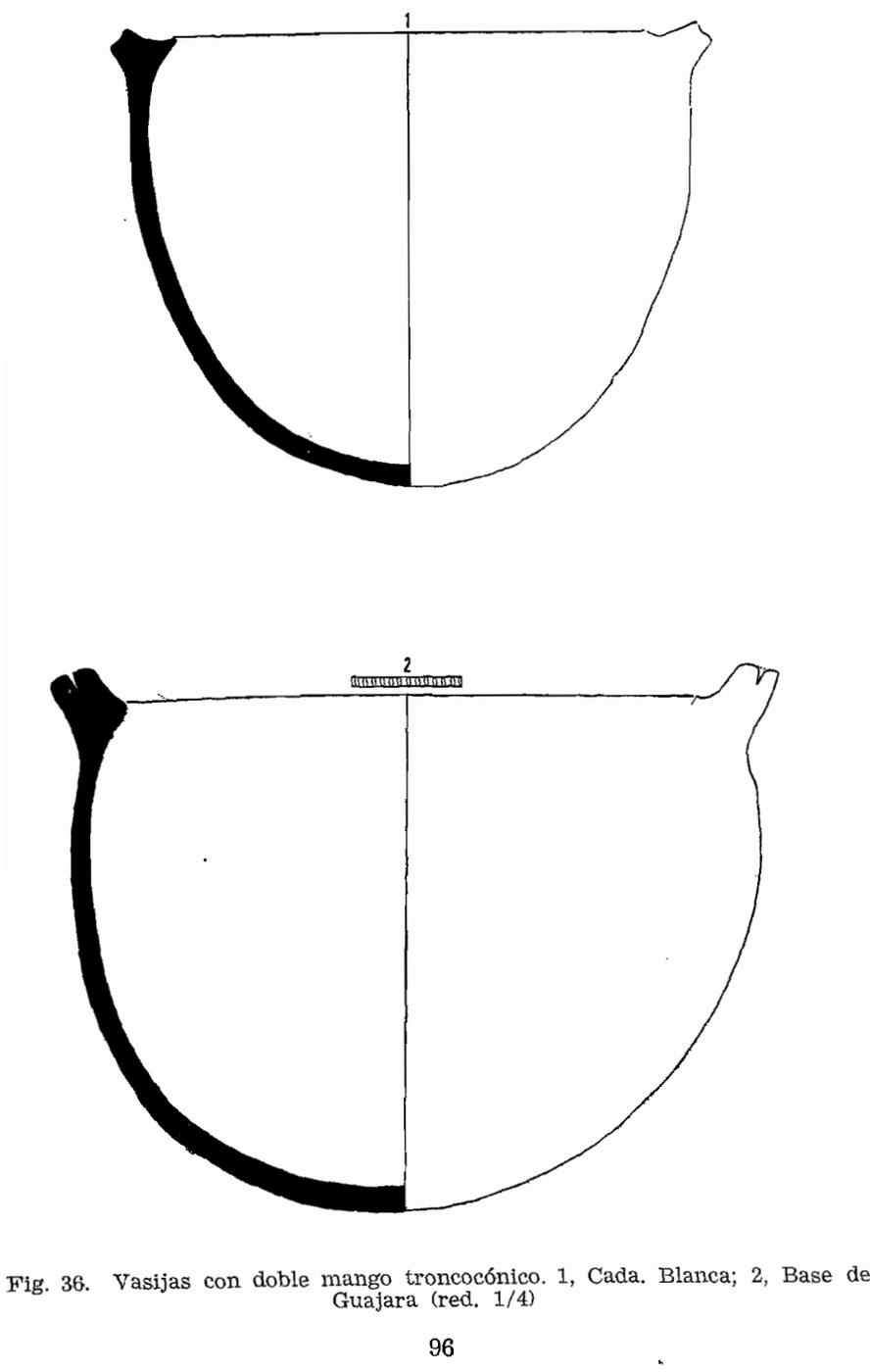


Fig. 36. Vasijas con doble mango troncocónico. 1, Cada. Blanca; 2, Base de Guajara (red. 1/4)

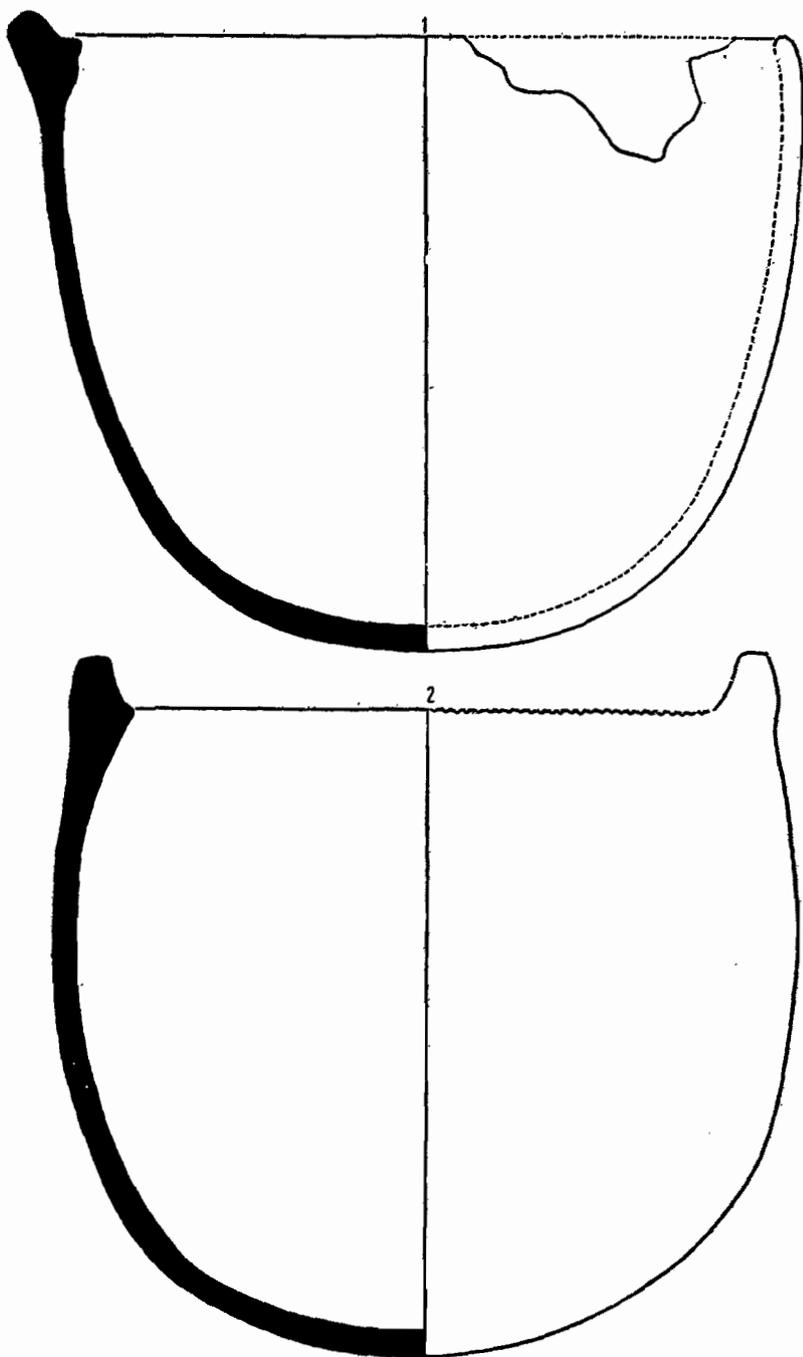


Fig. 37. Vasijas con doble mango truncado. 1 y 2, Cada. Blanca (red. 1/3)

V I I I

G R U P O I V

VASOS, VASIJAS, CUENCOS Y CAZUELAS DESPROVISTOS DE ELEMENTOS ACCESORIOS

En este capítulo se agrupan todas aquellas piezas que, desprovistas de elementos accesorios, presentan en general los perfiles ya conocidos en los grupos anteriormente tratados. Sin embargo, la novedad que nos ofrece el grupo IV es que, en su importante serie tipológica encontramos las piezas de mayor tamaño y también las más pequeñas de toda la alfarería de Tenerife.

La relación entre altura, diámetro de la boca y diámetro de la panza es muy reveladora, ya que, como veremos más adelante, las tres medidas responden a un módulo originario del cual se deriva morfológicamente toda la cerámica prehispanica de la isla.

Dentro del grupo hemos hecho cuatro grandes apartados, y dentro de cada uno de éstos encontraremos largas series de perfiles variados, pero que mantienen entre sí unos rasgos comunes. Veamos, para cada apartado, las tres dimensiones fundamentales.

	Altura	Diám. boca	Diám. máximo panza
1. Fondo cónico	40,5	40,5	41
	33,5	36	39
	26,5	28	29,5
	23,5	25,5	30,5
	22,5	29	31
	17	19,5	20
	17	17,5	19,5
	14	17	18
	13	17	17,5
	11	20	21
2. Oval	32	29,5	35
	29	21,5	30
	26,5	21,5	26,5
	26	24	30
	18	27	27,5

	Altura	Diám. boca	Diám. máximo panza
	12,5	15	16,5
	11,5	15	15,7
	11,5	11	13
	9,5	13,5	14
	8,5	8,	8,8
3. Semiesfé., casquete	23	32	34
	14,5	20	21,5
	13	19	19,5
	12,5	22	23
	12,5	19	20
	11	17,5	18,5
	10	17	17
	9,5	17,5	18
			8
	4	7,8	
4. Cazuelas	22	23	24,5
	20,5	25	26,5
	19	25,5	21,5
	18,5	18,5	22,5
	16,5	31	31
	15	26	26
	14	27,5	27,5
	13,5	25,5	26
	12	15,5	16

Para cada una de las series se han registrado los tipos máximos y mínimos y, en escala descendente, los tipos intermedios, que son mucho más numerosos que los aquí consignados.

1. Vasos y vasijas de fondo cónico

Aparte del tamaño, ya que el ejemplar mayor hasta ahora conocido está dentro de esta serie, lo que las distingue de las de los Grupos I y II, como queda dicho, es la carencia de elementos accesorios. En su aspecto tecnomorfológico responden a las mismas normas: colores, pasta, engobe, bordes en ojiva, cupulares, planos, biselados, etc., ya incisos, pseudo-incisos, impresos, etc.

La presencia, dentro de la serie, de grandes vasijas, revela la función de las mismas, que no puede ser otra que la de servir para almacenamiento de agua.

Los ejemplares de tipo medio tienen limitadas sus funciones por la carencia de los típicos elementos accesorios, mango, asa-vertedero y pitorro. Pueden servir para los mismos usos, pero con mayores restricciones. Parecen estar más especializados para la toma de alimentos, tanto líquidos como sólidos.

Algunos ejemplares pueden verse en las figs. 38 y 39, 1-4 y Láms. XXXI, 1; XXXIII, 2, XXXVIII, 6 y XLII, 3 y 7.

2. Vasos y vasijas de perfil oval

Cuatro grandes series podrían hacerse con este tipo, como se habrá advertido en los valores de sus medidas fundamentales, dadas más arriba. Para ello será preciso basarse en el tamaño, pues los perfiles presentan notables variaciones. Estos apartados podrían quedar así: vasijas grandes, vasijas intermedias, vasos de tamaño medio y vasos o pocillos pequeños.

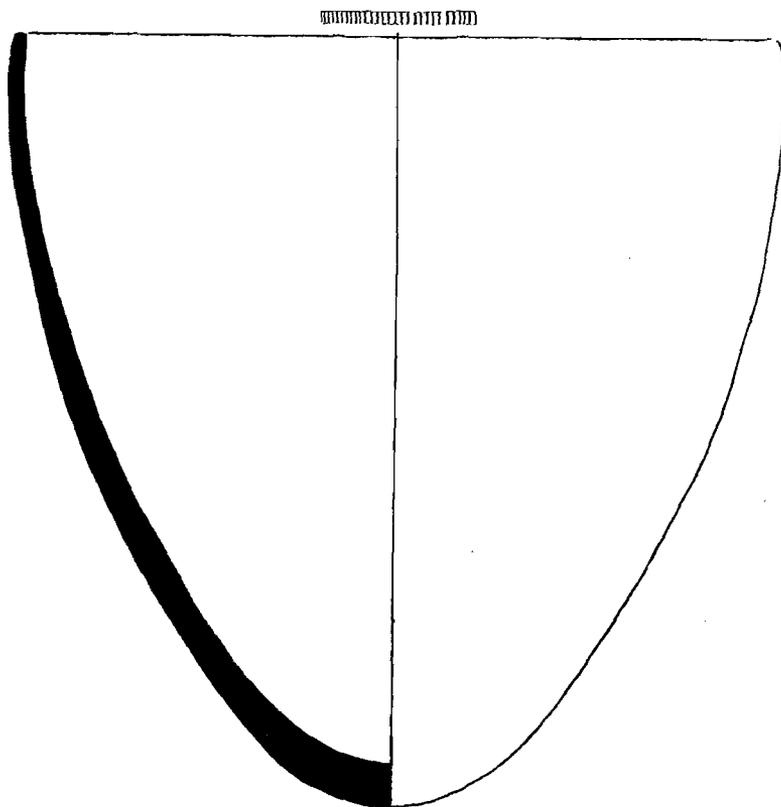


Fig. 38. Vasiya cónica, de Las Cañadas (red. 1/4)

Entre las grandes piezas están las vasijas de boca muy abierta con perfil elíptico, bordes biselados o planos marcados con fuertes impresiones o con incisiones profundas, de paredes y fondos muy robustos y de colores rojizos. Están modelados por la técnica del urdido o del añadido (fig. 40, 1 y 2). Otros ejemplares tienden al perfil oval en un intento de cerrar la curva de las paredes en las proximidades de la boca. Las

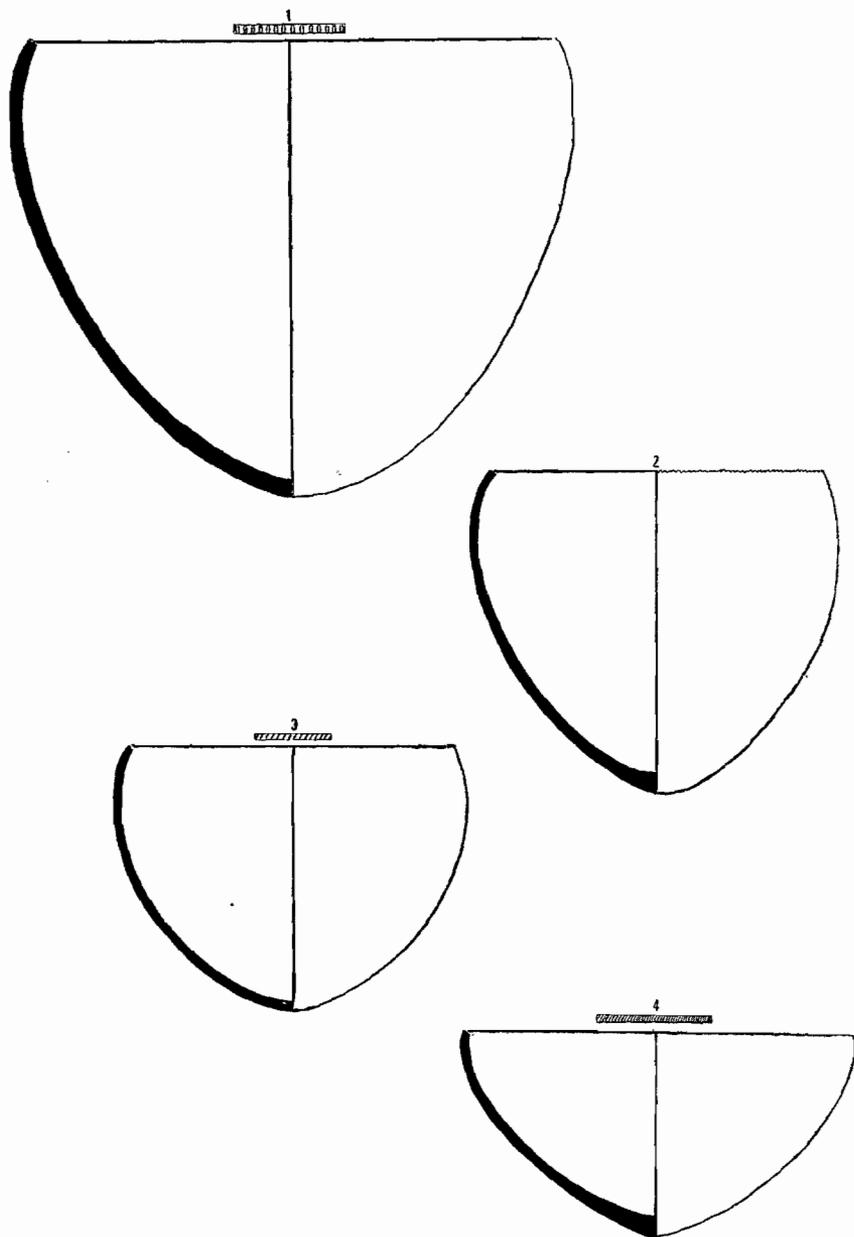


Fig. 39. Vasijas simples de fondo cónico. 1, 3, Cada. Blanca; 2, Tenerife, Anaga?; 4, Bco. de Juan Andrés (red. 1/4)

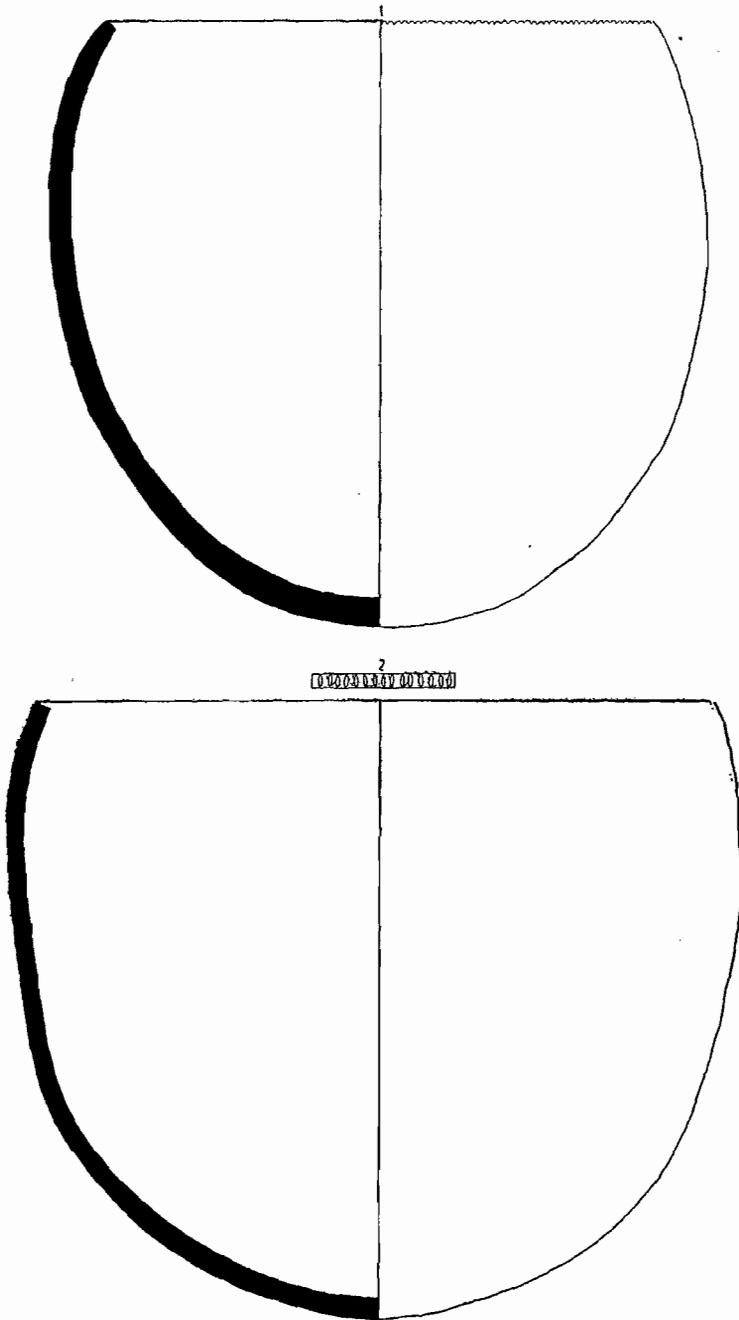


Fig. 40. Vasijas ovals. 1, Boca de Tauce; 2, Montaña Rajada (red. 1/4).

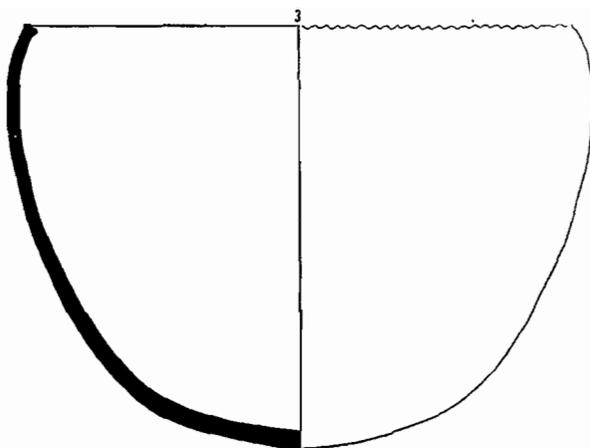


Fig. 40, 3. Vasija, Santa María del Mar (Santa Cruz de Tenerife) (red. 1/4).

características técnicas no varían con respecto a las piezas anteriores (fig. 41, 1 y 2). En algunos ejemplares la curva se acentúa al llegar a la boca (fig. 42, 1, o presenta en su tercio superior un desusado abultamiento de las paredes (fig. 42, 2). Algunos ejemplares pueden verse en las Láms. XXXII, XXXIII, 1, XXXIV, XXXVI, 1, y XL, 1).

Las técnicas no varían para los tipos intermedios (fig. 43, 1, 2 y 3) salvo el de la fig. 43, 4, de desproporcionada altura y consiguiente disminución del diámetro de la boca. (Ver ejemplares de esta serie en láms. XXXV, 2-4, XXXIX, 3 y 4, XLI, 2, XLII, 6 y XLIII, 1).

El tipo oval nos da ejemplares pequeños de formas ya conocidas (Láms. XLVII, 1, 2 y 4, y XLVIII, 2: figs. 44, 1 y 2). Pero dentro de la serie encontramos un corto número de vasos y pocillos con características técnicas propias: bordes en cúpula, paredes gruesas, modelado tosco, colores negruzcos y gran asimetría (fig. 44, 5 y 6). Los bordes son lisos, salvo en el ejemplar de la fig. 44, 3, ondulado por impresiones fuertes. El ejemplar de la fig. 44, 4, Lám. XXXIX, 1, está perforado por un agujero para colgar. Ejemplares de esta serie pueden verse también en las Láms. XXVIII, 6, XXX, 5, XLII, 2 y 5 y XLIII, 6.

3. *Semiesféricos y de casquete*

Son siempre, tanto los comprendidos en esta serie como los de otras pertenecientes a grupos ya estudiados, formas aproximadas, pues aproximada es la relación existente entre la altura del vaso y el diámetro de la boca. Quiere decir que las formas regulares son muy raras: se inclinan más hacia el casquete que hacia la hemiesfera.

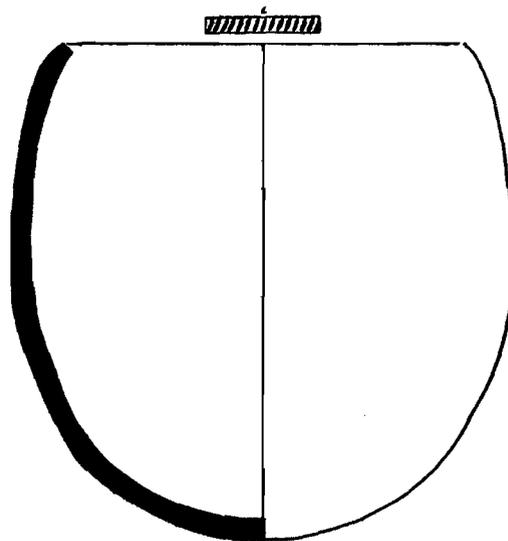
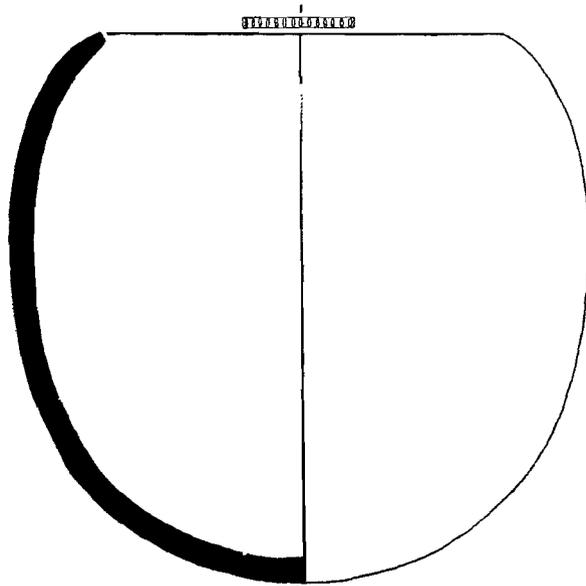


Fig. 41. Vasijas ovals. 1, Base de Guajara; 2, Roque del Agua (Cañadas)
(red. 1/4)

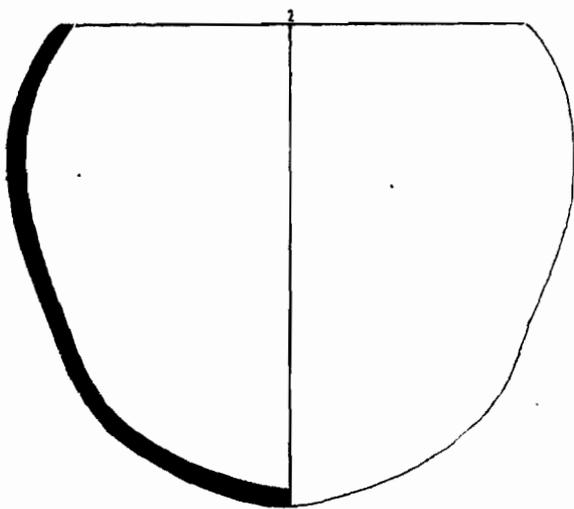
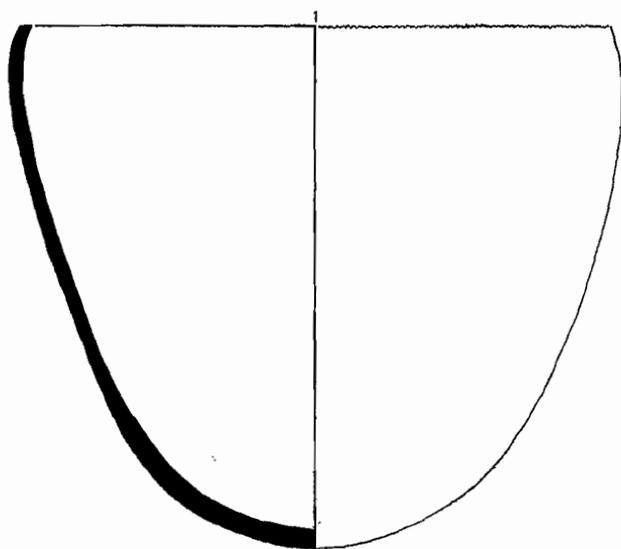


Fig. 42. Vasijas ovals. 1, Cada. de la Camellita; 2, Cada. de la Mareta
(red. 1/4)

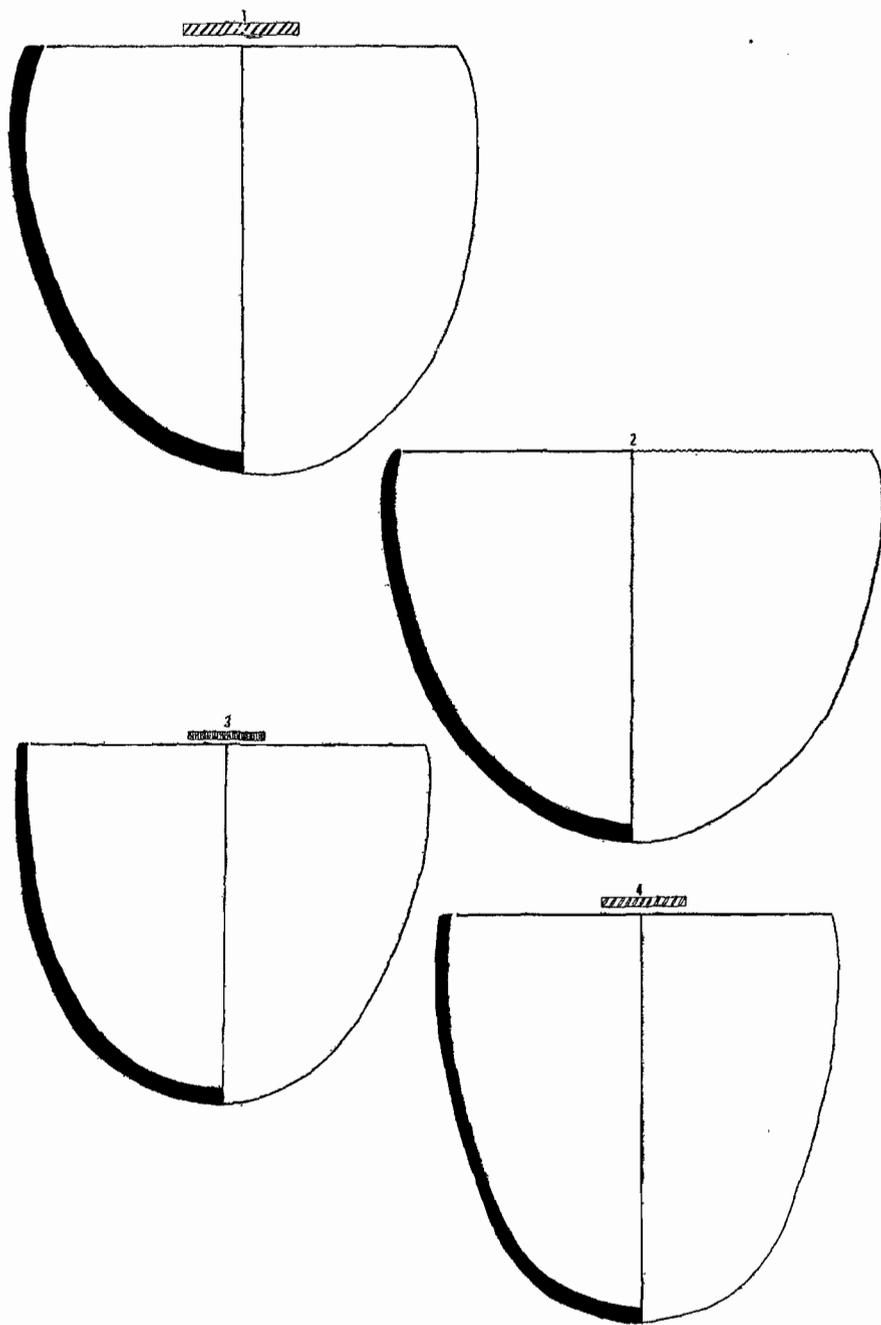


Fig. 43. Vasos ovales de tipo medio. 1, Cada. Blanca; 2, Cada. del Sanatorio; 3. Cada. de Pedro Méndez; 4, El Portillo de la Villa (red. 1/4)

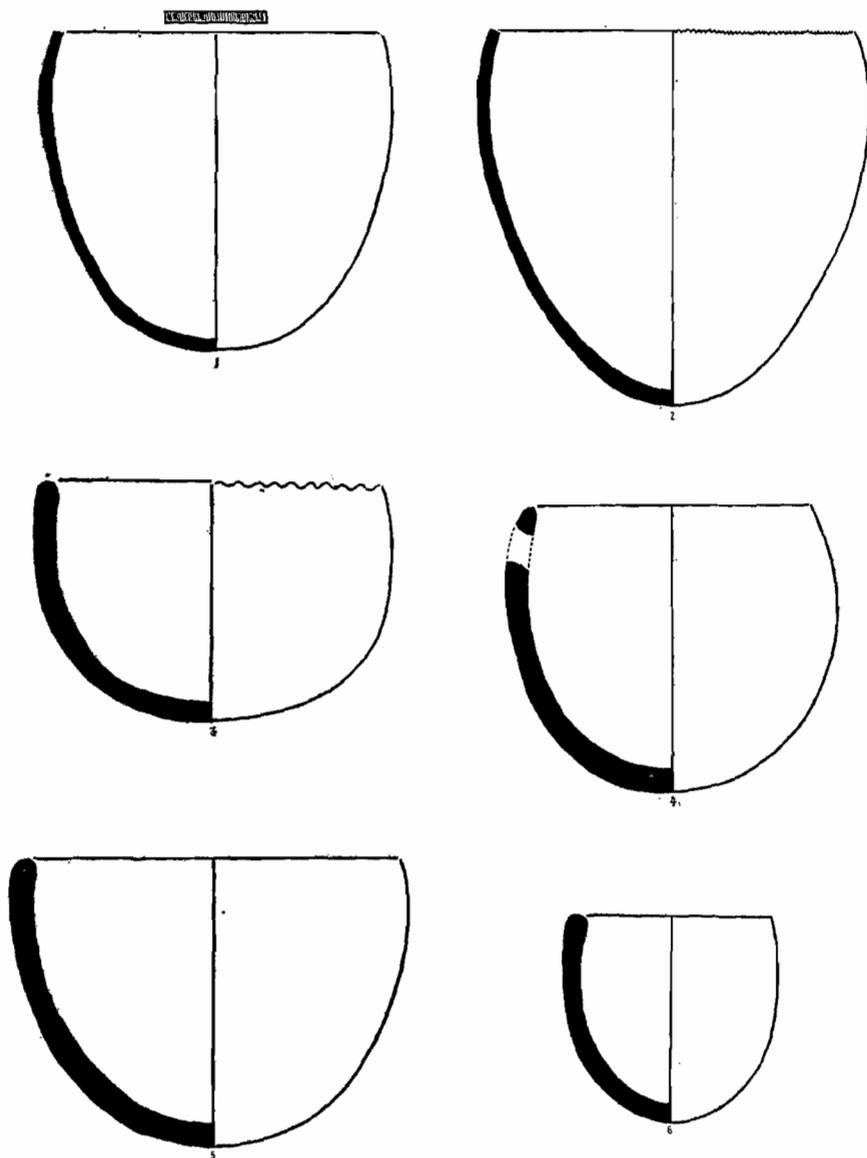


Fig. 44. Pequeños vasos ovales. 1, Cada. Pedro Méndez; 2, Cada. del Montón de Trigo; 3, Barranco Ruiz (S. J. de la Rambla); 4, La Guancha; 5, Guayero (Arona); 6, Arona (red. 1/3)

Se trata generalmente de vasos de tipo medio. Salvo el ejemplar que para este tipo se da en primer lugar en la relación de medidas que introducen el presente capítulo —23-32-34—, en los demás, el diámetro excede a la altura entre 5 y 7 cms. (Algunos ejemplos en la citada relación y en la fig. 45, 1-4).

La mayor regularidad se encuentra en la pieza más pequeña de esta serie e incluso del grupo (fig. 45, 5 y Lám. XXXVII, 4), en que las medidas casi se igualan —4-7, 8-8—. Se trata de un vasito muy tosco, modelado por mano poco hábil, de color ladrillo, borde en ojiva, liso, y de contorno asimétrico. Lo hemos publicado ya como pieza de juguete —acaso también labor infantil—, pues se halló junto a un molino de mano, minúsculo, con ambas muelas toscamente labradas y perforadas, lo que revela la poca habilidad del constructor.

Las demás piezas de la serie no ofrecen detalles técnicos que no sean ya conocidos. (Láms. XXXVII, 5, XXXVIII, 4, XL, 3, XLIII, 2, 3, 5, 7 y 9, y XLIV, 1).

4. Cuencos y cazuelas

Reune este tipo una serie no muy numerosa de piezas cuyas características son la desproporción entre el diámetro de la boca y la altura (fig. 46, 1 y 2), fondo de curva más abierta (46, 3 y 4, 47, 1), paredes muy gruesas, gran variedad en los perfiles del borde: aplastado, con rebordes externo e interno (fig. 40,3), redondeados; impresiones digitales (46, 1), redondeado, liso (46, 2), plano, liso (46,3), plano liso, con reborde curvo interior (46, 4), plano, liso, con reborde exterior y pequeña escotadura interior (47,1), plano, impreso, con reborde exterior en pico y ensanchamiento interior curvo (47,2), biselado exterior, marcado por impresiones que continúan las que ondulan el plano superior del borde y bisel interior cóncavo (47,3).

Estas dos últimas cazuelas presentan el diámetro mayor que la panza en la zona media de la misma (47,2) o en las proximidades de la base (47,3).

Por su tamaño y forma, y sobre todo por las huellas que presentan algunas, servirían para preparar alimentos al fuego o acaso, mejor, para tostar el cereal destinado a la confección del gofio (ver Láms. XLI, 1 y 2, XLIV, 1 y XLV, 3).

5. Piezas decoradas

La pieza de la Lám. XLV, 3, fig. 47, 3, se puede incluir entre las decoradas, pero dentro del Grupo IV. Desgraciadamente poseemos muchos fragmentos pero pocas piezas decoradas enteras. Por una numerosa serie de fragmentos estudiados se puede deducir que algunos pertenecían a vasijas simples, probablemente de los tipos ya estudiados aquí. Sin poder asegurarlo para todas, en la fig. 48 se han hecho algunas

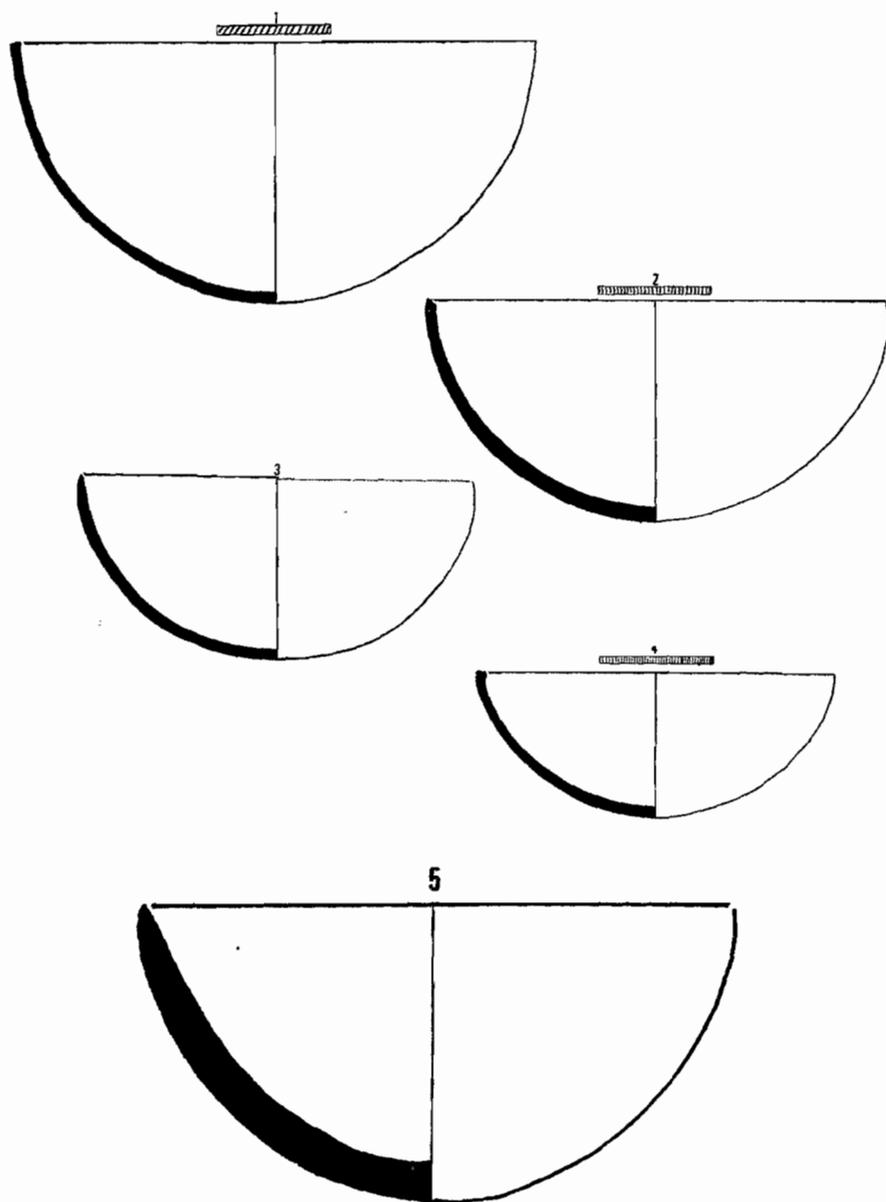


Fig. 45. Vasos semiesféricos. 1, Arona; 2, Cada. de la Mareta; 3, Santa María del Mar (Santa Cruz de Tenerife); 4, Cada. de los Tomillos (red. 1/3); 5, Cada. de Pedro Méndez (a su tamaño)

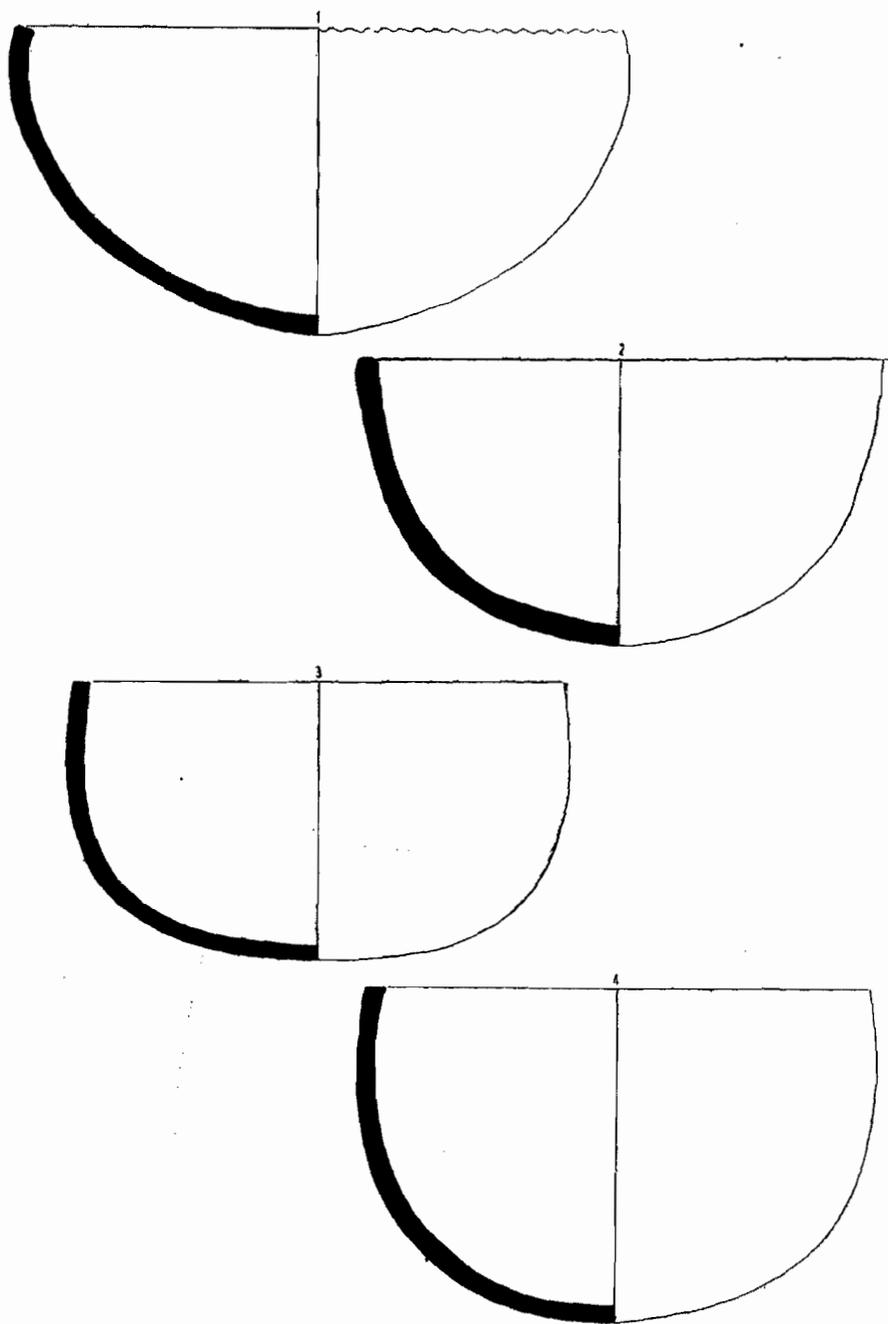


Fig. 46. Cuencos simples. 1, Tenerife, sin loc.; 2, Playa de Santiago (Santiago del Teide); 3, Cada. de la Mareta; 4, Cada. Blanca (red. 1/4).

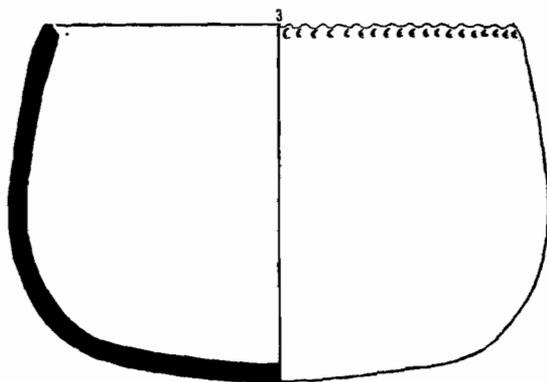
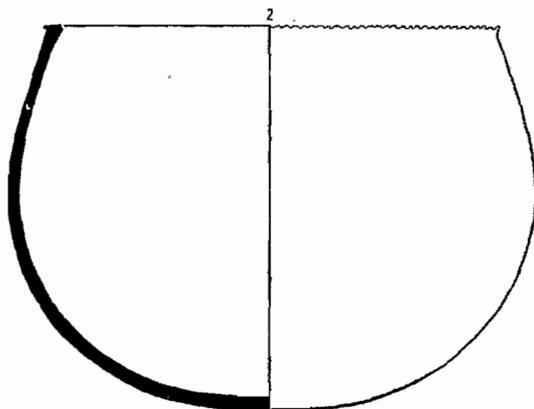
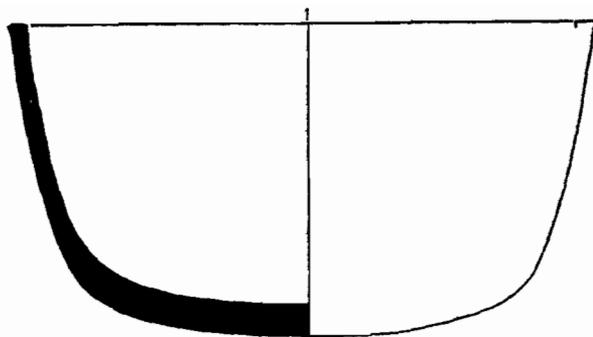


Fig. 47. Hondilla y cuencos. 1, Cada. Blanca; 2, Los Celajes (La Guancha);
3, Cada. del Montón de Trigo (red. 1/4)

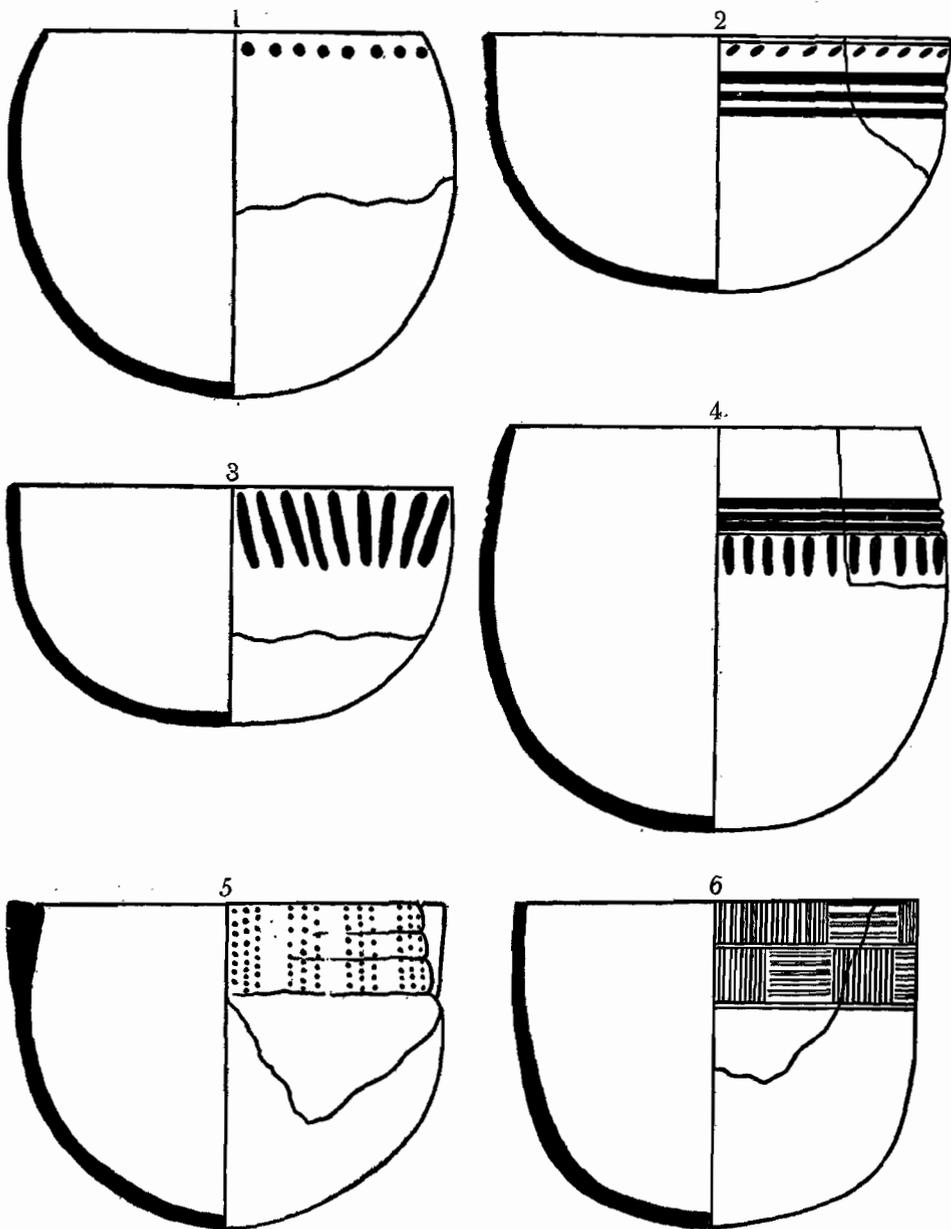


Fig. 48. Reconstitución de vasos con sus temas decorativos. 1, Risco de los Guanches (Tacoronte); 2 y 4, Bco. Cabrera (El Sauzal); 3, El Roque (Tacoronte); 5 y 6, Bco. del Agua de Dios (Tegueste)

reconstituciones a partir de aquellos fragmentos, cuyas técnicas y temas decorativos son, por otro lado, seguros. Examinemos, a la vista de las reconstituciones, el desarrollo de los temas y la calidad de las técnicas: punteado hendido en sucesión paralela al borde (fig. 48, 1), pequeños óvalos hendidos en línea paralela al borde sobre tres acanaladuras (48, 2), trazos blandos y anchos, oblicuos al borde (48,3), acanalados en zona cercana al borde con trazos hendidos, perpendiculares al tema acanalado (48, 4) y combinación en doble banda de trazos rayados, separados por una línea, alternando recuadros verticales con horizontales (48,6). Un tema semejante, pero de una sola banda, lo conocemos para una pieza entera, pero con mamelones, y fragmentos de otra.

PORMENORES TECNICOS

a) *Colores.* De 350 muestras examinadas, incluidas piezas enteras y fragmentos de tipos identificables, se obtienen los siguientes porcentajes:

Negro	Pardo oscuro	Rojo	Ocre
12%	45%	29%	14%

b) *Perfil y decoración de los bordes.* Sobre el mismo conjunto de muestras manejadas para la determinación de los colores, se han obtenido los siguientes valores porcentuales: primero, en cuanto al perfil, en segundo lugar, en cuanto a la decoración.

CUADRO NÚM. 3

Tipo de borde y técnica decorativa del mismo en los vasos del Grupo IV

PERFIL DEL BORDE					DECORACION DEL BORDE			
redondo	plano	biselado	ojiva	varios	liso	impreso	inciso	seudoín.
28%	38%	19%	9%	6%	20%	70%	10%	40%
					20%	20%	20%	
					10%	20%	70%	
					10%	90%		
					28%	41%	31%	

c) *Frecuencia de los tipos.* Veamos ahora la frecuencia de los tipos incluidos en este Grupo IV:

<u>1</u>	<u>2</u>	<u>3</u>	<u>4</u>
10,5 %;	42 %;	30 %;	17,5 %

En el Museo Arqueológico de Tenerife (MAT): 39, 1, 2, 4; 40, 1, 2, 3; 41, 1, 2, 3; 42, 1, 2; 43, 1, 2, 3; 44, 1,2, 3, 5, 6; 45, 1, 2, 3, 4, 5; 46, 1, 2, 3, 4; 47, 1, 3.

En el Museo del Instituto de Estudios Hispánicos (Puerto de la Cruz) (MIH): 38; 39, 3; 43, 4.

Colecciones particulares (CP): 44, 4, y 47, 2, (colección de don Antonio Mederos).

IX

GRUPO V

VASOS, VASIJAS Y OLLAS PROVISTOS DE MAMELONES

Dentro de este grupo, por ir las piezas que lo componen provistas de mamelones, se da una gran variedad tipológica: semiesféricos, ovales, globulares, ovoides, piriformes, etc., con variantes intermedias.

El lugar de implantación de los mamelones puede ser: en el borde, engrosado o levantado, en sus proximidades o en la pared del vaso.

La forma del mamelón va condicionada regularmente a su punto de implantación o soldadura: de pezón, en las paredes o en el borde. (fig. 2, núms. 7, 8, 9, 11, 13 y 14; fig. 3, 13); de prisma triangular invertido cuando se aplasta a nivel del borde (figs. 2, 10, y 5, 4), tipo que en algún caso redondea la arista y se alarga hacia abajo soldándose a la pared (fig. 5, 3).

En los vasos y vasijas de tipo piriforme encontramos agarraderos en forma de oreja, unas veces soldados oblicuamente a la pared (fig. 5, 5) o siguiendo la línea del eje del vaso. Este agarradero no es más que un mamelón aplastado por ambos lados y alargado. Describe una curva dorsal que por su forma se asemeja al lóbulo de la oreja. En este tipo se dan las variedades ciega y perforada. Esta última puede servir para ilustrar la evolución del asa verdadera. El ejemplar que daremos más adelante en figura y lámina puede ser un ejemplo muy ilustrador.

Los mamelones obtenidos por hueco digital de dentro afuera, se da en un corto número de vasos. Un raro ejemplar sólo va provisto de un solo hueco interior. También una hondilla o lebrillo, decorado, lleva un solo pezón en la pared. Por regla general, estos elementos accesorios son siempre dobles, situados con mayor o menor regularidad en puntos opuestos de las paredes de las vasijas.

De los ejemplares decorados se dará noticia al hacer referencia al tipo dentro del cual se incluyen.

1. Vasos, vasijas y ollas con mamelones y agarraderos en el borde

Descritos los detalles técnicos y formales de los mamelones y agarraderos en el borde, se puede decir que en esta serie entran varios tipos:

a) Semiesféricos y de casquete: no siempre de formas regulares, con variedad de mamelones, que pueden ser de prisma triangular con base invertida (fig. 49,1, ya señalado en las figs. 2, 10, y 5, 4); de sección cónica (49, 2) y de engrosamiento y protuberancia de borde (49, 3). Este ejemplar lleva un agujero en la pared para suspenderlo.

Los perfiles de los bordes son: el número 1, plano, con impresiones que lo ondulan; el 2, con impresiones suaves, pero de gran irregularidad en su perfil, con partes biseladas y cupulares irregularmente repartidas; el número 3, en media caña, liso.

b) Ollas de tamaño medio e intermedio con engrosamiento en borde (fig. 50, 1 y 2), mamelón de sección cónica (50, 3) y borde engrosado y prominente (50, 4). Los tres primeros de perfil cupular y el último en ojiva. Todos lisos.

c) Vasijas de tamaño medio e intermedio: con agarradero terminado en mamelón que sobresale del borde (fig. 51, 2), con ensanchamiento de la parte superior del borde para rematar en mamelón cónico (51, 1 y 3). Borde plano, impreso, el núm. 3; redondo, liso, el núm. 2, y en ojiva, liso, el núm. 1.

Con mamelones de sección cónica en el borde descubrimos una vasija en la Cañada de Pedro Méndez (fig. 52), de borde plano, inciso. El tema decorativo es una banda en torno al borde compuesta de espacios incisos, unos dispuestos verticalmente y otros horizontalmente, que se alternan. La banda descansa sobre un trazo que rodea el vaso. Los trazos, de surco en V, se practicaron con ayuda de un instrumento de arista afilada (tabona). (Ver detalles técnicos y temáticos en la Lám. XLVI, 2). Vasija toscamente modelada y espatulada, sin alisado.

Para la serie que nos ocupa, ver Láms. XLVI, 1; XLVII, 1 y 3; XLVIII, 1-3; XLIX, 2 y 3, y L, 1, 3 y 4.

2. Vasijas ovales y semiesféricas con mamelones en pared

En esta serie encontramos el típico pezón de base circular más o menos amplia. Está próximo a la pared del vaso, pero técnicamente se diferencia de las protuberancias mamelonares del borde, en que éstas se modelan al mismo tiempo que se remata la vasija, mientras que aquéllos se modelan aparte para soldarlos a la vasija ya terminada. Por razón de la soldadura del mamelón en zona tan próxima al borde, éste sufre una cierta presión que los vuelve hacia adentro. Normalmente se remata en bocel, siempre liso. En raros ejemplares se encuentra el borde plano, en cuyo caso se decora con incisiones o impresiones. Es norma que raramente se altera: bordes redondeados, lisos; bordes planos, incisos, seudocincisos o impresos (ver fig. 53, 1-4).

Con mamelones en pared hay una corta serie en la que se dan detalles dignos de ser destacados. Tenemos una olla de borde hendido por

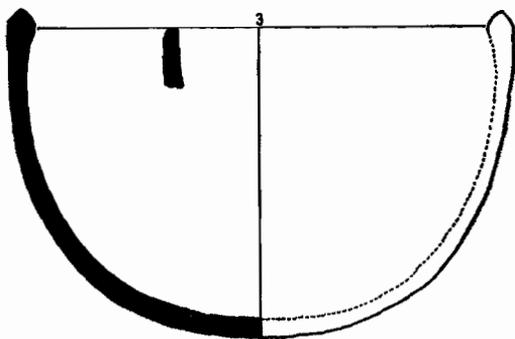
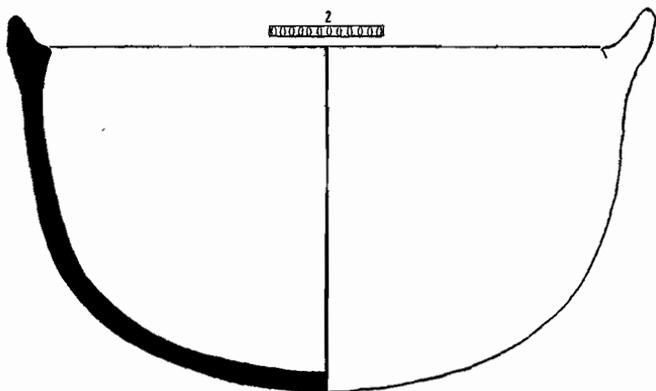
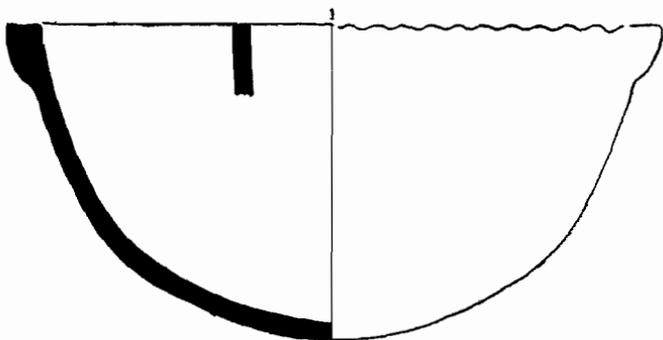


Fig. 49. Cuencos con distintos tipos de mamelones en el borde. 1, Montaña Rajada; 2 y 3, Cada. Blanca (red. 1/4)

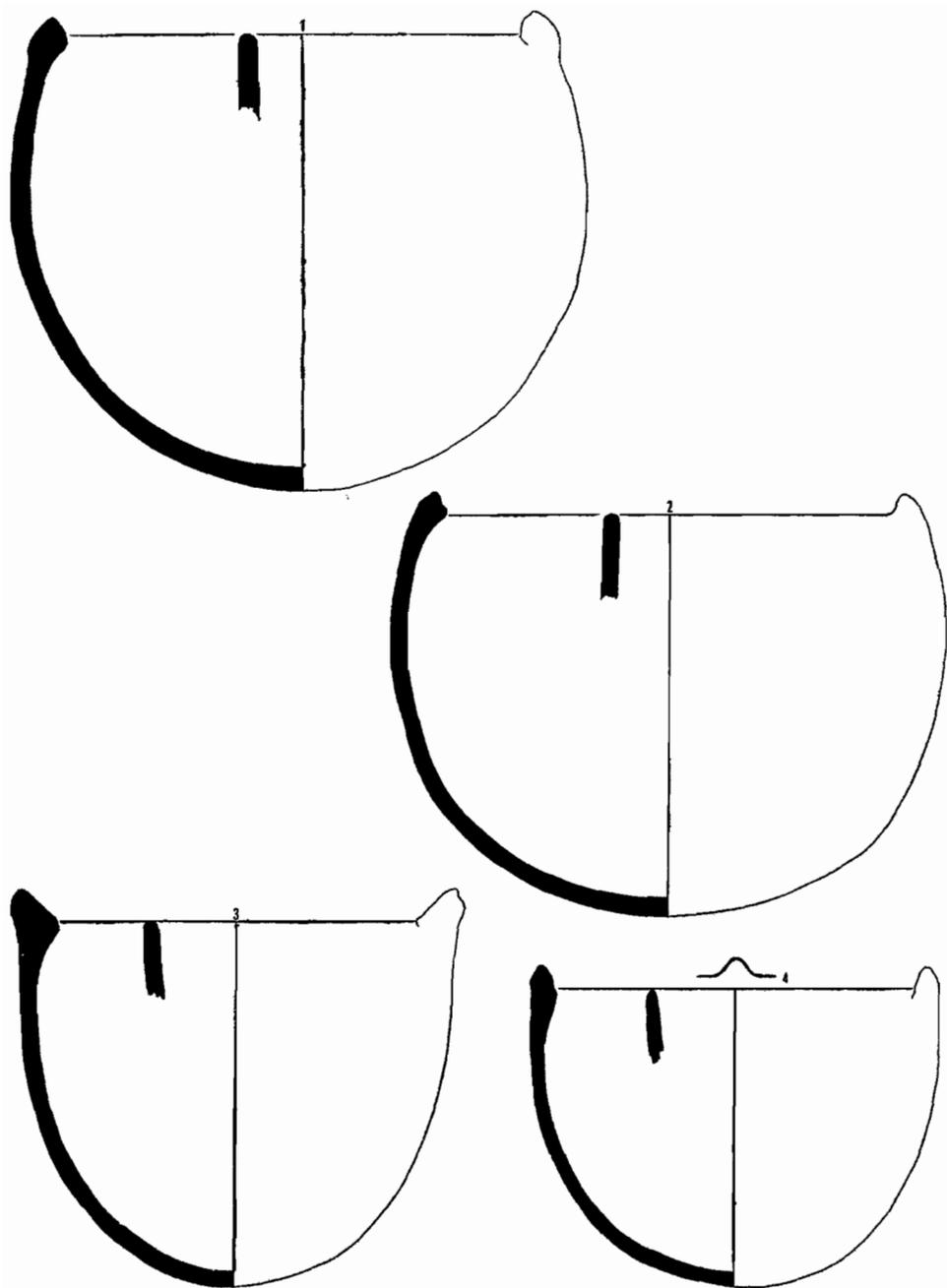


Fig. 50. Vasijas redondas y ovaes con mamelones en el borde. 1, sin loc.;
2, 3 y 4, Cada. Blanca (red. 1/4)

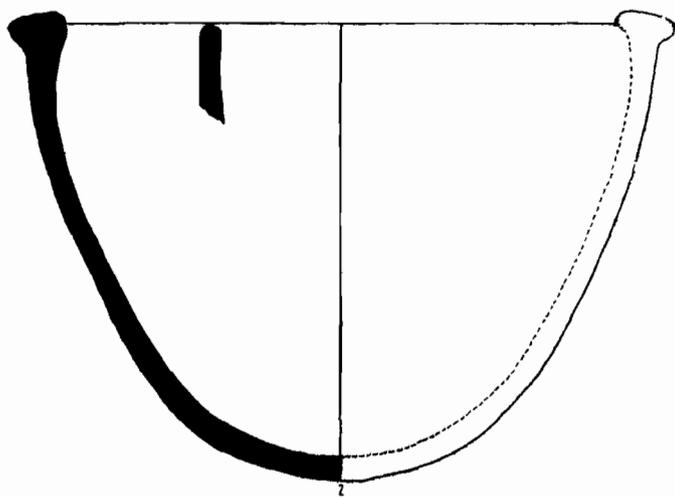
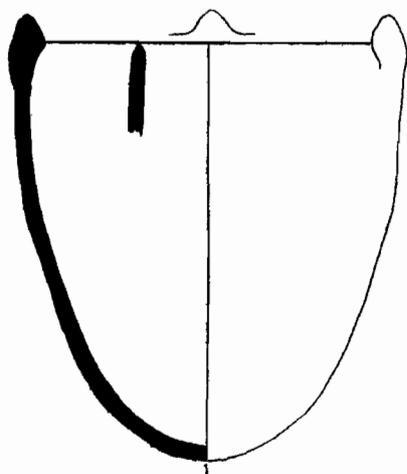


Fig. 51. Vasijas ovaes con mamelones en el borde. 1 y 2, Las Mostazas (red. 1/4).

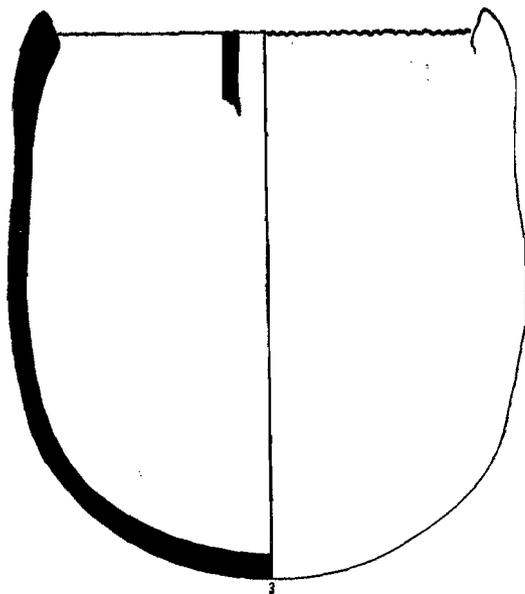


Fig. 51. 3, Cada. Blanca (red. 1/4).

penetración de un objeto de punta afilada, triangular, lo que hace que el borde, de corte plano, presente un hundimiento que lo surca en toda su circunsferencia (fig. 54, 1). Con el mismo objeto fueron practicadas en el fondo de la vasija incisiones por penetración. (Ver en la Lám. LI detalle del borde, la vasija entera y otro detalle correspondiente al fondo). En el cap. XI, dedicado a estudiar la cerámica decorada de Tenerife, nos hemos de referir a estos detalles, que son puramente técnicos y que tienen una finalidad utilitaria muy específica en relación con la función de estas piezas en la cocina.

En la Lám. XXIV, 1, se reproduce un cuenco decorado, con mame-lones. Presenta el borde vuelto hacia afuera, como un borde labial, y por consiguiente redondeado, con incisiones vistas, a las que le sigue, sin fundirse con dichas incisiones, una banda rayada, dispuesta en fleco (fig. 54, 2).

Un ejemplar muy llamativo es el de la fig. 54, 3, lebrillo de perfil aproximadamente semiesférico, borde redondo, vuelto hacia afuera y un corto y perfecto pezón en pared. Está decorado con trazos oblícuos practicados con las yemas de los dedos. Hacia el tercio inferior del vaso se desarrolla una decoración impresa al parecer con un dedo que al presionar sobre la pasta blanda deja al mismo tiempo la huella profunda de la uña. Borde con impresiones muy marcadas (ver detalles de

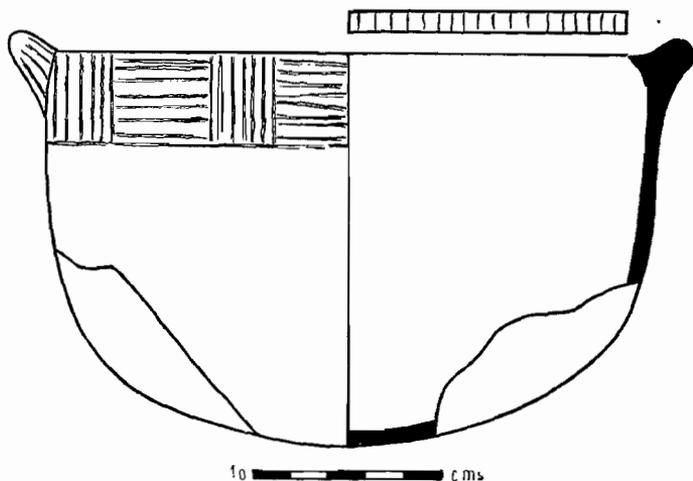


Fig. 52. Banda decorada, incisa, en una vasija de la Cada. de Pedro Méndez (detalle en la Lám. XLVI, 2)

borde y decoración de fondo en Lám. LV). Es de color grisáceo. La decoración del fondo y pared próxima al mismo podría tener también una justificación de técnica con finalidad práctica más que puramente ornamental.

Este raro ejemplar es conocido desde el siglo pasado. Desgraciadamente sólo se dispone del dato referente a su procedencia, pero sin precisar el tipo de yacimiento ni tampoco el conjunto del que formaba parte. Por su rareza, ya que es difícil relacionarla con piezas semejantes de Tenerife, pudiera tratarse de un tipo evolucionado.

Finalmente presentamos un tema decorativo exciso. Hemos reconstituido el cuenco —de tamaño medio— en la fig. 48, 5. El agarradero está a nivel del borde, pero no guarda relación alguna con los mamezones situados en dicho punto: está más cerca de los agarraderos alargados, que encontramos tanto a nivel de borde como en la pared.

(Para los cuencos de mamezones en pared ver Láms. XLV, 1; XLVI, 5, y L, 2-5).

3. Cuencos con protuberancias mamelonares por hueco digital

Son escasos los ejemplares enteros conocidos, aunque fragmentos pertenecientes a vasos del mismo tipo se han encontrado en varios yacimientos.

Se trata de cuencos de formas ovales o semiesféricas, con bordes redondeados generalmente lisos —a veces impresos e incisos—, de color terroso y ocre oscuro, de factura no muy cuidada.

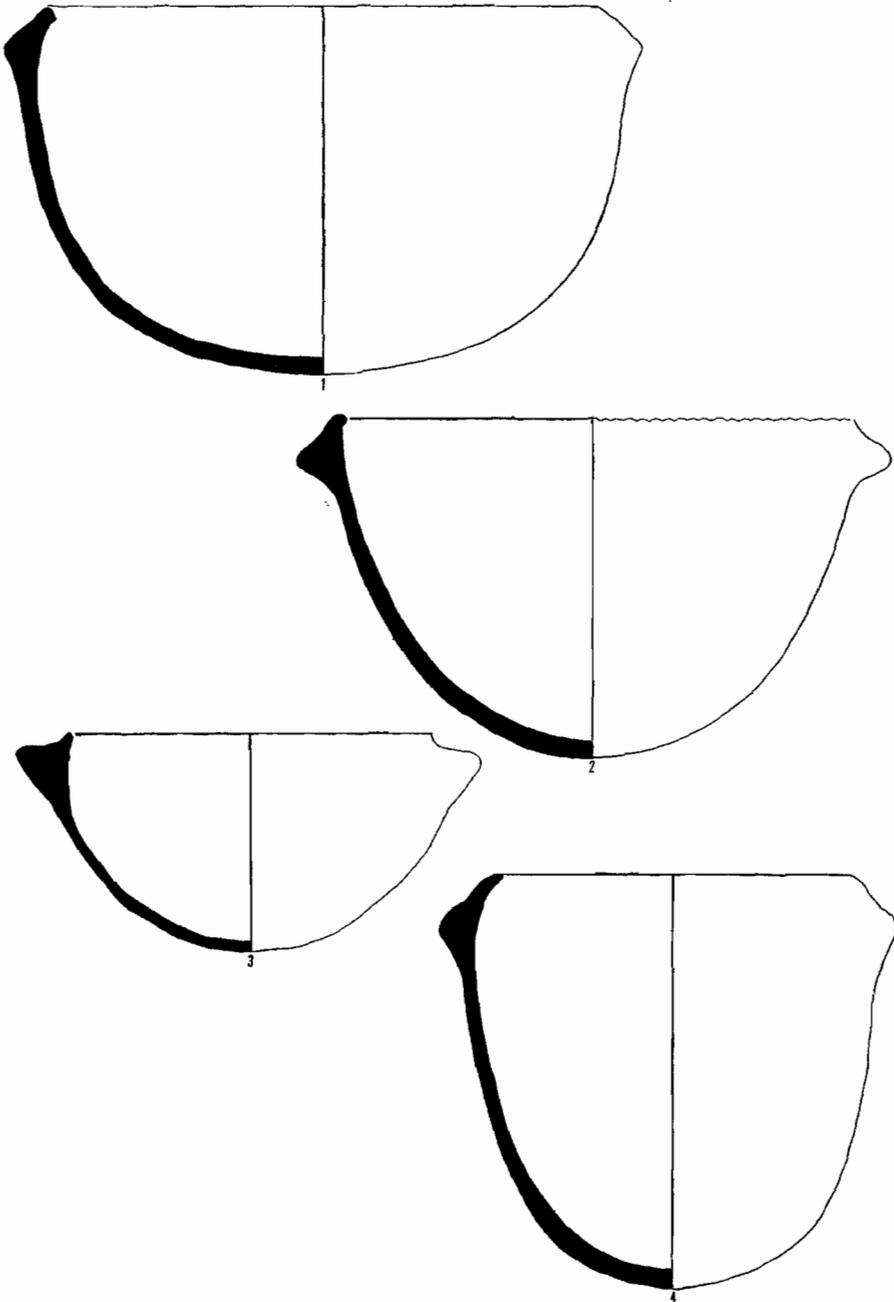


Fig. 53. Vasijas ovales y semiesféricas con mamelones. 1, Montaña del Cedro; 2 y 4, Arona; 3, Bco. de la Tafetana, Cueva de Uchova (San Miguel) (red. 1/4).

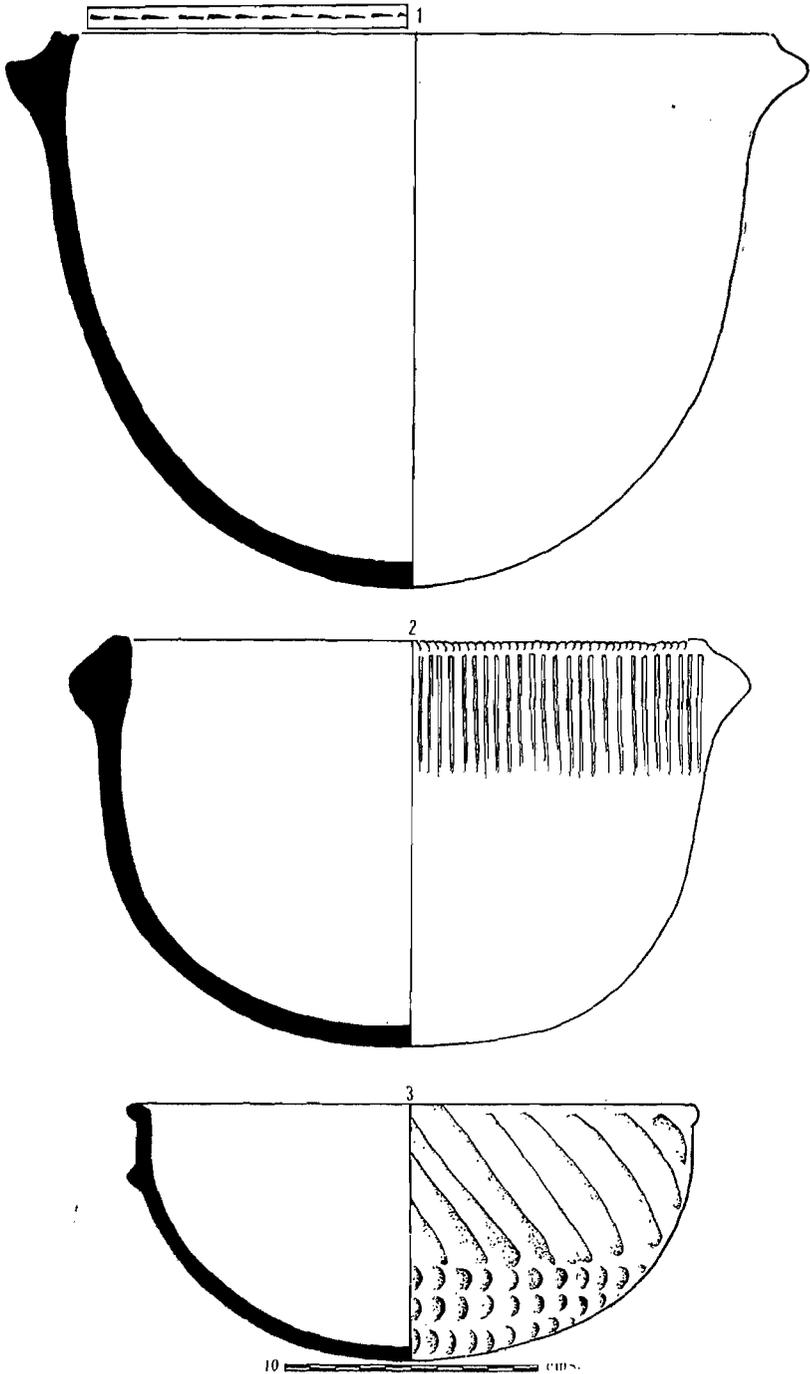


Fig. 54. 1, Vasija con mamelones. 1, de Cada. Blanca; 2, vasija decorada con flecos incisos (Arico); 3, hondilla decorada, Higuera de Indias (Adeje) (red. 1/4).

Estos cuencos presentan unas protuberancias en las proximidades del borde, las cuales se han formado como consecuencia de la presión ejercida de dentro a fuera con un dedo. La operación se hizo con el barro todavía fresco. Los bordes dejados en torno al hueco interior se reparan alisándolos. También se alisa la protuberancia de la pared exterior (ver fig. 55, 1 y 2, y Lám. LII, 1 y 2).

Un ejemplar en buen estado de conservación, lo que excluye toda duda, presenta solamente un hueco. No se diferencia de los anteriores sólo en esta particularidad, sino que en aquéllos el doble hueco se practicó con ayuda de los pulgares, y en éste parece haberse realizado con el índice (fig. 55, 3). Los primeros pueden ser transportados introduciendo los pulgares en ambos huecos, con los demás dedos apoyados en las paredes: el último ejemplar citado se puede llevar suspendido, estando vacío, adaptando el índice al hueco. Es la misma idea de la perforación de la pared del vaso para llevarlo suspendido.

4. Vasos ovoides y piriformes con agarraderos de oreja

El origen de este tipo de agarradero soldado a las paredes de la vasija, unas veces paralelo al eje y otras oblicuo al mismo, habría que buscarlo en los mamelones aplastados y alargados que evolucionan hacia agarraderos, de los que ya se habló, y cuyo ejemplo más ilustrador sería el ejemplar de la Lám. XLIX, 1.

En la serie de que ahora se trata los agarraderos descienden, se sitúan más bien hacia el tercio superior de las paredes, en puntos opuestos, pero no siempre bien calculados. Estos agarraderos se modelan aparte y posteriormente se sueldan.

Las grandes vasijas son manifiestamente asimétricas, toscamente modeladas. Se empleó la técnica del añadido de pelotones de arcilla para el crecimiento de las paredes. Carecen de cuello. La boca se estrecha por incurvación de la pared al acercarse a aquélla. El borde es en media caña y liso.

Una de las mayores vasijas conocidas hasta ahora pertenece a este grupo. Tiene 40 cms. de altura, 28,5 cms. de diámetro máximo, 16 cms. de diámetro de la boca, borde de 12 mm. de grueso y fondo de 22 mm.

Aproximadamente a 9 cms. por debajo del borde, en puntos opuestos de la pared y en posición oblicua, se encuentran unos toscos agarraderos macizos. Su utilidad no sería mucha estando llena la vasija.

Es de factura muy tosca. El espatulado se practicó con un objeto de superficie no lisa, acaso escobilla, como puede verse en los surcos y rayas de la superficie de algunos ejemplares. El ejemplar reproducido en la fig. 56, Lám. LIII, está mejor alisado, pero sobre un modelo siempre basto. Procede de Las Cardoneras (Güímar).

Hemos encontrado un ejemplar incompleto en El Roque (La Guanacha), también de boca de escaso diámetro en relación con la altura. Del

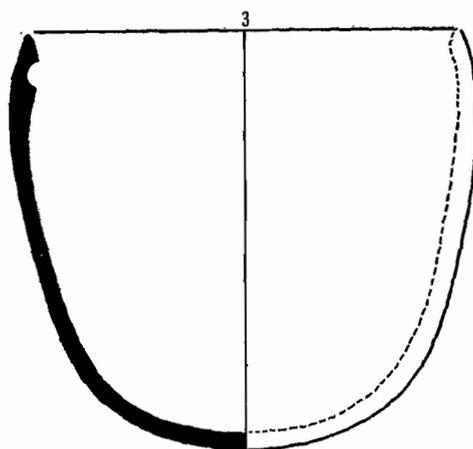
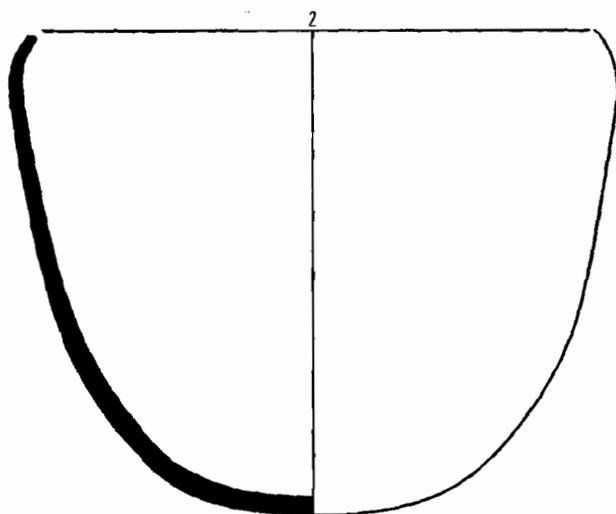
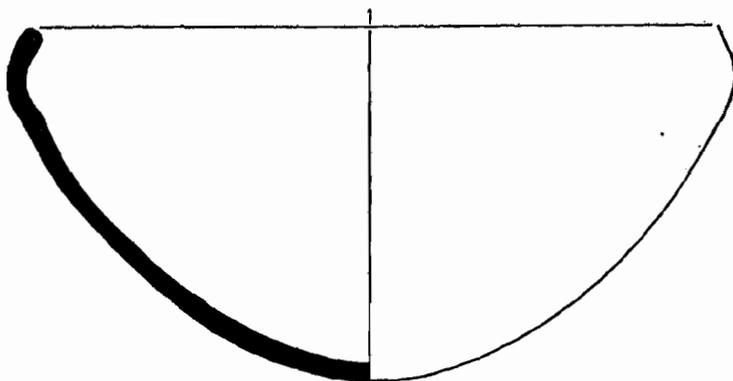


Fig. 55. Cuencos con huecos digitales. 1, Cada. Blanca; 2, Cada. de Diego Hernández; 3, Cada. de la Camellita (red. 1/3)

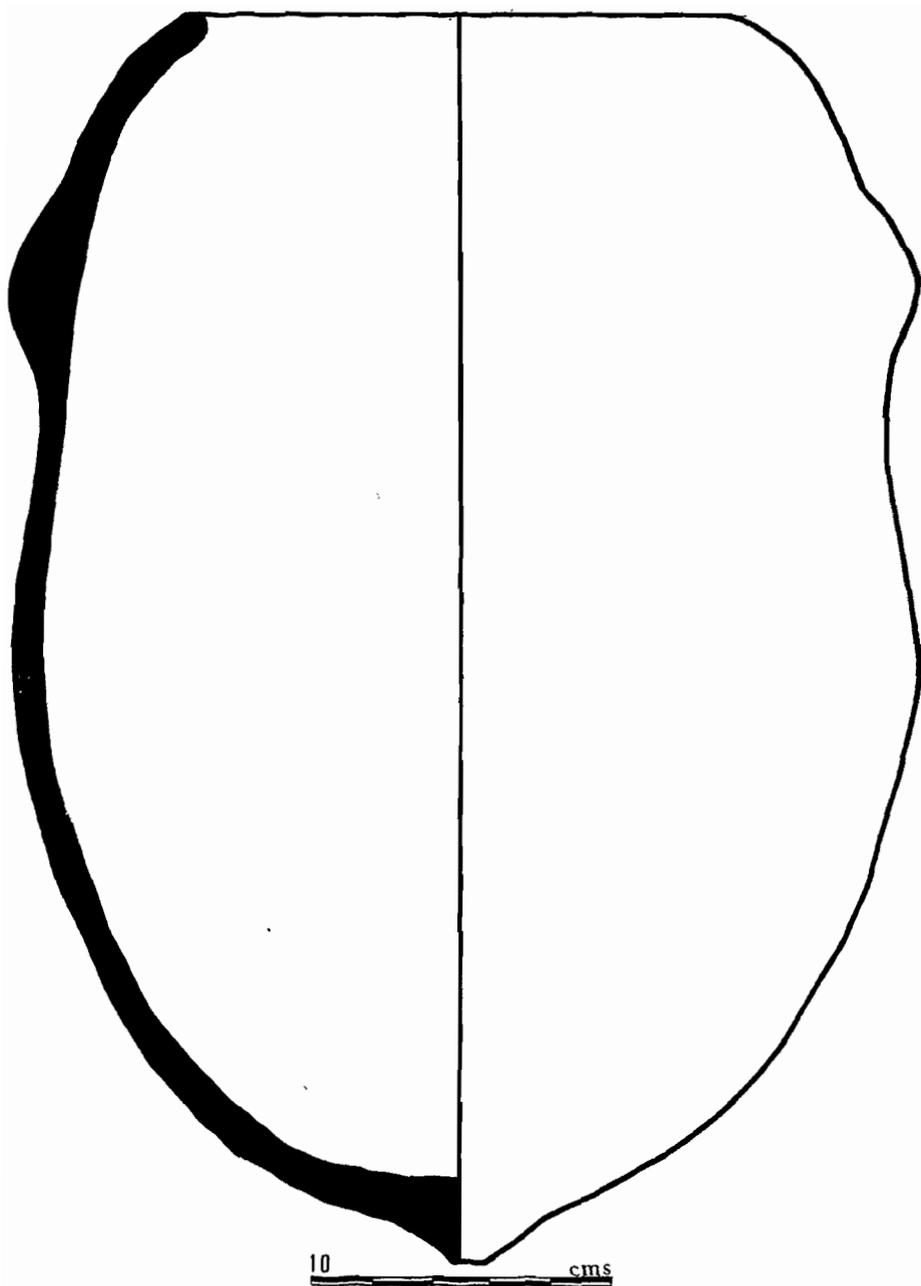


Fig. 56. Gran vasija con agarraderos y fondo en pico. Las Cardoneras, (Güímar).

tamaño del mismo nos son útiles los datos del espesor de bordes, pared y fondo, si los comparamos con los mismos de la fig. 56. Borde, 12 mm., espesor de la pared a media altura, 15 mm., grueso del fondo, 30 mm. Se trata de una pieza de mayor tamaño que la de Las Cardoneras, pero de construcción más tosca. En ambas, el color es siena claro.

Fragmentos pertenecientes a piezas semejantes hemos hallado en el nivel 2 de una cueva del Barranco del Agua de Dios (Tegueste). El fragmento corresponde al fondo, terminado en pico, como en las anteriores, más aplastado, pero con una cruz en aspa profundamente incisa (ver Lám. LIX, 3).

La pieza de la fig. 57, 1, pierde el pico del fondo; la abertura de la curva del mismo en relación con el diámetro de la boca es lo que le da la figura piriforme. Asimetría muy marcada.

Dentro del mismo tipo está la de la fig. 57, 2, pero en ésta se han reducido las proporciones (Lám. LIV, 1 y 2).

En la fig. 57, 3, Lám. LIV, 3, tenemos un ejemplar de tipo piriforme, que presenta el típico agarradero de oreja, pero perforado. Ambos agarraderos van soldados en el sentido del eje. El orificio de perforación es cilíndrico, y se practicaría con una varilla vegetal que arrastró la pasta al salir por el lado opuesto, como lo demuestra la rebaba que aparece en el borde, y que se advierte en el lado izquierdo de la reproducción.

Las localidades de procedencia de las piezas de mayor tamaño y los yacimientos donde han sido hallados fragmentos de tipos semejantes, revelan que fueron vasijas destinadas al almacenamiento de agua: Las Cardoneras, en los arenales de la costa de Güímar; El Roque (La Guanchara), paradero pastoril en paraje rocoso; Cañada Blanca, Cañada de la Mareta y otros parajes cercanos al Teide. Es decir, lugares en que se hace preciso el almacenamiento de agua. El Barranco del Agua de Dios, en Tegueste, como su mismo nombre indica, abunda en dicho elemento, pero el yacimiento donde se halló el fragmento citado, es una cueva de habitación con ajuar doméstico muy característico y abundante.

PORMENORES TECNICOS

En la parte descriptiva se han anotado bastantes detalles técnicos. Para completarlos, demos algunos valores:

a) *Color.* Sobre 185 muestras —piezas enteras y fragmentos— los porcentajes referentes al color son los siguientes:

Negro	Rojo	Pardo	Ocre	Siena
30%	25%	25%	12%	8%

Colores dominantes según los tipos:

Negro: IV,1) y IV, 2)

Rojo: IV,1), IV, 2) y IV, 3)

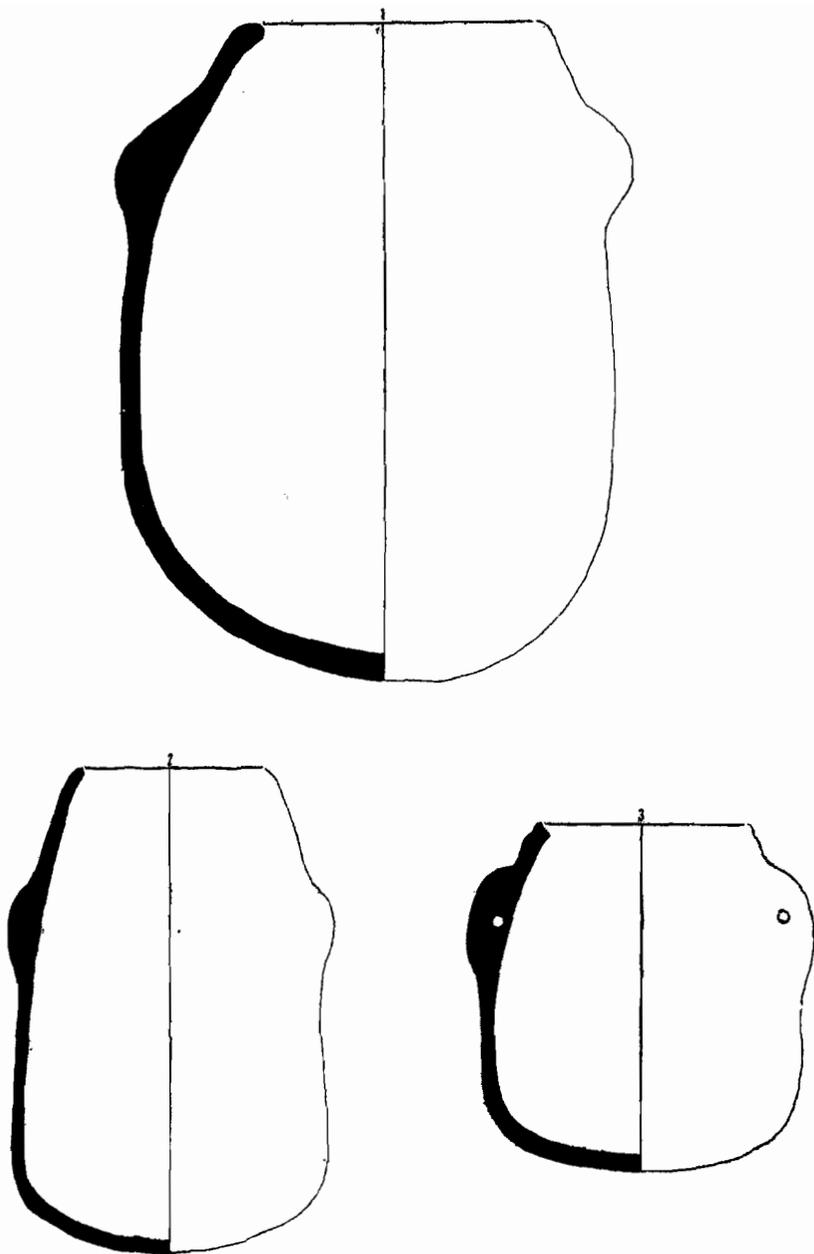


Fig. 57. Vasijas con agarraderos en pared. 1, Cada. Blanca; 2, Las Cañadas; 3, con asas rudimentarias por perforación de los agarraderos, Cada. de la Mareta (red. 1/4)

Pardo: IV,1), IV, 2), IV, 3)

Siena: IV, 4)

b) *Bordes*. Consideremos primero el espesor: Vasijas grandes; media, de 13 mm.; medianas, de 9,5 mm.; las de menor tamaño, 6,5 mm.

La relación entre perfil del borde y decoración del mismo puede verse en el siguiente cuadro:

CUADRO NÚM. 4

Tipo de borde y técnica decorativa en los vasos del Gupo V

PERFIL DEL BORDE				DECORACION DEL BORDE			
redondo	plano	biselado	ojiva	liso	impreso	inciso	seudoin.
39%				75%	20%	5%	
	36%			35%	40%	15%	10%
		13%		70%	20%		10%
			12%	65%	30%		5%

En el Museo Arqueológico de Tenerife (MAT): figs. 49, 1, 2, 3; 50, 3; 51, 2; 52; 53, 2, 3, 4; 54, 1, 2, 3; 55, 2; 56.

En el Museo del Instituto de Estudios Hispánicos (Puerto de la Cruz) (MIH): figs. 50, 1, 2, 4; 51, 1, 3; 53, 1; 55, 1, 3; 57, 1, 2.

Colecciones particulares (CP): fig. 57, 3.

X

GRUPO VI

"DIVERSOS"

Se incluyen en este grupo cortas series de piezas cerámicas que, aun cuando alguna de ellas mantiene con otros grupos ciertas semejanzas técnicas y formales, se separa de los mismos por características propias y al mismo tiempo diferenciadoras. Sin embargo, otros tipos responden a reglas tecnomorfológicas distintas. Esto trae consigo, como no era por menos, cambios funcionales muy radicales.

En este grupo tienen cabida no sólo todas aquellas piezas formalmente extrañas, sino incluso las que por su especial tipología ofrezcan serias dificultades para encasillarlas funcionalmente.

Con las piezas hasta ahora conocidas se han formado tres apartados: 1) Hondillas y platos; 2) Cucharas; 3) Pocillos.

1. *Hondillas y platos*

La serie formada por las llamadas hondillas deriva de los cuencos semiesféricos y de casquete, de los que ya se habló al tratar del Grupo IV, 3. Se distinguen de aquéllos por su menor altura y, consecuentemente, menos fondo. Con ellos se pueden formar dos series: la primera, por describir la boca una curva elíptica; la segunda, por formar una circunferencia.

Las primeras, de fondo curvo más o menos cerrado, son de cuidada factura, bordes en bisel, inciso oblicuamente (fig. 58, 1); en bisel con reborde interior e incisiones perpendiculares, profundas (58, 2), y plano con impresiones (58, 3).

Tienen el color rojizo por el engobe de almagre, bien alisado, pero sin llegar al pulimento.

(El eje mayor de la elipse lo señala el perfil del vaso; el eje menor queda marcado por unos pequeños triángulos sobre la línea del borde de la boca, lo que queda reflejado en la figura y números citados).

La otra serie, de boca circular, es todavía de menor altura, lo que la aproxima al plato de la fig. 59, 4, que puede considerarse el extremo o final de la serie (Lám. LVI, 7). Los bordes son biselados y planos, impresos e incisos. El plato presenta un borde en ojiva, con delicadas impresiones.

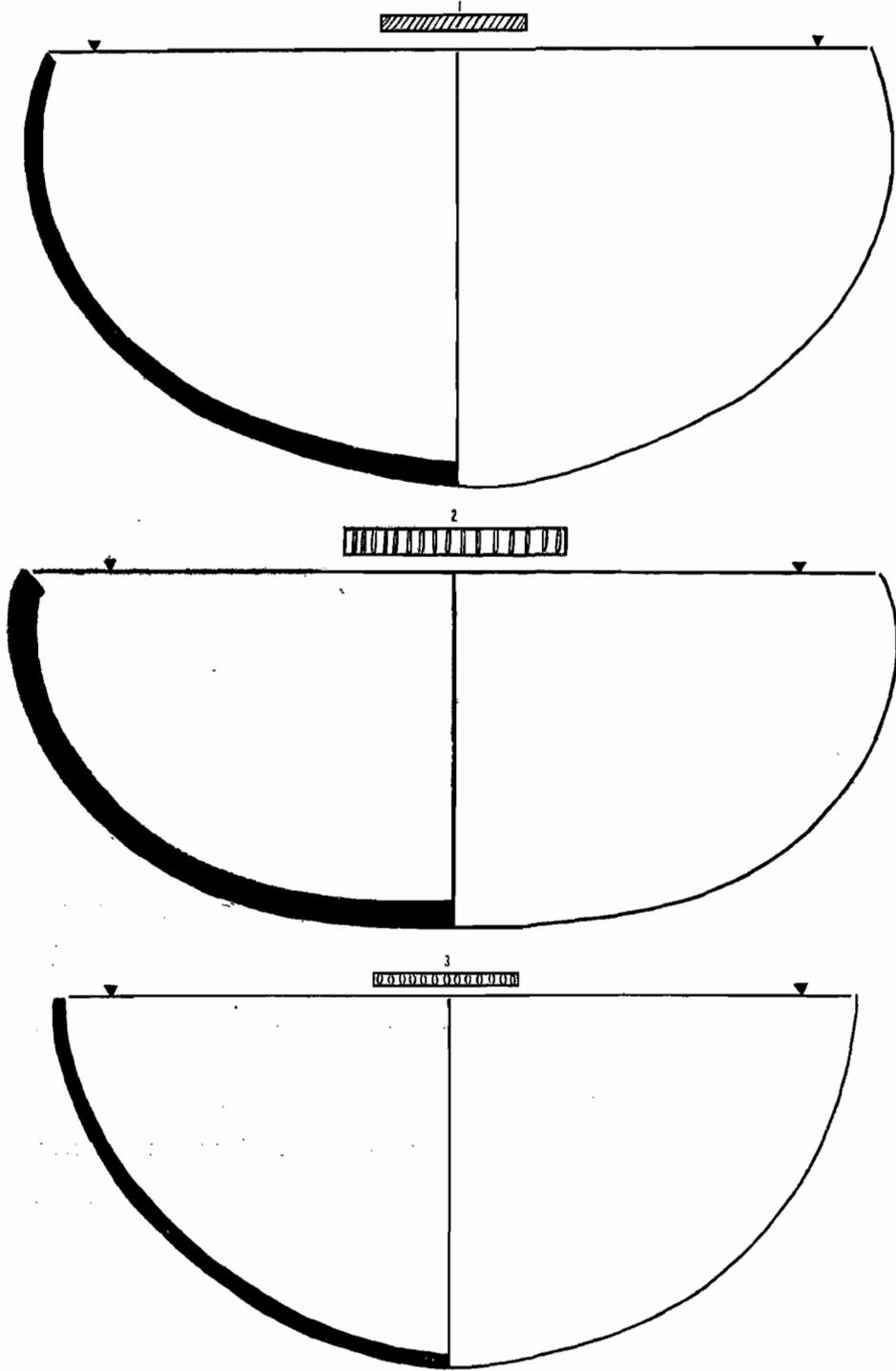


Fig. 58. Hondillas. 1, Tenerife, sin loc.; 2, Tenerife, sin loc.; 3, Cada. Blanca (red. 1/2).

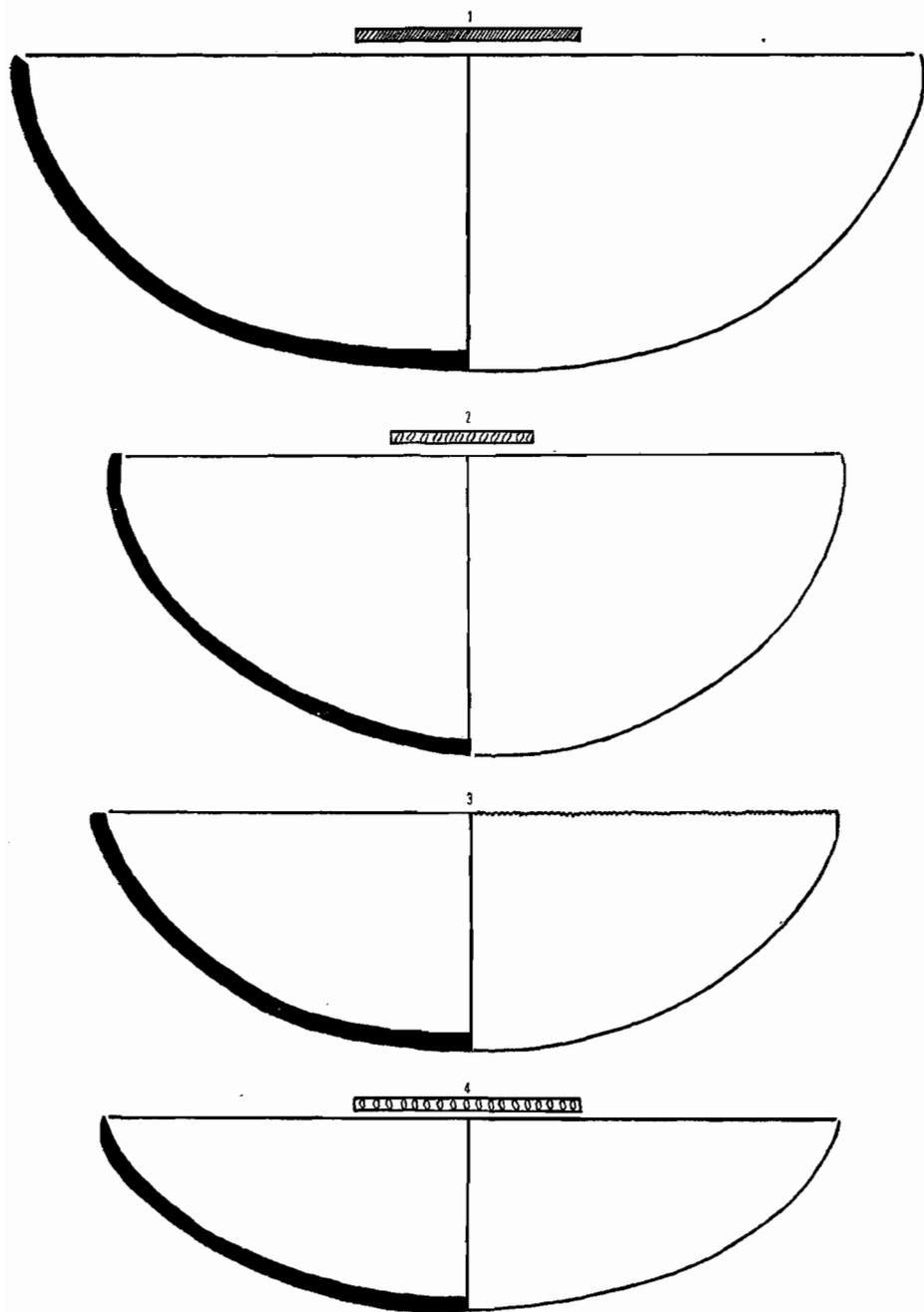


Fig. 59. Hondillas y platos. 1, El Vivo, Las Galletas (San Miguel); 2, Cada. Blanca; 3, El Portillo de la Villa; 4, Cada. de la Mareta (red. 1/2)

Las paredes son muy finas (de 3 a 4 mm.), con alisado tanto exterior como interior muy cuidado. Las dimensiones del plato son: 19 cms. de diámetro y 5 cms. de altura.

Serie elíptica: Cañadas, Cañada Blanca y Tenerife (sin localidad).

Serie circular: El Portillo, Cañada de la Mareta, Cañada Blanca, El Vivo (Las Galletas, San Miguel), Barranco Cabrera y Tegueste.

2. Cucharas

Hasta 1953 no se tuvo noticia de la existencia de este utensilio. Ni Abercromby ni Hooton lo citan. En el año citado, un vecino de Arico, don Leoncio González Morales, tuvo la fortuna de descubrir el primer ejemplar, que regaló a don Juan Pérez Morales. Este señor ofrece al autor dicho objeto, que se cataloga como cuchara de barro en el Museo Arqueológico del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife. Se registra su entrada con fecha 22-V-1959 y se numera con el 662. La dimos a conocer en una breve nota (32).

Con posterioridad, y en excavaciones efectuadas por el autor en Tegueste, se hallaron fragmentos que tanto podían pertenecer a cucharas como a otro utensilio no bien identificado.

En 1968 Don Alonso Salazar del Hoyo dona al autor, con destino al Museo Arqueológico, una cuchara de barro encontrada mientras se roturaban terrenos en la finca "La Fuente", del término municipal de Buenavista del Norte. La pieza se cataloga con el número 760 y tiene entrada en el Museo con fecha 16-VIII-68.

La primera procedía de una cueva, sin otra noticia sobre la naturaleza del yacimiento. Para la de Buenavista no tenemos yacimiento al que adscribirla y la de Tegueste, de una cueva de habitación. Se halló cerca de un hogar, entre restos de cocina.

Nuevas excavaciones en cuevas del Barranco del Agua de Dios (Tegueste) dieron un material excelente, de la misma naturaleza.

Tenemos, pues, tres puntos geográficos básicos para precisar la dispersión de este utensilio: Tegueste en el NE., Buenavista en el NO. y Arico en el S., con lo que quedan cubiertas las tres áreas cerámicas en que hemos dividido la isla, como se verá más adelante.

La pieza procedente de Icor (fig. 60, 1, Lám. LVI, 1) tiene las mismas características tipológicas que la de "La Fuente" (fig. 60, 2, Lám. LVI, 2), pero es de técnica más descuidada. Mango cónico en ambas, con el extremo roto. Tiene una marcada desviación con relación al eje de la pieza, a la que se suelda engrosando el borde y empujándolo hacia adentro. Del nivel del borde al fondo, 2,3 cms., que es la profundidad de la cazoleta. Borde redondeado, liso, de 2-3 mm. de grueso. El ejemplar de "La Fuente" es de color pardo rojizo; el de Icor, ocre.

32 Una cuchara... nota 24.

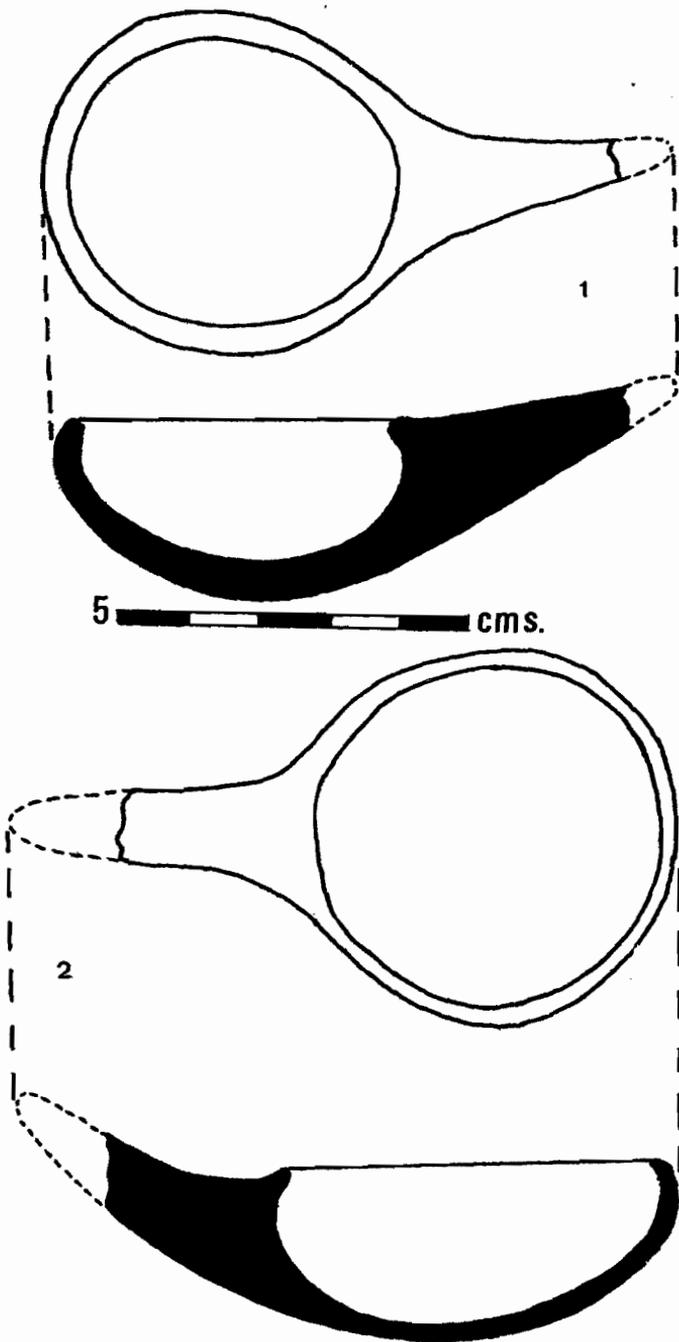


Fig. 60 Cucharas. 1, Icor (Arico); 2, La Fuente (Buenavista)

En la excavación de la cueva núm. 3 del Barranco del Agua de Dios, se halló otra cuchara en perfecto estado de conservación (Lám. LVI, 4, fig. 61, 1). Diámetro de la cazoleta, 6 cms.; longitud del mango, 3 cms.; grueso del borde, 2 mm., que aumenta hacia el fondo; profundidad de la cazoleta, 2, 3, cms. Color pardo rojizo.

Por los ejemplares bien conservados y por algunos fragmentos, se ve que la pieza responde a un "modelo director", ya que sus características técnicas y morfológicas se repiten con regularidad.

En un trabajo ya citado del autor (33) se daba a conocer una pieza de dudosa identificación. Carecía de los detalles propios de la cuchara típica: en vez de mango, agarradero corto y aplastado y cazoleta elíptica. Se hizo una reconstitución, rematándola con otro mango en el extremo opuesto.

Una lámpara de barro procedente de La Gomera, que tuvo el autor ocasión de examinar en lejana ocasión, tenía la cazoleta elíptica y dos mangos perforados transversalmente.

En la cueva de habitación núm. 2 del ya citado barranco, el año 1969 descubrió el autor otros fragmentos (Lám. LVI, 3 y 5): los números 3 y 6 muy semejantes al ya citado y reconstituido, y el número 5, distante tipológicamente de todos los demás: mango cónico y corto de ancha base, cazoleta poco profunda, de contorno aproximadamente circular y diámetro mayor que el de los ejemplares conocidos (fig. 61, 2).

Estos ejemplares atípicos pueden también ser cucharas, pero pensamos que, si en isla de tantos paralelismos cerámicos con la de Tenerife como es La Gomera, se identificó plenamente una lámpara, no hay por qué excluir en Tenerife la existencia de un objeto semejante.

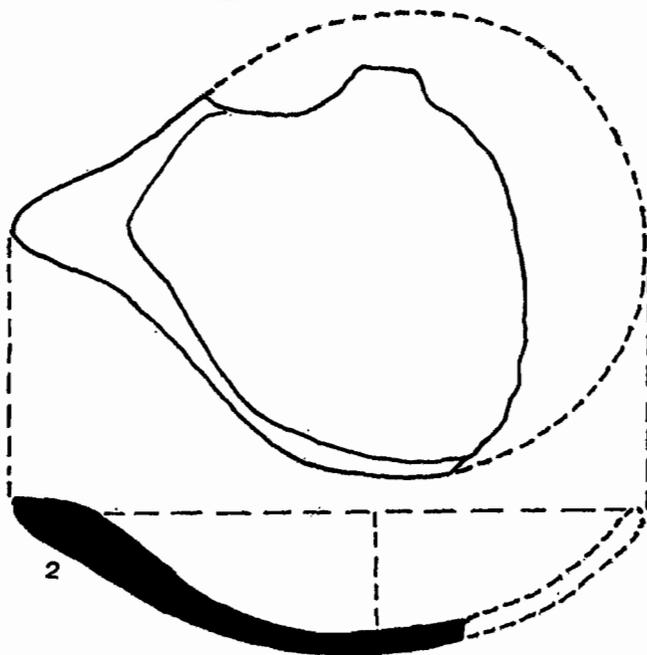
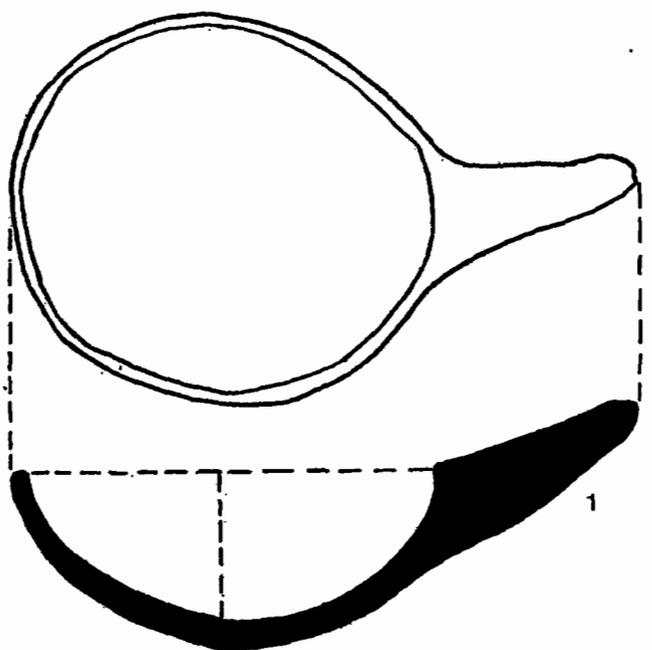
3. Pocillos. Lámparas?

Es raro no encontrar en un estrato arqueológico, y a diferentes niveles, restos de pequeños vasos, fragmentos de paredes muy delicadas y curvas indicadoras de diámetros no superiores a los 5 cms. Aparecen tanto en los estratos de las cuevas de habitación como sepulcrales.

Se podrían incluir dentro del Grupo IV, como ya se hizo con el pequeño ejemplar de la fig. 45, 5. Tipológicamente era una pieza grande reducida a la condición de juguete, como quedó demostrado por su factura y, sobre todo, por las circunstancias del hallazgo.

El pocillo, por el contrario, es una pieza de perfecto acabado, de forma regularmente oval, bien modelado y alisado, de borde cupular liso, de altura entre los 5 y 8 cms., y de color preponderantemente oscuro.

Podría servir de modelo el ejemplar reconstituido en el gráfico de la fig. 70, 4, que formaba parte del ajuar de la "Cueva de la Enladrillada". Tegueste. En esta localidad, como en el Barranco Cabrera, Las Cañadas



5  CMS.

Fig. 61. Cucharas. 1 y 2, Bco. del Agua de Dios (Tegueste)

y Llano Negro, se han encontrado fragmentos de pocillos. Carecen de elementos accesorios.

Dentro del grupo, más por su tamaño que por sus características tipológicas, vamos a incluir una pieza provista de mango y otra de vertedero abierto, con lo que, por ahora, podemos ya hacer tres apartados: a) pocillos simples; b) decorados, con mango; c) con pitorro abierto.

Ya se ha hecho referencia a los primeros. Respecto a los decorados, con mango, se conoce un ejemplar procedente de Arico, pero no se posee noticia alguna respecto al yacimiento de procedencia. Es pieza hallada en el siglo pasado y que formó parte de las colecciones del Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife.

Es de color grisáceo, de superficie áspera, borde redondeado, impreso o pseudoinciso. Lo decora una banda paralela al borde, con el conocido tema de recuadros incisos alternando los verticales con los horizontales sobre una incisión que rodea al vaso. (fig. 62, Lám. XLV, 2).

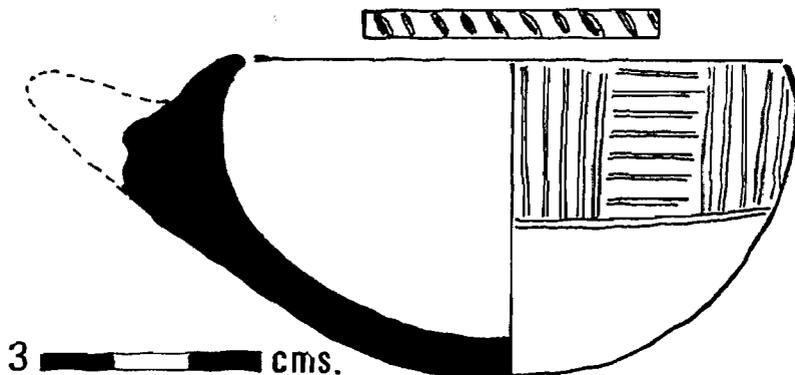


Fig. 62. Pocillo decorado, con mango. Arico

En el último apartado vamos a incluir un raro ejemplar, de pitorro abierto. Su exacta procedencia se ignora, y aunque se ha incluido entre la cerámica de Tenerife (34), habrá que esperar a ver si la fortuna nos depara hallazgos comprobatorios.

Es aproximadamente semiesférico, de borde irregular y remate redondeado. La superficie es áspera y rugosa. Color negro.

El pico abierto no se da en la cerámica de Tenerife.

En cuanto a su función, lo mismo pudo hacer de pistero —llevar el alimento a la boca del niño— como de lámpara. El pico se presta para la colocación de la mecha (Lám. XLV, 1).

En el Museo Arqueológico de Tenerife (MAT): Figs. 58, 2; 59, 1, 4; 60; 61, 62.

En el Museo del I. de E. Hispánicos (Puerto de la Cruz) (MIH): figs. 58, 1, 3; 59, 2. Colecciones particulares (CP): 59, 3. Col. de don Antonio Mederos.

34 Es significativo que Hooton (op. cit) incluya en la lám. 7, con el núm. 1, esta pieza, entre otras de Tenerife, La Gomera y Fuerteventura.

XI

CERAMICA DECORADA

1. Técnicas decorativas

Ya se habló al principio del conocimiento que se tenía de la cerámica decorada y de las técnicas de que se había dado noticia literaria y gráfica (Cap. I, 5, notas 14 y 15). En capítulos anteriores, a medida que se hacía la clasificación tipológica, se ha ido señalando también en gráficos y láminas no sólo la técnica, sino los tipos de vasos que mostraban decoración. (Puede verse en las láminas XXIV, 1 y 2; XLV, 2 y 3; XLVI, 2; LI y LV, así como las figs. 5, 2 y 3; 54, 2 y 54, 3).

Resumiendo lo dicho y con el conocimiento que hasta ahora tenemos de esta cerámica, encontramos las siguientes técnicas: a) incisa, b) pseudoexcisa, c) unguicular, d) punteada excisa, e) acanalada, f) rayada, y g) modelada.

a) *Incisa*. Surco en V. Empleo de punzón, palillo o piedra de punta afilada. La anchura del surco depende del instrumento empleado. La lasca de obsidiana se emplearía para los surcos anchos y profundos, que dejan rebaba. Fragmentos y vasija de la Cañada de Pedro Méndez (Lám. XLVI, 2, fig. 52). Ver otros ejemplos en las Láms. LVII (1), 1, 2, 5, 6 y 7; LIX, 6, 7 y 14; LX, 3, y fig. 63, 1-3. Con técnica incisa están decorados los mangos curvos de la fig. 5, 7 y 9 y las dos asas de lengüeta de la fig. 64, 5 y 6, del tipo que se puede ver en la Lám. LX. 9.

b) *Pseudoexcisa*. Damos este nombre a una técnica decorativa que, sin extraer la pasta, deja, sin embargo, un hoyo más o menos marcado. Se actúa por presión y por mordido con un instrumento cuya extremidad distal corresponde con la forma dejada por el mordido. Ejemplos obtenidos por medio de esta técnica lo podemos ver en la Lám. LVII (2), 1, 2, 3, 4 y 7, y fig. 64, 2 y 3.

c) *Unguicular*. Las impresiones de uñas aparecen en algunos bordes y rara vez en las paredes. El empleo simultáneo del dedo y de la uña lo encontramos asociado al cuenco de Higuera de Indias (Adeje) (Lám. LV, y fig. 54, 3). Se presionó con la yema del dedo, ejerciendo, al retirarlo, un movimiento hacia adelante, con lo cual se consiguió in-

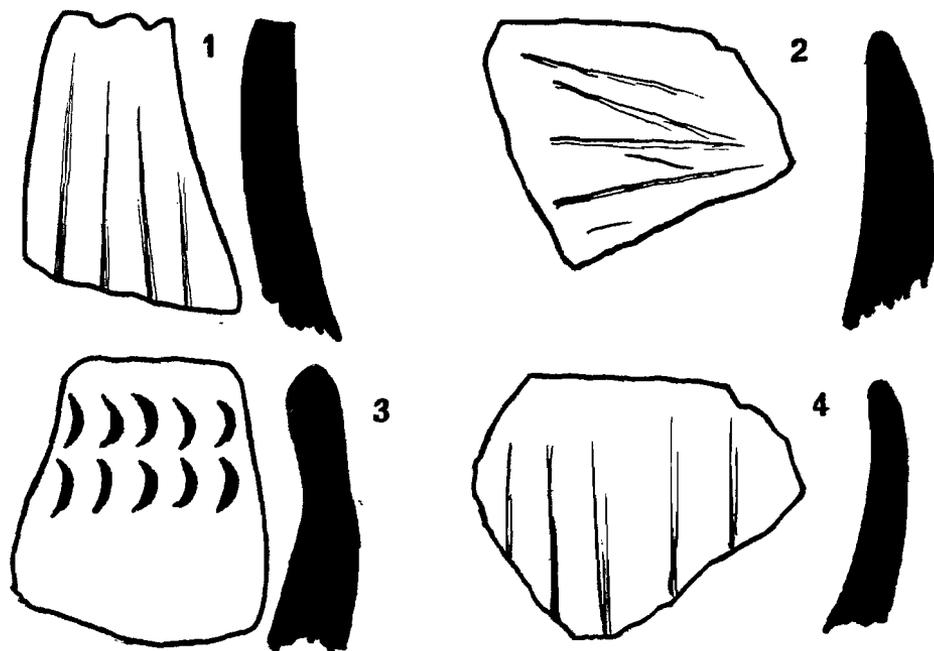


Fig. 63. Fragmentos decorados y bordes. Bco. Cabrera (El Sauzal)

roducir la uña en la pasta. El surco de las paredes, de técnica modelada, es asimismo digital.

No propiamente con la uña, sino generalmente incisos, encontramos medias lunas tanto en paredes como en asas (fig. 63, 3, y la ya citada fig. 64, 5).

d) *Punteada excisa*. Técnica decorativa recientemente descubierta. Se hallaron dos fragmentos pertenecientes al mismo vaso en el Barranco del Agua de Dios. Se dibujaron *in situ*. Debido a un lamentable descuido se extravió el que iba provisto de mango protuberante a nivel del borde. Se conserva el otro fragmento (Lám. LX, 1). Las excisiones se practicaron con un objeto hueco, de pequeño diámetro —cañuela de gramínea—. (Vaso reconstituido en fig. 48, 5).

Con la técnica excisa y pseudoexcisa han sido practicados los puntos y hoyos de variado contorno que se observan en la Lám. LX, 2 (ocho fragmentos). El hallarse en el interior del vaso plantea una cuestión: que no tienen una finalidad decorativa. La pueden tener práctica, utilitaria. Afecta, por consiguiente, tanto a la función del vaso como a su empleo. No se han practicado, como ocurre con los agujeros ciegos de los mangos macizos, para dar salida a los gases durante la cocción del vaso. El escaso espesor de las paredes y del fondo no reclama este re-

curso técnico. Pero sí está muy indicado para que se ejerza con mayor efectividad y rapidez la acción del calor a través del fondo y las paredes cercanas al mismo y conseguir así una pronta cocción de los alimentos. Debe ser la misma razón que aconsejó practicar las incisiones triangulares en el fondo de la cazuela de la Lám. LI y acaso del cuenco de la Lám. LV.

e) *Acanalada*. Es la técnica que más frecuentemente se emplea. Su área de dispersión es tan extensa como la de la incisa. Los surcos varían en profundidad, en anchura y en número. Empleo de objetos de extremo redondeado —epífisis de huesos, pequeños cantos rodados, piedras acanaladas—. En todo caso, las rebabas dejadas por la presión del objeto se alisan posteriormente (Láms. LVIII y LIX, 1-5).

f) *Rayada*. La única diferencia entre la incisa y la rayada está en el instrumento empleado. Para la primera, un objeto afilado, con arista o puntiagudo; para la segunda, romo. De ahí el surco en V en una y en U en otra. El rayado penetra poco y deja por lo general una línea suave. El vaso de perfil globular, de Arico, está decorado con esta técnica (Lám. XXIV, 2). Ver, además, las láms. LVII (1), 4 y 8; LIX, 12, 16, 17, 18 y 22; LX, 4, 6 y 7, y fig. 64, 3.

g) *Modelada*. Es un tipo que podemos situar entre la acanalada y la rayada. Requiere el empleo de un objeto de superficie curva, y se maneja suavemente, de forma que deje huella, surco o marca no excesivamente profunda. Se obtienen calidades de relieve, que es la razón del nombre que se le ha asignado.

Ejemplos de técnica modelada los tenemos en la Lám. LVII (2), 5, 6, 9, 10 y 11 y Lám. LX, 9 y 12, y fig. 64, 2 y 4.

2. Técnicas combinadas

A veces una técnica va asociada con otra. Por ejemplo: seudoexcisa con incisa (Lám. LVII (2), 2) y con acanalada (LVII (2), 3); con rayada (LVII (2), 4) y con modelada (LVII (2), 7); acanalada con incisa (LVIII 2) y acanalada con excisa (LX, 1); modelada con huellas digitales y de uñas (LV), etc.

Lo que quiere decir que las técnicas, además de pobres, son inseguras. Lo vemos, sobre todo, en esas incisiones desornadas que van en todas direcciones, sin marcar ritmo alguno (Lám. LIX, 14, fig. 63, 2) y cuyo origen habría que buscarlo en el toscó espatulado de la vasija por empleo de instrumento de superficie con asperezas, o sencillamente de una escobilla (Láms. LVIII, 11 y LIX, 10).

3. Temas decorativos

Bandas incisas, rayadas y acanaladas, paralelas al borde de la vasija y dispuestas a modo de fleco.

Bandas incisas compuestas por recuadros en que alternan los de incisiones verticales con los horizontales. A veces, en doble banda, siempre alrededor del borde del vaso, alternando los recuadros superiores con los inferiores y separados unas veces por una línea y otras sin separación

Temas reticulares o escaleriformes, ya incisos, ya rayados.

Orla pseudoexcisa, sencilla o doble, con temas en círculo, rombo, triángulo, óvalo, etc.

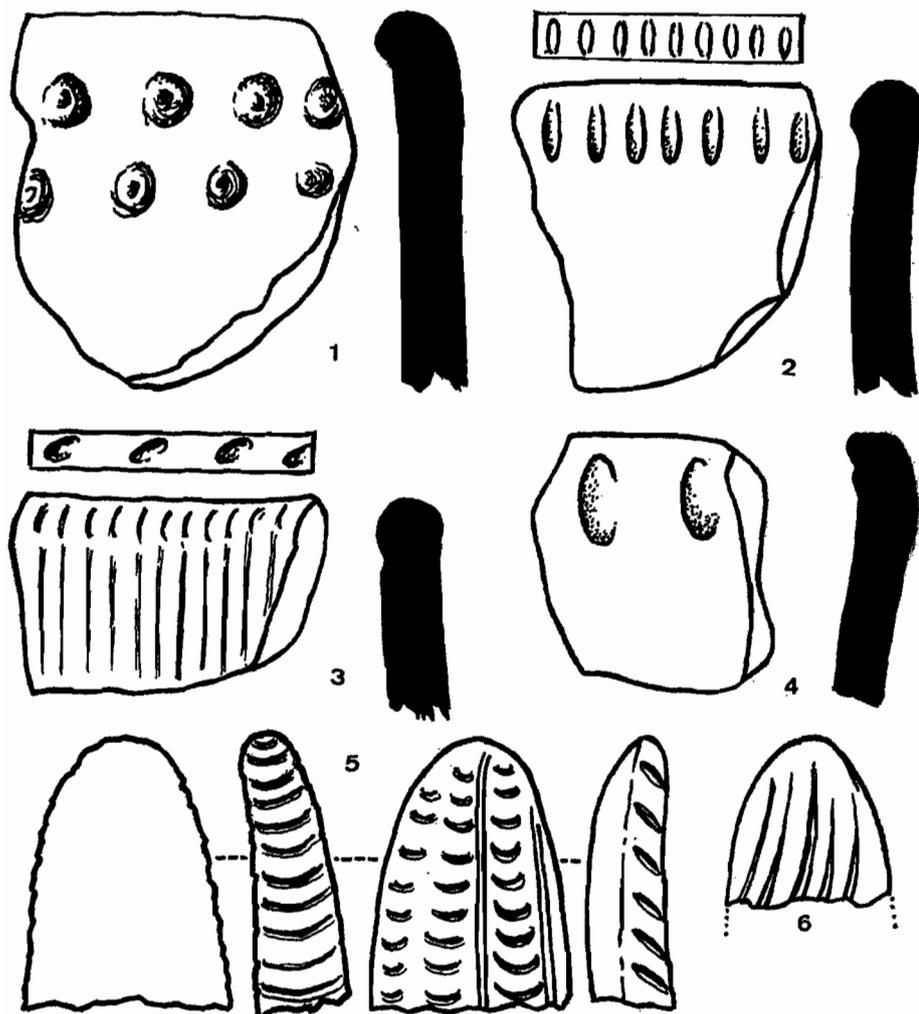


Fig. 64. Fragmentos y asas decorados. 1, 2, 3 y 5, Santa Ursula; 4 y 6, Tejina (La Laguna)

Punteada excisa de tres líneas de puntos perpendiculares al borde: entre cada serie punteada se deja un espacio vacío.

Pueden verse los temas en las Láms. LVII, LVIII, LIX y LX y en la reconstitución que de algunos vasos y de sus temas decorativos se ha hecho en la fig. 48.

No se ha hallado ninguna marca cerámica, salvo en la gran vasija de Tegueste, con una cruz en forma de aspa, incisa, en el fondo terminado en pico, como se vio al hablar del Grupo V, 4).

4. *Decoración y tipo*

Hasta ahora no se conoce ningún vaso perteneciente a los Grupos I, II y III que muestre otra decoración que la de los bordes, en su parte superior.

Como se ha visto, sólo se encuentran vasos decorados en los Grupos IV, V y VI.

Tipológicamente falta por completar algunas series y tipos en relación con los fragmentos conocidos. Es el caso de la cerámica acanalada, aunque por el estudio de los fragmentos apunta a grupos de formas redondeadas, globulares o piriformes.

En la cueva núm. 2 del Barranco del Agua de Dios, los temas acanalados aparecen en los niveles superiores, con los excisos y hendidos interiormente. Las técnicas incisas, asociadas a vasos sin elementos accesorios, se dan con mayor densidad en el nivel inferior, y van siendo más raros a medida que se sube de nivel. En forma inversa sucede con la técnica acanalada.

5. *Dispersión de la cerámica decorada*

Probablemente la zona de Tegueste, Tejina, Valle de Guerra, Tacoronte y El Sauzal fue la primera en ofrecer de una manera densa y vasta unos conjuntos muy valiosos para el estudio de la decoración cerámica en la isla de Tenerife. Más tarde se amplió el conocimiento del litoral norte, y se vio que la decoración de la cerámica seguía el desarrollo costero de los poblados de cuevas, como lo demostró la exploración arqueológica de Santa Ursula, otro punto importante para mejor conocimiento de la cerámica decorada.

Después, las viejas colecciones del Museo Municipal nos llevaron a comarcas del Sur, y las exploraciones y excavaciones efectuadas en las Cañadas del Teide nos dieron a conocer nuevos focos.

Quiere decir esto que donde se ha explorado y trabajado a fondo, la cerámica decorada ha hecho su aparición. Lo limitado de nuestros conocimientos al respecto no es más que una prueba de lo mucho que queda por hacer.

Pero aún así, aunque se incorporaran nuevas áreas de cerámica ornamentada, poco se podrá añadir, en técnicas y temas, a lo que ya se sabe. Lo importante está ahora en asociar la decoración a una tipología determinada, de la que todavía no sabemos lo suficiente.

Cronológicamente, el primer foco cerámico descubierto por nosotros fue en el año 1945 —yacimientos del Barranco Cabrera—; siguieron después los acantilados de Tacoronte, El Sauzal, Costa de Valle de Guerra y Tejina, desde donde se penetró hacia la zona de Tegueste, hasta ahora el centro cerámico más importante y el que va a revelar datos muy valiosos respecto a la estratigrafía cerámica en Tenerife (35).

La dispersión de la cerámica decorada en Tenerife puede verse en el mapa de la fig. 65, y por localidades y yacimientos, en la relación que sigue:

TEGUESTE: Barranco del Agua Dios (cuevas núm. 1, 2 y 3); TEJINA: Barranco de Milán y Cuevas Juradas; VALLE DE GUERRA: El Boquerón, La Barranquera; TACORONTE: La Fuentecilla, El Sauce, Guayonje, Los Guanches, El Roque, Risco del Pris; EL SAUZAL: Barranco Cabrera (cuevas 1, 2 y 3) y Risco del Castillo; LA MATANZA: Risco del Perro; SANTA URSULA: Quinta Roja; LA GUANCHA: La Costa, Los Celajes; ADEJE: Higuera de Indias; ARICO; LAS CAÑADAS DEL TEIDE: Cada. Pedro Méndez, Cada. Blanca, Cada. de los Tomillos, Ucanca, Cada. de la Mareta, Cada. del Sanatorio, Cada. de la Grieta, Cada. del Montón de Trigo.

Por lo que se verá en el capítulo siguiente, las localidades con cerámica decorada se reparten de una forma dispersa, poco compacta, en las tres grandes áreas en que hemos dividido la isla para el estudio de la cerámica prehispánica. Los hallazgos en Las Cañadas vienen a confirmar tal dispersión, y en ellos vemos aportaciones hechas por grupos pastoriles procedentes ya del Norte, del Sur como del Oeste de la isla.

35. La proporción entre lisa y decorada en un solo yacimiento, ya se reflejó en la fig. 9.

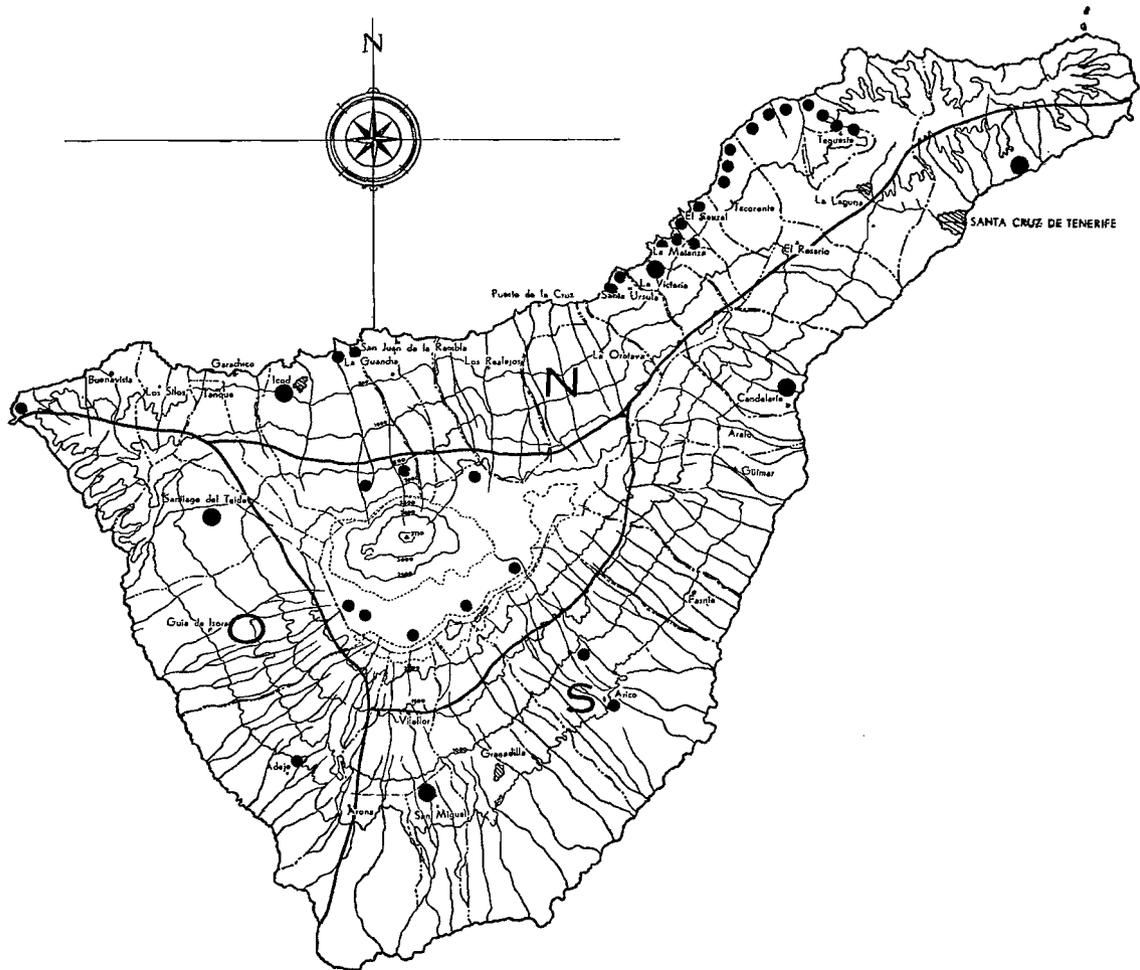


Fig. 65. Distribución de la cerámica decorada en la isla (círculos pequeños) y centros de alfarería tradicional (círculos mayores).

XII

DISTRIBUCION DE GRUPOS. YACIMIENTOS Y AJUARES

1. Areas Norte, Sur y Oeste

Para tener una idea de la distribución de los grupos tipológicos en Tenerife, la isla ha sido dividida en tres grandes zonas: Norte, Sur y Oeste. El norte sería una zona demarcada por una línea que partiendo de la Punta de Anaga y siguiendo la cordillera dorsal, se encontraría con otra línea con punto de arranque en la Punta de Teno, la cual alcanzaría El Sombrerito, en las montañas, y descendería para acabar en la Punta de la Rasca. Esta sería la zona Oeste. El Sur, por consiguiente, vendría a ser el espacio comprendido entre aquellas dos líneas y el mar. De esta forma, dentro del área Sur quedaría el SE., y dentro del N., quedarían el NE. y el NO. (fig. 65).

A fin de acomodar con cierta lógica la distribución cerámica a dicha división, en el cuadro que sigue se han ordenado los municipios de NE. a NO. —Santa Cruz de Tenerife-Buenavista—, con lo que se cubre toda el área Norte; de NO. a SO. —Santiago del Teide-Arona—, que cubre el área O., y del SO. a NE. —Arona-Santa Cruz de Tenerife—, donde queda englobada toda el área Sur

CUADRO NÚM. 5

DISTRIBUCION DE LOS GRUPOS CERAMICOS EN LA ISLA

MUNICIPIOS Yacimientos	GRUPOS						Transición
	I	II	III	IV	V	VI	
NORTE							
STA. CRUZ DE TENERIFE							
Anaga	x	x			x		
Punta de Anaga		x					
Hoya Fría	x			x			
Santa María del Mar				x			
Barranco de Santos				x	x		
Barranco de la Enea	x	x	x				
Barranco Moriscos	x	x	x		x		

DISTRIBUCION DE LOS GRUPOS CERAMICOS EN LA ISLA

MUNICIPIOS Yacimientos	GRUPOS						Transición
	I	II	III	IV	V	VI	
LA LAGUNA							
El Ronquillo (Valle Guerra)		x		x			
La Barranquera (Valle Guerra)	x			x	x		
Callao Márquez (Valle Guerra)		x		x			
Las Toscas (Valle Guerra)				x			x
Cuevas Bco. Milán (Tejina)	x	x	x	x	x		
Cuevas Juradas (Tejina)	x	x			x		
TEGUESTE					x		
Bco. Agua de Dios (Tegueste)	x	x	x	x	x		x
Cueva Enladrillada					x		
TACORONTE							
Risco de los Guanches	x	x		x	x		
Risco de Guayonje	x			x			
Risco del Pris	x	x		x	x		
Risco de la Fuente	x						
EL SAUZAL							
Bco. Cabrera (derecha)	x	x		x	x		
Los Angeles	x	x		x			
Risco del Castillo	x	x		x			
LA MATANZA							
Bco. Cabrera (izquierda)	x	x		x	x		
Risco del Perro	x	x		x			
LA VICTORIA							
El Caletón				x			
SANTA URSULA	x						
Quinta Roja	x	x					
Bco. Naranja				x			
LA OROTAVA							
Roque Blanco				x			
Cuevas de Bencomo	x						

DISTRIBUCION DE LOS GRUPOS CERAMICOS EN LA ISLA

MUNICIPIOS Yacimientos	GRUPOS						Transición
	I	II	III	IV	V	VI	
PUERTO DE LA CRUZ Los Frailes	x		x	x			x
LOS REALEJOS El Mocán	x			x	x		
Gordejuela				x			
Fuente de Mesa	x						
SAN JUAN DE LA RAMBLA Bco. Ruiz				x			
El Masapé	x			x			
Barranco Poncio		x		x			
LA GUANCHA Los Celajes			x				
Hoya Brunco	x						
Altos de La Guancha			x				
Costa	x	x					
El Roque				x	x		
ICOD DE LOS VINOS El Andén	x	x		x			
Las Barandas				x			
GARACHICO San Juan Degollado		x		x			
Malpaís		x					
LOS SILOS Taravela				x			
BUENAVISTA Punta de Teno	x			x			x
Risco de Chífaco		x		x			
La Fuente						x	

DISTRIBUCION DE LOS GRUPOS CERAMICOS EN LA ISLA

MUNICIPIOS Yacimientos	GRUPOS						Transición
	I	II	III	IV	V	VI	
OESTE							
SANTIAGO DEL TEIDE							
Arasa	x						
Playa de Santiago							
Llano Negro	x	x	x	x	x		
GUIA DE ISORA							
Hoyo Azul		x					
Playa de San Juan				x			x
ADEJE							
Barranco del Infierno	x	x		x			
Higuera de Indias					x		
SUR							
ARONA							
Roque de Jama	x	x	x		x		
Cabo Blanco	x	x					
Guayero				x			
SAN MIGUEL							
Las Galletas	x			x			x
El Vivo				x			
Bco. Tafetana					x		
Aldea Blanca	x	x		x			
Bco. Orchilla				x			
VILAFLOR							
Barranco de la Abejera	x	x					
GRANADILLA							
Bco. de Chifnama	x		x				
Costa				x			
ARICO							
Pinar (Cuesta Mata Asnos)	x	x		x	x		
Icor							x
El Río	x			x			

DISTRIBUCION DE LOS GRUPOS CERAMICOS EN LA ISLA

MUNICIPIOS Yacimientos	GRUPOS						Transición
	I	II	III	IV	V	VI	
El Porís de Abona	x			x			
Hoya Trujillo	x						
FASNIA							
Bco. Herques	x		x				
GÜIMAR							
Las Cardoneras					x		
Escobonal	x			x	x		
Montaña Grande				x			
ARAFO							
Montaña de Joco	x		x				x
CANDELARIA							
Araya	x						

Dentro del área Norte quedan comprendidos los términos de Santa Cruz de Tenerife, La Laguna, Tacoronte, El Sauzal, La Matanza, La Victoria, Santa Ursula, La Orotava, Puerto de la Cruz, Los Realejos, San Juan de la Rambla, La Guancha, Icod de los Vinos, Garachico, Los Silos y Buenavista del Norte.

En el área Oeste: Santiago del Teide, Guía de Isora, Adeje y parte de Arona. Arona está en la línea de transición entre el O. y el S.

En el área Sur: San Miguel, Vilaflor, Granadilla, Arico, Fasnía, Güímar, Arafo y Candelaria.

2. Area de Las Cañadas del Teide

A las Cañadas del Teide acudían, en el verano, los pastores guanches procedentes del Norte, Sur y Oeste. Portaban sus ajuares, que ocultaban en escondrijos dentro de los campos de pastoreo. Las Cañadas ha sido un centro muy importante en cuanto a la cerámica, ya que en muchos casos las vasijas han sido recuperadas enteras. Nuestro actual conocimiento de la cerámica de Tenerife se debe, en gran parte, al material hallado en los paraderos pastoriles de Las Cañadas y cumbres circundantes.

En otro lugar (36) hemos fijado los campos de pastoreo de alta montaña, y qué espacios ocupaban los distintos grupos de pastores según sus áreas de procedencia. Por lo que interesa a efectos de la dispersión de los distintos tipos cerámicos, hemos dividido, también en tres áreas, Las Cañadas, con el fin de fijar con la mayor aproximación las aportaciones hechas por grupos pastoriles procedentes del Norte, Sur y Oeste de la isla. En el cuadro que sigue puede verse con detalle.

CUADRO NÚM. 6

DIVISION ZONAL DE LAS CAÑADAS DEL TEIDE

Localidad	GRUPOS						Transición
	I	II	III	IV	V	VI	
NORTE							
La Fortaleza	x	x			x		
Cda. Los Guancheros	x	x					
Cda. Diego Hernández	x	x		x	x		
Cda. Las Mostanzas	x	x		x	x		
Cda. Blanca	x	x	x	x	x	x	x
El Portillo de la Villa	x			x	x		
V. Piedras Arrancadas		x					
Cda. Los Tomillos	x		x		x		
Montaña Negra	x				x		
Montaña de los Pinos	x				x		
Pico de las Cabras	x	x		x	x		
Montaña Rajada	x	x		x	x		
SUR							
Cda. Pedro Méndez	x	x	x	x	x		
Cda. de la Grieta	x		x	x	x		
Cda. de la Angostura		x					
Cda. de la Camellita		x			x		
Cda. Sanatorio	x	x		x	x		
Cda. Montón de Trigo	x		x	x	x		
Cda. de la Mareta	x	x	x	x	x	x	x
Base de Guajara	x	x		x	x		
Montes de Ucanca	x						
Llano de Ucanca	x			x			
Llano de Májara	x	x		x			

DIVISION ZONAL DE LAS CAÑADAS DEL TEIDE

Localidad	GRUPOS						Transición
	I	II	III	IV	V	VI	
Fuente de la Piedra	x	x	x	x	x		x
Cerro García				x			
Montaña Guajara		x					
OESTE							
Llano de la Santidad	x	x	x	x			
Pico Viejo	x	x					
Montaña del Cedro	x			x	x		
Cañadas (sin loc.)	x	x	x	x	x	x	

Hay, sin embargo, zonas de contacto, como pueden ser las Cañadas del Sanatorio, Blanca y de la Mareta, en que sería normal el encuentro entre grupos del Norte y del Sur, y el Llano de Uanca y Cañada de Pedro Méndez donde entrarían en contacto grupos del Sur y Oeste.

Precisamente son Las Cañadas las que nos dan la clave de la cerámica del Valle de la Orotava. Se ha visto que poca representación tiene La Orotava en el Cuadro núm. 5. Sin embargo, hay extensas zonas en torno al Teide que ocuparon los grupos procedentes de dicho Valle: El Portillo de la Villa, Cañada de Diego Hernández, la vertiente oriental de La Fortaleza, Las Mostazas, Montaña Rajada, Cañada de los Tomillos. Es decir, que a la vista de los tipos presentes en estas localidades arqueológicas, será fácil hacerse una idea de los procedentes de la extensa comarca del Valle. Una vez más, Las Cañadas del Teide nos sirven para completar los cuadros cerámicos de la isla.

3. Proporción entre los grupos y distribución por zonas

Los cuadros núms. 5 y 6 permiten apreciar cuáles son los tipos más representativos y los más frecuentes. En el bloque (a) de la fig. 66, las proporciones de los distintos grupos —la *d* corresponde a la cerámica decorada—, y en bloque (b) la proporción que por zonas ha dado cada una de las tres en que se dividió la isla.

La primera consecuencia que se saca es que el panorama cerámico de Tenerife, desde el punto de vista tipológico, es bastante uniforme. Ninguna zona queda al descubierto, y solamente se nota la falta, en alguna, de tipos raros, como son las cucharas, que faltan en Las Cañadas y en el Oeste. Pero no es argumento suficiente para decir que no existen, sino que todavía no han sido descubiertas.

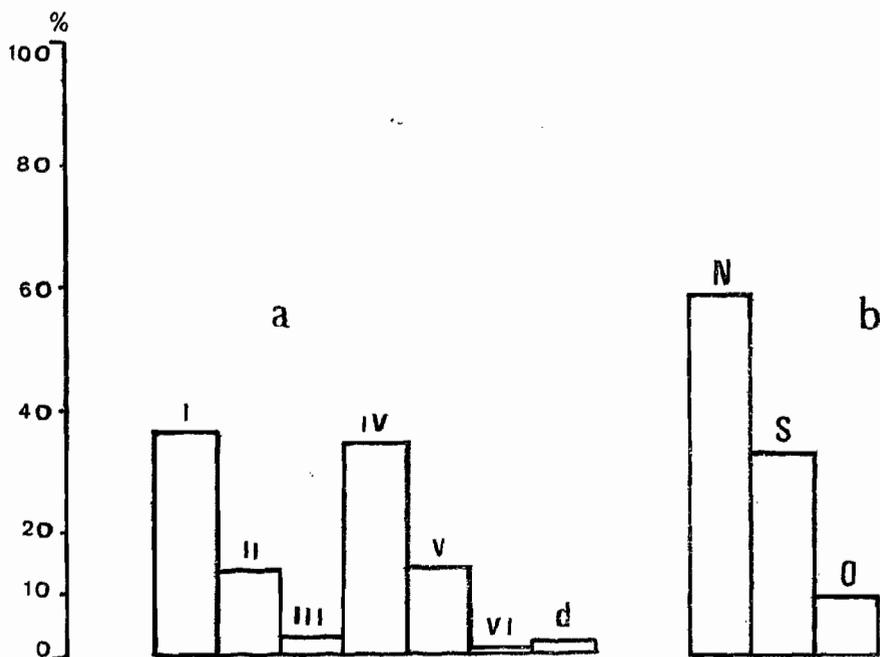


Fig. 66. Bloque *a*: porcentaje que da cada uno de los grupos estudiados (d=decorada); bloque *b*: aportación hecha por cada una de las zonas cerámicas de la isla.

Veamos qué ocurre ahora en un solo yacimiento con estratigrafía cerámica, siempre desde el punto de vista tipológico. A tal fin hemos considerado los grupos más representativos: vasos de mango, 1; de pitorro, 2; con mamelones 3, y simples, 4. Puede verse la oscilación y el predominio de algunos tipos respecto a los niveles en la fig. 67.

Destacan los Grupos I y II sobre los demás. Sumando las vasijas provistas de mamelones con las simples, siempre de mayores proporciones, tenemos una panorámica muy ajustada de la función del ajuar cerámico; vasos de ordeño, vasos para recoger agua, para la comida, vasijas para ser puestas al fuego con los alimentos y recipientes para almacenar agua.

4. Tipos de yacimientos

Excluyendo aquellos hallazgos fortuitos, como los hechos durante el laboreo y roturación de tierras, tres tipos de yacimientos ofrecen materiales cerámicos importantes: a) Cuevas de habitación; b) Cuevas sepulcrales, y c) Escondrijos dentro de los poblados de cuevas de las tierras bajas y en los paraderos pastoriles de alta montaña.

a) *Cuvas de habitación.* La cerámica puede hallarse tanto en yacimientos de superficie como con estrato. La cerámica de superficie refleja el cuadro tipológico de una forma parcial, pero no así la calidad y la cantidad de las piezas componentes de un ajuar, sobre todo si la cueva es pequeña —de 12 a 15 m²—, donde, además, el grupo familiar queda mejor definido.

En las cuevas con estrato y de mayor superficie —de 20 a 30 m². de mínima y de 70 a 100 m². de máxima—, tenemos, debido a la profundidad del estrato, no sólo una sucesión, sino una variación tipológica. Por el contrario, los factores “tiempo” y “grupo” presentan una mayor complicación.

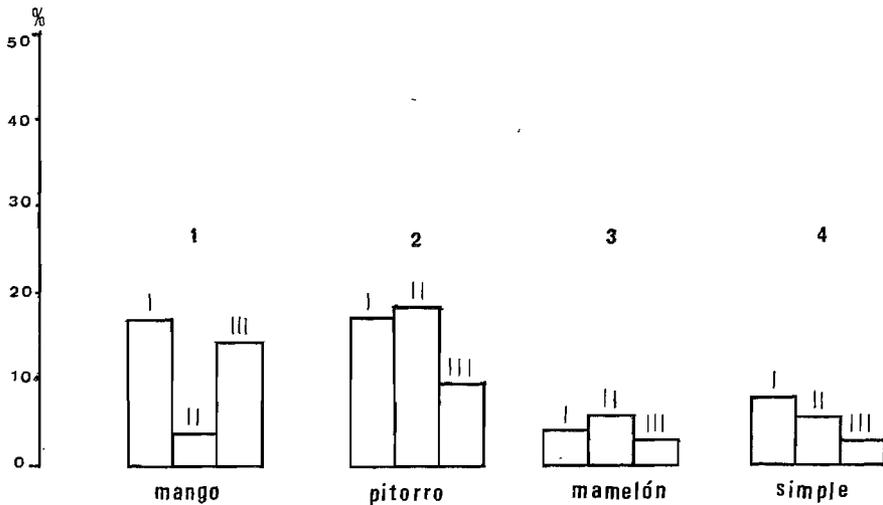


Fig. 67. Bloques representativos de la proporción en que se dan los más característicos tipos cerámicos en los tres niveles de la cueva número 2 del Barranco del Agua de Dios. (Tegueste)

b) *Cuevas sepulcrales.* Pueden ser unipersonales y colectivas. Las ofrendas cerámicas —entre otras ofrendas— van asociadas a un cadáver. Pero en los enterramientos colectivos se presentan mayores dificultades para relacionar las ofrendas con el número de enterramientos, ya que no todos los muertos las recibían. Además, cuando una parte de la cueva se destinaba a osario de enterramientos antiguos para dar cabida a nuevos enterramientos, el ajuar sufría las roturas y deterioros consecutivos a la remoción.

c) *Escondrijos.* El escondrijo forma siempre parte del complejo habitado, ya como anejo de una cueva emplazada en acantilado, barranco o “malpaís” de las tierras bajas o como complemento del refugio o abrigo en los campos de pastoreo de alta montaña.

En los escondrijos se dan dos circunstancias muy favorables: el buen estado de conservación de las piezas y la fácil determinación del número que compone un ajuar.

5. Ajuar cerámico

a) *Doméstico*. Por el lugar donde se encuentre y por el número de piezas, el ajuar puede ser colectivo o individual, siempre, claro está, que por la concurrencia de determinadas circunstancias pueda identificarse el conjunto. La cueva habitada facilita datos muy positivos para el ajuar colectivo, y el escondrijo para el individual, ya que el escondrijo, en muchos casos, contiene solamente el ajuar de una persona alejada temporalmente de su habitual centro de habitación por motivos del pastoreo.

Merced a afortunados descubrimientos, conocemos un ajuar pastoril de Montaña Rajada, en las proximidades del Teide, a 2.250 m. sobre el nivel del mar. Lo descubrimos hace algunos años. Se compone de tres vasijas: una de mango macizo (Grupo I, 2); otra, de asa-vertedero (Grupo II, 2), y una tercera, simple, de mayor tamaño (Grupo IV, 3), cuyas funciones como recipiente para almacenar agua ya nos son conocidas (fig. 68). Este ajuar se completaba con un molino de mano.

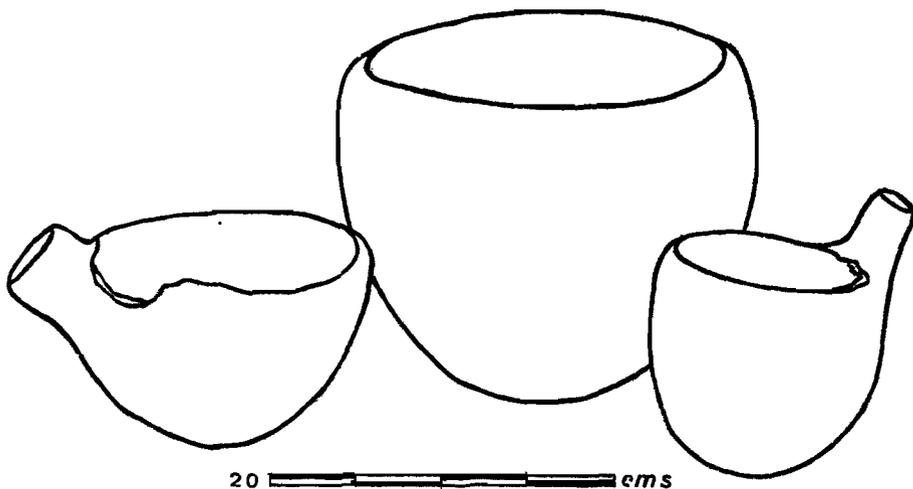


Fig. 68. Ajuar de pastor guanche. Montaña Rajada (Cañadas del Teide)

Otro ajuar, también de pastor, de Cañada Banca, estaba constituido por tres vasos, uno con mango (Grupo I, 3) y dos simples (Grupo IV, 1 y 2).

De las tierras bajas del sur conocemos un pequeño ajuar, acaso incompleto, de Las Galletas (San Miguel), compuesto por dos cuencos del Grupo IV, 1.

Finalmente, un bello ajuar hallado en un escondrijo próximo a cueva habitada en el Risco de los Guanches (Tacoronte). Estaba formado por cuatro piezas: un vaso de doble asa-vertedero del Grupo III, 2 (Lám. LXI, 4), dos hondillas de distinto tamaño, del Grupo VI, 1 (LXI, 1 y 3) y un cuenco de madera, tipo hondilla (LXI, 2, fig. 69).

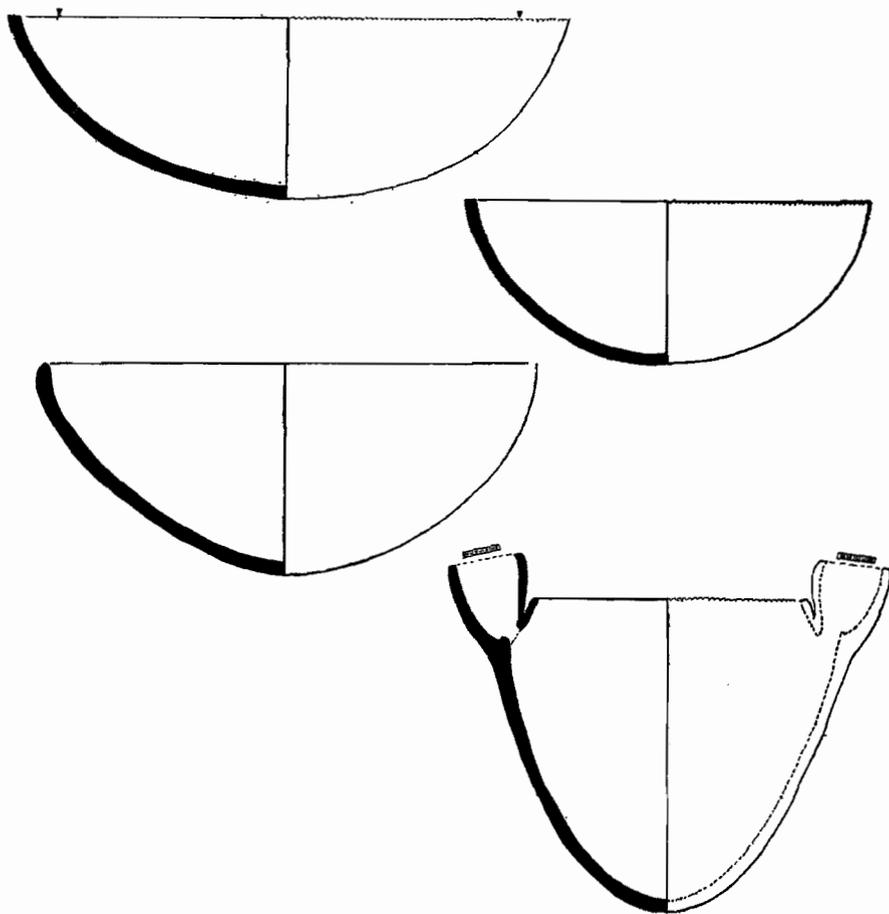


Fig. 69. Ajuar de pastor de costa. Risco de los Guanches (Tacoronte) (red. 1/4).

Este ajuar se completaba con un bastón de madera de brezo y cuatro clavos de forja empleados en la construcción naval, probablemente llegados a la costa con un tablón. Los clavos pueden datarnos este ajuar en fechas históricamente recientes, acaso coincidentes con la época de

las navegaciones medievales en torno a Canarias. El dato es de gran valor para ilustrar acerca de la persistencia de determinados tipos (37).

Vemos reflejando en estos ajuares lo que desde el punto de vista de la función se ha venido registrando repetidamente al estudiar cada uno de los grupos y tipos. Incluso confirman datos que atañen al predominio de unos tipos sobre otros.

En cuanto al número de piezas, aumentarían con relación al número de personas, sobre todo los cuencos y hondillas, pero no en la misma proporción las grandes vasijas: de uno a dos vasos o cuencos por individuo y de una a dos ollas y otras vasijas por grupo. Habría piezas para uso individual y otras para uso colectivo.

b) *Funerario*. No es probable que se depositara en la cueva más de un vaso como ofrenda individual. Tampoco hay preferencia por un tipo determinado, aunque sí por el tamaño de la pieza: siempre vasos de tamaño medio —con mango, asa-vertedero o simples—, e incluso pocillos.

El conjunto que se presenta en la fig. 70 procede de una cueva se-

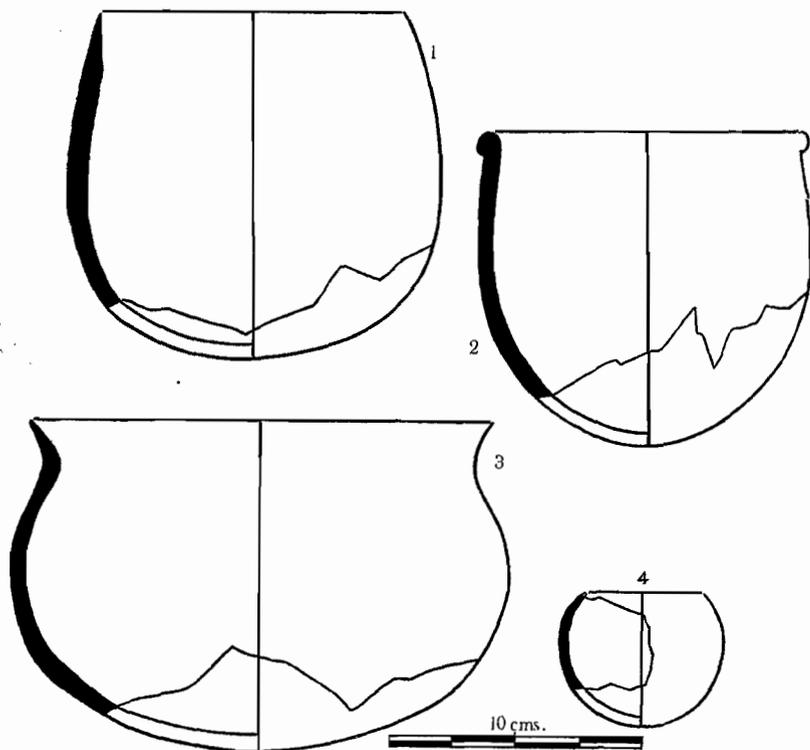


Fig. 70. Ajuar sepulcral. Tegueste

pulcral de Tegueste. Entre estos vasos, de tan variada e insólita tipología, encontramos uno de esos pocillos, por otro lado poco frecuentes en las ofrendas funerarias.

Volveremos a referirnos a este conjunto más adelante.

6. Cuencos de madera

Ya vimos el cuenco de madera entre el ajuar del Risco de los Guanches. En la gran necrópolis de Uchova, en San Miguel, se descubrió un fragmento de hondilla de madera (38). Recientemente, en el Barranco de Herques (Fasnia), ha aparecido otro fragmento, también del tipo hondilla.

Por las raras piezas enteras de que se dispone, parece que se trata de réplicas en madera de piezas cerámicas de tipo análogo.

Conocemos una pieza de pequeño tamaño hallada en El Río (Arico) (Lám. LXII, 2), del tipo que hemos visto en cerámica en el Grupo VI, 1.

Réplica al vaso cerámico semiesférico con mango del Grupo I, 3 se conoce una, de mucha calidad y finura, procedente de San Miguel, pieza excepcional por su belleza (Lám. LXII, 1).

En la misma lámina, núm. 3, un cuenco de talla basta. Su tipo es semejante a los cerámicos del Grupo IV. Esta pieza formaba parte, como las otras agrupadas en la misma lámina, de los antiguos fondos del Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife. Una etiqueta que la acompañaba, pero cuyo número no coincidía con el de la vasija, consignaba La Gomera como isla de procedencia. Ningún otro dato aclaraba la duda, por cuyo motivo, y dado el paralelismo tipológico entre esta vasija y las cerámicas de Tenerife, la adscribimos, con las salvedades consiguientes, a esta última isla. Por otro lado, la única vasija tallada en madera, de segura procedencia de la isla de La Gomera, se separa tipológicamente de la que nos ocupa. Dicha pieza tiene un asa o agarradero en forma de cola de pez, accesorio extraño en Tenerife. Además, la tradición gomera reflejada en la talla de recipientes, no recuerda ni técnica ni morfológicamente a la pieza citada.

Otras islas tallan también vasos y cuencos en madera, y de ello hablaremos en otro capítulo.

También han debido quedar recipientes labrados en piedra, ya que existe una tradición ciertamente importante a este respecto. En las cuevas habitadas por el aborigen es frecuente encontrar marmitas artificialmente excavadas en rocas fijas, concavidades en forma de hondilla que pueden contener hasta tres litros de agua. En algunos casos se aprovecharon para recoger el agua filtrada por el techo de la cueva o por las paredes. La misma técnica pudo aplicarse en piedras exentas.

38 Op. cit. en nota 18.

Así lo han hecho los campesinos de la isla. Incluso los pastores. Hemos encontrado piezas labradas en piedra dentro de los paraderos pastoriles de montaña y en los corrales de las casas rurales. Se han empleado como fregaderos, como jofainas y, sobre todo, como bebederos para los animales domésticos.

Es una industria muy tosca, y su misma tosquedad hace que sea difícil distinguir las que pudieron salir de manos aborígenes de aquellas otras modernamente labradas.

Lo que no se hizo nunca fue imitar en piedra formas cerámicas, aunque se encuentren recipientes más o menos redondeados.

XIII

TRANSICION Y TRADICION

1. Origen de las formas

Las formas típicas de las cerámicas de Tenerife tienen toda la traza de haberse inspirado en el ovoide. Los fondos más o menos cónicos, más o menos redondeados, se explican en función del perfil longitudinal de la supuesta forma originaria.

En virtud de ello, y según la posición que le diésemos a dicha forma generatriz o módulo geométrico, tendríamos dos grupos morfológicos: uno, se derivaría del ovoide estando éste con el vértice dirigido hacia abajo; el otro, en posición inversa.

Al primer grupo podrían adscribirse todos los vasos ovoideos, con o sin elementos accesorios, cuya curva de base se ciñera, sin demasiada variación o desviación, al contorno de la figura matriz. La mayor o menor abertura de la boca y la mayor o menor esbeltez del vaso, se correlacionan, respectivamente, con la mayor o menor longitud de las perpendiculares a la mediatriz y con la posición de los puntos donde dicho eje es cortado por las perpendiculares: éstas pueden ser tanto el diámetro de la circunferencia inscrita como las cuerdas trazadas por encima o por debajo del diámetro. Estas perpendiculares dan la boca del vaso, y, por consiguiente, marcan la sección del casquete.

De esa manera hemos hallado las cuatro variantes que caracterizan a las formas ovoides puras (fig. 71, A), y que hemos encontrado preferentemente en los Grupos I y II de nuestra clasificación. Su característica principal es la de estar inscritas en la figura originaria, salvo en el caso de acusada agudeza en el vértice de la base.

La segunda posición —el ovoide con el vértice hacia arriba— daría origen a formas más redondas, globulares e incluso piriformes. Las semiesféricas, concretamente, arrancan de esa posición. También las cazuelas, hondillas, platos, ollas, etc., que vienen a ser casquetes. En consecuencia, tendríamos dos grupos: el primero, como se vio, por las inscritas a la figura matriz, y el que acabamos de ver, por formas circunscritas (fig. 71, B), lo que se consigue prolongando las perpendiculares al eje, es decir, trazando secantes a la circunferencia del módulo geométrico.

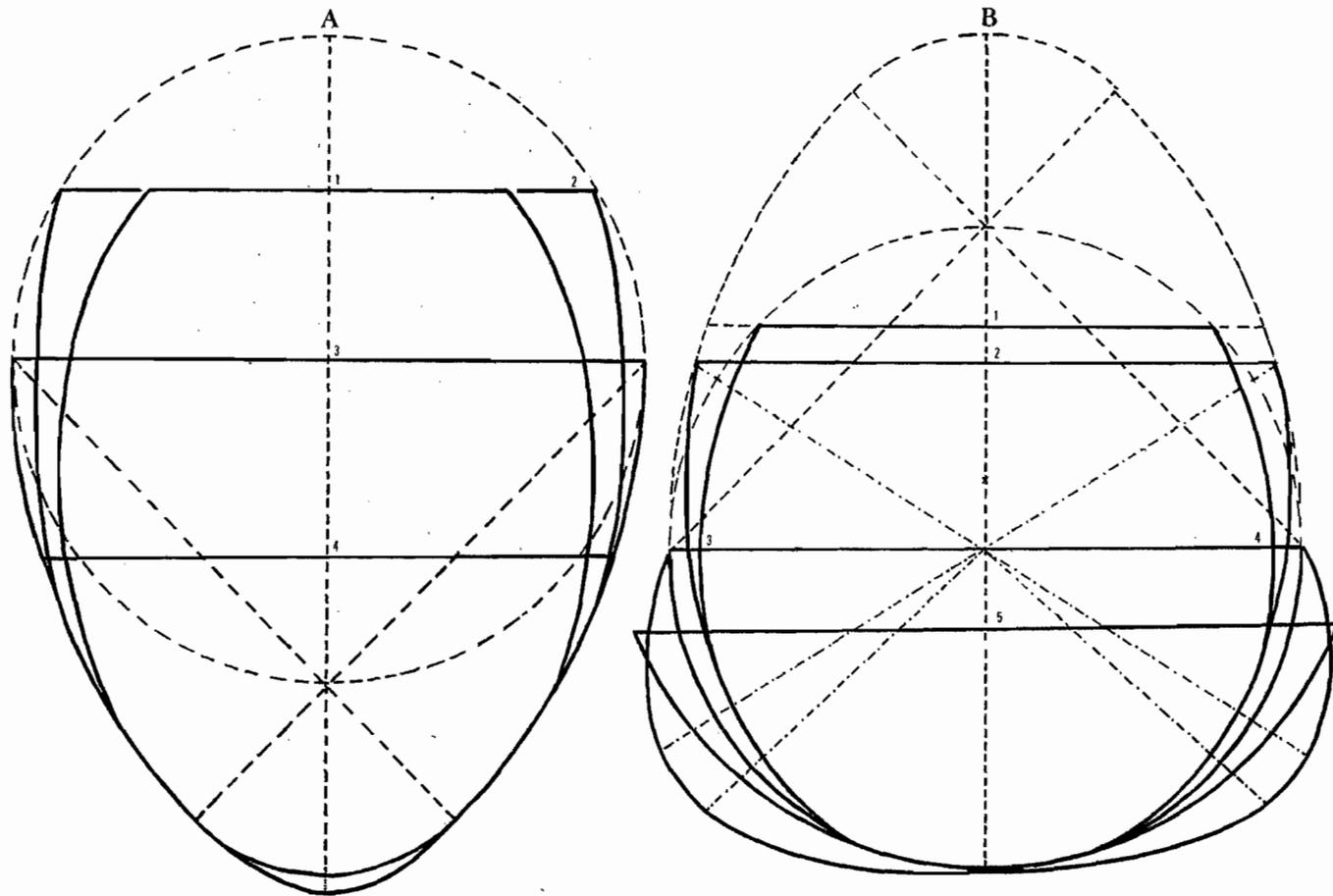


Fig. 71. Módulo geométrico de las formas cerámicas de Tenerife

Se ha reducido a cinco figuras básicas, equivalentes a otras tantas formas cerámicas, las que pueden derivarse de la segunda posición del ovoide. Hay casos en que, con el mismo diámetro de boca, pueden obtenerse formas distintas, una semiesférica, regular (71, B (3) y otra irregular (4): el cuenco semiesférico y la cazuela, respectivamente.

2. *Transición*

Con la irrupción de los españoles en la isla (finales del siglo XV) se produjo una profunda transformación en la industria cerámica. Pero también es posible que recaladas de navegantes medievales —¿y por qué no antes?—, con el abandono o entrega a los aborígenes de piezas cerámicas extrañas, diesen origen a un débil cambio de formas, aunque no de técnicas.

Posiblemente la forma más arcaica sería la ovoide. Es una forma que no se pierde del todo, sino que se conserva como una reliquia a lo largo de todo el proceso cerámico prehispánico. De vez en cuando se fabrica un ejemplar perfecto, acorde con las líneas de origen, pero el hecho no se prodiga. El lector lo ha podido comprobar en el capítulo dedicado al Grupo I, 1. Los ejemplares perfectos son escasos. Pero el tipo lo encontramos tanto en los niveles más profundos como en la capa superior de los estratos cerámicos, incluso en material de superficie así como formando parte del ajuar pastoril. Es un tipo que supervive hasta el momento de la conquista de la isla. Después, inexplicablemente, se abandona. No resistió a la presión del proceso industrial derivado de la Conquista y a la imposición de nuevos hábitos y formas de vida.

La rareza del tipo puro y el auge de una extensa gama de formas ovales, pueden servir para explicar un primer proceso de transición. Al mismo tiempo que los vasos pierden altura ensanchan la boca y abren más la curva del fondo. Es lo que expresa el gráfico de la fig. 71, B.

Ahora bien, esta etapa de transición —tanto por evolución interna como por influencias externas— queda marcada por muy significativos detalles tecnomorfológicos. En primer lugar, los bordes, que pasan de la ojiva, del plano, del biselado y del redondo (fig. 72, 1-4), a un bisel más acentuado, que se combina a veces con el remate superior curvo, y a una más acusada curvatura de la pared, que preludia el nacimiento del cuello o gollete (fig. 72, 5-8). Pero este hecho se producirá mucho más tarde, cuando la alfarería tradicional se decida a copiar formas importadas.

Detalles que revelan cambios técnicos y ensayo de formas nuevas pueden advertirse ya en el tipo piriforme, el oval con borde redondo vuelto, externo, y la cazuela con borde en cuello de cisne, novedad muy llamativa en la cerámica de la isla (fig. 70, 1, 2 y 3). Dichas piezas proceden de una cueva sepulcral de Tegueste. El yacimiento está fechado entre los siglos XI y XII d. de C.

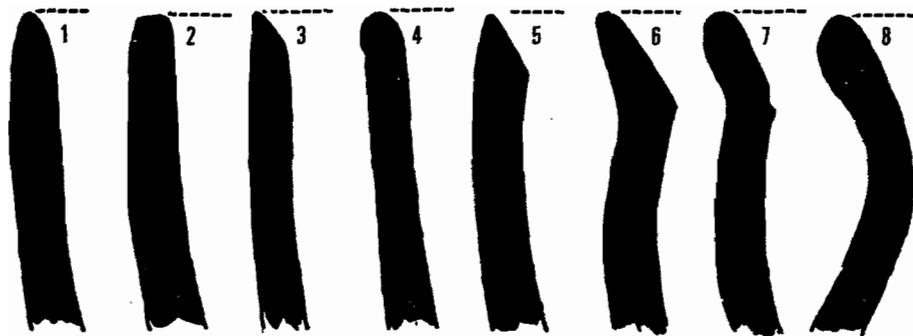


Fig. 72. Variedad de perfiles cerámicos de Tenerife

Aunque el tipo piriforme ya había sido señalado dentro de las formas antiguas, el ejemplar de la fig. 73, Lám. LXIII, 2 —propiedad de Don Adalberto Benítez—, constituye una pieza extraordinaria no sólo por su tamaño, sino por su acusada forma, que la obtiene a expensas de una reducción del diámetro de la boca y un abultamiento de la panza hacia su tercio inferior. Es una vasija de color entre ocre y ladrillo pálido, lo

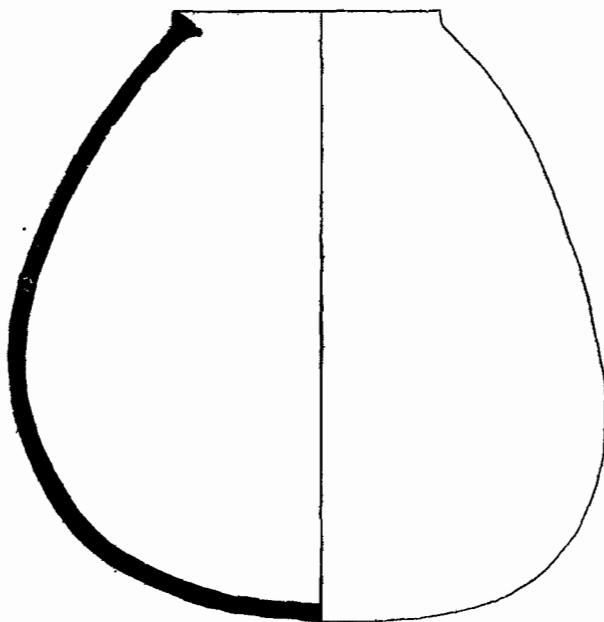


Fig. 73. Gran vasija piriforme, procedente del sur de Tenerife, sin loc. (red. 1/4)

cubre una débil capa de almagre mal alisado y se modeló por el añadido de porciones de barro. Marcadamente asimétrica.

Aparte de la forma, llama la atención el bisel del borde, que al ser aplastado, ha dejado dos rebordes, externo e interno, lo que da origen a un cordón en torno a la boca. Sirvió, sin duda, para almacenar agua. Procede del sur de la isla, pero no se ha podido determinar la zona ni, por consiguiente, la localidad ni el yacimiento. Se asemeja, en coloración, al gran vaso de fondo cónico y con pico de Las Cardoneras (Güímar), aunque éste es todavía de factura más tosca.

La vasija que nos ocupa es ya una forma evolucionada, pues aparte de las novedades técnicas advertidas, la función de almacenar agua se adscribió antes a vasijas de tipo oval, como ya se vio al hablar del Grupo IV.

Acaso dentro de la misma etapa de transición esté la hondilla o lebrillo de la Lám. LXIV, 4, fig. 74. Es hallazgo antiguo y procede de Los Frailes

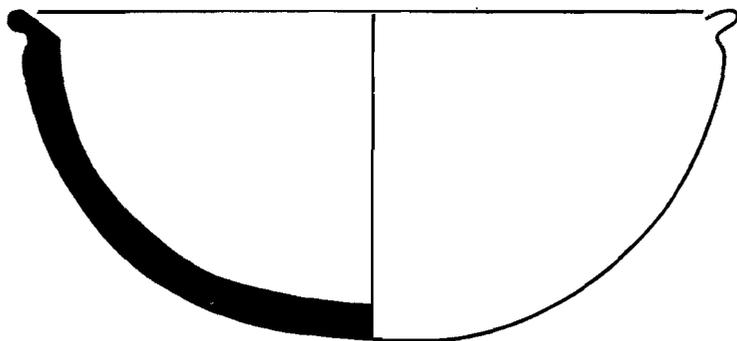


Fig. 74. Hondilla. Tipo de transición. Los Frailes (Puerto de la Cruz) (red. 1/3)

(Puerto de la Cruz). Está toscamente espatulado y es de color gris. Bisel ancho en el borde, que se vuelve hacia fuera para dejar un ancho surco en todo el contorno del vaso. Dicho surco quedaría marcado por deslizamiento de un dedo. Dentro de la misma línea topológica —si bien con un breve pezón— e incluso con el mismo color está la hondilla de Higuera de Indias (Adeje). También ésta está surcada por huellas digitales.

Así como el mango macizo, característica del Grupo I, se asocia a formas puras y a tipos persistentes, y desaparece cuando la función puede ser realizada por piezas que lo sustituyan con ventaja, el asa-vertedero, por el contrario, se sostiene en formas evolucionadas, si bien con algunas innovaciones técnicas. El ejemplar de la Lám. LXIII, 1, de Araya (Candelaria), tiene el borde redondo y dos acanaladuras paralelas al mismo. El asa-vertedero presenta una inserción oblicua, y sus bordes son también redondos y lisos (fig. 75). La factura es tosca, el color ocre

y las paredes tienen un grosor superior al normal en vasos del Grupo II, de cuyos tipos se deriva.

Es lo mismo que se advierte en las piezas procedentes de Las Toscas, de Valle de Guerra (La Laguna). Se trata de un vaso globular provisto de asa-vertedero y de una hondilla (Lám. LXIV, 2 y 3). Las hemos considerado, desde que tuvimos la fortuna de recuperarlas, verdaderas piezas de transición.

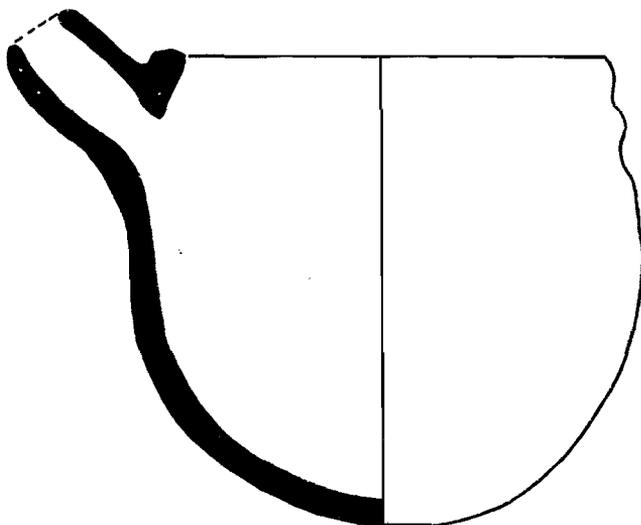


Fig. 75. Tipo de transición. Vaso con pitorro, de Araya (Candelaria) (red. 1/2)

Veamos la primera. Su tendencia a la esfericidad rompe la tradición oval, que caracteriza al grupo. Llama la atención la posición del asa-vertedero; que se inserta perpendicularmente a la pared, y la trayectoria de su conducto, que ha perdido la característica de embudo para inclinarse hacia el pitorro (fig. 76, 1). El borde es decididamente biselado, y tiene gruesas las paredes y el fondo. Su modelado es tosco, con la técnica de añadido de porciones de barro, detalle que también se advierte en la superficie de la otra pieza. Ambas son de color ladrillo claro, con visible capa de almagre.

En la fig. 76, 2, vemos también el grosor de las paredes, que excede a la media normal en tipos antiguos. También es de notar el marcado bisel, con una suave concavidad, y que recuerda el borde que se perfila en la fig. 72, 6.

Se trata de un ajuar procedente de una covacha de habitación. Aparecieron junto a otros elementos que se pueden incluir dentro de los primeros tiempos de la colonización. Es decir, se trata de piezas fabricadas por manos que acusan el impacto de la aculturación.

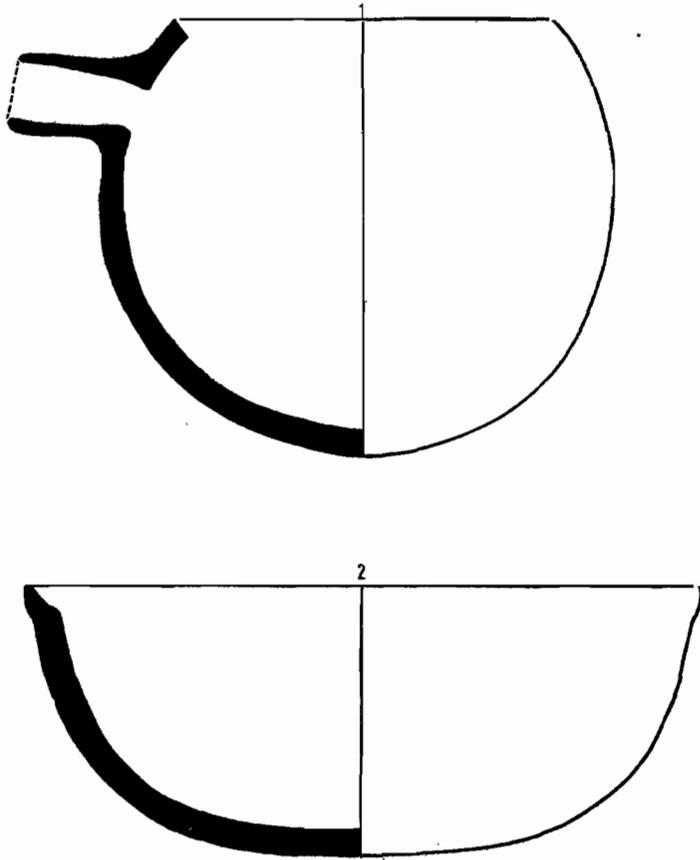


Fig. 76. Tipos de transición. 1, vaso globular, con pitorro; 2, hondilla. Ajuar de las Toscas, Valle de Guerra (La Laguna) (red. 1/3)

El yacimiento revela la persistencia de viejas formas de vida —habitación, alimentación, hogares, etc.—, pero se advierte el olvido, por desuso, de utensilios antes indispensables, como las “tabonas”, que no se hallaron en superficie, pero sí en el fondo del estrato, junto a fragmentos cerámicos antiguos.

Las técnicas alfareras, como industria y arte domésticos, se van perdiendo. Manos más escasas y menos hábiles introducen trabajosamente no sólo esos cambios formales, sino también novedades en el tratamiento de los materiales y en determinados detalles técnicos, como son la pérdida del mango, la evolución del mamelón, la curva cada vez más abierta del fondo, etc. Sin embargo, la función de cada pieza sería la concordante con el tipo respectivo, tal como la cumplían antiguamente.

El ajuar de Las Toscas, por ejemplo, está dentro de la línea del ajuar individual. La falta del recipiente para almacenar agua no significa que no existiera, sino que no llegó a nosotros. Se trata, pues, de un ajuar incompleto, pero los dos tipos de vasos están todavía dentro de la gran tradición aborigen, tanto en formas como en función.

Resumiendo lo dicho, se pueden sentar las siguientes conclusiones:

Por evolución interna primero y por influencias externas después, la cerámica guanche acusa unas señales de evolución, aunque débiles, patentes en determinadas modificaciones de forma y, sobre todo, de técnica. Morfológicamente se debilitan las formas ovoides para dar paso a las ovales y redondas, aunque algunos tipos, como lebrillos y hondillas, se sostengan con mucha persistencia.

Los elementos accesorios se transforman o desaparecen. Así, desaparece el mango vertical macizo, y se transforman en agarraderos y lengüetas los mamelones. Después de una corta etapa de supervivencia, ya dentro de la colonización, el asa-vertedero y su variedad de pitorro también desaparecen.

Técnicamente, la cerámica pierde calidad: aumenta el grosor de las paredes y el modelado es más tosco, aunque se sigue empleando el engobe de almagre y el uso de degreasantes minerales, si bien más gruesos.

Los bordes tienden primero al biselado y después a la media caña, pero desaparece radicalmente la decoración del plano superior de los mismos: son de bordes lisos.

Todos estos cambios e innovaciones preparan el camino a la alfarería tradicional de Tenerife.

3. Consideraciones etnológicas

No es la primera vez que el autor se ha ocupado de la cerámica como elemento altamente informador acerca de unas formas de vida (39), sino del radical cambio de las estructuras socioeconómicas que se operó en aquella sociedad primitiva como consecuencia de la conquista de la isla (40).

La industria alfarera quedaría afectada de un modo directo por las siguientes causas:

Destinadas las tierras mejores al cultivo y al acomodo del ganado mayor introducido por los primeros colonizadores, las áreas pastoriles se redujeron notablemente. Quedaron abiertos al pastoreo la faja costera, acantilada, los barrancos y las extensas zonas de montaña, Las Cañadas del Teide incluídas.

Aumento del sedentarismo y limitación de la trashumancia.

Cambios en el ajuar doméstico, con posible aumento del colectivo sobre el individual.

39 *La cerámica de Tenerife...*, ver nota 16.

40 *Los Guanches*, cap. XV, pág. 213.

Mayor número de ollas y de recipientes para agua al aumentar la población estable y reducción del ajuar pastoril.

Abandono de determinados tipos cerámicos por no acomodarse a las nuevas exigencias. Los primeros que desaparecen son los vasos ovoideos provistos de mango macizo.

El proceso de aculturación actúa sobre la industria alfarera de dos modos: por la importación de tipos nuevos y por la incorporación de alfareros peninsulares al cuadro artesanal de la isla. Así fueron desplazadas, aunque de un modo lento, piezas que no podían competir no sólo en lo funcional sino en la facilidad de adquisición, consecuencia de la actividad de los nuevos alfares.

Decae la industria doméstica, y las escasas manos ocupadas en ella van perdiendo habilidad, con la consiguiente pérdida de calidad técnica. Un proceso parecido al que, al cabo de los siglos, ha de sufrir la alfarería tradicional en Tenerife: focos supervivientes, con varias alfareras, van desapareciendo a medida que desaparecen las viejas artesanías.

Cambios técnicos profundos comienzan a manifestarse, pero al mismo tiempo que se copian formas nuevas, se repiten, con rara fidelidad, modelos antiguos, muy arraigados.

La incorporación a la vida tan llena de novedades en todos los órdenes, repercutió en los bienes culturales aborígenes. La introducción de instrumentos y utensilios metálicos produjo el rápido abandono de la industria de la piedra. Las "tabonas" dejan de utilizarse, y, por consiguiente, de fabricarse.

El menaje de cocina sufre una radical transformación. La artesanía alfarera, puesta en marcha, surte de piezas a la naciente población de colonos, pero es de suponer que también a la indígena. La dieta alimenticia prehistórica se enriquece con las hortalizas, las frutas y la carne del ganado bovino. Se acusa un predominio del cocido sobre el asado. La preparación de los alimentos requiere nuevos utensilios. Esto explicaría la presencia de fragmentos de cerámica de importación y de nuevos tipos fabricados en la isla, que se encuentran en algunos niveles arqueológicos. El tipo que mejor sostiene la agresión de las nuevas formas es la hondilla. La habitación sigue siendo la cueva, en ella se siguen encendiendo los hogares y allí está la cocina, que es donde se rompe la cerámica.

4. Paso a la nueva alfarería

El proceso de transformación por un lado y de adaptación por otro, desembocó en cambios técnicos y morfológicos que ya se venían anunciando en la fase de transición. Esto daría origen a una alfarería tradicional que, trabajosamente, llega hasta nuestros días.

La cerámica a mano, con engobe de almagre, crea tradición, y en su aspecto tanto factorial como técnico se advierten claras superviven-

cias antiguas. En el Cap. II se habló de este tema. Para explicar el trabajo alfarero aborigen hubimos de apoyarnos en la práctica de la alfarería tradicional.

Hace años iniciamos un trabajo sobre supervivencias primitivas en dicha alfarería. De un modo muy sumario nos vamos a referir ahora a ello, ya que debido a su extensión rebasa los límites del presente trabajo.

En la investigación llevada a tal fin, descubrimos, entre otros menores, los siguientes importantes centros alfareros: San Andrés, Candalaria, San Miguel, Arguayo, Icod de los Vinos y La Victoria de Acentejo. Casi todos habían desaparecido, excepto el último, que se mantenía con una relativa vitalidad. Hoy está en fase de extinción. Ha sido, en Tenerife, el último centro donde se podía contemplar el interesante proceso de fabricación de la cerámica al almagre hecha a mano. (Véase la localización de estos centros en el mapa de la fig. 65).

Con la colonización se introdujo el horno de alfarero, pero la cerámica salida del mismo es de inferior calidad a la antigua y su cocción más defectuosa. Se van olvidando las correctas ligas de arcillas y de grasantes, que dan origen a piezas de paredes gruesas, pero poco consistentes. Ya no es posible encontrar vasos característicos de los Grupos I y II, sonoros a la percusión por la delgadez de sus paredes y su perfecta cocción. El "ollero" o alfarero nuevo ignora, por otro lado, la calidad de los materiales que emplea.

La nueva etapa de la artesanía alfarera tiende a conservar los fondos redondos, pero introduce los planos. Al mismo tiempo que se mantiene fiel a determinados tipos de raíz primitiva introduce otros nuevos. Veámoslo gráficamente:

La Lám. LXV, 1, presenta un conjunto de piezas tradicionales salidas de un alfar de La Victoria de Acentejo. En primer término se destaca un "tostador" para cereales destinados a obtener gofio (1); un recipiente para agua (2); un bernegal para recoger el agua que, gota a gota, cae de la "piedra de destilar" (3) (41); la pieza número 4 es extraña a la alfarería tradicional de Tenerife.

En la misma lámina, 2, tenemos un conjunto producido en el centro alfarero de Arguayo. Dos ollas con un corto cuello marcado por la graciosa vuelta del borde (2 y 3), ambas de fondo redondo; un "tostador" de gran tamaño (4) y un lebrillo (1). Esta pieza está dentro de la línea tipológica de las hondillas, ya estudiadas.

En la Lám. LXVI se puede advertir la evolución de algunas piezas a partir de formas antiguas: (1) "talla" o bernegal de La Victoria; pieza semejante, pero fabricada en San Miguel (2); otras de Arguayo (4 y 5), de línea más arcaica. Compárense estas formas con los tipos agrupados en la fig. 77, 1 y 2, y con los recipientes para agua (3 y 4) de la misma figura. Todas ellas proceden también de Arguayo.

41 El bernegal y la destiladora pasan de Canarias a las Antillas y a algunos países de la América hispánica (Venezuela, p. e.)

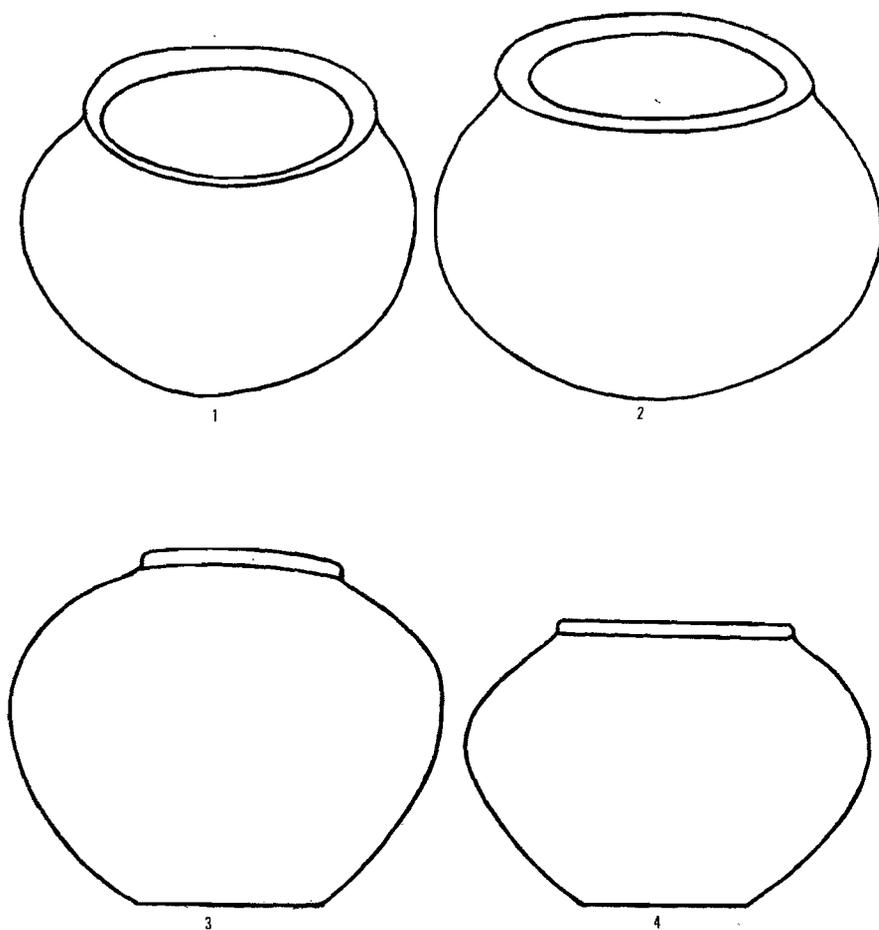


Fig. 77. Alfarería tradicional. Bernegales; Arguayo (Santiago del Teide)

Las tres series que se recogen en la fig. 78 son asimismo de Arguayo: vasijas y ollas para usos diversos —una de ellas, Lám. LXV, 2 (3) se utilizaba para guardar sal—. La primera serie, bernegales y tallas de distinto tamaño para el agua; la número 2, cazuelas simples; la número 3, cazuelas provistas de agarraderos, por lo común planos (para detalles de perfil, plano frontal de los agarraderos, características del borde, contorno de la pieza, curva basal y calidad del alisado de superficie, ver Lám. LXII). Esta pieza se descubrió en un escondrijo de lavas en Puerto de Santiago (Santiago del Teide), a cuyo término pertenece Arguayo. La podemos considerar como heredera directa de las vasijas guanches provistas de mamelones, estudiadas en el Grupo V.

Hay ejemplares en que la herencia es todavía más patente. En la Lám. LXVI, 3, el primitivo mamelón de pared se robustece notablemente hasta convertirse en un mango corto. Consideramos a esta pieza como una de las más arcaizantes producidas por la alfarería tradicional de Tenerife. Se fabricó en los hoy desaparecidos alfares de San Miguel, y admite una comparación con la pieza primitiva de la Lám. XLVIII, 1. Hace unos doce años, investigando en aquel viejo centro alfarero, hubo necesidad, para estudiar y fotografiar las piezas allí producidas, de recurrir a ejemplares ya en desuso, generalmente deteriorados o destinados a función distinta para la que fueron hechos. Este extraordinario ejemplar servía de maceta.

De Las Galletas, y por consiguiente fabricada en San Miguel, a cuyo término pertenece dicha localidad, procede el ejemplar de la fig. 79, con agarraderos en forma de mamelones prolongados, paredes gruesas y borde biselado. De la misma localidad procede la pieza de la Lám. LXIV, 1.

Vasija que formó parte de las colecciones del Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife, que se clasificó como guanche, es decir, prehis-

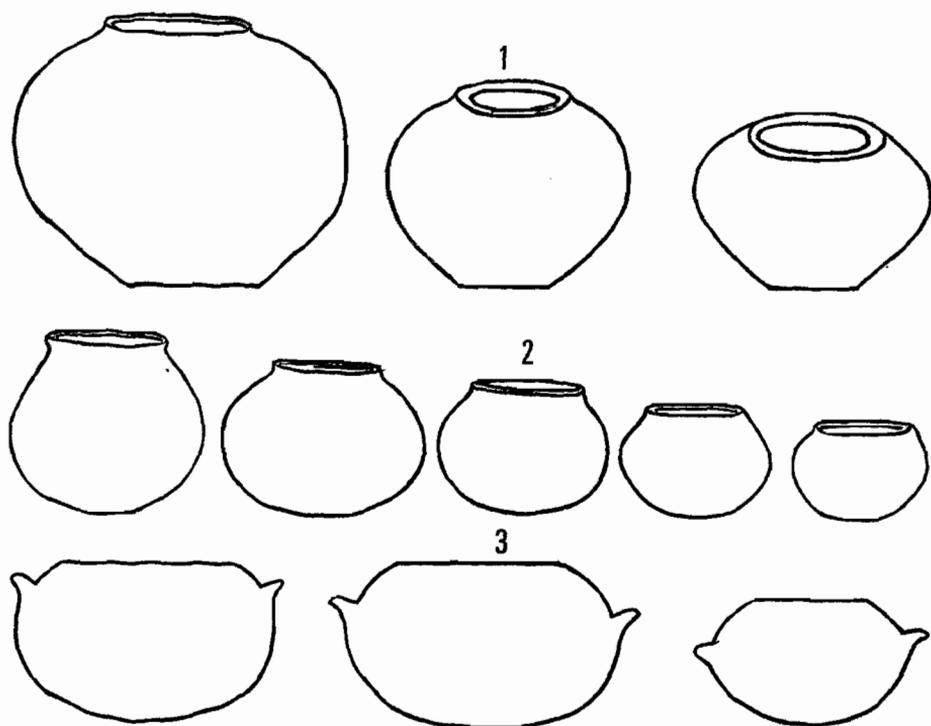


Fig. 78. Alfarería tradicional. Bernegales y ollas simples y con agarraderos, de Arguayo (Santiago del Teide)

pánica, y que como tal fue publicada en varias ocasiones (42), es la que ahora publicamos de perfil y de frente en la Lám. LXVIII. Se localizó en Fetapodón —lugar que no hemos podido situar—, en la zona de Güímar. La halló el Dr. Bethencourt Alfonso, quien, al darla por guanche, hace suponer que la encontró en una cueva. El dato es interesante —aunque ello suponga desconocimiento de la alfarería tradicional—, porque en escondrijos y covachas han sido también halladas las piezas, ya citadas, de Las Galletas y de la Playa de Santiago.

Teniendo en cuenta las tendencias y estilos cerámicos prehispánicos, el examen que se acaba de hacer de los conjuntos y piezas aisladas de alfarería tradicional tinerfeña, nos lleva a formular algunas consideraciones que estimamos de interés. La primera y más importante, que los centros alfareros del sur —Candelaria, San Miguel— con el de Arguayo, en el oeste, son más arcaizantes que los del norte, representados por el centro de La Victoria de Acentejo.

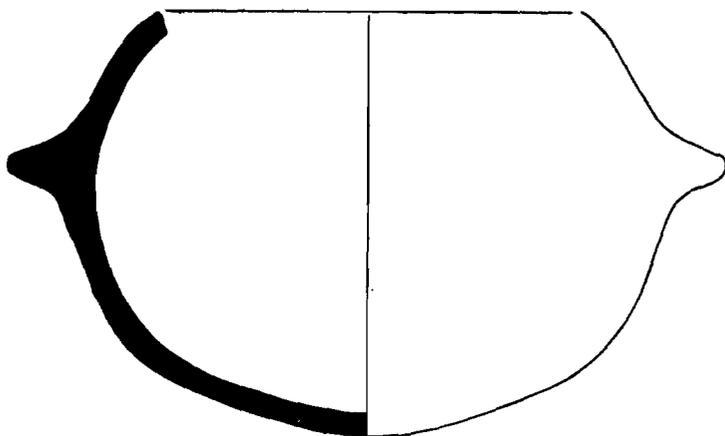


Fig. 79. Alfarería tradicional. Vasija con mamelones robustos. San Miguel (red. 1/3)

Con respecto a las formas, las que se mantienen dentro de la herencia guanche son las simples, globulares, de fondo redondo, las hondillas y lebrillos y las que conservan los mamelones más o menos modificados y evolucionados.

Si no en cuanto a la forma sí por lo que se refiere a la función, el bernegal recuerda las grandes vasijas guanches para agua. El agua destilada gota a gota de las paredes y techos de las cuevas, también la recogía el aborigen en marmitas excavadas artificialmente en la roca y probablemente en recipientes de barro.

42 Hooton, que la toma de Abercromby, la publica como guanche en el núm. 10, lám. 7, de su citada obra.

Entre los aborígenes debió haberse empleado un tostador para grano, una pieza más bien pequeña, de gran diámetro de boca en relación con la altura —muy semejante a la del número 1 de la Lám. LXV, 2—. El gran tostador que ha llegado hasta nosotros revela una economía más desarrollada, consecutiva a una producción cerealista de mayor volumen.

Las formas medianas o pequeñas se abandonan. Las producidas, como jarros para beber agua, escudillas, etc., son simples copias, nunca perfectas, de formas forasteras.

Influencias extrañas son, precisamente, las que van penetrando en los alfares tinerfeños influyendo sobre la obra producida. Así el pequeño jarro de base plana, con tipo de ampolla, que lo mismo pudo servir para contener líquidos que para poner flores (fig. 80).

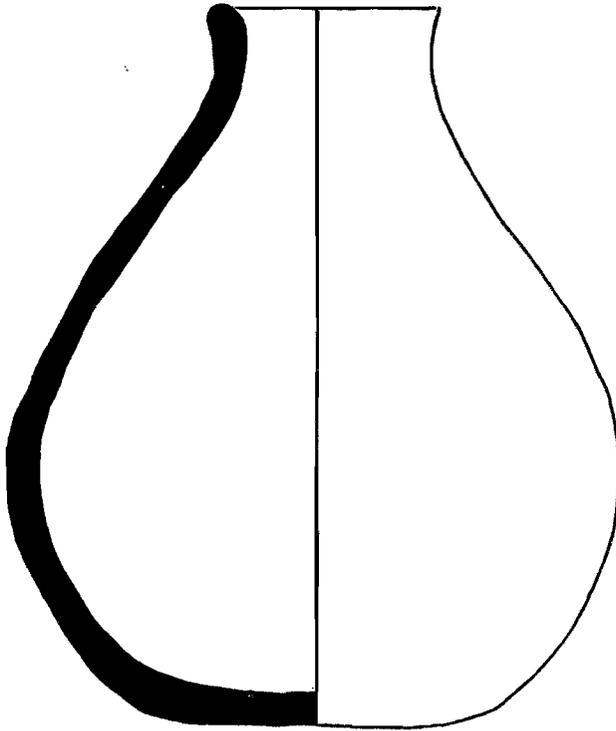


Fig. 80. Alfarería tradicional. Forma imitada. Araya (Candelaria) (red. 1/2)

También de Candelaria saldría la pieza de la fig. 81, de base plana y color vivo de almagra. Tiene tres mamelones puramente ornamentales, en disposición triangular, próximos a la boca y en la línea donde se inicia la pronunciada curva de la panza. Tiene rota la parte de la boca.

La descubrió el autor en un escondrijo de la Fuente de Joco. El lugar está situado en el camino, muy frecuentado por gentes procedentes de Candelaria y Arafo, que por allí alcanzan la montaña. Es pieza que recuerda obras salidas de alfares de la isla de Gran Canaria, en las que pudo inspirarse la alfarera de Candelaria.

La jarra de la fig. 82, fabricada en Icod de los Vinos, imita claramente formas peninsulares.

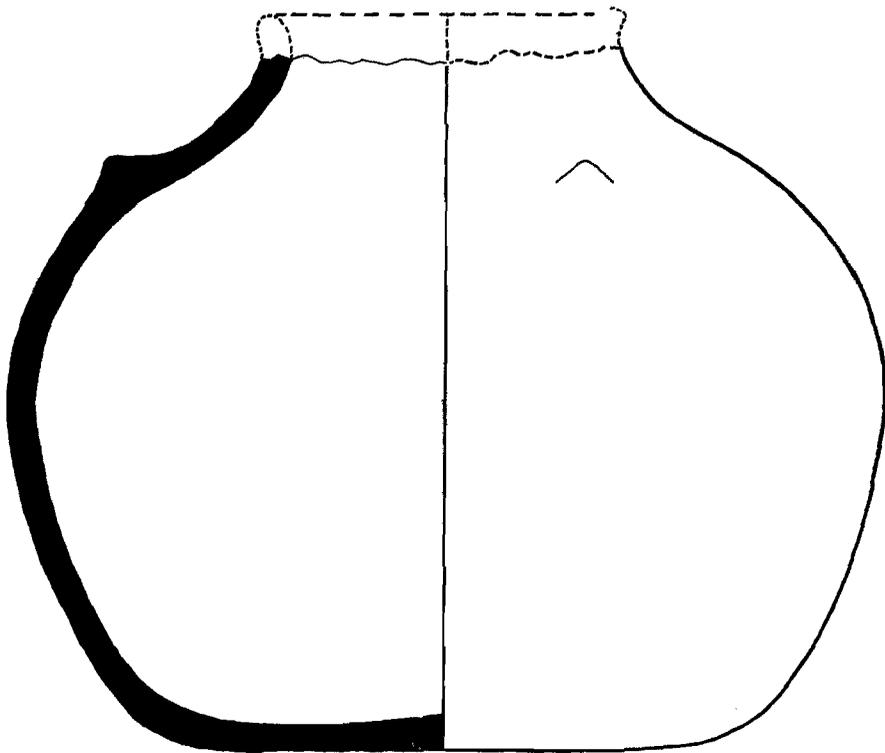


Fig. 81. Alfarería tradicional. Forma imitada. Fuente de Joco (Arafo) (red. 1/2)

Formas imitadas son también la escupidera de la fig. 83, 2, y la sartén, 3, de Arguayo.

El número 1 de la misma figura es una extraordinaria pieza con un tema decorativo formado por un hondo surco digital, muy repasado al alisarlo; es una línea que rodea todo el vaso. Los meandros están ocupados por óvalos de desigual tamaño y distinta posición. Es ejemplar único, sin antecedentes en la alfarería tradicional, ya que el tema común estaba constituido por tres arcos en surco, repetidos tres o cuatro veces en la pared del bernegal (Lám. LXVI, 1). Si a este tema le fuésemos a buscar antecedentes dentro de Canarias, los encontraríamos en la cerá-

mica, prehispanica de la isla de La Palma, donde abundan mucho los semicirculos concéntricos modelados, rayados e incisos.

Sin embargo, la tradición de tallar vasijas en madera para usos domésticos o de cocina, se abandona en Tenerife. Pero otras islas la conservan, sobre todo La Gomera y El Hierro, que tienen una gran afinidad técnica con la industria cerámica de Tenerife. Por citar sólo un caso de paralelismo formal, damos en la fig. 84 un vaso con mango tallado en sabina (*Juniperus phoenicea*, L.), descubierto por nosotros entre el ajuar de un pastor moderno de La Dehesa (El Hierro) (43).

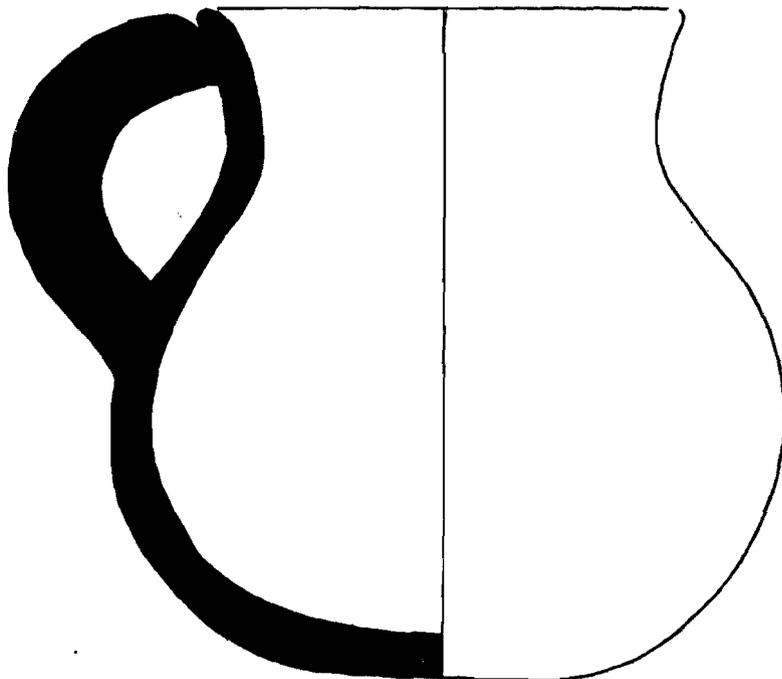


Fig. 82. Jarra. Forma imitada. Icod de los Vinos (red. 1/2)

El autor sólo ha querido aportar algunos ejemplos acerca de la producción alfarera de Tenerife. No ha pretendido otra cosa que descubrir una dependencia formal y técnica entre dicha alfarería y la cerámica guanche. La experiencia recogida durante su trabajo en los centros alfareros supervivientes o agonizantes, fue ciertamente dolorosa. En Arguayo pudo visitar a la última alfarera y hablar con ella. Hacía años que no trabajaba. Estaba vencida por la vejez y el cansancio. Ella no sabía

43 DIEGO CUSCOY, Luis. *Una cueva de pastores en La Dehesa (Isla de El Hierro)*, "El Museo Canario", núms. 73-74. Homenaje a Simón Benítez Padilla, I. Las Palmas de Gran Canaria, 1960, págs. 170-176, fig. 5, 1.

que en sus manos desembocó todo un tesoro de formas y técnicas con raíz en culturas prehistóricas. Arguayo ha sido una inapreciable reliquia que se ha dejado arruinar y perder. La vieja alfarera murió sin dejar herederos. Las obras salidas de sus manos son hoy piezas de museo.

En el Museo Arqueológico de Tenerife (MAT): figs. 75, 76, 1, 2; 80; 81, 82 y 84.
Museo del Instituto de Estudios Hispánicos (Puerto de la Cruz) (MIH): figs. 74 y 75.
Colecciones particulares (CP): figs. 77, 78, 79, 83.

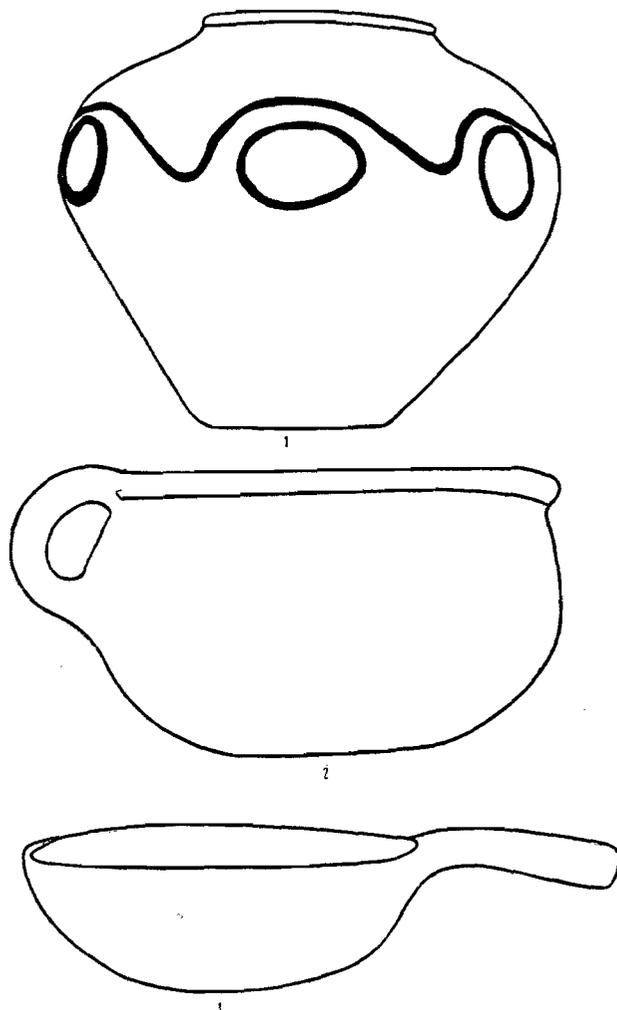


Fig. 83 Alfarería tradicional. 1, Bernegal, 2, escupidera; 3, sartén. Arguayo (Santiago del Teide)

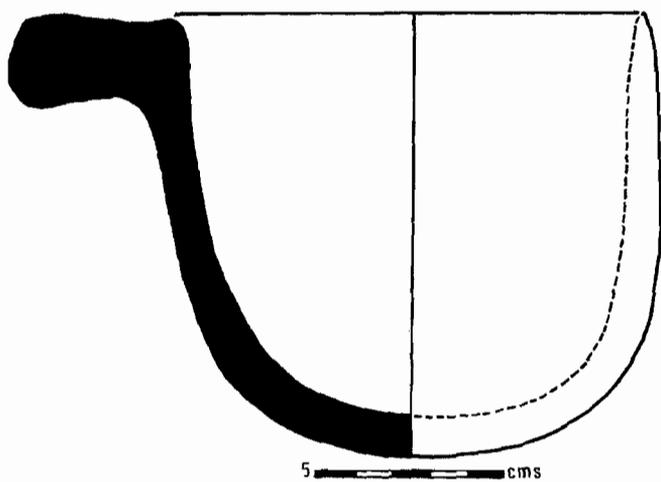


Fig. 84. Vaso con mango, tallado en madera de sabina. La Dehesa (Isla de El Hierro) (red. 1/2)

XIV

CUESTIONES DE ORIGENES Y CRONOLOGIA

Desde Berthelot hasta Abercromby se ha venido repitiendo, a veces generalizando peligrosamente, que la cerámica canaria es neolítica. Berthelot fue el primero que puso en circulación, creemos que con bastante tino para su época, el concepto de neolítico aplicado a Canarias. Pero no se olvide que Berthelot entró en la arqueología de las islas a través de Tenerife, cuya prehistoria estudió en todos sus aspectos.

Después comenzó a difundirse lo de mediterráneo en relación con las culturas aborígenes de las islas. Este concepto arranca del análisis de los conjuntos cerámicos isleños, aunque en el mismo entrasen en juego otros elementos. Todavía no se habían advertido las profundas diferencias existentes entre los distintos tipos de cerámicas isleñas ni se había adscrito para cada isla un tipo particular de cerámica. Por consiguiente todavía no se había planteado la cuestión del ámbito o de los ámbitos geográficos de procedencia, aunque Africa se citaba ya tímidamente.

Wölfel (45), al referirse al estudio llevado a cabo por Abercromby, dice que éste quiso explicar las formas cerámicas “partiendo de una evolución interna, pero no vio que allí se manifestaban sedimentos de corrientes culturales de muy distintas épocas que clara e inequívocamente están relacionadas con los comienzos de la alta cultura de Egipto y Creta, y en mayor grado del Mediterráneo y su contorno”.

Después de los conceptos neolítico y mediterráneo, expresados, pero no definidos, el concepto africano venía a servir de nuevo punto de apoyo. Canarias está demasiado cerca de Africa como para no tener en cuenta el factor geográfico al considerar los rasgos de sus culturas primitivas. Pero en aquella primera fase todavía era escasa la documentación arqueológica que las islas podían aportar para todo intento comparativo, y en la fase actual, no son muy precisos los apoyos africanos que puedan servir para el mismo fin.

Serra Ráfols ha expresado esta falta de precisión: considera que hasta ahora no han sido suficientes los esfuerzos llevados a cabo por la arqueología, la lingüística y la antropología para esclarecer las rela-

45. WÖLFEL, D. J.—Leonardo Torriani, *Die Kanarischen Isen und ihre Urbewohner*, Leipzig, 1940.

ciones Mediterráneo-Africa-Canarias, y postula por una o varias entidades que no ofrezcan dudas (46).

Todavía está sin completar el mapa euroafricano del neolítico, y en cuanto al mundo neolítico norteafricano quedan por puntualizar muchas cuestiones, tanto tipológicas como cronológicas y de difusión. Tarradell ha señalado que una civilización general representó "al primer neolítico de las costas mediterráneas de Occidente, tanto por el lado africano como por el lado europeo". Considera la formación de "provincias" culturales, que expresan matices del gran conjunto, y que no es posible limitarse al territorio africano si se quiere tener una visión completa del problema. "Conviene no perder nunca de vista que entre las distintas provincias de este gran mundo cultural, hay que ir con suma cautela a la hora de buscar los orígenes e influencias mutuas y de establecer las clásicas —a menudo tan falsas— flechas sobre el mapa. Porque con mayor frecuencia de lo que a primera vista pudiéramos sospechar, resulta que las máximas similitudes las hallamos a veces entre regiones de difícil comunicación aparente, mientras que las vecinas no son precisamente las que dan los paralelos inmediatos" (47).

En otro lugar, y ahora con relación a los grabados rupestres canarios, el mismo autor estima que tanto podían haber llegado por vía marítima del Mediterráneo, como haber llegado con la primera oleada pobladora, de origen africano (48).

Ultimamente, Africa ha sido tema de consideración con relación a la prehistoria Canaria, pero sin dejar en olvido al Mediterráneo. Serra Ráfols cita el megalitismo de Fuerteventura y Gran Canaria, los grabados rupestres, los vasos troncocónicos de Gran Canaria, etc., que llevan a pensar en el Mediterráneo. Pero al mismo tiempo valora la presencia en las islas de las pintaderas, de las cuentas de collar en barro cocido, las inscripciones líbico-bereberes, el *banot* de Tenerife, etc. Concluye que la arqueología africana es todavía joven, y que la conocemos poco: por consiguiente, no sería extraño que encontrásemos relaciones más numerosas y sobre todo más seguras (49).

Matizando aún más la cuestión, se ha incorporado el concepto sahariano respecto a determinadas influencias culturales advertidas con relación a las islas. Son los camitas llegados del Sáhara, según Pérez de Barradas, pero portadores de elementos de filiación mediterránea (50).

46 SERRA RÁFOLS, Elías.— *La cerámica de Gran Canaria y las culturas mediterráneas*, VI Congreso Nac. de Arqueol. Oviedo. Zaragoza, 1961.

47 TARRADELL, M.— *Notas para una revisión del neolítico norteafricano*, *Actas del V. C. Con Panafri. de Prehistoria*. Pub. del Museo Arqueol. Santa Cruz de Tenerife, 1966, págs. 271-275.

48 TARRADELL, M.— *Los diversos horizontes de la prehistoria canaria*, "Anuario de Estudios Atlánticos". Madrid-Las Palmas, 1969.

49 SERRA RÁFOLS, Elías.— *Les relations possibles des cultures canariennes avec celles de l'W. Africain*. *Actas del V. Congreso Pana. de Prehist.*, II, Pub. del Museo Arqueológico de Tenerife, 6. S. C. de Tenerife, 1966.

50 PÉREZ DE BARRADAS, José.— *Estado actual de las investigaciones prehistóricas sobre Canarias*, "El Museo Canario", Las Palmas de Gran Canaria, 1939.

Creemos haber sido los primeros en señalar los paralelismos de alguna cerámica canaria —concretamente, de la isla de La Palma—, con la sahariana. Y determinados rasgos morfológicos y técnicos de la cerámica de Tenerife con la neolítica de tradición capsiese, basándonos en la documentación procedentes del yacimiento de Damous el Ahmar (51).

Al nivel en que se encuentran los conocimientos sobre este problema, no creemos que se puedan dar respuestas satisfactorias. Y no sólo por lo que a seguros orígenes y relaciones pueda referirse, sino principalmente a la cronología. Hemos insistido siempre en el carácter marginal o “provincial” de las culturas canarias, lo que dificulta la aplicación de las fechas usuales para las orillas mediterráneas. Repetidamente hemos hecho referencia a las distintas culturas llegadas a Canarias, cada oleada portadora de elementos culturales bien diferenciados, y que, consecuentemente, no pudieron ser sincrónicas ni tener el mismo origen.

Nos tendremos que seguir moviendo entre los “criterios culturales o tipológicos” y los “criterios cronológicos”, no de fácil conciliación en las islas. Pero también difíciles de conciliar dentro del gran panorama neolítico. La misma reserva que encontramos en estudiosos de esa cultura. Para Pellicer es difícil que las llamadas civilizaciones neolíticas sean estrictamente coetáneas. Añade que el concepto de neolítico se refiere “al grado de civilización y no al aspecto cronológico” (52). La cronología para el neolítico final, que es el que pudo haber afectado a Canarias, se podría situar entre el 2.500 al 2.100 a. de C. Pero esto no quiere decir que debamos aceptar estas fechas con relación a Canarias.

El neolítico cerámico más antiguo ya presenta una cerámica negruzca y con frecuencia decorada; hay vasos con el borde ondulado por impresiones digitales, decoraciones unguiculares e incisas y puntilladas a punzón, bien con ritmo o distribuídas desordenadamente. En el VII milenio ya se encuentra cerámica impresa con uñas y dedos y decoración cardial con ritmo geométrico. Así desde Tesalia y Macedonia hasta las orillas occidentales del Mediterráneo. Es un hecho común a Oriente y a Occidente, por lo que Bosch Gimpera propone acertadamente la denominación de “neolítico circunmediterráneo” (53).

No se puede negar la aparente dependencia de mucha cerámica de Tenerife con la que da carácter a las culturas mediterráneas. Pero tampoco estamos en posesión de documentación suficiente como para insertar esta cerámica en un horizonte neolítico determinado, ya que en el fondo presenta rasgos que la aproximan a tipos varios de varios ho-

51 DIEGO CUSCOY, LUIS.—*Contribución al estudio de la cerámica de Tenerife*, “Crónica del XI Cong. Nacional de Arqueo.”, Zaragoza, 1970, págs. 385-394.

52 PELLICER CATALÁN, M.— *Las civilizaciones neolíticas hispanas*, en “Raíces de España”, Inst. Español de Antro. Aplicada. Madrid, 1967, págs. 23-46.

53. BOSCH GIMPERA, P.— *La significación del neolítico circunmediterráneo*, en “Pyrenae”, Crónica Arqueo. Inst. de Arqueo. y Prehis. Universidad de Barcelona, Barcelona, 1965.

rizontes. Esto ha podido advertirse en la documentación gráfica prodigada en el presente estudio.

Como no se trata de resolver un problema por ahora sin solución inmediata, huelga la aportación bibliográfica masiva y el manejo de documentación y ejemplos encaminados a la busca de paralelismos y semejanzas. En cualquier horizonte neolítico o inmediatamente posterior encontramos formas, técnicas, decoración y detalles accesorios que se manifiestan en la cerámica de Tenerife.

Los niveles 28 a 25 de "Arene Candide" (Liguria) ofrecen un panorama cerámico muy significativo: aparecen dos tipos, uno de factura grosera, a veces decorada con incisiones y otra fina, pulida y lisa. En cuanto a las formas las hay semiesféricas, de fondo cónico o curvo, de boca cerrada y diámetro aproximado a la mitad de la altura. A veces se encuentran vasos de paredes verticales, gruesas, imperfectamente pulidas. Los colores son negro, gris negruzco o rojo sucio. El galbo es inelegante. Los bordes son generalmente lisos, pero con frecuencia presentan pequeñas entalladuras o muescas. Las asas son lengüetas de implantación horizontal que a veces se transforman en mamelones. La decoración presenta segmentos dentellados, impresiones y puntillados profundos, líneas incisas, paralelas o cruzadas. Es en estos niveles donde se dan las cucharas de cerámica (54).

Todas estas características las encontramos, si las queremos ver, en la cerámica de Tenerife, incluso las cucharas de barro cocido, conocidas ya en el neolítico egipcio (55), como en otros yacimientos mediterráneos. En "Grotta Calafarina (56) aparece un ejemplar semejante al excavado por nosotros en Tegueste, y que damos a conocer entre las piezas del Grupo "Diversos" (Cap. X, 2).

Pero volviendo a los niveles de "Arene Candide" vemos que sus conjuntos ergológicos nos muestran punzones tallados sobre metatarsianos y metacarpianos de cabra y oveja, con técnica y tipología iguales a los de Tenerife —concretamente, un puñal tallado con rebaje oblicuo cerca de la porción distal, procedente de Tegueste—, ornamentos de *columbela* y *pectúnculo*, etc., como se ve en los yacimientos de Tenerife.

Se encuentran pequeños detalles que tampoco pueden desdeñarse, como son los signos y cruces, a modo de contraseñas en la cerámica, advertidas en yacimientos mediterráneos (57) y descubierto ahora por nosotros en un ejemplar de Tenerife, que se publica por primera vez en este trabajo.

54 BERNABÓ-BREA, Luigi.— *Gli scavi nella caverne delle Arene Candide*, I, *Gli strati con ceramiche*. Ins. de Estu. Ligu. Bordighera, 1946.— LOUIS, M.— *Stratigraphie du Néolithique. Les "Arene Candide"*, "Cahiers d'Hist. et Archeo". Ins de Est. Occitanes, 1947.

55 GORDON CHILDE, V.— *L'Orient Préhistorique*, París, 1935, pág. 67.

56 BERNABÓ-BREA, Luigi.— GROTTA CALAFARINA, en "Bruno Ragonese, Roma, Ciranna, 1968, Lámin. XVI.

57 BERNABÓ-BREA, Luigi y CAVALLIER, Madeleine.— *Ricerca paleontologica nell'isola di Filicudi*, Est. dal Bull. di Paletno. Italiana XVII, vol. 75, Roma, 1966.

Una sistematización de los variados círculos neolíticos la ha llevado a cabo Pellicer para la Península Ibérica. El cuadro es muy animado y de él sacaríamos muchos elementos de comparación, incluso las asas de pitorro, que aparecen en el neolítico final (58).

El neolítico final y el calcolítico nos ofrecen cuencos con mamelón en borde, piezas ovales y semiesféricas simples, bordes ondulados por impresiones, paredes hendidas por objeto punzante, agujeros de suspensión, incisiones en rombos y dientes de lobo, mamelones en pared, etc.

Pérez de Barradas dice que la cerámica canaria, en decoración, es semejante a las decoradas del N. de Africa, hispánicas y eurooccidentales: la lisa la identifica con el grupo almeriense. Generalización de poca utilidad si tenemos en cuenta la variedad cerámica canaria (59).

Las conexiones canarias con las cerámicas africanas —Mogreb, Sáhara— están todavía por valorar justamente, pero se pueden establecer algunos paralelismos, en muchos casos comunes al área mediterránea. Una lámpara de Beni Massou (Argelia) es semejante al vasito-lámpara de pico abierto de dudosa procedencia de Tenerife, pero de segura procedencia canaria. Los vasos cónicos de aquella procedencia, los vasos con pitorro de Libia y Argelia, etc. (60).

Algunos detalles técnicos y formales que hemos visto en el Mediterráneo los encontramos en Africa y Canarias. En el yacimiento de Damous el Ahmar se encuentran bordes incisos, dentados e impresos, mamelones y orificios de suspensión, decoración en triángulos y medias lunas, cuencos con borde vuelto y surco debajo del mismo (61), semejante a lo que hemos visto para las hondillas de Higuera de Indias (Adeje) y Los Frailes (Puerto de la Cruz) que, además, hemos calificado de posibles piezas de transición.

Las series de vasos de Amekni, publicados por Camps, contienen piezas semejantes al ejemplar de borde labial e inicio de gollete, del ajuar sepulcral de Tegueste. Es el tipo 1 de Amekni; el tipo 2 está constituido por vasos semiesféricos simples; el 3, ovales, de fondo redondo y boca ancha, y en el 4 se incluyen las hondillas. También se encuentra la decoración próxima al borde (62).

El mismo autor hace, en otro lugar, referencia al vaso provisto de pitorro y mango y a su expansión por el N. de Africa, desde el III milenio hasta la época contemporánea (63).

58 Op. cit., pág. 32.

59 PÉREZ DE BARRADAS, José.— *La cueva de los Murciélagos y la arqueología canaria*, A. E. de A., XIV, Madrid, 1940-41, p. 64-65.

60 CAMPS, Gabriel.— *Corpus des poteries modelées. Retirées des monuments funéraires protohistoriques de l'Afrique du Nord*, C. R. A. P. E. Conseil de la Recher. Scienti. en Algérie, París, 1964.— *IDEM, Fiches Typologiques africaines, Ceramique Protohistorique du Maghreb*, fch. 120-166, 1 a 38, 1967.

61 ROUBET, Colette.— *Le gisement de Damous el Ahmar, et sa place dans le Néolithique de tradition capsienne*, C. R. A. P. E., París 1968.

62 CAMPS, Gabriel.— *AMEKNI, Néolithique ancien du Hoggar*, C.R.A.P.E., París, 1969, fig. 32 y láms. XIV, 5 y XVII, 2.

63 CAMPS, Gabriel.— *Aux origines de la Berbérie. Monuments funéraires protohistoriques*. París, 1961.

Canarias ha sido salpicada por la ebullición de ese mundo neolítico que desde el Mediterráneo penetra hasta el Sáhara. Si le encontramos rasgos comunes también se encuentran diferencias. Pero hay que suponer cambios y creaciones, lo mismo que olvidos e innovaciones técnicas.

Beltrán ha tratado el tema. Para este autor, las asas con pico no aparecen en el N. de Africa más que en épocas protohistóricas y la decoración es muy poco diferenciada en las islas y no recuerda las muchas variedades del Mogreb y del Sáhara. Estima que nada prueba que la cerámica de Canarias haya sido importada del Mogreb o de las costas occidentales de Africa, pues se encuentra en toda la cuenca mediterránea; la del N. de Africa, para Beltrán, procedería de la Península Hispánica, y la del resto del Mogreb, del Mediterráneo oriental. Concluye que la cerámica de fondo cónico puede ser de origen mediterráneo, y que la decoración se relaciona con la del litoral marroquí, de donde pudo llegar a las islas el pico o asa-vertedero (64).

Es sin duda la cerámica de Tenerife la que mejor expresa el grado de civilización —mejor cultura— de la primera oleada llegada al archipiélago. Con técnicas análogas la encontramos también en La Gomera y El Hierro. En ésta, negra, gris oscuro o parda, a veces pulida y brillante y con frecuencia decorada con incisiones débiles en desorden. Es una cerámica basta, mal aglutinada y con abundancia de grasante generalmente grueso. La de La Gomera es más clara, por lo regular ocre, alisada, pero sin pulir. Se conoce una lámpara en forma de barquilla con el fondo de decoración puntillada. No se conocen vasos enteros, pero los fondos eran curvos.

A ese mismo horizonte se puede adscribir un fragmento descubierto por nosotros en Famara (Lanzarote): es de factura tosca, pardo, de paredes gruesas, borde plano y decoración incisa, con ritmo: banda en torno al borde que alterna los trazos verticales con los horizontales. Dicho fragmento, hallado a metro y medio de profundidad, descubre en Lanzarote dos niveles cerámicos: el que podríamos llamar tipo Zonzamas, muy rico de decoración —rombos, triángulos, medias lunas, líneas cruzadas, variados temas en ángulo, zig-zag, etc.— y la de Famara, que está dentro de la línea estilística de la de Tenerife. Lanzarote parece estar más cerca de las influencias saharianas de época reciente.

Una cerámica lisa, de fondo acusadamente curvo, de color pardo y bermellón, está en el nivel inferior de los tres niveles cerámicos de La Palma, el superior con rasgos saharianos muy típicos en forma y decoración.

Gran Canaria queda fuera de estos estilos, y sobre ella trabaja el Profesor Tarradell.

64 BELTRÁN MARTÍNEZ, ANTONIO.— *Los grabados del Barranco de Balos (Gran Canaria)*, Pub. El Museo Canario-Patronato José M.^a Quadrado, Las Palmas de Gran Canaria, 1971, pág. 145.

Si hemos de pensar en una oleada cultural común a todas las islas, no creemos que Gran Canaria quedara marginada por aquélla. Es posible, como nos ha ocurrido en Lanzarote, que Gran Canaria nos revele algún día un tipo de cerámica anterior a la que ahora conocemos.

Otra cuestión es la de la cronología. ¿Hasta qué punto es posible aplicar la cronología mediterránea, europea o africana, a Canarias? Los paralelismos tipológicos y técnicos es posible establecerlos con muchos riesgos y vacilaciones. Los cronológicos se resisten aún más. Por el C 14 tenemos fechas para Tenerife, que van desde el siglo VI al XII d. de C., todas referidas a cuevas habitadas y funerarias con cerámica. Las características de estas cerámicas son las mismas. Basta con repasar la parte gráfica de este trabajo.

La estratigrafía ofrece también poca variedad en los niveles; si acaso, en el superior, las vasijas aumentan de tamaño, hay una mayor preferencia por el color negro, por las formas panzudas y los fondos de curva menos acusada. Pero aún así, sus rasgos generales persisten, y aunque se acusa mayor predilección por los mamelones, los mangos cortos, troncocónicos y las asas de lengüeta, persisten los mangos macizos de implantación vertical y las asas-vertedero.

Cabe pensar en una evolución interna o, más bien, en influencias externas muy tardías, que darían ese tipo de cerámica que hemos llamado de transición.

Pero con todo, quedarían por valorar aspectos técnicos y de factura, como modelado a mano, preparación del soporte, empleo y calidad de los grasantes, etc. Los grasantes de la cerámica de Canarias están por estudiar, así como las arcillas. Pero con referencia a los grasantes, a los que Brongniart y Franchet (65) definieron como sustancias no plásticas —“materias áridas”— están destinadas, según Aumassip a romper la homogeneidad de la pasta, a compensar los inconvenientes de la plasticidad de la arcilla y a facilitar el escape del agua tanto de constitución como la higrométrica o de confección, aparte de evitar las contracciones después del oreo y contribuir a la mayor solidez del vaso (66).

De ello se deduce que la preparación de la pasta o soporte rechaza todo componente que la haga excesivamente untuosa. Sería dificultar en grado sumo la labor de modelado. Precisamente, el empleo de los grasantes —el término ya lo explica— trata de atenuar la untuosidad

65 BRONGNIART, A.— *Traité des arts céramiques ou des poteries considérés dans leur histoire, leur pratique et leur théorie*, Paris, 1877.— FRANCHET, L. *Ceramique primitive, Introduction a l'étude de la technologie*, Paris, 1911.

66 AUMASSIP, G.— *Etude des dégraisants dans la céramique du néolithique de tradition capstienne*, “Libyca”, T. XIV, 1966, págs. 261-278. IDEM. *Note sur quelques dégraisants des céramiques néolithiques du Hoggar*, I. “Libyca”, T. XV, 1967.

del soporte. A tal efecto cuidan las alfareras la selección de los degreasantes. La arcilla ha de tener una pastosidad apropiada, pero no una propiedad adherente excesiva.

Por consiguiente hay que considerar como técnicamente imposible el uso de grasa animal para amasar la arcilla. Los especialistas en técnicas alfareras primitivas —y no digamos nada de la alfarería moderna— jamás han registrado un caso semejante. En primer lugar, no sería aconsejable desde el punto de vista económico, por la gran cantidad de grasa necesaria para preparar la pasta. Insistiendo en el aspecto técnico, basta pensar en lo que le ocurriría a la vasija fabricada con pasta amasada con grasa, al ser sometida, en el horno, a temperaturas de 800° a 900° C.

Gabriel Camps, de la Universidad de Aix-Marseille —a quien agradecemos nos haya expuesto su opinión sobre el particular—, opina, con nosotros, que puede tratarse de una penetración de la grasa en la capa intermedia de la vasija en el curso del uso culinario de la misma. La delgada capa interior dejaría pasar las grasas durante la cocción de las carnes o el derretido de sebo o manteca. La capa interior no conservaría dichas grasas, pero al enfriarse las mismas en la capa intermedia podrían fijarse en ella. Esta es una posibilidad que explicaría en cierto modo la supuesta presencia de grasa animal en la cerámica de Tenerife. Otra, que entre los degreasantes figurase uno constituido por huesos pulverizados. Pero este hecho tampoco ha sido comprobado en la cerámica tinerfeña.

En Africa del norte los degreasantes usuales son: restos de cerámica cocida, caliza, conchas trituradas, sílex, elementos ferruginosos, mica, carbón y vegetales.

En Tenerife falta un estudio de los componentes tanto de la pasta como de los degreasantes cerámicos, pero parece que predominan las arenas fonolíticas y basálticas, el carbón, la toba y vegetales.

Entre algunos análisis parciales contamos con el efectuado por el ingeniero químico de Lille, M. Jean Bournizeau, a quien agradecemos su generosa ayuda y valiosa aportación a este estudio. En el mismo analiza, entre otras muestras, cuentas de collar pertenecientes a los tres niveles de la cueva de "La Enladrillada", de Tegueste (Tenerife).

Examinado a la lupa binocular (150 aumentos) un fragmento cerámico, encuentra, en superficie, granos de grosor variable, inclusiones de cristales de cuarzo cuyos bordes no son redondeados (arenas), sino que presentan ángulos muy agudos. (Esto confirma la trituración mecánica de ciertos elementos degreasantes, hecho que ya hemos señalado al hablar de la preparación del soporte).

El examen por fractura transversal muestra dos zonas bien definidas: convexa y cóncava, ésta de color negro como consecuencia del "cocinado", y donde los óxidos de hierro han perdido su color rojo o pardo. (Consecuencias de la irregular distribución del calor).

El análisis de la muestra pulverizada da los cristales señalados, además de arcillas de naturaleza distinta. (Queda confirmado por el análisis el empleo de tierras varias, "terrentas", moldeables).

Dicho fragmento, en prueba de aplastamiento, de rotura por choque, presenta un alto grado de friabilidad.

El análisis Si O₂ - H₂ O - Fe₂ O₃ - K - Na Ca revela, entre otros detalles, más Fe O₂ en muestras del nivel 1 que del nivel 2.

En prueba de fusibilidad (comportamiento en el horno hasta 1200° C.), ninguno de los elementos examinados puede considerarse con propiedades refractarias. Las temperaturas de base son de 650° - 900° C.

El análisis termogravimétrico señala dos puntos de inflexión: 108° y 504° C. Una muestra de cuenta de collar revela igualmente dos puntos, pero de 190° y 646° C.

Ha sido señalada la presencia de dos tipos de arcilla, de diferente constitución, en el fragmento cerámico analizado en primer lugar. Los puntos de estabilidad alta, 646° y 504° C., demuestran no sólo los diferentes elementos de la composición, sino una cocción variable.

La pérdida del 38% de peso en dicho fragmento, acusa la existencia de humedad de retención, pues, en efecto, se extrajo de un nivel muy húmedo.

Para el conocimiento de las técnicas cerámicas, de arcillas y degreasantes, manipulación y fase previas a la cocción, es muy importante lo que los análisis pueden aportar. Los paralelismos técnicos, desgraciadamente poco o nada estudiados, pueden tener tanto valor como los tipológicos.

Es deseable que en Tenerife se complete el conocimiento de su cerámica merced a estas aportaciones científicas. El estudio podría hacerse por comarcas geográficas. Ello nos daría no sólo una visión de las técnicas, sino de los estilos. El estudio del gran reservorio cerámico de Las Cañadas vendría a completar el conocimiento de esta importante industria primitiva.

Que sepamos, tampoco han sido valorados los materiales protohistóricos suficientemente identificados, los tradicionales e incluso los modernos. En una industria de tan antiguo origen y de tan larga vigencia, la transmisión de formas y técnicas hay que aceptarla como un hecho normal.

Luego tendríamos que ver los paralelismos que se manifiestan en áreas geográficas próximas. Por ejemplo, una vasija procedente de la península de Río de Oro (Museo Arqueológico de Tenerife, Sala "José Héctor Vázquez", con materiales del Sáhara, núm. 4.714), parece ser moderna, aunque está dentro de la misma línea estilística de las vasijas con borde labial e inicio de gollete, que encontramos en algunos alfares de Tenerife, en especial de Arguayo.

Una muela superior procedente de la Saguía-el-Hámara, que se conserva en el mismo Museo, está trabajada con las mismas técnicas de Tenerife. Aquí se encuentra formando parte del complejo cultural típico de la isla.

Los molinos circulares están abundantemente documentados en el Sáhara. Tienen el mismo tamaño que los canarios, presentan el mismo hoyuelo para implantar la pieza que ha de ayudar a la molturación, tolva y agujero para la fijación de la muela inferior son de sección bicónica. Las semejanzas entre las piezas saharianas y las canarias son verdaderamente llamativas (67).

También encontramos paralelismos si nos fijamos en los cuencos de madera y en ciertos tipos cerámicos. En la actualidad encontramos entre el ajuar de las gentes del Sáhara cuencos ovales, semiesféricos, de fondo cónico y simples y un tipo llamado "biberón" que presenta un pitorro de inserción horizontal semejante al que, dentro de la cerámica de transición, encontramos en Tenerife, yacimientos de Las Toscas (Valle de Guerra, La Laguna). También llama la atención una pequeña pieza en forma de ampolla y con gollete, con asa en el ejemplar sahariano y sin ella en el procedente de los alfares de Candelaria, Tenerife (68).

En la cerámica actual de Milezi (Tchad) se repiten tipos de gran analogía con los tradicionales tinerfeños: cazuelas con borde labiado, vasos semiesféricos, lebrillos, etc., que recuerdan las formas de La Victoria y Arguayo (69).

Hemos manejado datos dispersos sobre los paralelismos advertidos entre la industria cerámica antigua de Canarias y la del Mediterráneo, N. de Africa y Sáhara. Acabamos de citar un par de ejemplos acerca de las semejanzas que se descubren entre el Sáhara y Canarias desde la protohistoria hasta nuestros días. Pero sólo como ejemplo de hasta dónde se puede llegar por ese camino.

Igual ocurre si nos ponemos a analizar rasgos etnográficos, que no es fácil se encuentren repetidos en áreas geográficas lejanas.

Como primer ejemplo nos puede servir la forma de obtener la mantequilla, llamada en Tenerife "manteca de ganado". En el Sáhara español, la mujer saharauí cuelga de la jaima un odre con leche. La mujer se sienta y al tiempo que lo golpea lo hace ir y venir hasta que la grasa se separa del suero.

En Tenerife se colgaba del techo una orza con leche y dos personas, puesta una frente a la otra, la hacían ir y venir hasta que se hacía la "manteca". Nosotros hemos recogido la referencia personalmente en el

67 GAST, Marceau y ADRIAN, Jean.— *Miles et sorgo en Ahaggar, Étude Ethnologique et Nutritionnelle*. C. R. A. P. E., C. de la R. S. en Algérie, París, 1965, figs. 12, 13, 14, 34, 35 y 39.

68 GAST, Marceau.— *Alimentation de l'Ahaggar. Étude Ethnographique*. C. R. A. P. E., Conseil de la R. S. en Algérie, París, 1968, Láms. XLIII, 1 y XLIX, figs. 11, 27, 29 y 39.

69 CAMPS.— AMEKNI, Lám. XIV, 5.

campo, pero Berthelot y Vernau vieron realizar la operación, el siglo pasado, en la comarca de Chasna (sur de la isla) (70).

La obtención de gofio por molturación de la simiente de un *mesembryanthemum*: en Tenerife se usa la especie *M. nodiflorum*, muy común en la isla, y en el N. de Africa el *M. forskali*. Gobert considera que el empleo de esta simiente pasó del Mogreb a Canarias con las industrias neolíticas (71).

De suponer que haya ocurrido así —hasta ahora nada prueba lo contrario—, hay que pensar en un hecho de supervivencia muy significativo. El autor ha sido testigo de la recogida de esta simiente el año 1941, en la comarca de Arona (sur de Tenerife), ha visto prepararla y tostarla y ha probado la oscura harina obtenida (72).

También vale considerar la forma de aprovechar el agua, escasa y difícil de obtener. Nos hemos referido a ello en otro lugar (73) con relación a Canarias. Para el Sáhara contamos con el testimonio directo de Hernández Pacheco (74). El agua de lluvia discurre por un *uadi*, salva los desniveles escarpados y se deposita en un hoyo o marmita del álveo, llamado *guelta*. El mismo desnivel se llama “caboco” en La Palma y “salto” en Tenerife. Cuando el lecho del *uadi* es arenoso se forma un manto de agua bajo la arena, es decir, el *guelta* se llena de agua y forma un charco cubierto llamado *tilinsi*. En Canarias —Tenerife, El Hierro— se llama *ere*. Cuando se necesita agua, se escarba en la arena, se espera a que el líquido se clarifique y se recoge con un recipiente apropiado. El vaso de mango vertical, de Tenerife, parece pieza muy especializada para tal operación.

El problema girará, hasta no disponer de fechas absolutas, sobre el mismo eje africano-mediterráneo. Cuantos se han acercado a la problemática arqueológica canaria, han incidido en el tema de los paralelismos.

L. Balout, en un luminoso trabajo sobre esta cuestión (75) expone algunas reflexiones llenas de contenido. Refiriéndose a la industria lítica canaria, dice que por su tosquedad y trazas de no especialización, parece más protohistórica que neolítica y que no es posible relacionarla con igual industria del Mogreb y del Sáhara. Sin embargo, encuentra comunes las técnicas y temas decorativos de la cerámica de Tenerife con la del litoral mogrebí y una sorprendente semejanza entre el pocillo o

70 BERTHELOT, *Histoire Naturelle*, T. I. Iere. part, pág. 263.— VERNEAU, *Cinq années...*, pág. 42.

71 GOBERT, E. G.— *Les références historiques des nurritures tunisiennes*. Ext. des “Cahiers de Tunisie”, 1955, p. 501-542.

72 DIEGO CUSCOY, LUIS.— *Noticias sobre el gofio de “vidrio”*. “Rev. de Hist.”, 79. La Laguna, 1947, p. 365-367.— IDEM.— *Los Guanches...*, pág. 44.

73 DIEGO CUSCOY, LUIS.— *De Ifni a Cabo Blanco*. I. G. Seix y Barral, Barcelona, 1949.— IDEM, *Los Guanches*, pág. 61.

74 HERNÁNDEZ PACHECO, FRANCISCO.— *Los pozos del Sáhara español e hipótesis de su construcción*, “Investigación y Progreso”, Año XVI, núms. 1-2, Madrid, 1945.

75 BALOUT, LIONEL.— *Réflexions sur le problème du peuplement préhistorique de l'Archipel Canarien*, “Anuario de Estudios Atlánticos”, Patronato de la “Casa de Colón”, Madrid-Las Palmas, núm. 15, 1969, págs. 133-146.

lámpara de Tenerife (Arico) con la "tasse" de la gruta de la Forêt (Orán). Se apoya en ciertos paralelismos del neolítico "telliense" con muchos caracteres esenciales de la arqueología canaria primitiva. No cree que se pueda discutir la huella africana del primer poblamiento de Canarias, como lo revelan ciertos elementos cerámicos, las etnias prehispanicas, los animales domésticos, etc. Concluye que la impronta beber es la primera realidad que se obtiene y que de ese lado llegó a Canarias la más señalada influencia. Propone como fecha del primer poblamiento el III milenio, aunque admite la llegada a Canarias, después del neolítico, de elementos culturales fragmentados.

Para Souville, en Canarias son evidentes las señales que permiten situarlas dentro del mundo mediterráneo, y que otras aportaciones se hicieron a fines del neolítico y durante la Edad del Bronce (76).

Camps Fabrer acepta el origen mediterráneo del vaso de fondo cónico (77).

Para Tarradell (78) el 2000 es fecha razonable para situar el poblamiento de las islas Canarias.

Todo esto quiere decir que a Canarias han llegado, desde la prehistoria a épocas modernas, elementos de clara estirpe africana, y que encontramos confirmado tanto en las etnias como en la arqueología y la etnología. Una vía a la que creemos debe prestarse mucha atención es a la sahariana, que difunde desde el Mogreb hacia el sur y occidente corrientes culturales muy significativas.

CONCLUSIONES

En Canarias se produce un fenómeno de estancamiento y conservación, lo que ha hecho posible la persistencia de formas culturales muy antiguas. Pero el mismo fenómeno pudo darse en los focos originarios de donde partieron los pobladores de las islas, con lo cual se introdujeron en ellas elementos culturales de filiación prehistórica, pero no propiamente prehistóricos.

Se puede hablar de una tipología y de una civilización neolíticas, pero no de una cronología neolítica.

Los yacimientos de Tenerife —hasta ahora— atestiguan una larga ocupación de los mismos, pero no está claro que se hayan producido cambios culturales profundos. Es decir, puede manejarse el concepto tiempo, pero no con la misma propiedad el de secuencia o variación.

La cerámica de Tenerife es una cerámica fósil. Los tipos más ca-

76 SOUVILLE, Georges.— *Remarques sur le problème des relations entre l'Afrique du Nord et les Canaries au Néolithique*, "Anuario de Estudios Atlánticos", Patro. de la "Casa de Colón", Madrid-Las Palmas, núm. 15, 1969, págs. 367-384.

77 *Matière et art Mobilier*, pág. 107.

78 *Los diversos horizontes*, pág. 390.

racterísticos —mango vertical, asa-vertedero, fondo cónico, mamelones— se dan en todos los niveles. Las fechas hasta ahora obtenidas por C 14, son todas históricas.

Tenerife —siempre partiendo como punto de referencia de su cerámica—, culturalmente forma parte de una provincia neolítica por los rasgos que la definen.

Los cambios técnicos y morfológicos son poco sensibles. Los que se producen pueden haber hecho su aparición en fechas coincidentes con las navegaciones medievales en torno al archipiélago —también con navegaciones más antiguas— para culminar en el siglo XV. Se notan cambios tecnomorfológicos en la cerámica de transición, que se continúan en la tradicional.

Desde el punto de vista etnológico se advierten claras influencias del cercano continente —orilla occidental del Sahara—, influencias que es preciso valorar también desde el punto de vista arqueológico. El Magreb, el Atlas y el Sáhara han podido servir de conductores de corrientes mediterráneas. Sin excluir una comunicación directa Mediterráneo-Canarias, parece que lo más probable es que se haya producido una corriente directa Africa-Canarias.

LAMINAS



1



2

Degrasantes. 1, masa interior de arcilla, en la que son visibles los granos del degreasante mineral y capa exterior toscamente alisada (detalle ampliado de la Lám. XI, 6); 2, fragmento de cerámica con impresiones de hojas de helecho, del Bco. Cabrera (El Sauzal).



1



2



3



4



5



6

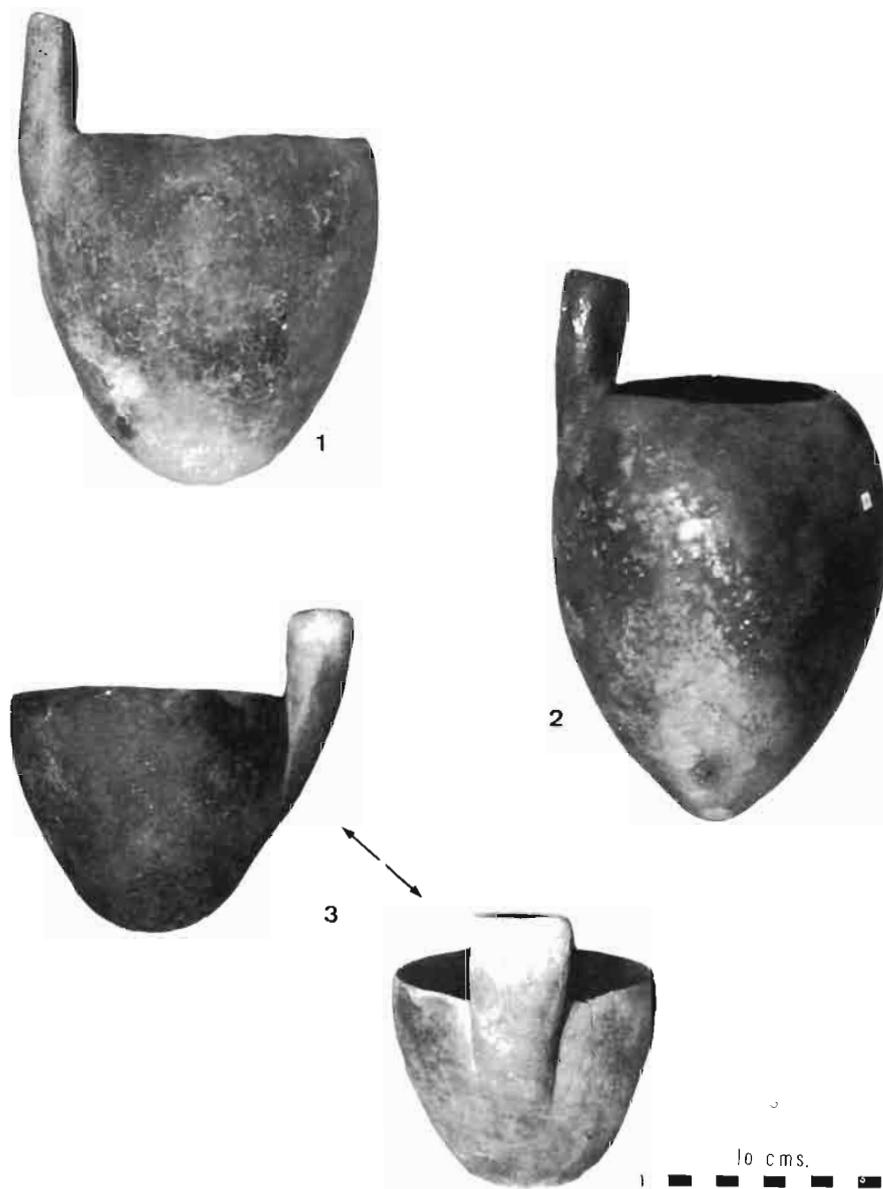
Alfarería a mano. 1, mesa y elementos empleados para modelar; 2, base del cuenco; 3, preparación de la cuerda de barro para el urdido; 4, posición de la mano izquierda durante el modelado; 5, remate del borde; 6, alisado interior con canto rodado.



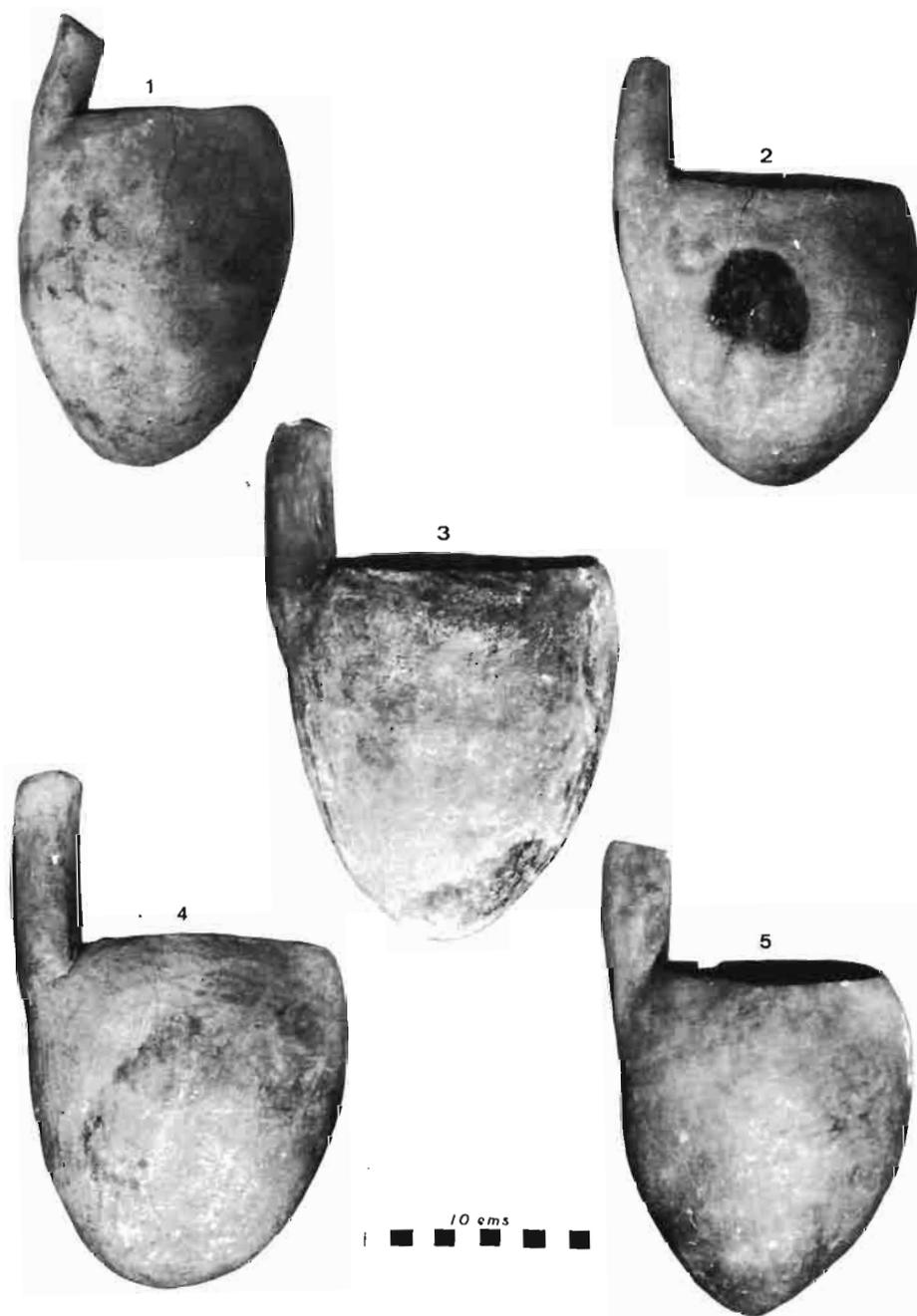
Repertorio de bordes decorados con detalle de las técnicas empleadas.



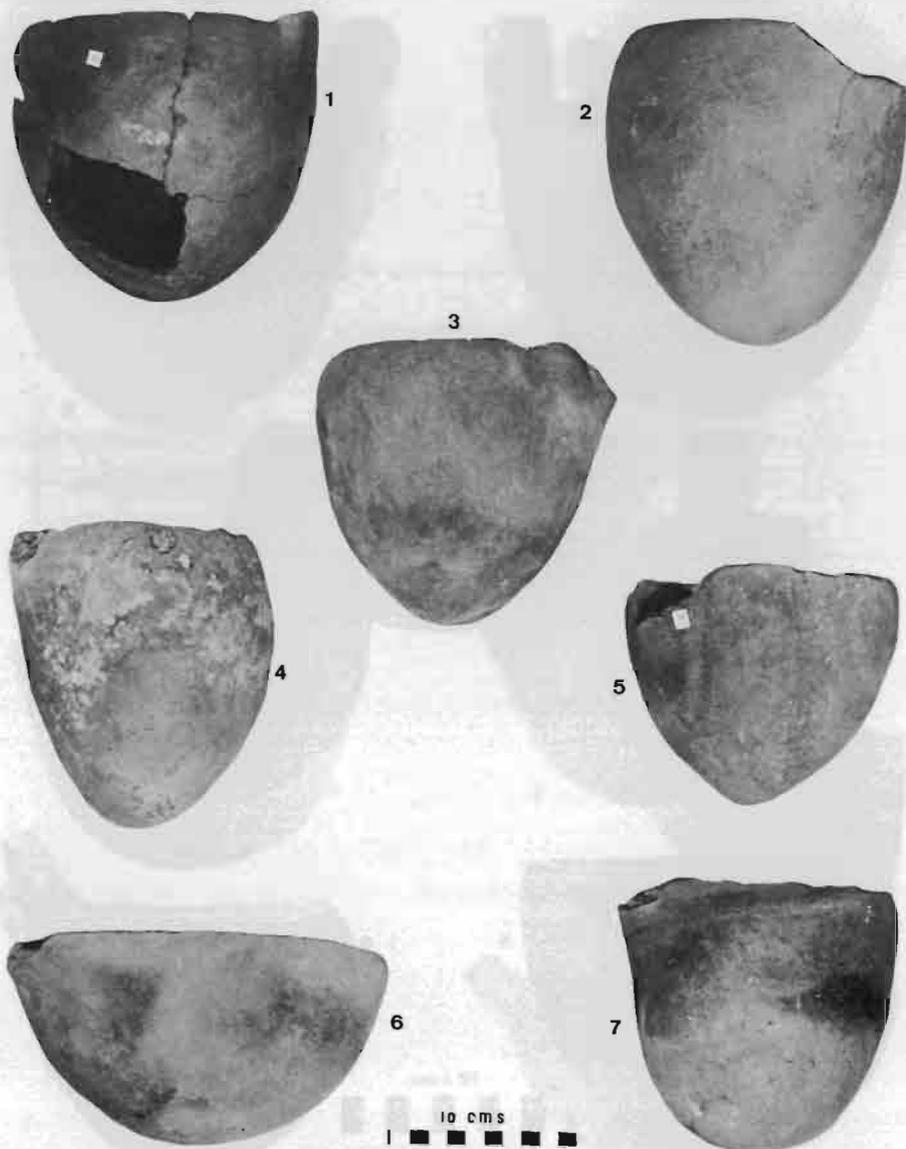
Vaso de fondo cónico. Cañada de Diego Hernández. MAT.



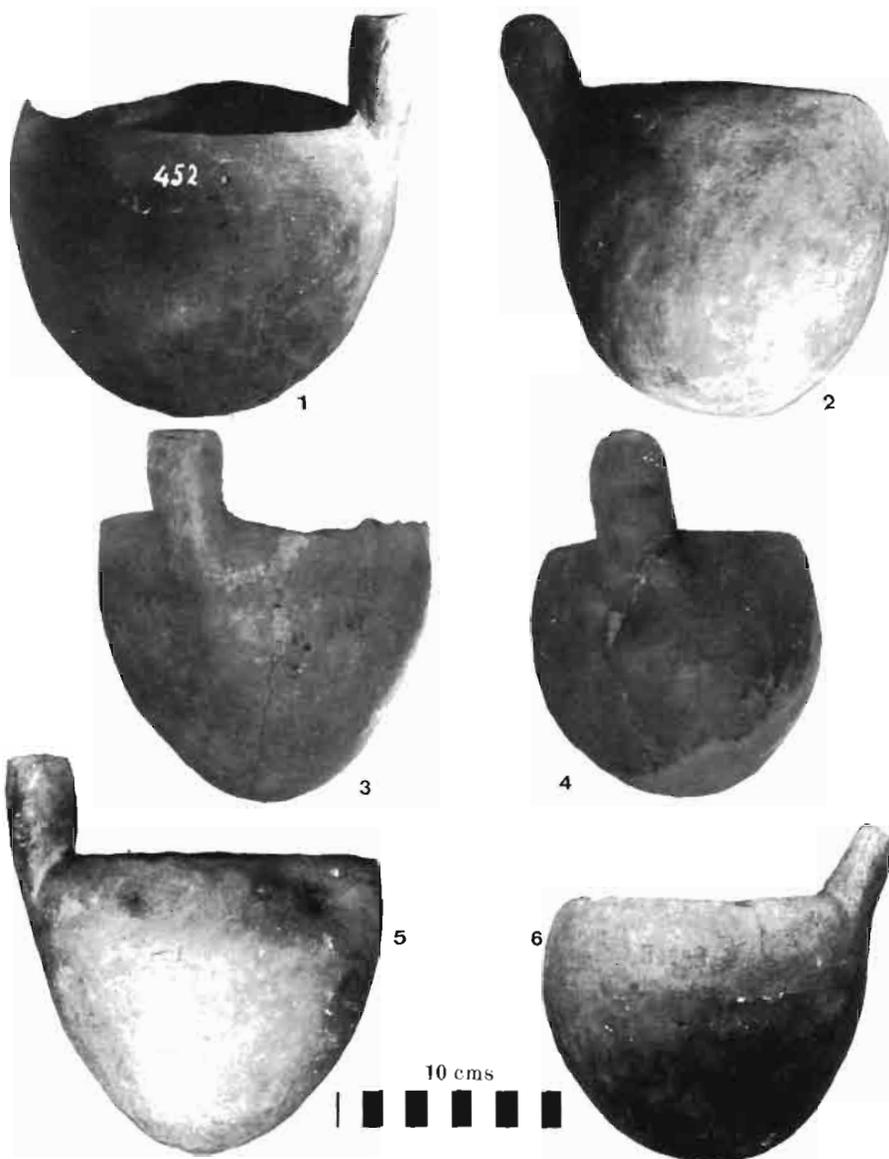
Vasos de mango macizo y fondo cónico. 1, Cañada Blanca; 2, Santa Ursula, MIH; 3, Cañada Verde, Cabo Blanco (Arona). CP. Puede verse la técnica de soldadura del mango.



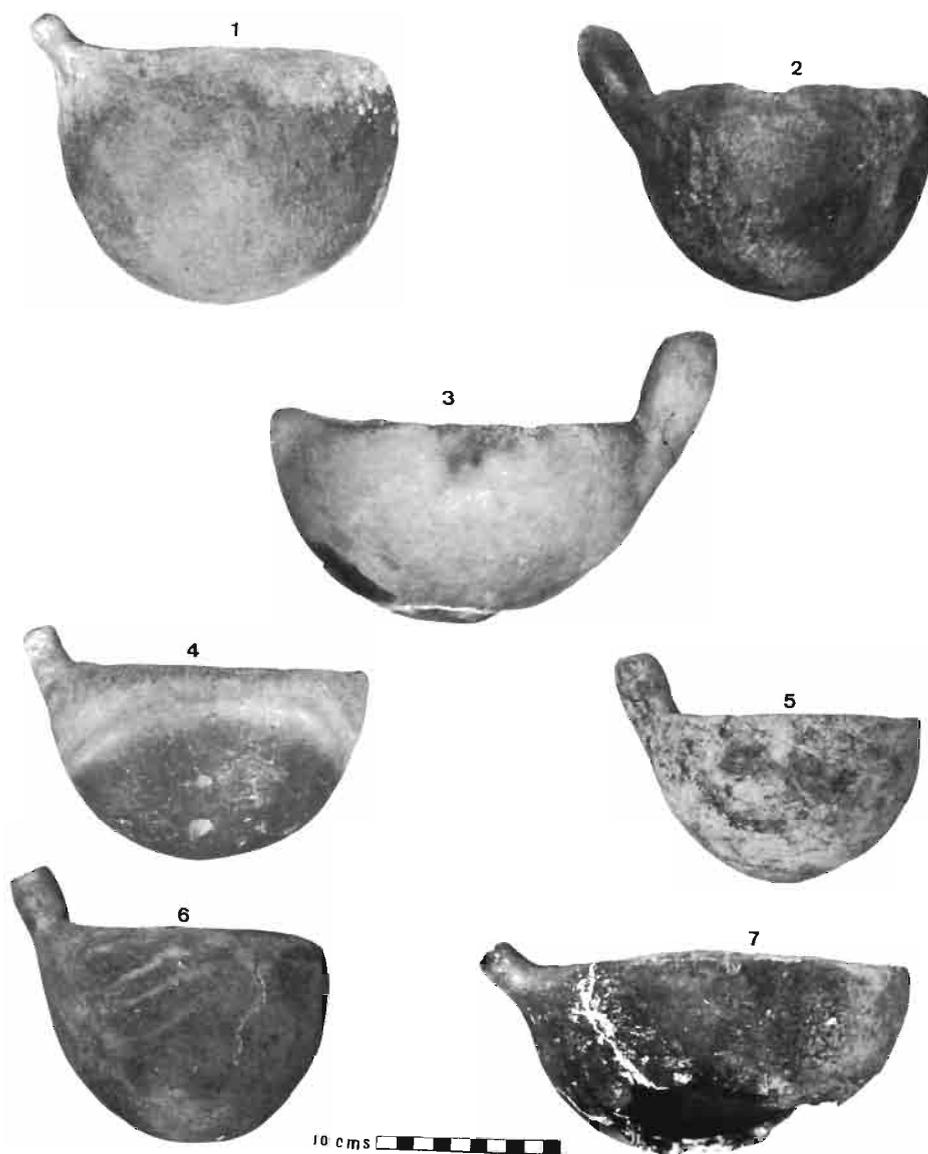
Vasos de mango macizo. 1, base de la Montaña del Cedro; 2, Guía de Isora; 3, Cuesta de Mata Asnos, Pinar (Arico); 4, Arona; 5, Montaña Negra, Las Cañadas. MAT.



Conjunto de vasos con el mango roto. 1 y 2, sin loc.; 3, Quinta Roja (Santa Ursula); 4, El Portillo de la Villa (Las Cañadas); 5, Los Frailes (Puerto de la Cruz); 6, Cañada de Pedro Méndez; 7, Cañada Blanca. MIH.



Vasos con variedad de mango macizo. 1, Arona; 2, Cañada del Montón de Trigo; 3 y 4, Cañada de Pedro Méndez; 5, La Guancha; 6, Tenerife (sin loc.). MAT.



Variedad de mangos en vasos semiesféricos y de casquete. 1, El Portillo de la Villa; 2, Los Frailes (Puerto de la Cruz; 3, Montaña Rajada; 4 y 5 sin loc.; 6 y 7, Cañada Blanca. MIH.



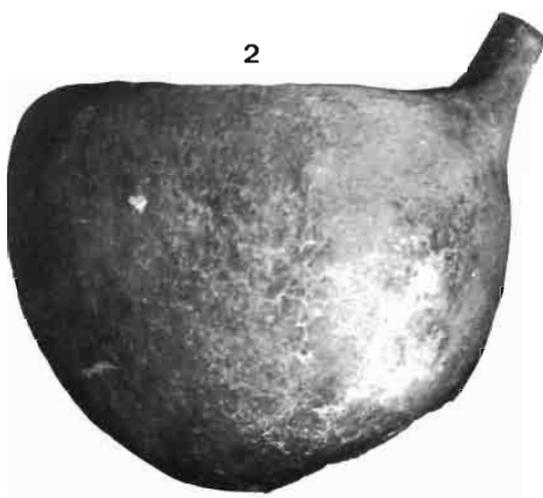
Diversidad de mangos en vasos ovales. 1 y 4, Cañada Blanca; 3, sin loc.; 4, Fuente de Mesa (Los Realejos). MIH.



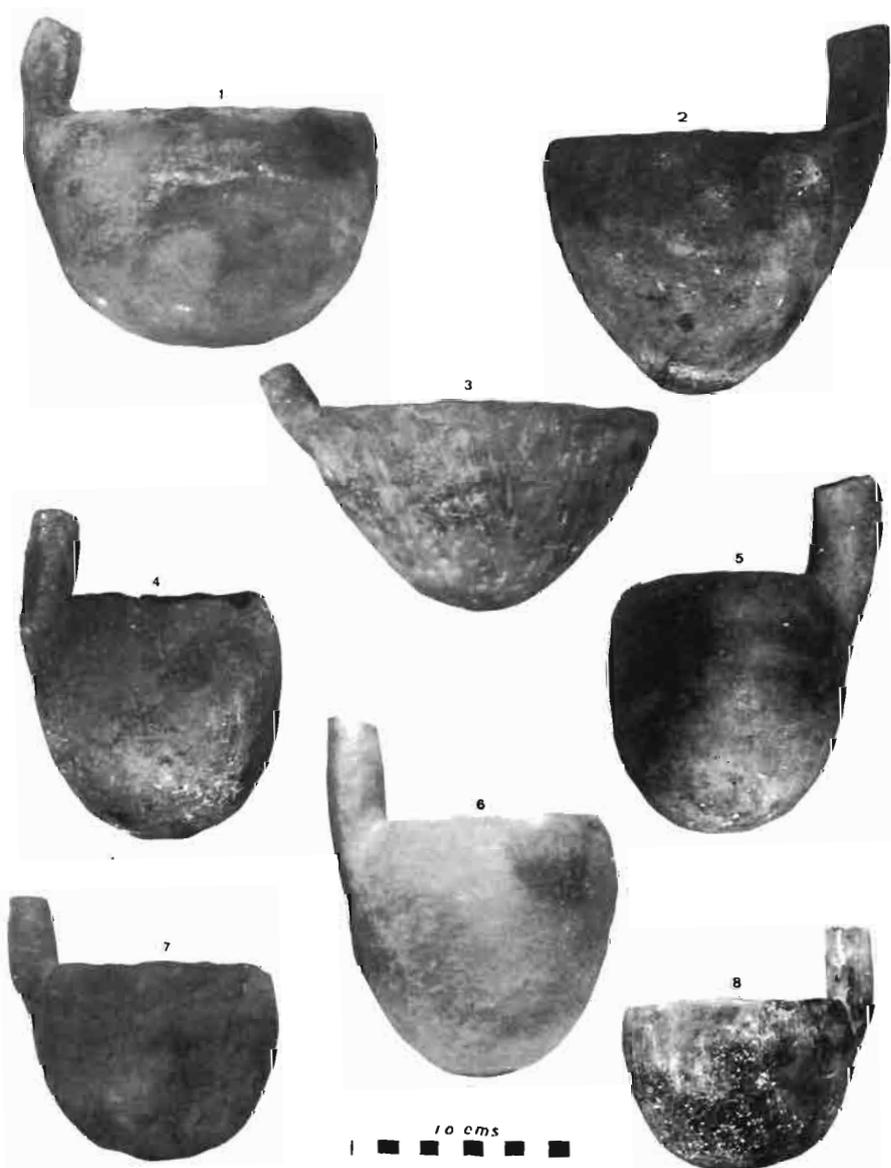
Mangos de tipo diverso en vasos ovaes. 1 y 6, Cañada del Sanatorio; 2, Arona; 3, Roque de Jama, Cabo Blanco (Arona); 4, La Guancha; 5, Hoya Trujillo (Arico); 7, El Portillo de la Villa; 8, Hoya Fría (Arico) MAT.



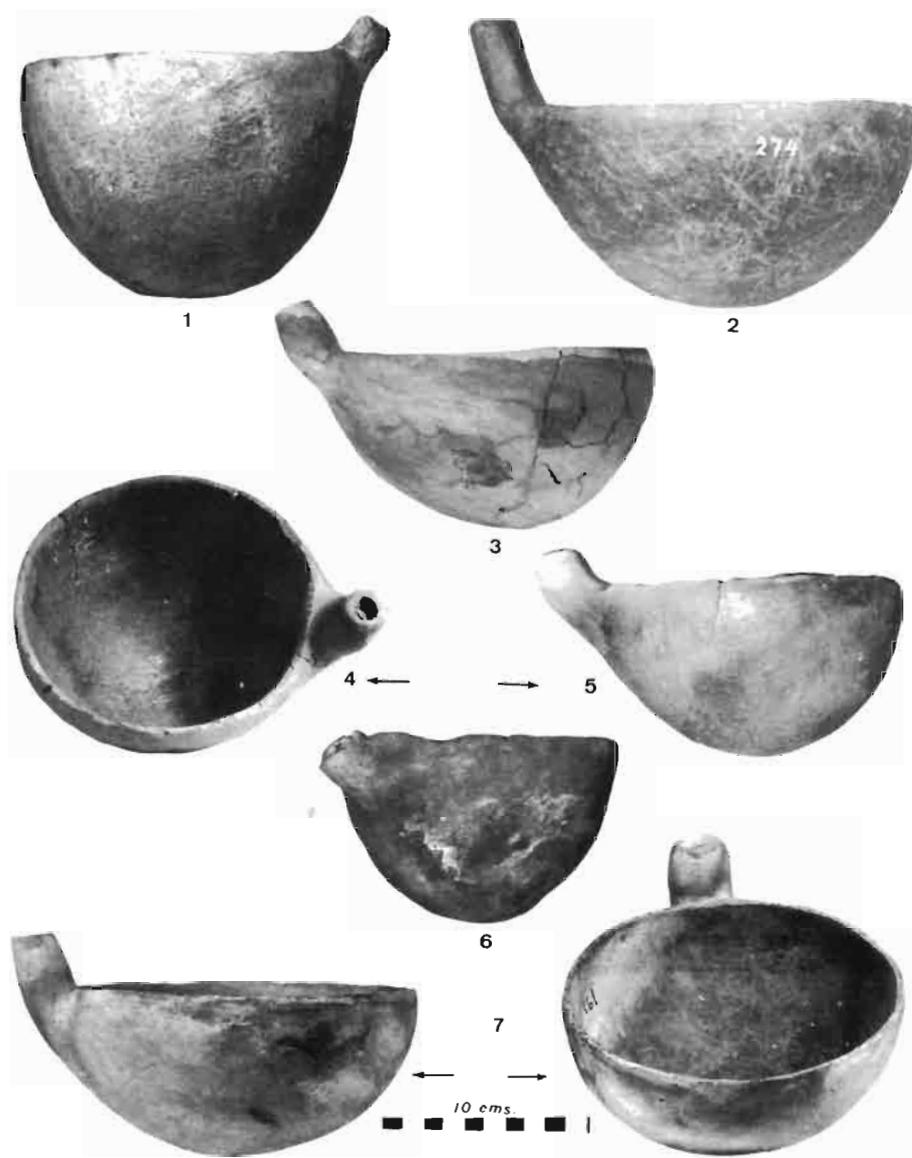
Distintas formas de vasos y detalles técnicos de bordes e inserción del mango. 1, Tenerife (sin loc.); 2, Montes de Ucanca; 3, Adeje; 4 y 7, Cañada Blanca; 5, El Portillo de la Villa; 6, San Miguel; 8, Tenerife; 9, Roque de Jama, Cabo Blanco (Arona). MAT.



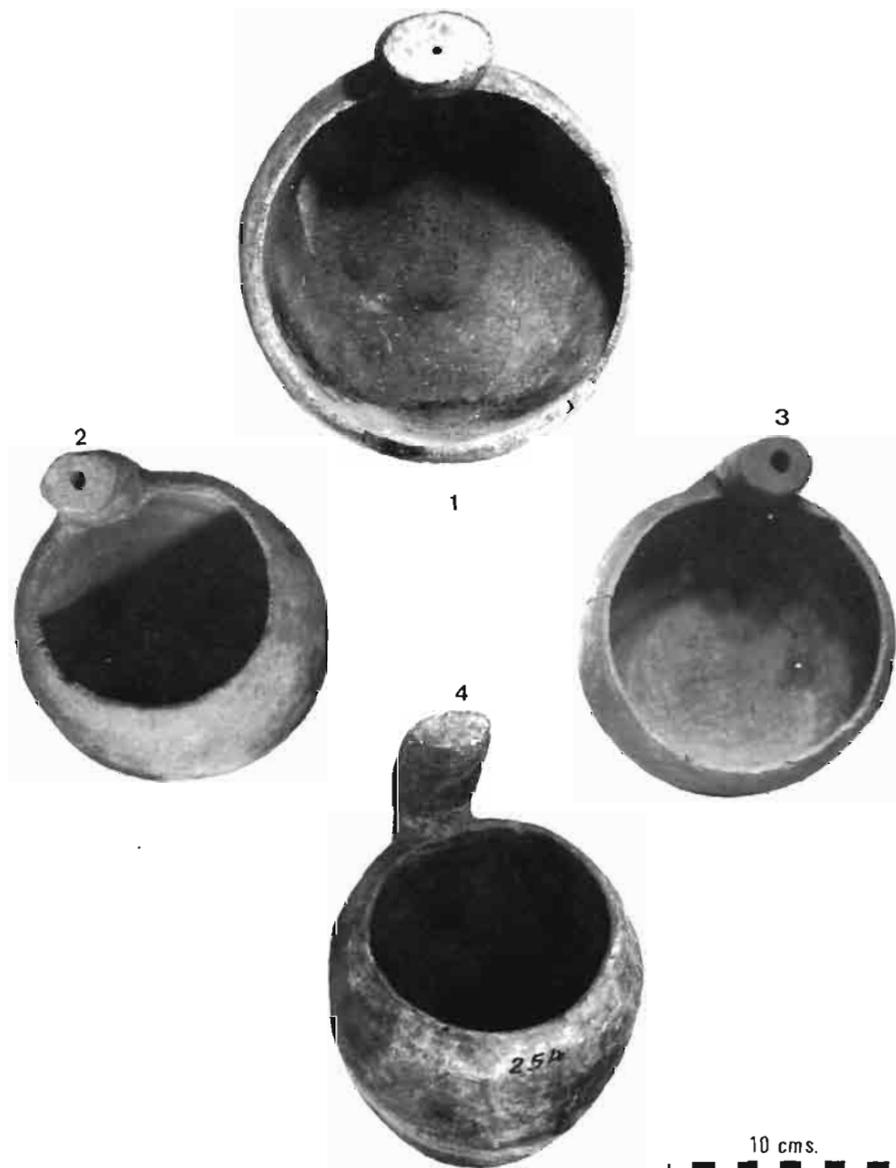
Variedad de mangos en vasos ovals. 1, Cañada de Pedro Méndez; 2, Cañada de las Mostazas. MIH.



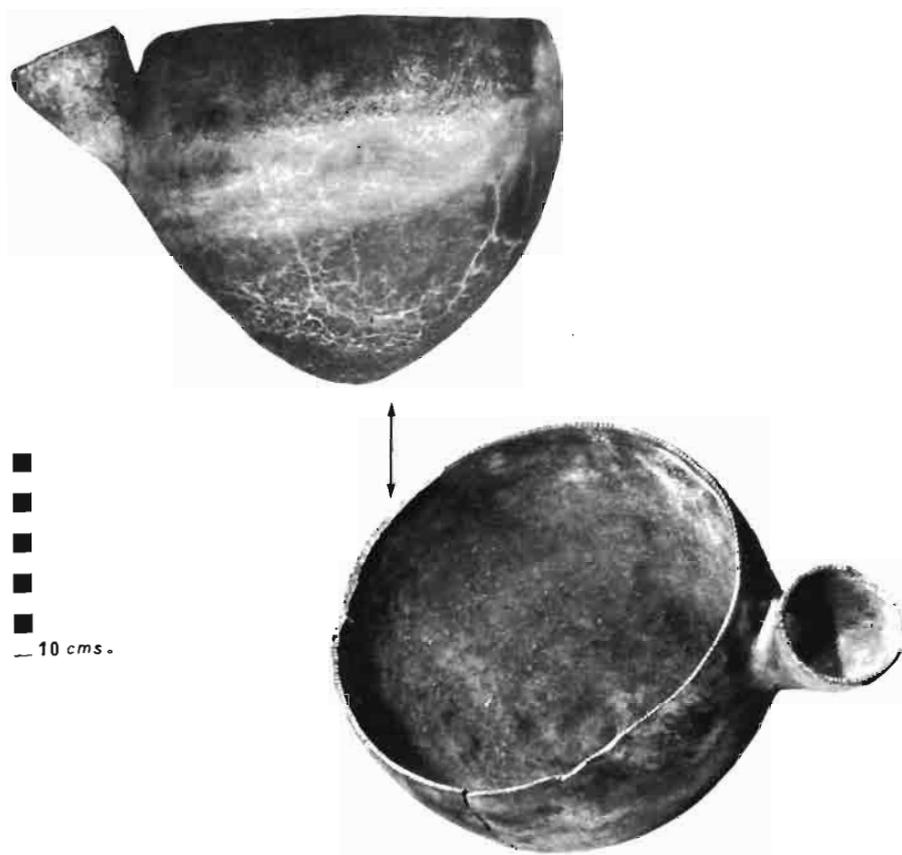
Variedad de formas y mangos. 1 y 6, Cañada de la Mareta; 2, Cañada de las Mostazas; 3, El Portillo de la Villa; 4, Hoya Brunco (La Guancha); 5, Hoya Fría; 7, Cañada Blanca; 8, Cueva de Machín, Arasa (Santiago del Teide). MAT.



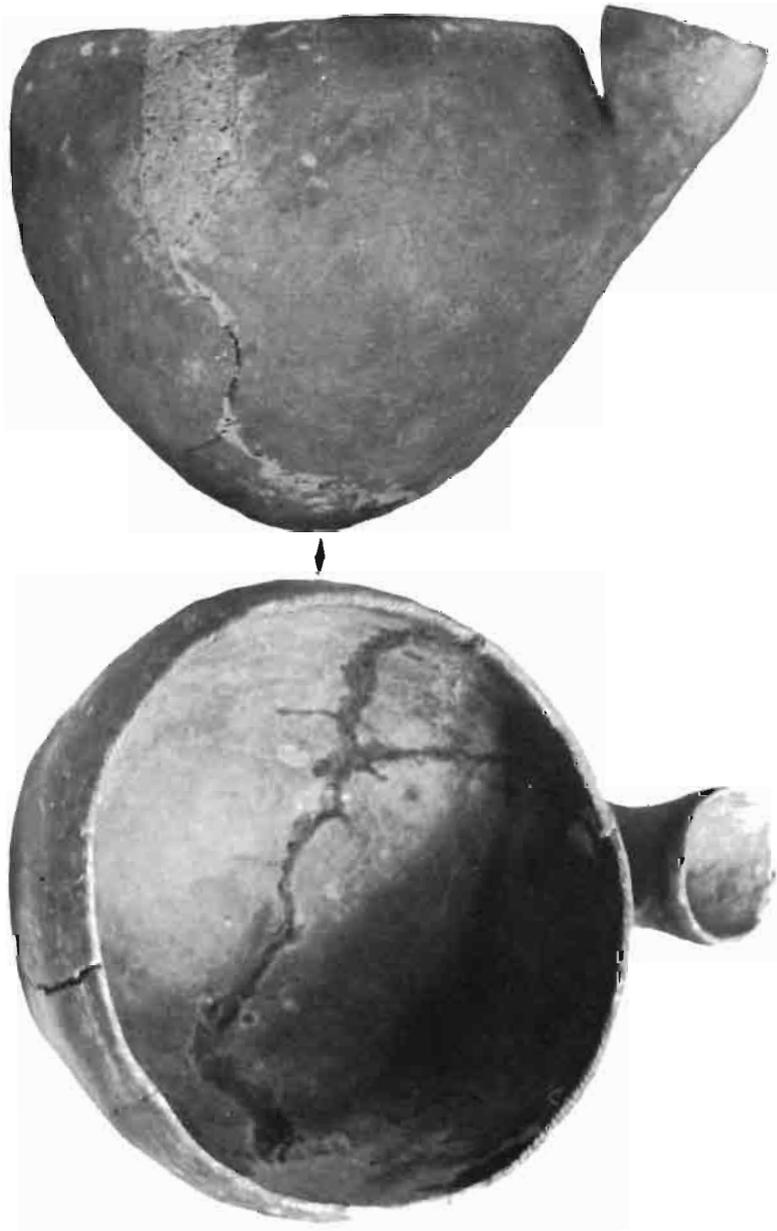
Vasos ovales y semiesféricos con detalles técnicos de bordes y mangos. 1, Llano de la Santidad; 2, Cañada Blanca; 3, Montaña de los Pinos; 4, 5 y 6, Base de Guajara; 7, Cañada de la Mareta. MAT.



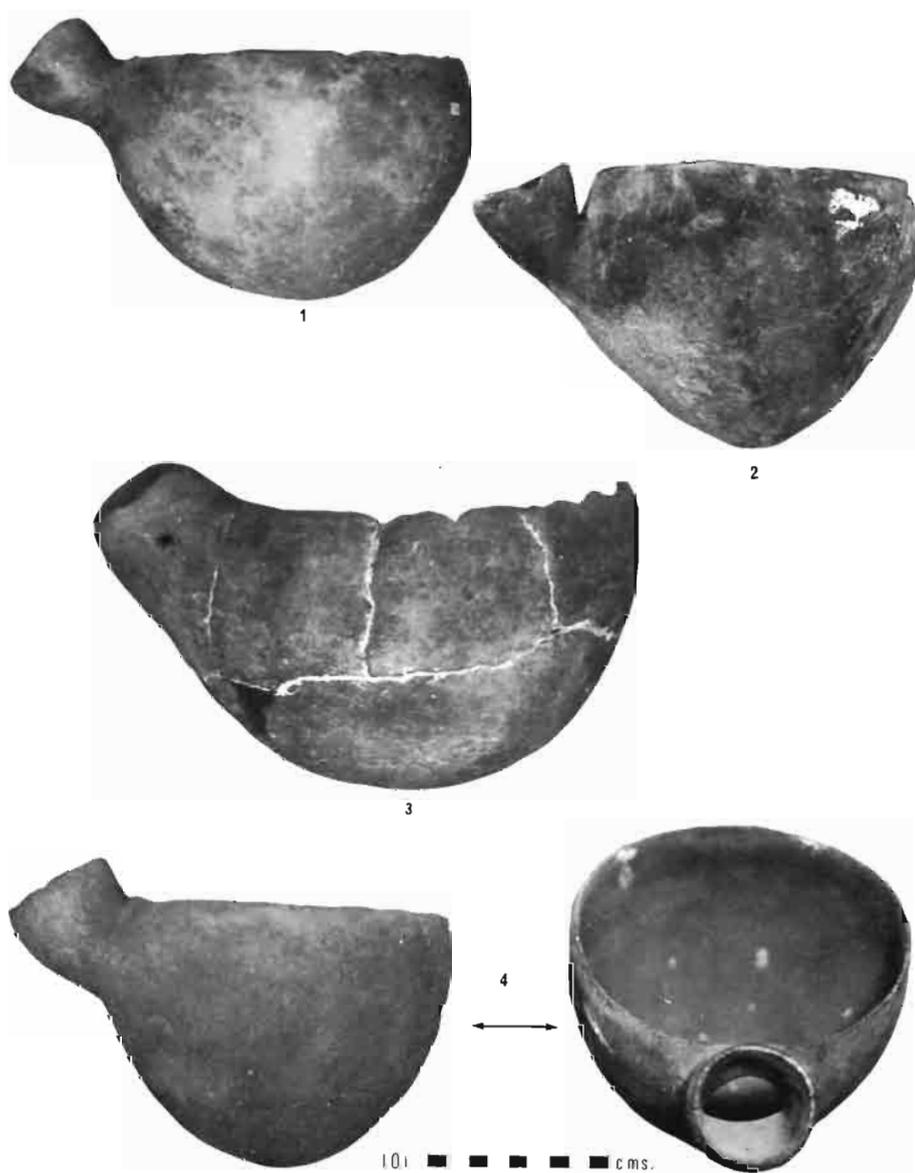
Detalles de bordes y mangos. 1, Tenerife (sin loc.); 2, Montaña del Cedro; 3, Cañada de Pedro Méndez; 4, Cañada de las Mostazas. MAT.



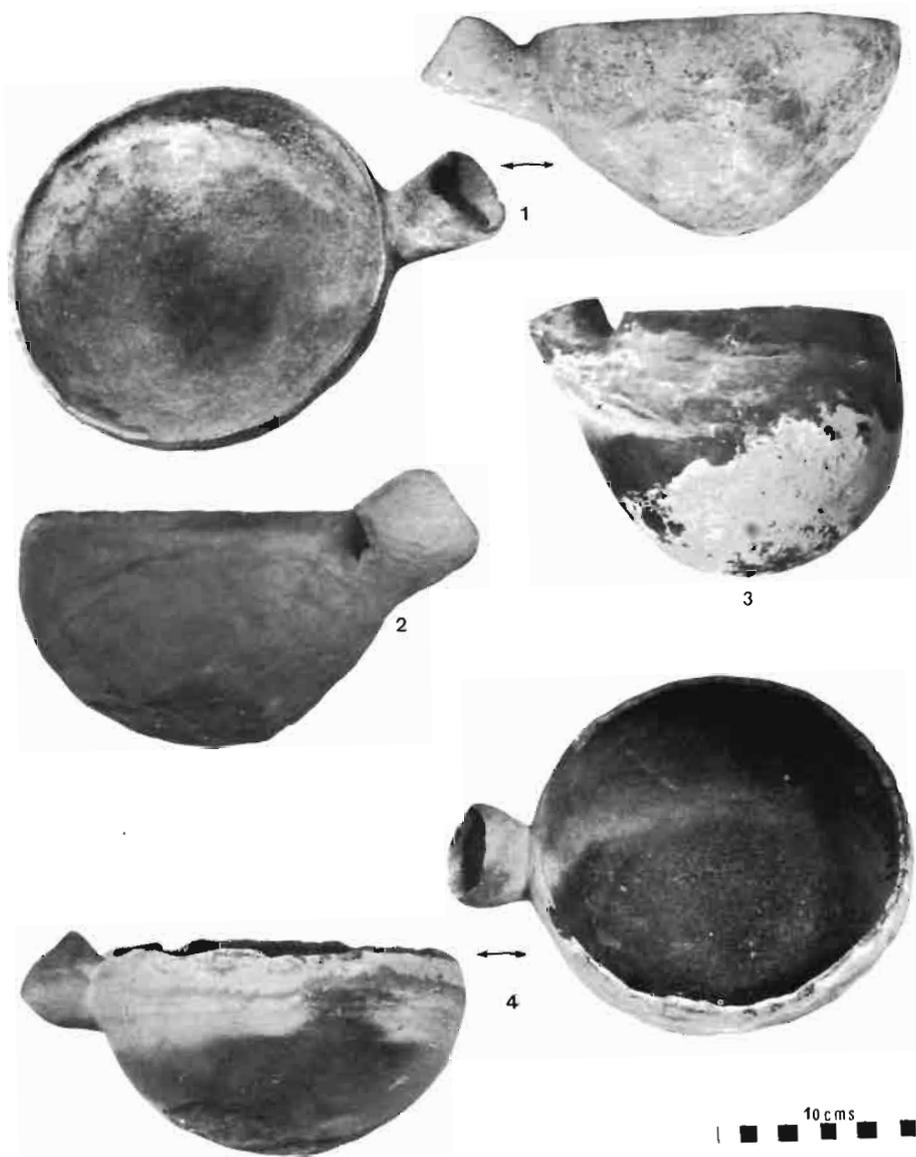
Vaso con asa-vertedero. Cañada de las Mostazas. MAT.



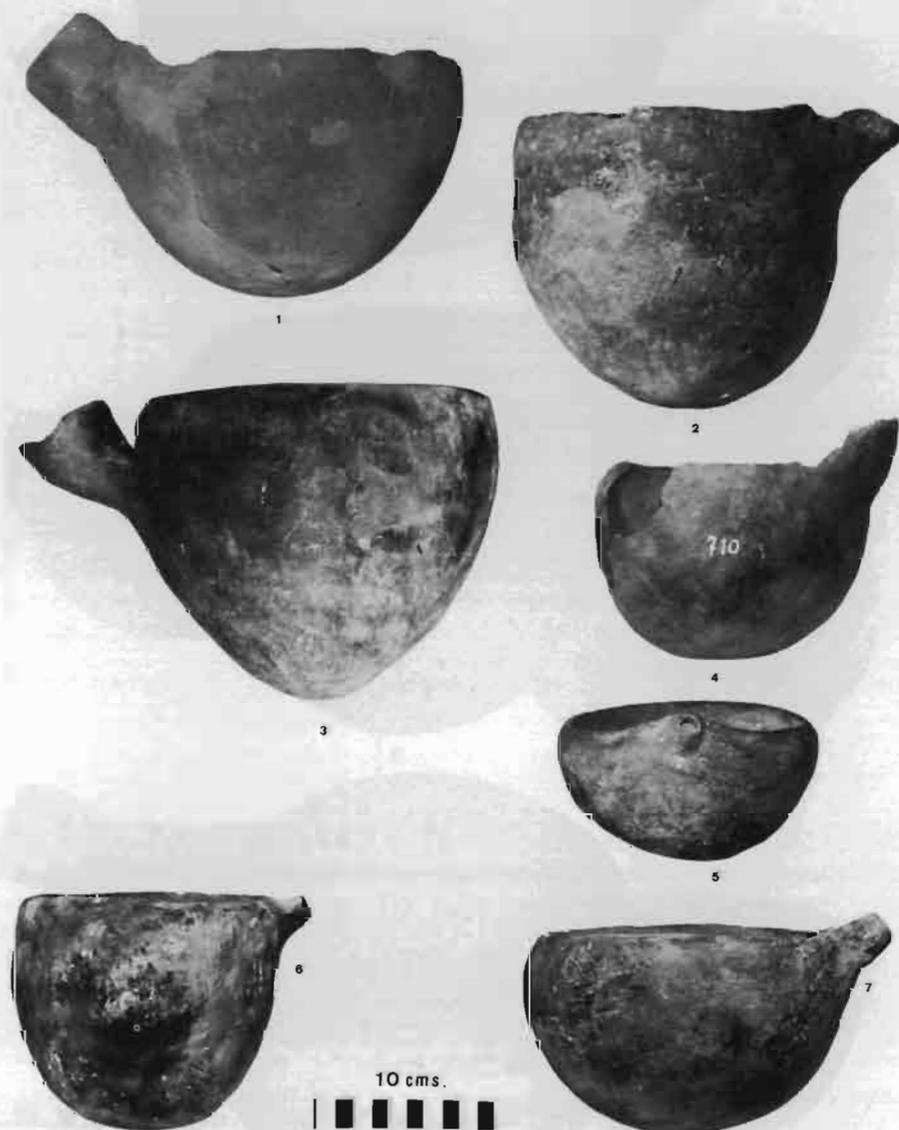
Vaso con asa-vertedero. Cañada Blanca. MAT.



Variedad de formas y de asas-vertedero. 1, Los Frailes (Puerto de la Cruz);
2 y 4, sin loc. Cañadas?; 3, Cañada Blanca. MIH.



Variedad de formas y de asas-vertedero. 1, Tenerife, sin loc.; 2, Cañada Blanca; 3 y 4, Cañada de la Mareta. MAT.



Vasos con asa-vertedero y pitorro. 1, Cañada de Pedro Méndez; 2, Anaga; 3, Hoyo Azul (Guía de Isora); 4, sin loc.; 5, Tenerife, sin loc.; 6, Valle Piedras Arrancadas; 7, Cañada del Sanatorio. MAT.



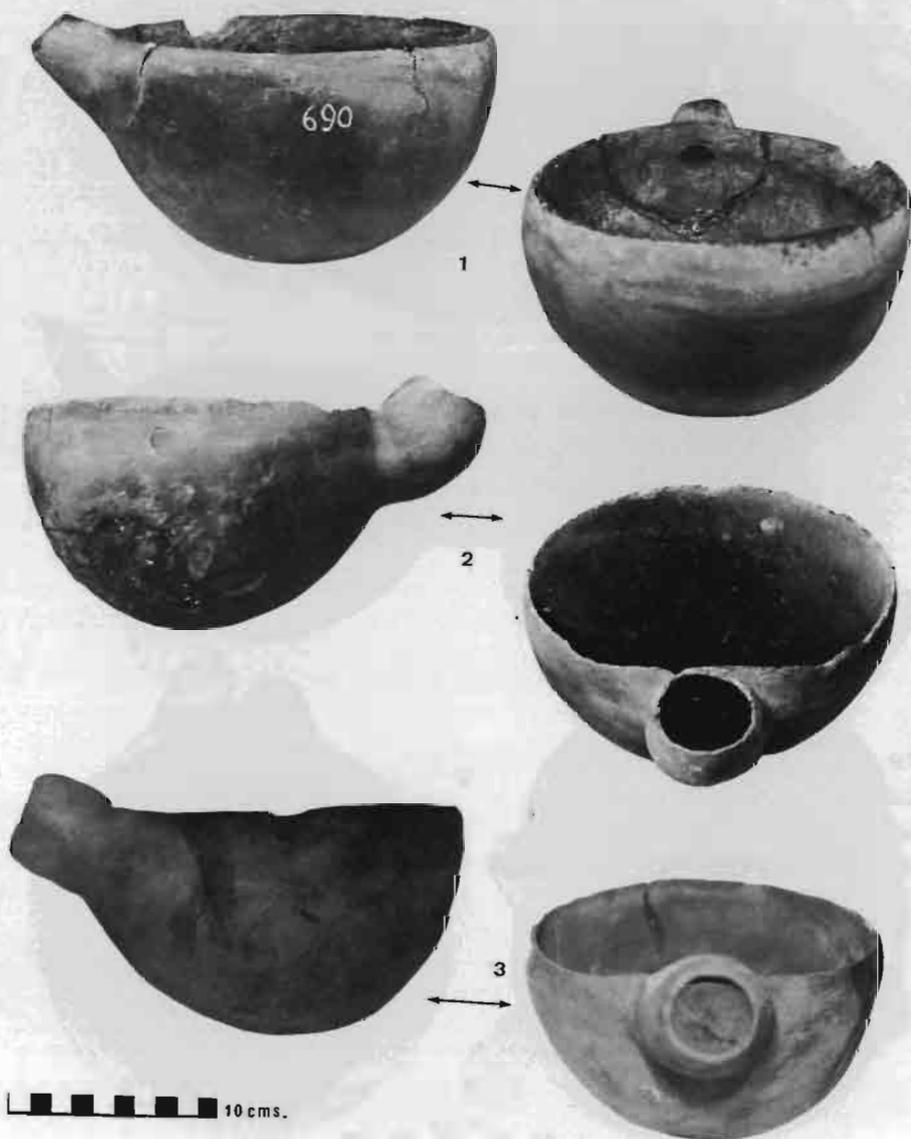
1



2



1, vaso semiesférico con pitorro; Cañada de la Angostura; 2, oval con asa-vertedero, Arona. MAT.



Vasos semiesféricos con pitorro y asa-vertedero. 1 y 3, Cañada de Pedro Méndez; 2, Cañada del Sanatorio. MAT.

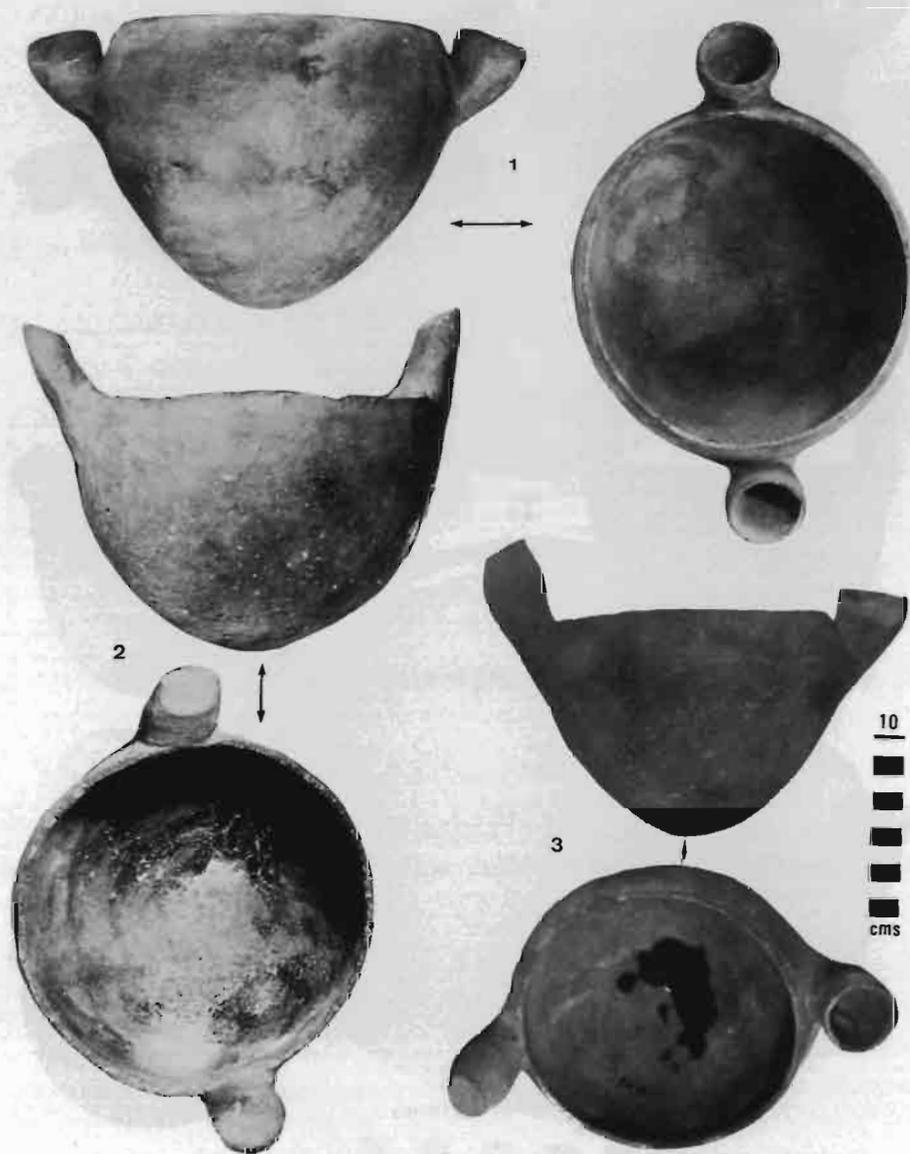


1

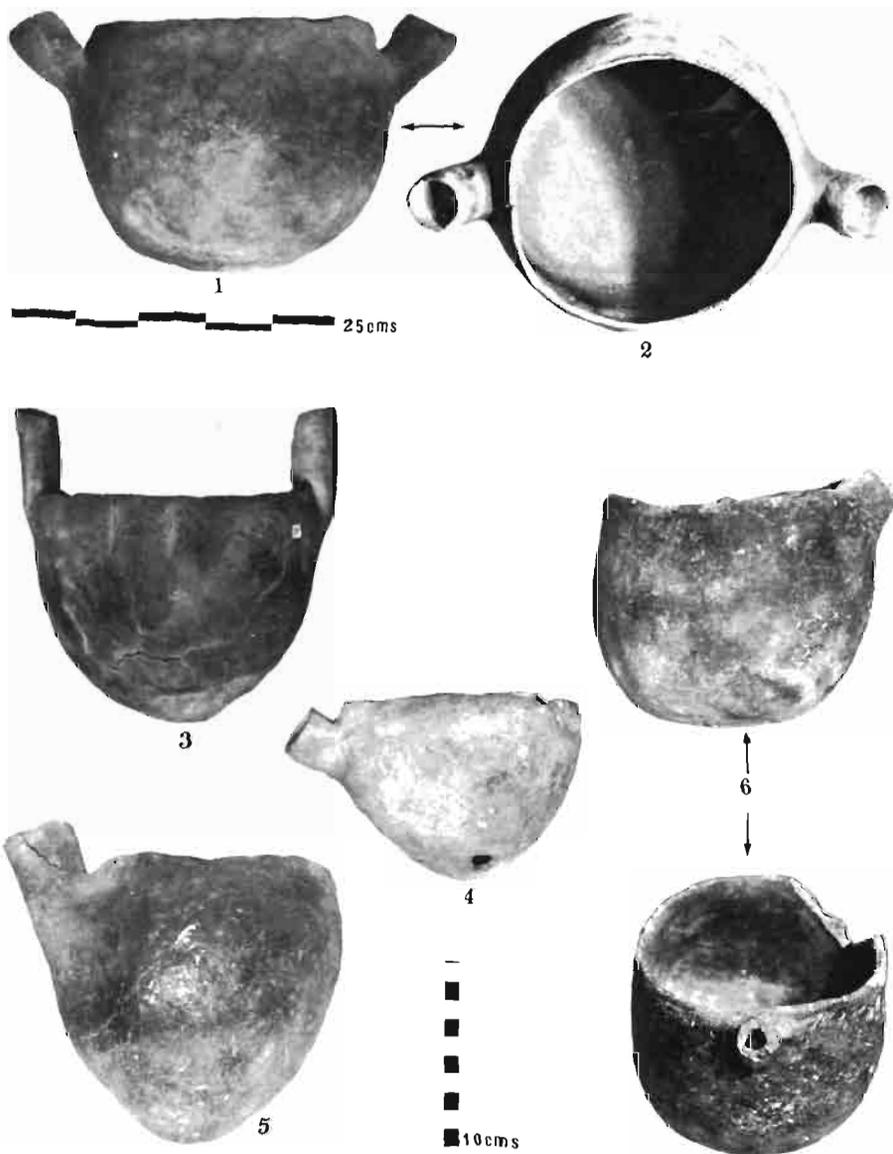


2

Piezas decoradas. 1, cuenco con mamelones, Cumbres de Arico; 2, vaso globular, con pitorro, Arico. MAT.



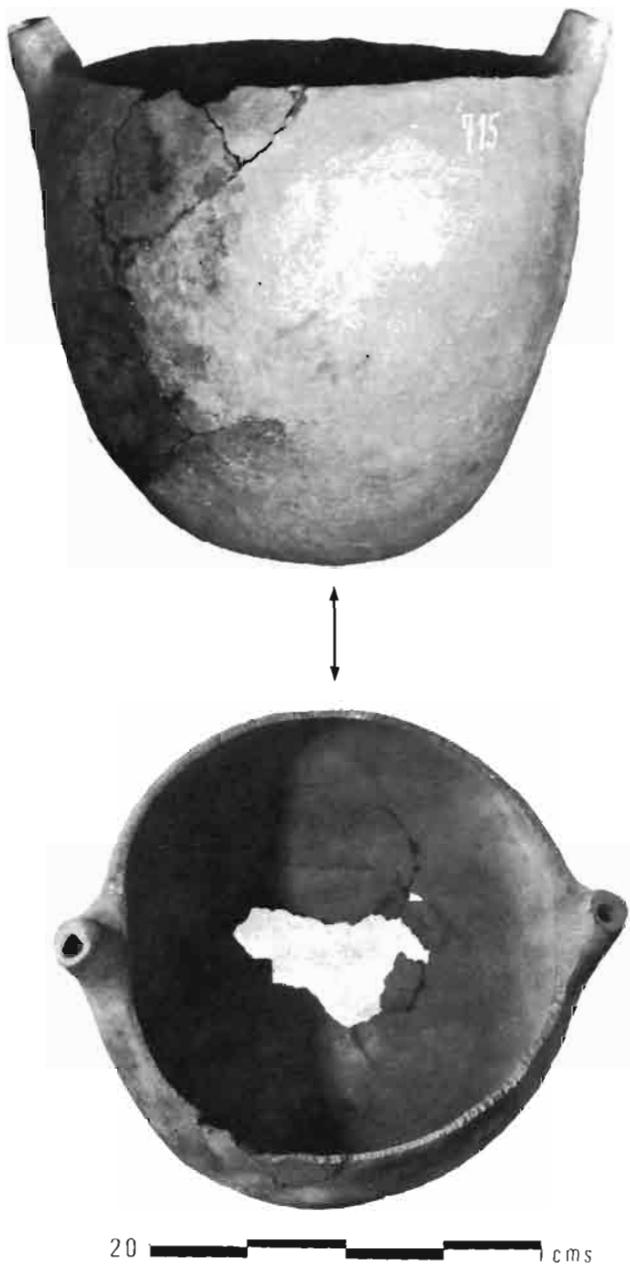
1, vaso con doble asa-vertedero, Arona; 2, con doble mango, Adeje; 3, con mango y asa-vertedero, Cada. Blanca. MAT.



Conjunto con variedad de tipos. 1-2, vasija con doble asa-vertedero, Los Frailes (Puerto de la Cruz); 3, con doble mango, Cada. de Pedro Méndez; 4, vaso con asa-vertedero, Cada. de las Mostazas; 5, vaso ovoide con asa vertedero, Barranco de la Raya; MIH; 6, vaso con pitorro, La Guanacha. CP.



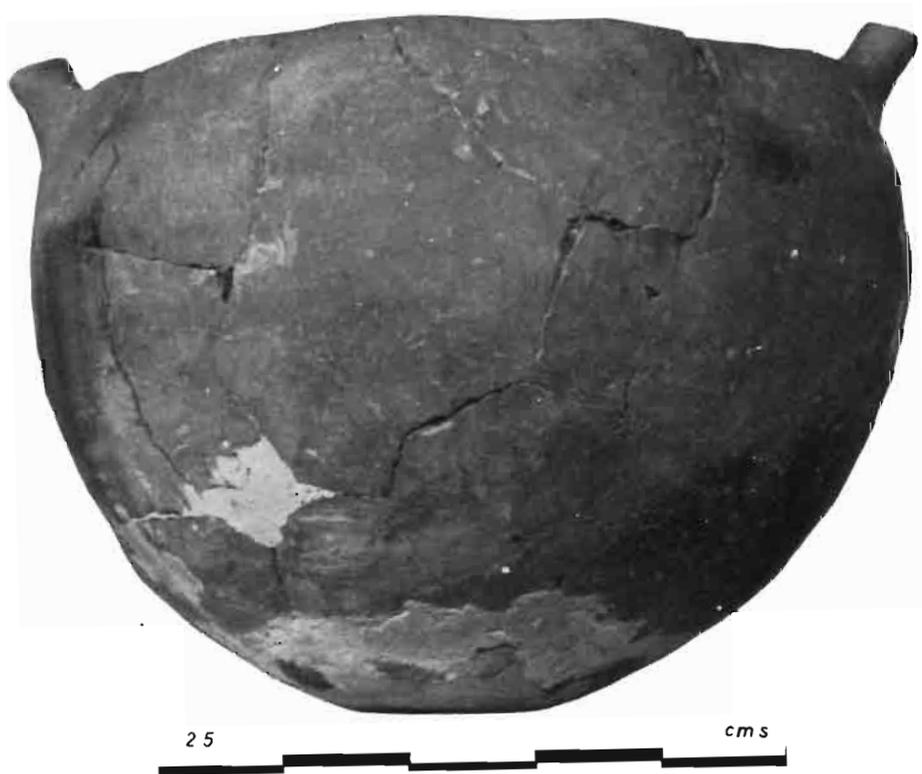
Vaso con asa-vertedero y mango (roto), Granadilla. MAT.



Vasija con mango-pitorro, Cada. del Sanatorio. MAT.



1, vasija con doble mango truncado, El Portillo de la Villa; 2, 3 y 4, Cañada Blanca. MIH.



Gran vasija globular con doble mango truncado, Cada. de la Mareta. MAT.



1



2

25  cms.

Vasijas simples. 1, Cada. Pedro Méndez; 2, Cañada Blanca (MAT).



10 1cms

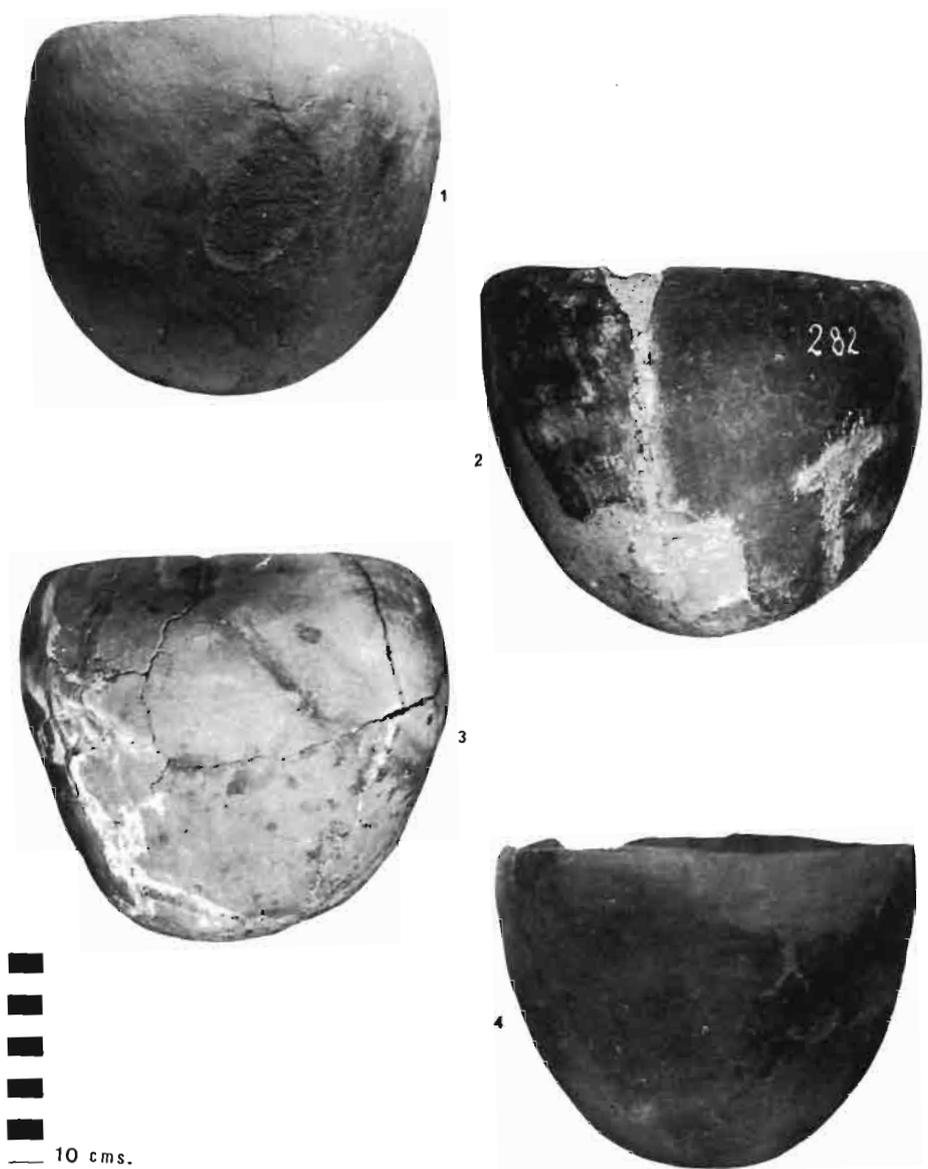


25 cms.

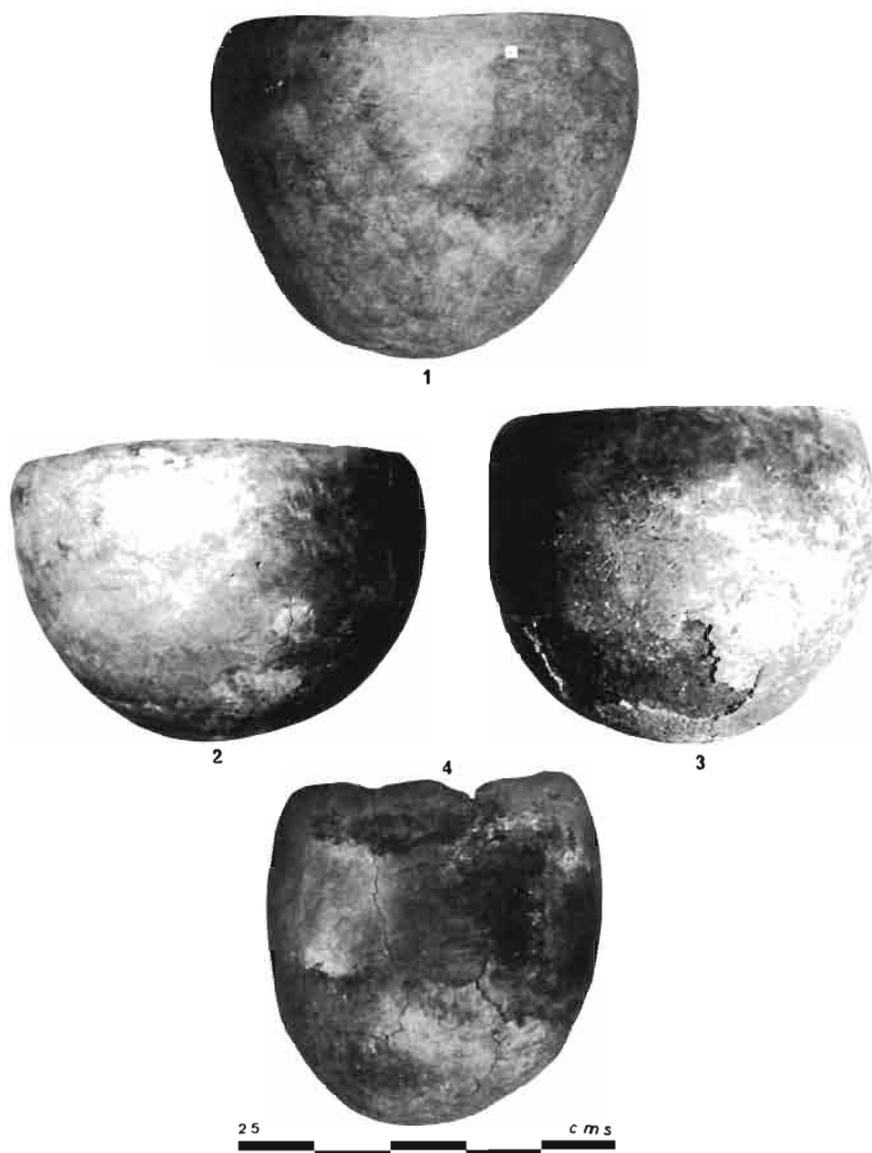
Vasijas simples en cuya superficie se aprecian detalles técnicos de modelado y espatulado. 1, Cada. Blanca; 2, Boca de Tauce (MAT).



Vasijas simples de distinto tipo. 1, Base de Guajara; 2, Cada. de la Ma-
reta (MAT).



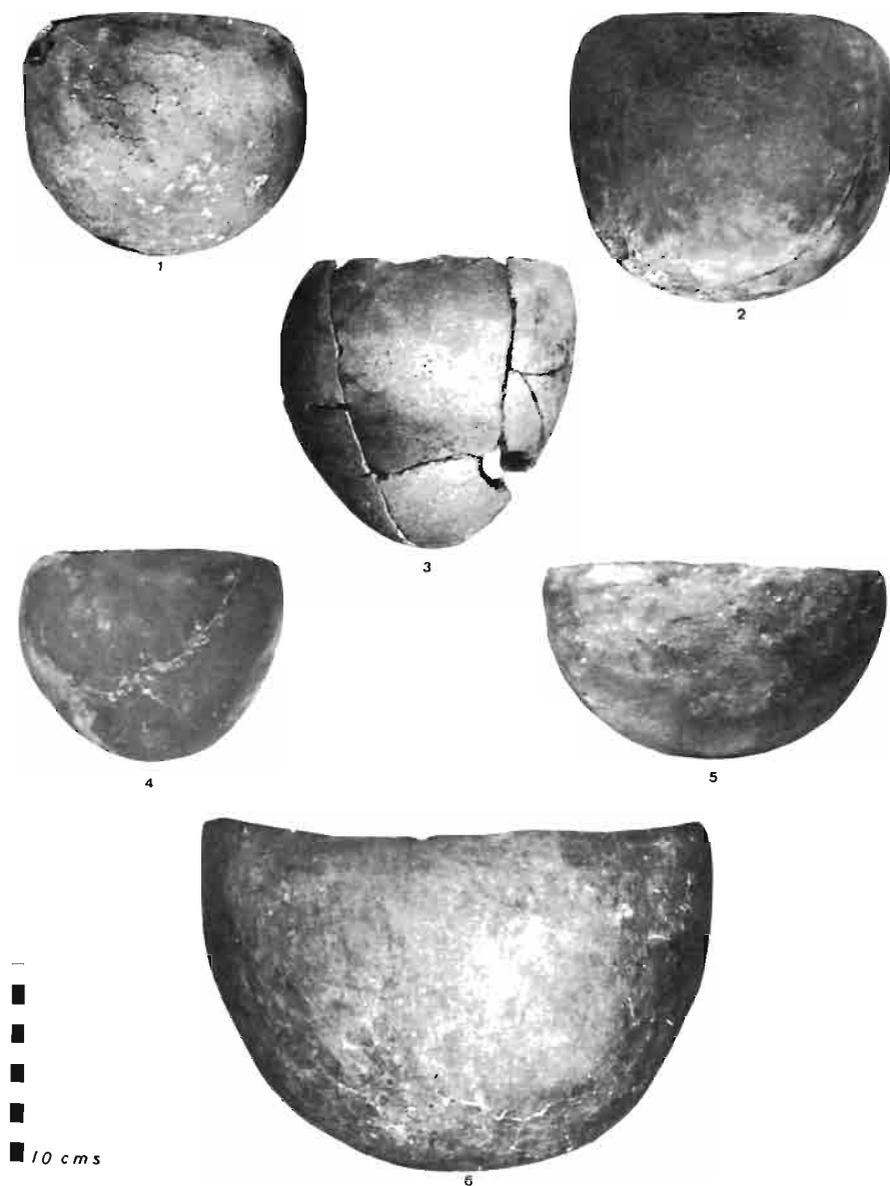
Cuencos ovals con marcada asimetría. 1, Cada. Blanca; 2, Cada. del Sanatorio; 3, Cada. de la Mareta; 4, Cada. de Pedro Méndez. (MAT).



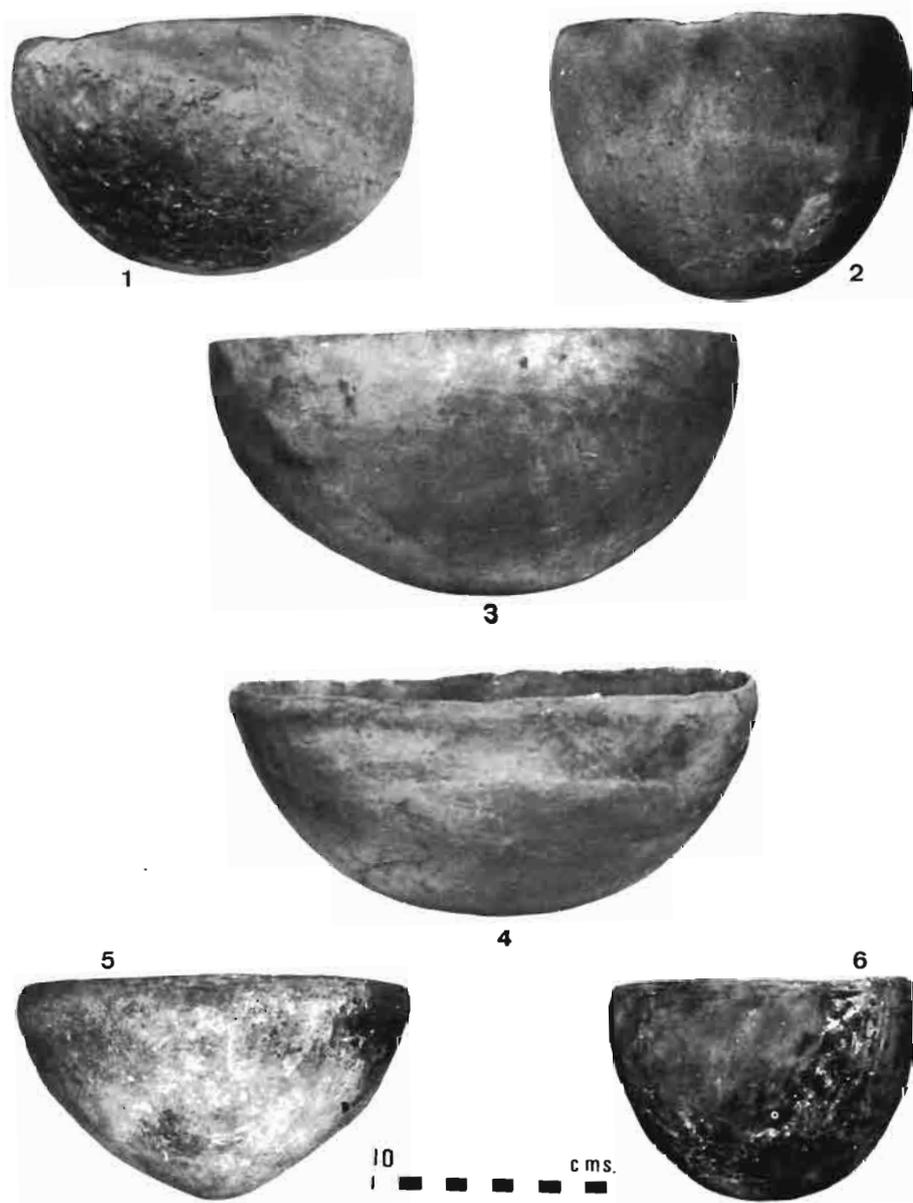
Vasijas ovales, simples. 1, El Portillo de la Villa; 2, 3, Cada. Blanca; 4, Montaña del Cedro (MIH).



1, vasija oval, Cada. de la Camellita (MAT); 2, vaso de fondo cónico, Cada. Blanca (MIH).



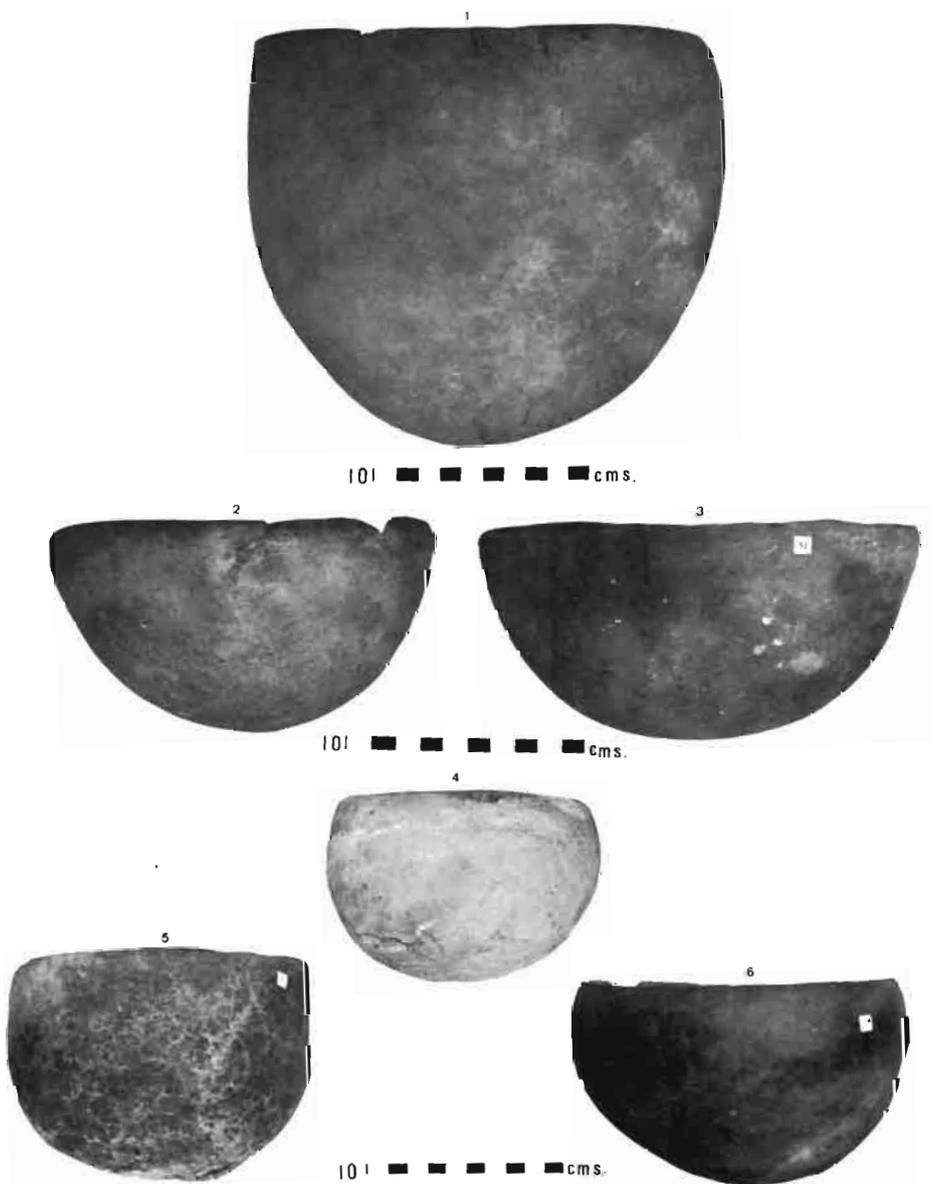
Vasos simples de tipo diverso. 1, El Portillo de la Villa; 2, Montaña Rajada; 3, Cada. de la Grieta; 4, Cada. Blanca; 5, Cada. de la Mareta; 6, Santa María del Mar (Santa Cruz de Tenerife) (MAT).



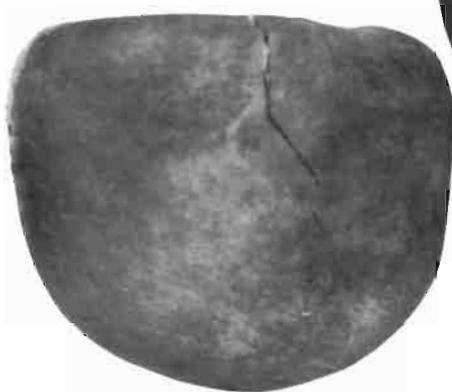
Vasos simples de tipo diverso. 1, Cada. de Pedro Méndez; 2, Cada. del Sanatorio; 3, Arona; 4, Cada. de la Mareta; 5, Bco. de Juan Andrés; 6, Tenerife, sin loc. (MAT).



Vasos de tipo diverso. 1, La Guancha; 2, Las Galletas (San Miguel (CP)); 3, Cada. de las Mostazas; 4, Cada. de la Camellita (MIH).



Vasos de tipo diverso. 1, Los Frailes (Puerto de la Cruz); 2, 6, Cada. Blanca; 3, El Portillo de la Villa; 4, Cada. de las Mostazas; 5, sin loc. Las Cañadas? (MIH).



10 cms.

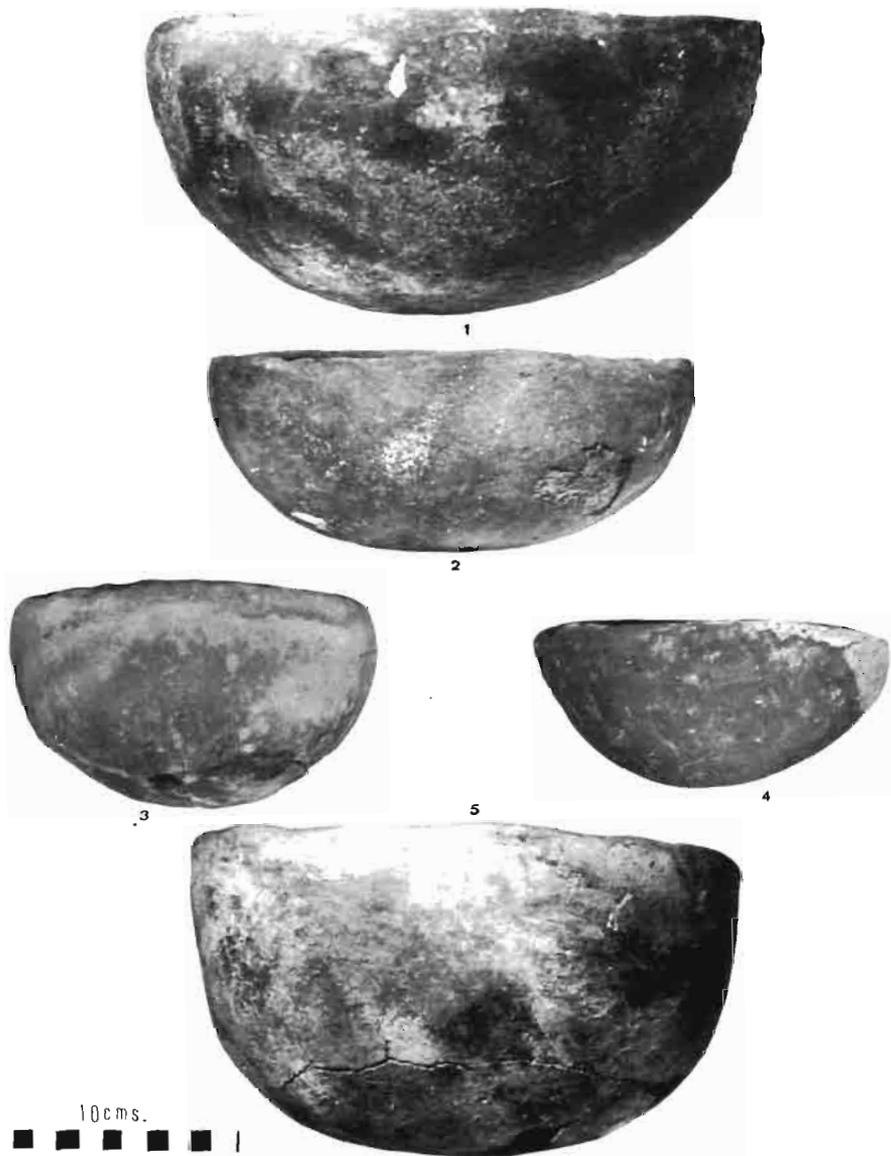
Cuencos. 1, Cada. de la Mareta; 2, Cada. Blanca; 3, Cada. de Pedro Méndez; 4, cada. Diego Hernández (MAT).



Vasos de distinto tipo y tamaño. 1, Cada. de Pedro Méndez; 2, Bco. Ruiz (San Juan de la Rambla); 3, Aldea Blanca (San Miguel); 5, la Costa de Granadilla; 6, Cada. de Diego Hernández; 7, Tenerife, Anaga? (MAT).



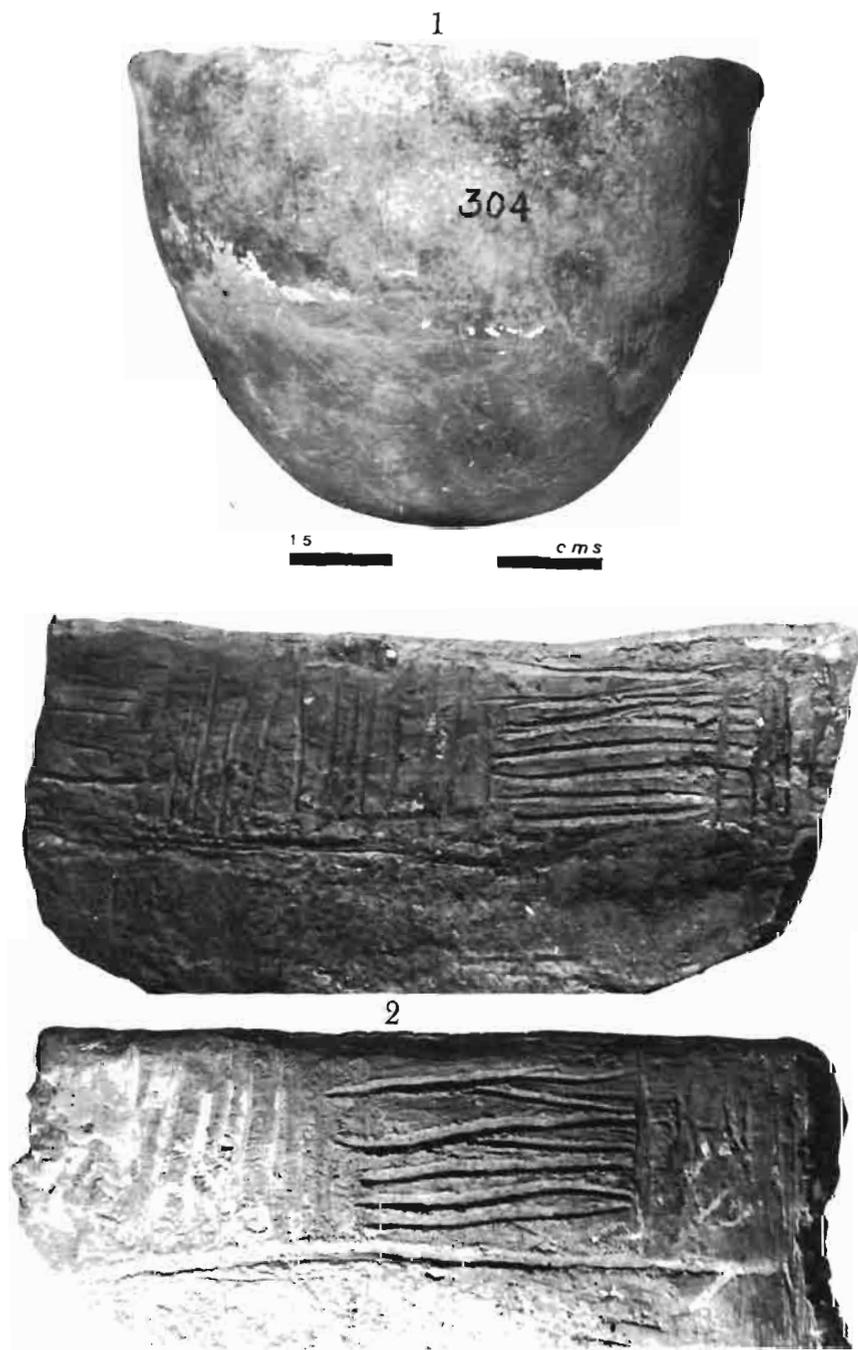
Variedad tipológica de cuencos y vasos simples; 1, Montaña del Cedro; 2, Cada. Sanatorio; 3, 4, 6, 8, 9, Cada. Blanca; 5, Cada. Montón de Trigo; 7 Ucanca (MIH).



Cuencos simples. 1, Tenerife; 2, Tenerife, sin loc; 3, Cada. de Diego Hernández; 4, Cada. de la Mareta; 5, Playa de Santiago (Santiago del Teide) (MAT).



1, vaso de pico abierto, Tenerife?; 2, vaso decorado, con mango (roto), Arico; 3, cuenco simple, con impresiones en el borde, Cada. del Montón de Trigo (MAT).



Cuenco con mamelones en el borde. 1, Cada. de Las Mostazas; 2, detalle ampliado de técnica y tema decorativos en una vasija de la Cañada de la Mareta (MAT).



1



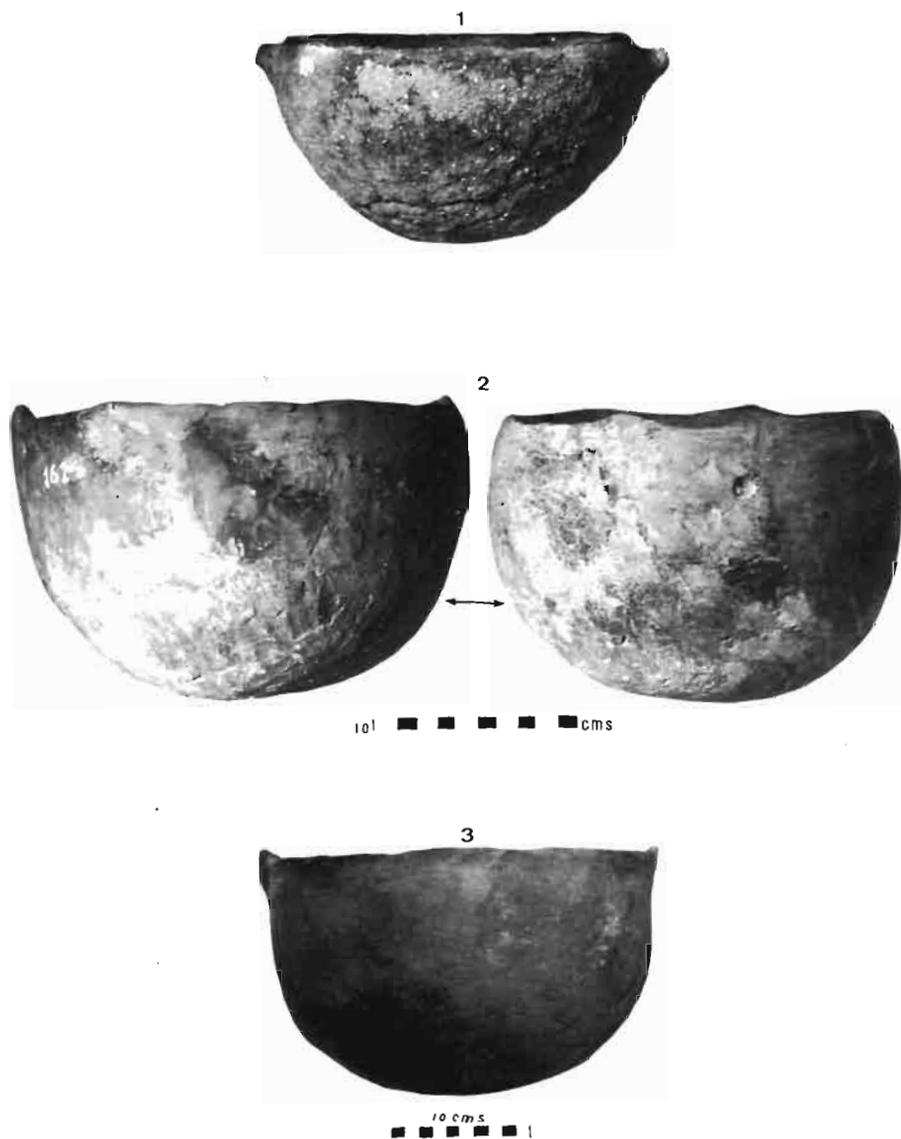
2



3

101 ■ ■ ■ ■ ■ cms.

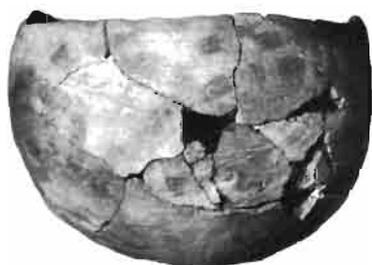
Cuencos con variedad de mamelones. 1, Cada. de la Grieta; 2, El Portillo de la Villa; 3, Cada. Blanca (MIH).



Cuencos con mamelones: 1, Bco. de la Tafetana, cueva de Uchova (San Miguel); 2-3, con orificio para suspender, Cada. Blanca (MAT).



Variedad de tipos y de mamelones. 1, 5, Arona; 2, Cada. Blanca; 3, Montaña Rajada; 4, Cada. de las Mostazas (MAT).



1



2



3



4



5

25 cms

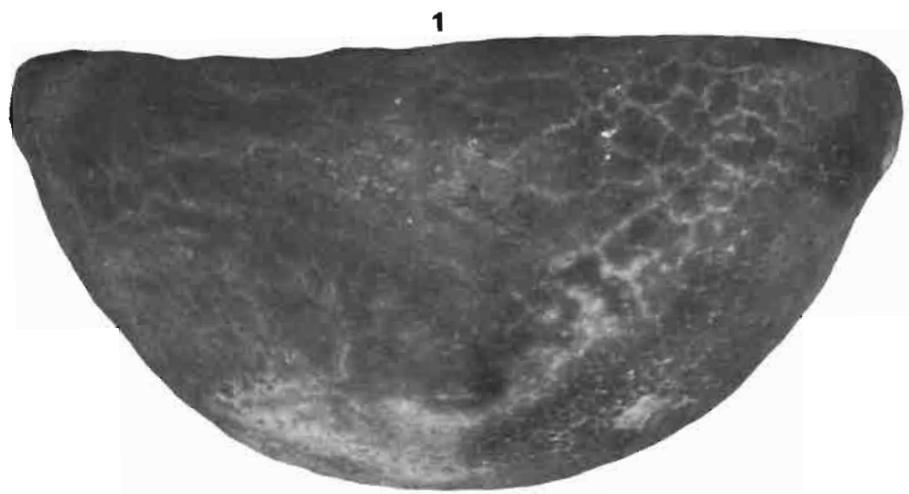
Vasijas con mamelones a la altura del borde. 1, Cada. Blanca; 2, Montaña del Cedro; 3, 4, Cada. de las Mostazas; 5, Cada. de la Camellita (M1H).



■ ■ ■ ■ ■ |
10 cms



Vasija de Cada. Blanca. Detalles del borde y fondo hendidos (MAT).



10 ——— 1 cms.



2

Cuencos con mamelones por hueco digital. 1, 2, Cada. Blanca (MIH).



10 ■ ■ ■ ■ ■ | cms

Gran vasija con agarraderos en pared. Las Cardoneras (Güímar) (MAT).



1



2



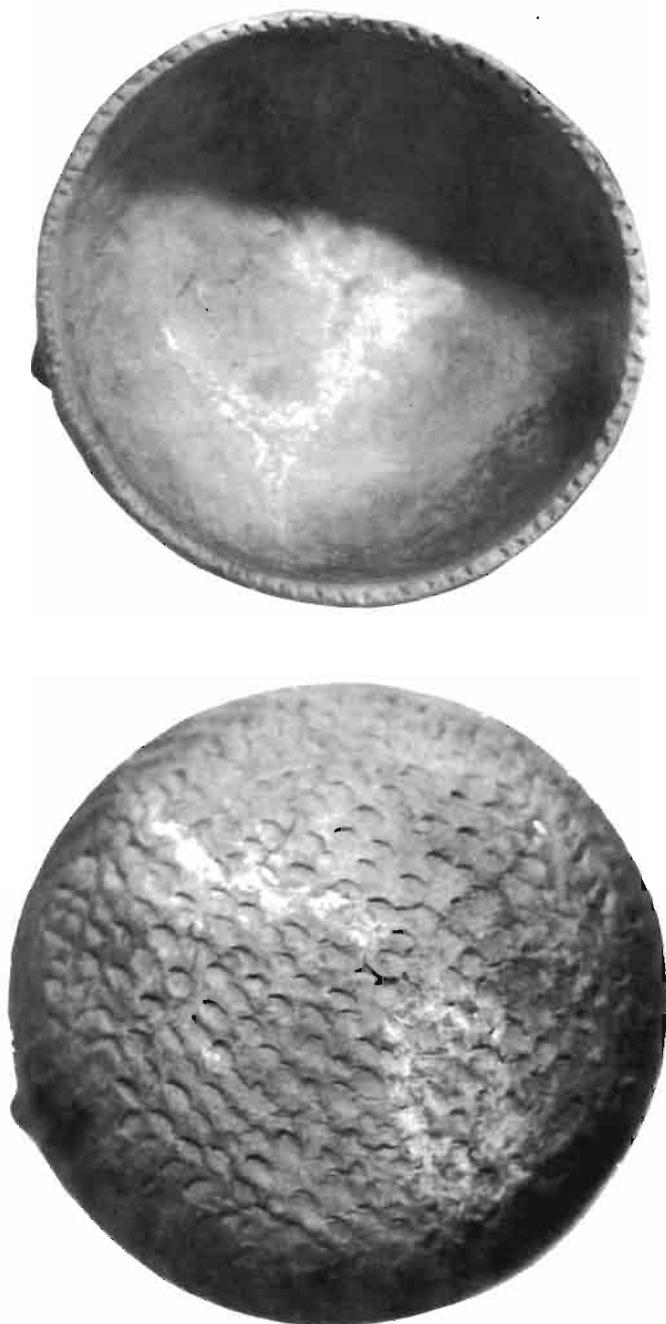
20 cms



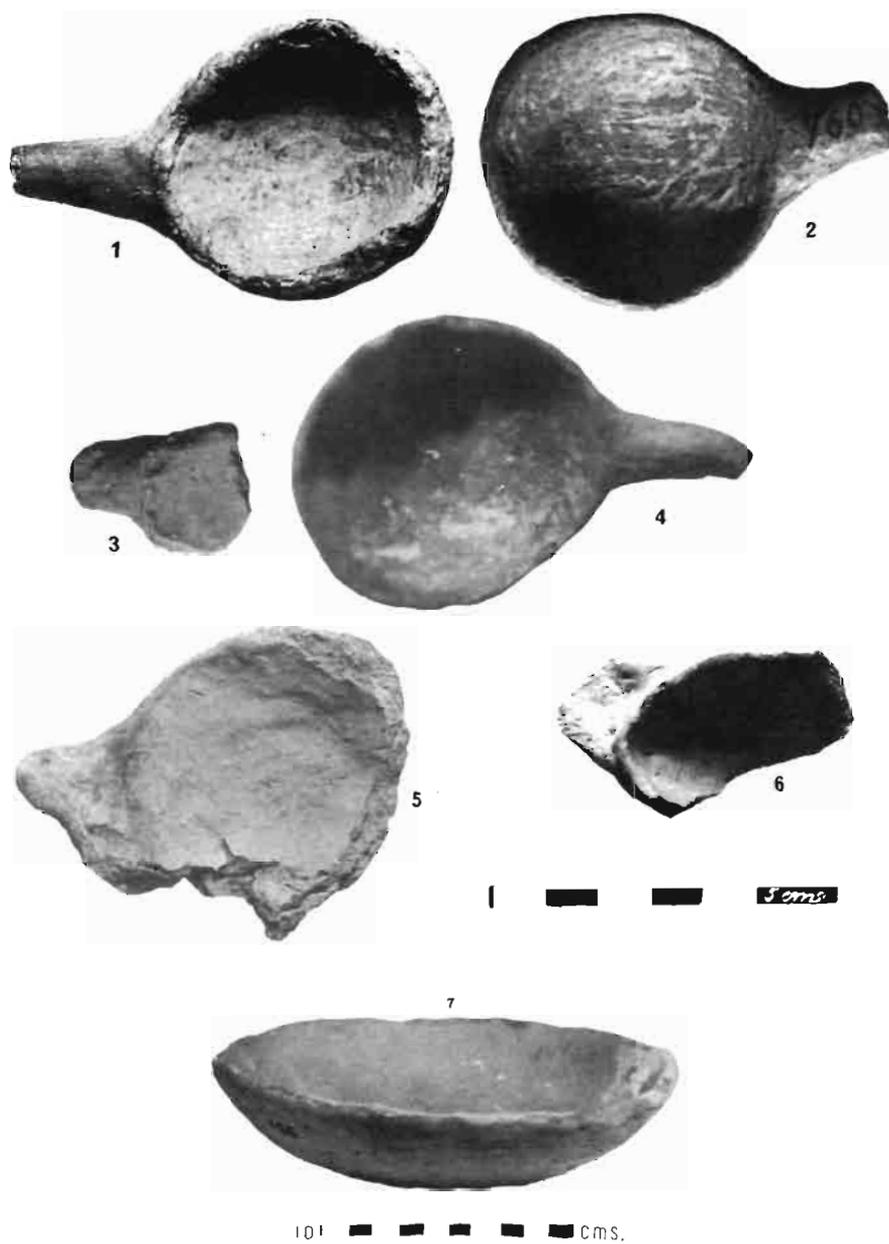
3

10 l ■ ■ ■ ■ ■ cms

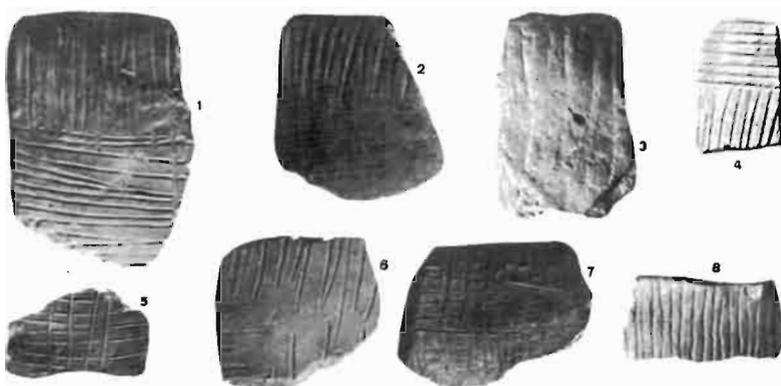
Vasos globulares y piriformes. 1, 2, Cada. Blanca (MIH); 3, Cada. de la Mareta (CP).



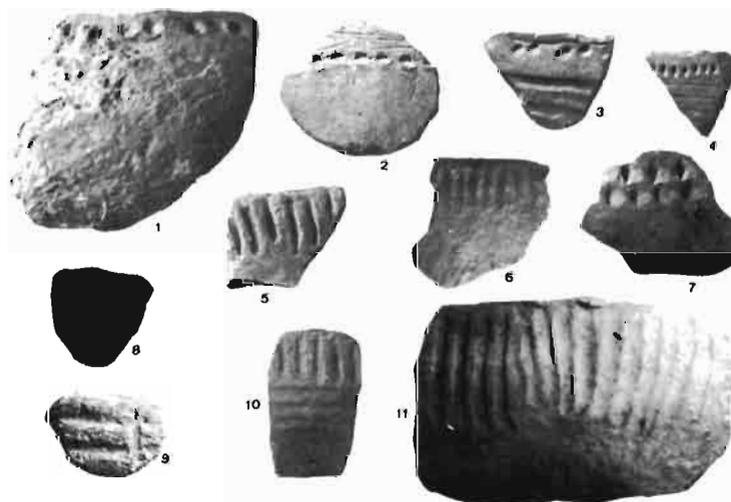
Detalles del borde y fondo del cuenco provisto de un solo mamelón, de Higuera de Indias (Adeje) (MAT).



Cucharas. 1, Icor (Arico); 2, La Fuente (Buenavista); 3, 4, 5 y 6, Bco. del Agua de Dios (Tegueste); 7, plato de la Cañada de la Mareta (MAT).

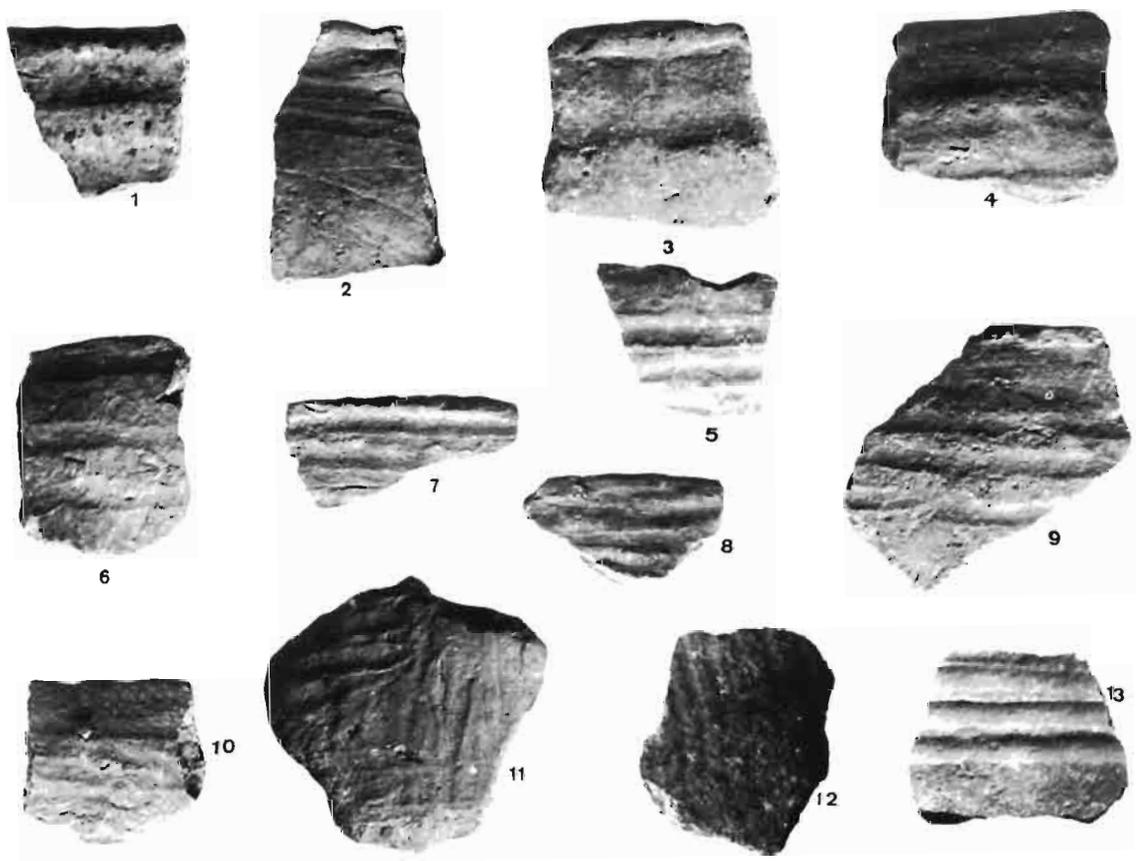


1

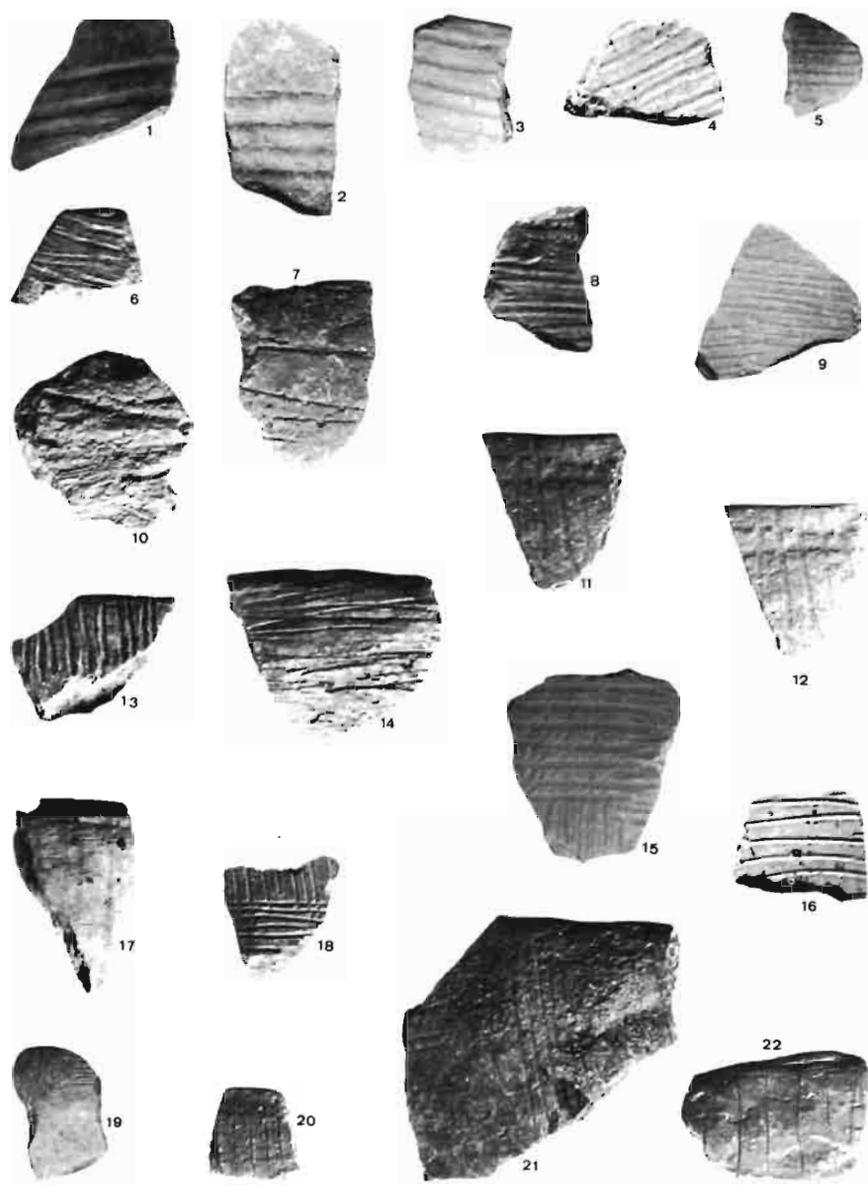


2

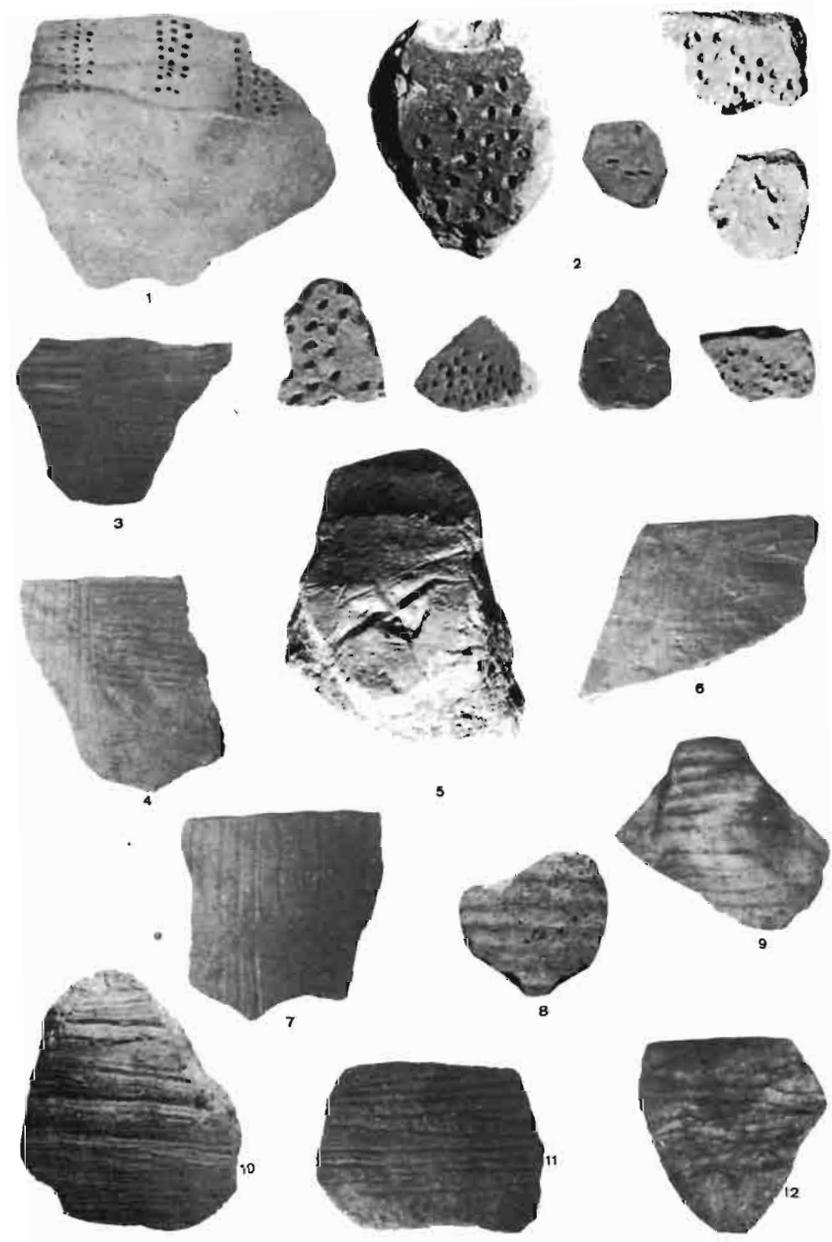
Fragmentos de cerámica decorada: 1, 1-4, El Roque; 5-6, La Fuentecilla; 7-8, Los Guanches (Tacoronte); 2, 1, 2 y 9, Los Guanches; 6, 8 y 11, El Roque; 3, 4 5, 7, 10, Bco. Cabrera (El Sauzal).



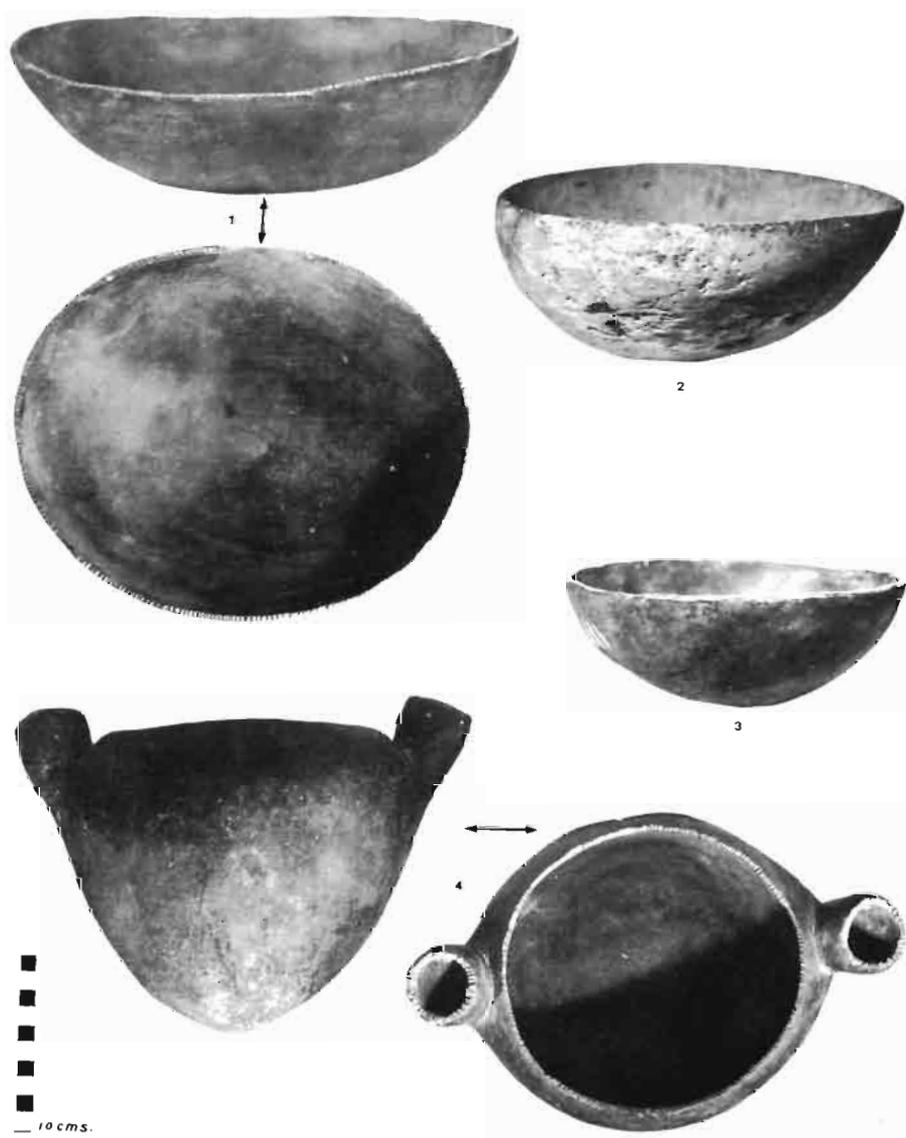
Cerámica decorada del Bco. Cabrera (El Sauzal).



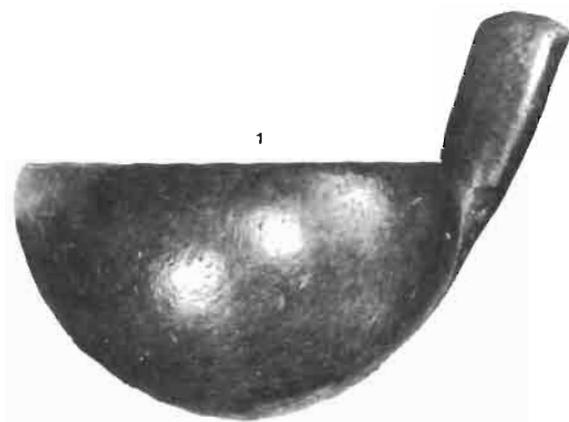
Cerámica decorada del Bco. del Agua de Dios (Tegueste).



Cerámica decorada del Bco. del Agua de Dios (Tegueste).



Ajuar del Risco de los Guanches (Tacoronte) (MAT).



Vasos y cuencos de madera. 1, San Miguel; 2, El Río (Granadilla; 3, Tenerife, sin loc. (MAT).

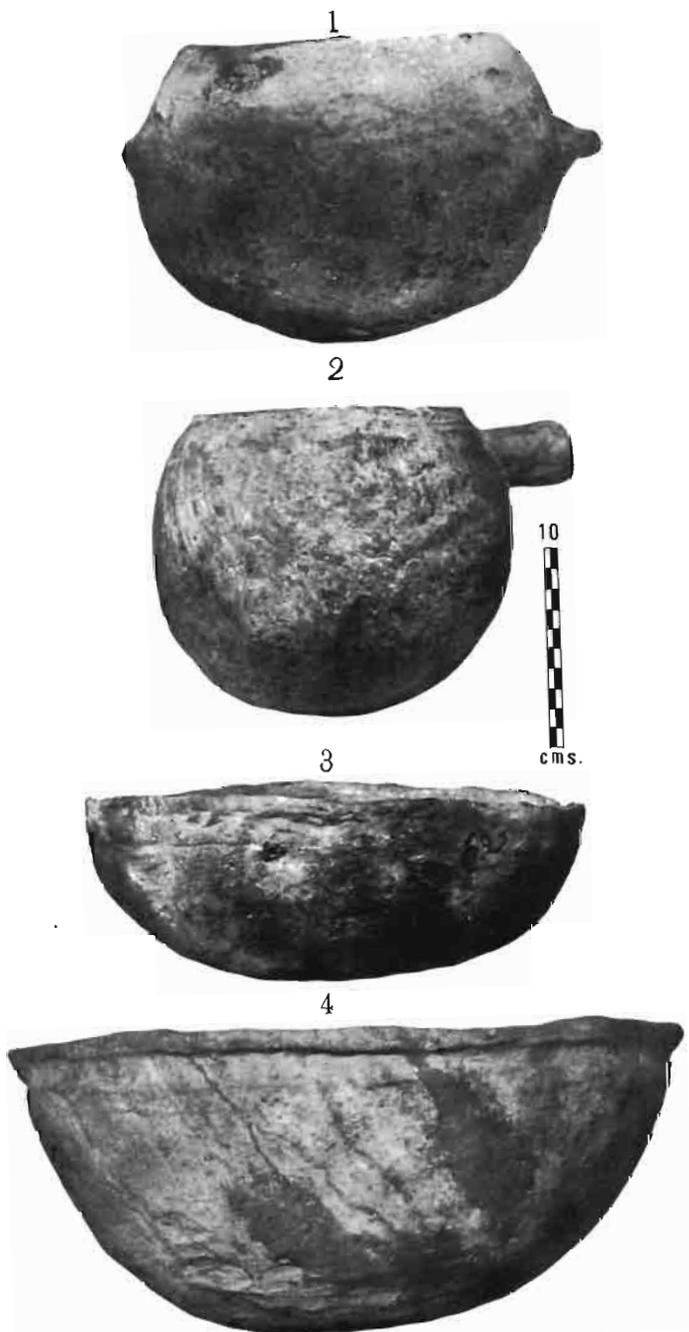


5  c.



10  c.

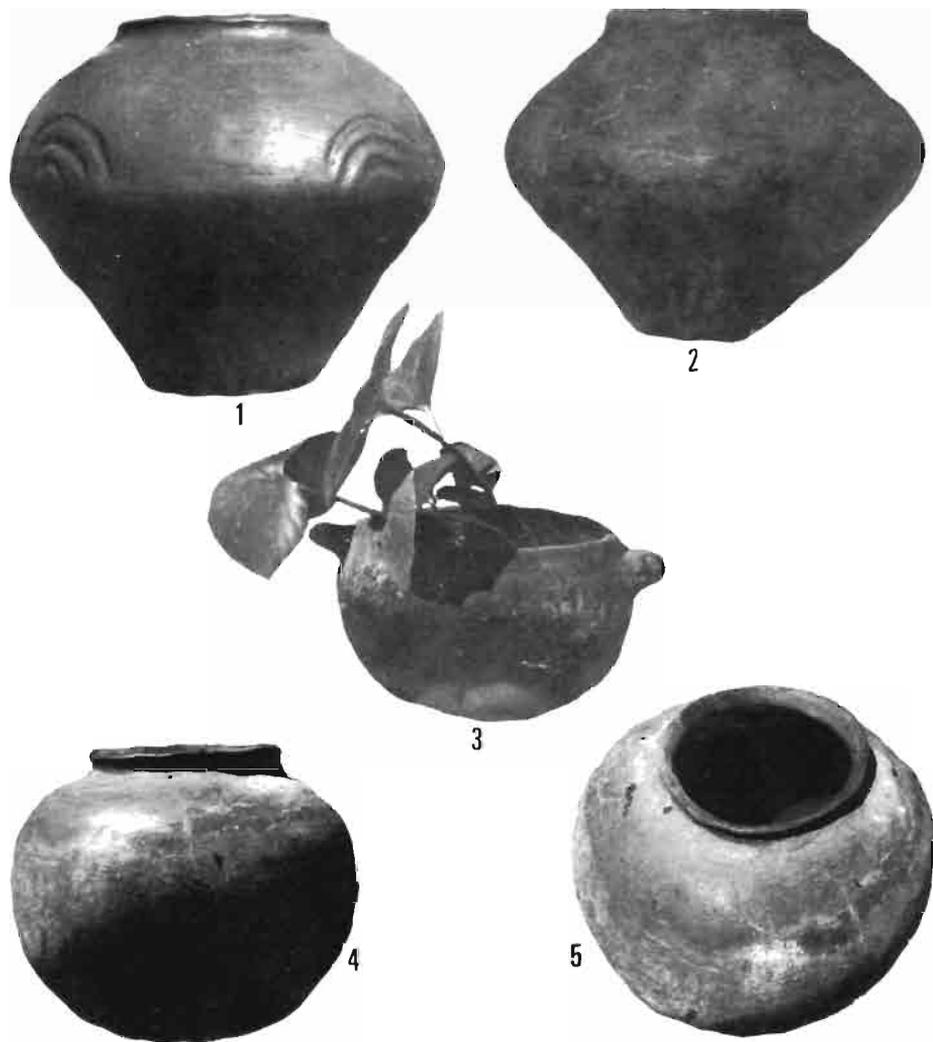
Tipos de transición. 1, vaso con pitorro, Araya (Candelaria) (MAT); 2, vasija piriforme, simple, del Sur de Tenerife (CP).



1, tipo de la alfarería tradicional, Las Galletas (San Miguel) : 2.-3, ajuar de transición, de Las Toscas, Valle de Guerra (La Laguna) (MAT); 4, hondilla de transición, Los Frailes (Puerto de la Cruz) (MIH).



Alfarería tradicional. 1, conjunto de La Victoria de Acentejo; 2, conjunto de Arguayo (Santiago del Teide).



Alfarería tradicional. 1, bernegal decorado, de La Victoria de Acentejo; 2, bernegal liso, y 3, cuenco con mangos cortos, de San Miguel; 4 y 5, vasijas para agua, con cuello corto, de Arguayo (Santiago del Teide (CP)).



Vasija con agarraderos o mangos aplastados. Playa de Santiago (Santiago del Teide) (MAT).



Vasija con doble mango corto. Fetapodón, zona de Güfmar (MAT).

*Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de la Litografía A. Romero, S. A.,
el día 20 de Mayo del año 1971*

